Lo que fuimos en aquel sitio



Alexandra Dixon

LO QUE FUIMOS EN AQUEL SITIO

Libro I

Alexandra Dixon

A mi madre, que siempre pensó que era más de letras.

«Si la vierais,
si la conocierais,
entenderíais de qué hablo.

Cómo decirlo:
imagina la vida como si fuera un pilla-pilla
contra los rivales del otro equipo del colegio.
Pues ella es casa»
Elvira Sastre

1 Siempre hay un futuro

—Lo siento, Inés.

—Si de verdad lo sintieras no estarías despidiéndome, Consuelo —dije tras levantar la ceja y cruzar las piernas con parsimonia.

—Sabes que hemos intentado mantenerte todo lo posible porque te valoramos mucho.

Parecía mentira que estuviera delante de la responsable de Recursos Humanos enfrentando mi despido y que fuera ella la que estuviera más nerviosa que yo. Utilizó un pequeño *tissue* para secar las gotas de sudor que perlaban su frente con toques gráciles y delicados.

—Claro, que gracias a mi asesoría os hayáis embolsado medio millón no tiene nada que ver.

Carraspeó, incómoda, antes de dedicarme una sonrisa que tenía muy ensayada y con la que sabía que daría por terminada la conversación.

—Te facilitaremos una carta de recomendación y Rebeca te dará los papeles y el finiquito.

—Genial —gruñí levantándome de la silla.

Salí del despacho y recogí los papeles que Rebeca me tendía sin dedicarle ni una mirada. Había pasado en esa empresa casi un año en el que apenas me habían prestado atención, donde me había sentido una intrusa incluso cuando iba a coger un café, y en el que me había sentido observada hasta cuando iba a mear. Igual de observada que en ese momento, cuando metía en el bolso mis escasas pertenencias vigilada de cerca por el responsable financiero, que permanecía a mi espalda atento a todo lo que hacía, dispuesto a acompañarme a la puerta para asegurarse de que me iba sin armar jaleo y sin llevarme nada que no fuera mío.

Contuve las ganas de hacerle un corte de mangas cuando ya estaba en el ascensor, justo antes de que las puertas se cerraran, para que dejara de mirarme con esa mezcla de pena y alivio que me resultaba repugnante.

«¿En qué momento el día se ha convertido en una pesadilla?», me pregunté cuando el ascensor se detuvo en la quinta planta y un grupo de chicos recién salidos de la universidad entró envuelto en conversaciones animadas y risas nerviosas.

Salí en la planta baja apretándome las sienes, intentando calmar la presión que empezaba a formarse a la altura de las cejas.

El móvil sonó cuando iba de camino al bar más cercano de la que había sido mi oficina hasta hacía escasos diez minutos.

—Hola —respondí seca.

—Hola, cariño mío, ¿por dónde andas?

—Trabajando, mamá. Son las diez y media de la mañana —sonreí negando con la cabeza.

—¿Y puedes hablar ahora o estás muy liada?

—No, no estoy liada.

—Estaba pensando en hacer una lasaña para el domingo, ¿vas a venir a comer? Hace mucho

que no te veo.

—No sé, ya te diré.

—¿Qué te pasa, que estás tan seria?

—Nada…

—¿Todo bien en el trabajo?

—Sí, todo bien —dije con un nudo en la garganta. No me gustaba mentirle, pero tampoco me apetecía mucho contarle la verdad en ese momento—. Solo estoy cansada, nada más.

—Ay, hija, a ver si vas a estar falta de alguna vitamina o algo, deberías hacerte una analítica.

—Que no, mamá, que no es eso.

—Bueno, yo solo te digo que…

—¿Tú qué tal, por cierto? —interrumpí volviendo a apretarme la sien.

—Ah, bueno, yo bien cariño.

—¿Te han dado los resultados de las pruebas?

—Sí, sí, nada, tengo un poco inflamado el hígado y parece ser que por eso tengo tanto dolor en el estómago. Me han hecho algunas pruebas más y me darán resultados la semana que viene. Pero no te preocupes.

—¿Inflamación en el hígado? —pregunté confusa— ¿Cómo que inflama…?

—No lo sé, no te preocupes. Vienes entonces el domingo.

No lo preguntó, lo dio por hecho. Me rendí, deseando terminar la conversación para entrar en el bar y pedir lo más fuerte que tuvieran.

—Sí, allí estaré.

—Perfecto, cariño, pues nos vemos el domingo. Cuídate, ¿vale?

—Sí, tranquila. Tú también.

Miré el teléfono algo confusa y con una sensación incómoda que empezaba a crecer en mi interior, algo que antes no estaba ahí, algo que me perturbaba mucho más que el hecho de haberme quedado sin trabajo. Mi madre llevaba un tiempo con malestar de estómago, no era algo que limitara su día a día de manera muy evidente, pero sí había dejado de hacer ciertas cosas: ya no comía con ese gusto con el que siempre lo había hecho y había reducido considerablemente la cantidad que ponía en su plato; tampoco bebía ese vino tinto que «tiene taninos y eso es beneficioso para la salud» y que tanto le gustaba compartir conmigo cuando iba a casa a comer y, lo más importante, el dolor de estómago y de espalda eran una constante, algo que había intentado paliar con antiinflamatorios y masajes en el fisioterapeuta. Sin éxito. ¿Podía todo eso estar relacionado con esa misteriosa inflamación en el hígado? ¡El hígado, por dios! ¿Qué tenía que ver ese órgano con el dolor de estómago? ¿Estaría mintiéndome de la misma forma que lo había hecho yo? ¿Una mentira piadosa para no preocuparme?

Descarté todas esas preguntas con un movimiento rápido de cabeza antes de abrir la puerta del bar, al que solía ir de vez en cuando a tomar un café rápido antes de ir a la oficina. El olor a mantequilla y a cruasán a la plancha hizo que me rugieran un poco las tripas. Me acerqué a la barra, buscando una silla en la que poder sentarme. Encontré una al fondo y me senté tras limpiar las migas que había en ella con una servilleta y cara de asco. Hice lo mismo con el pequeño espacio que quedaba de la barra ante mí, acumulando servilletas sucias en un rincón, hasta que una camarera se acercó a mí y me preguntó qué quería tomar.

—Ponme un tercio.

Me miró con el ceño fruncido, quizá valorando si debía ponerme la cerveza sin más o bien proponerme algo más aconsejable para desayunar. Supongo que la forma en la que masajeaba mis sienes y el rictus serio de mi cara hizo que se decantara con relativa rapidez.

—Aquí tienes —dijo abriendo un tercio verde de Mahou.

—Gracias —suspiré antes de llevarme la bebida a la boca.

Se alejó sin más a atender a otro cliente, dejándome sola con mis pensamientos. Unos pensamientos que en ese momento hubiera deseado poder sacar de mi cabeza con la misma facilidad con la que lo hacía el profesor Dumbledore, usando una varita y metiendo a esos desgraciados en un pozo sin fondo del que no pudieran salir jamás.

Y ahí, en esa barra del bar, sin trabajo, con una sensación de inseguridad y miedo que empezaba a formarse en mi interior, y con un tercio nuevo y entero cada vez que el mío se vaciaba, vi las horas pasar. Trataba de no pensar en mi futuro en aquel momento, ni siquiera estaba segura de que hubiera uno esperándome a corto plazo.

Pero siempre hay un futuro.

Aunque no sea el que habíamos previsto.

2 Ser buena en algo que se aborrece

—¡¿Te han despedido?!

Tuve que separar el teléfono del oído para poder seguir teniendo los tímpanos intactos. El tono de voz agudo de Cristina al otro lado de la línea acentuó el dolor de cabeza con el que me había levantado de la siesta. Un bonito recuerdo de las horas pasadas en el bar esa mañana.

—Baja la voz. Me duele la cabeza.

—Encima estás con resaca. Todo genial, Inés, todo genial.

—Me han despedido, ¿entiendes? Tengo derecho a regodearme en mi propia mierda al menos unas horas. Gracias.

Aunque sabía que mi contestación había sonado algo brusca y seca, no podía enfadarme con ella. Cristina era, sin duda, de las mejores cosas que me habían pasado en la vida. Mi gran amor, a quien conocí diez años atrás cuando llegué con una maleta llena de ilusión a la gran ciudad, sin saber qué me encontraría pero dispuesta a hacerle frente.

Como si fuera ayer, recordaba el día que nos atrevimos a decirnos algo después de semanas coincidiendo en el mismo autobús por las mañanas. Ella iba a la escuela de cocina y yo a un nuevo curso de análisis de datos, con el que complementaría mi formación previa en contabilidad y finanzas. Nos sentábamos una frente a la otra día sí y día también sin dedicarnos más que una mirada fugaz. Pero todo cambió cuando un atasco tremendo nos obligó a estar ahí metidas durante más de dos horas. Agradecía aquel festival mal organizado, y la cantidad de movimiento que generó, cada día de mi vida.

—Está bien —la escuché respirar hondo varias veces antes de volver a hablar—. Está bien. ¿Qué ha pasado?

—Según ellos, soy muy cara y en estos momentos no hay nada más que auditar. Pero tengo mis propias ideas sobre los motivos reales.

—Si es por la reunión que tuviste con los del comité… creo que es denunciable que te despidan solo por tener diferente opinión a la de tus jefes.

Preferí no recordarle que no fue solo un cordial intercambio de opiniones. Ellos tenían una forma de decir las cosas que a mí no me gustaba demasiado. Y, además, solían decirlas a un volumen que me resultaba de lo más desagradable. Cosa que expuse con bastante claridad en aquella reunión, amenazando con mandarles a un lugar muy concreto en el que no olía muy bien.

—No es fácil demostrarlo. Ha pasado un tiempo prudencial, ni siquiera es una causa directa de ese enfrentamiento.

Me restregué la frente con fuerza. Hablar hacía que me doliera la cabeza.

—Pero aún así…

—Cris, déjalo, de verdad. No quiero seguir pensando en esto. Al menos no hoy.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea, pero sabía que sería una tregua momentánea y que volvería a la carga sin tardar mucho. Cosa que ocurrió escasos diez segundos después.

—¿Tienes el currículo actualizado? ¿Has empezado a ponerte en contacto con gente?

—No, no he hecho nada de eso —dije con toda la calma de la que fui capaz—. He salido de la oficina, he ido al bar y me he trincado dos litros de cerveza en formato tercio mientras comía cacahuetes rancios y trataba de olvidar lo que había pasado.

—¿Y no pien…?

—No, no pienso hacer nada —interrumpí elevando el tono, lo que provocó que un dolor sordo me atravesara la cabeza de lado a lado. Bajé la voz hasta casi convertirla en un susurro para evitar semejante tormento de nuevo—. No ahora. El fin de semana voy donde mi madre, creo que hace más de tres semanas que no la veo y me da la sensación de que no se encuentra bien.

—¿Sigue con el dolor de estómago?

—Sí, pero hay algo más… estoy segura. Y no me lo dice.

—No te preocupes. Puede ser la vesícula. A Sandra, mi compañera, le dolía horrores hasta que se la quitaron.

La escuché morder algo y masticar con disimulo.

—Ya, ya… pero no sé, Cris…

Tragó y tenía los oídos tan sensibles al ruido que casi pude escuchar el trozo de alimento bajar por la garganta con lentitud. Le costó hablar después de eso. Quizá, en el fondo, ella tampoco creyera que la vesícula fuera la raíz de los problemas de mi madre.

—¿Quieres que vaya contigo? Así no haces el viaje sola. Y ya de paso me presentas a tu madre, bonita. Y me enseñas dónde vivías.

—¿Y me vas a decir cómo te escapas del restaurante? *Nah*, no te preocupes. Pero te lo agradezco.

—Esta bien, pero a la primera de cambio me avisas y me voy contigo. Ya se las apañarán sin mí aquí un par de días.

Formé un «ya» sordo con los labios porque sabía que, por mucho que ella lo intentara, jamás podría cogerse dos días libres en fin de semana con tan poco margen de tiempo. Cristina era *sous-chef* de cocina de un restaurante con tres estrellas Michelin y eso no se conseguía escapándote de pronto durante un par de días. Y, es más, estaba convencida de que prefería pasar ese tiempo en la cocina, marcando ritmos, revisando platos, probando sabores y texturas antes que estar en cualquier otro lado.

—Oye, te voy a dejar, ¿vale? Me voy a dar una ducha y a tomarme un ibuprofeno.

—Y en cuanto se te pase el dolor de cabeza, empezarás a mover el currículo.

—Está bien —claudiqué a regañadientes.

—En serio, Inés.

—Que sí, pesada —dije con cariño.

—Llámame si necesitas algo.

—Lo haré. Venga, te dejo.

Colgué el teléfono y lo tiré de mala manera en el sofá, sin importarme demasiado dónde hubiera caído. Mover el currículo. Estaba harta de mover el currículo. De buscar empresas que solo se diferenciaban entre ellas porque tenían nombres diferentes. Pero todas eran iguales, a pesar de las bondades que quisieran venderme en la entrevista. Mismo perro con distinto collar. Había pasado por tres diferentes en los últimos cinco años. Cuatro si contamos a la que, hasta esa misma mañana, había sido mi empresa.

Que a nadie le gusta trabajar es un hecho, pero es que, en mi caso, odiaba mi trabajo. Lo odiaba con cada célula de mi cuerpo. Me asqueaba, me amargaba, pero era lo único que sabía hacer. Llevaba casi diez años haciéndolo. Y era buena. Era bastante buena, de hecho. Lo que no

dejaba de parecerme extraño porque, ¿cómo es posible ser buena en algo que se aborrece?

3 Cuando el mundo se rompe en tus brazos

Recorrí los escasos doscientos kilómetros que me separaban de mi madre con una inquietud creciente en el estómago. La había llamado aquella mañana de viernes para decirla que pasaría el fin de semana en casa, pero no me había contestado. No me hubiera preocupado en cualquier otro momento, ella tenía siempre muchos planes en su día a día y no era extraño que no atendiera mis llamadas a la primera. Pero el día anterior, cuando hablamos, la noté ausente y cansada, a pesar de sus intentos porque no me diera cuenta. Escuché cómo disimulaba quejidos que quedaban ahogados en su garganta.

Aceleré todo lo que mi destartalado coche me permitía, notando la vibración del volante bajo las manos. Quizá debería haber ido el día anterior. Total, no estaba haciendo nada importante. Acostarse con un tío que había conocido en un bar de mala muerte no era relevante. Sí, hubiera sido raro que me presentara en casa un jueves pero debería haberlo hecho. ¿O estaba siendo exagerada? Si pasara algo grave, algo grave de verdad, me lo hubiera dicho. Era su hija.

Iba tan concentrada en esa discusión interna para determinar si era una exagerada o no que casi me pasé la salida.

«Aquel sitio» era como mi hermano y yo nos referíamos al lugar que nos vio nacer, crecer, cambiar, sufrir, anhelar… el lugar del que salí años atrás buscando el ruido, la diversión, la locura y las grandes oportunidades con las que soñaba. Y huyendo de quién fui durante la mayor parte del tiempo que viví allí, de las experiencias y los malos recuerdos.

No sé cuándo empezamos a llamarlo así, pero nos gustaba la reacción de la gente cuando nos escuchaban hablar de él: «¿Has estado este finde en “Aquel sitio”?», “Uf, no sabes como estaba “Aquel sitio” el otro día, daba miedo» o quizá un «Deberías ir a “Aquel sitio” antes de que se ponga el sol».

«Aquel sitio» era un lugar tranquilo, silencioso, lleno de casitas unifamiliares desperdigadas y una plaza central que era el lugar de reunión de todo el mundo. Árboles por doquier, amaneceres y atardeceres dignos de una postal (o de un *post* en Instagram, si la cobertura permitiera una conexión decente) y un pequeño lago de aguas turquesas que era la delicia de los niños en temporada de verano. Incluso contaba con un cielo en el que se podían ver las estrellas con nitidez. En resumidas cuentas, era un lugar de ensueño. Y aburrido. Muy aburrido. Aburrido hasta límites que no era capaz de explicar. Nunca pasaba nada. Todo era siempre igual.

Aparqué delante de casa, al lado del pequeño coche de mi madre. Eso debería haberme tranquilizado, pero esa sensación de inquietud que se había formado en la boca del estómago se extendía ahora a otras parte del cuerpo. Los viernes por la mañana iba a clases de algo en el centro del pueblo, nunca sabía a ciencia cierta qué tocaba cada día.

No atiné a abrir la puerta a la primera porque me temblaban un poco las manos. Podía notar los latidos del corazón en las sienes. Respiré hondo antes de entrar en casa, intentando calmar todos esos pensamientos intrusivos que de pronto se agolpaban en mi cabeza con todo lujo de detalles: encontraría su cuerpo tendido en la cocina con la comida a medio hacer y la nevera

pitando porque se había quedado abierta antes de que cayera víctima de un infarto masivo; o bien la encontraría en su cama, con los ojos abiertos y sin vida mirando al infinito con un rictus de dolor en el rostro.

La casa, en cambio, me recibió en silencio. La cocina tenía un par de ollas de las que salía un olor delicioso. Comprobé que todavía estaban calientes, lo que consiguió calmarme un poco. Y no había ningún cuerpo sobre el suelo de vinilo imitación a madera que pusimos juntas el verano anterior.

—¿Mamá? —grité subiendo las escaleras de dos en dos.

—¿Inés?

Escuché su voz antes de entrar en la habitación. La encontré en la cama, encogida, moviéndose de lado a lado y agarrándose el estómago con desesperación con las manos.

—Mamá, ¿estás bien?

—Ay, hija, me duele mucho, no sé ya cómo ponerme —gimió.

—¿Te has tomado algo?

—Si es que nada me lo quita…

—Vámonos al hospital ahora mismo.

Lo dije con más seguridad de la que sentía, sentándome a su lado sin saber muy bien qué hacer. Nunca había estado en ese rol; mi madre era esa superheroína que curaba todos los males con un beso y un abrazo, incluso los más profundos. Yo no tenía ese superpoder.

—¿Y qué me van a decir allí que no me hayan dicho ya? No, no, Inés, esperaremos a que se me pase.

—No, no vamos a esperar, no puedes seguir así. Venga, ¿puedes levantarte?

—Cariño, es que yo quería esperar al menos al lunes.

—Pues no vamos a esperar todo el fin de semana aquí, ni hablar. ¿Puedes o te ayudo?

Se levantó renqueando y se sentó a mi lado, mirándome con una sonrisa a pesar de su ceño fruncido y su expresión de dolor. Me agarró de la mano, apretándola sin mucha fuerza.

—Apóyate en mí, anda —dije preocupada.

«Aquel sitio» no tenía hospital. No uno en condiciones al menos, de esos con máquinas preparadas para cualquier tipo de emergencia. Tenía un pequeño centro de salud en lo alto de una colina, muy idílico, pero del todo inútil en aquellos momentos.

Tras dudar unos instantes, decidí llevarla al hospital más cercano, que estaba a escasos siete kilómetros, en el pueblo de al lado. Ella intentaba hablar durante el camino para dar normalidad a algo que no era para nada normal: no era normal que tuviera esos dolores, por mucho que quisiera hacérmelo creer, y no era normal que yo estuviera ahí un viernes antes de la hora de comer. Nada era normal.

Entramos en urgencias y, por suerte, no esperamos mucho antes de que se la llevaran a otra sala a la que no me permitieron el acceso. Esperé con paciencia en la sala de espera, caminando de un lado para otro y mirando el reloj cada dos por tres, solo para verificar que habían pasado escasos minutos desde la última vez que lo había comprobado.

Abrí el WhatsApp y busqué su contacto. Hacía demasiado tiempo que no hablábamos. Sentí una punzada de tristeza.

Inés

Tienes que venir.

Mamá no está bien.

Estamos en el hospital del pueblo de al lado.

Me dejé caer en una de esas sillas que inundaban las salas de espera de cualquier hospital. Pegadas unas a otras y seguramente creadas por alguien que tenía el sentido de la comodidad en el punto más bajo de su lista de prioridades.

No escuché su nombre la primera vez que lo dijeron por megafonía. Ni la segunda. Solo fui consciente de que llamaban a los familiares de mi madre cuando lo repitieron por tercera vez. Un chico joven con un uniforme azul y una especie de gorrito de colores en la cabeza me acompañó hasta un *box* dentro del área de pacientes digestivos. Mi madre estaba sentada en una silla de color verde que parecía demasiado grande para ella. Se la veía pequeña e indefensa, con los ojos muy abiertos y una vía en el brazo, conectada a una bolsa de plástico que tenía cerca. Me acerqué a ella despacio y me agaché apoyándome en sus rodillas para poder mirarla a las ojos.

—¿Qué tal mamá? ¿Te han visto ya?

—Sí, cariño, ha pasado el médico y me han puesto esto, que no sé muy bien qué es pero que, chica, me ha quitado el dolor.

Ambas miramos el líquido blanquecino que caía con un goteo constante y entraba con la misma cadencia en su vena.

—¿Y qué te han dicho? ¿Es por eso de la inflamación?

—Pues sí, sí, eso parece.

—Mamá… ¿me vas a decir qué pasa?

Guardó silencio restregándose las manos, entrelazando los dedos y sin tener el valor de enfrentarse a mí. Supe entonces que lo que no quería decirme era algo grave. Algo muy grave.

—Mamá… —protesté, impaciente.

Escuché pasos a mi espalda y me giré de manera mecánica. Un hombre, también vestido de azul y con una bata blanca, se acercaba a nosotras con seguridad. Le eché un vistazo rápido a mi madre, que a su vez observaba al médico con nerviosismo.

—¿Qué tal va todo? ¿Cómo sigues de dolor? —preguntó al llegar al *box*.

—Muchísimo mejor, casi no me duele nada.

—Perfecto. Vamos a dejarte ingresada para tener controlado el dolor y empezaremos con la quimioterapia el miércoles, como estaba previsto. Vas a permanecer aquí durante…

Dejé de escuchar. Veía que sus labios se movían pero no conseguía seguirle el ritmo a la conversación. Un zumbido cada vez más alto me impedía oír nada más.

—¿Quimioterapia? —articulé cuando procesé la palabra, intentando que mi voz sonara más fuerte que el ruido que tenía en la cabeza— ¿Cómo que quimioterapia?

—Ciclos de quimioterapia para reducir el tumor antes de la operación.

—¿Tumor? ¿Qué tumor? ¿Antes de qué operación?

Dios, me iban a reventar los tímpanos. Aunque sabía que todo venía por lo mismo, miré hacia los lados buscando el origen del ruido. Solo encontré otros *boxes* similares al que ocupaba mi madre, con gente tumbada y acompañada por los suyos. Enfermeras entrando y saliendo. Algún monitor puntual que marcaba el latido constante de un corazón. Puede que incluso se escuchara algún suspiro, emitido por alguien cansado de esperar respuestas.

—Cariño, quería haber hablado contigo de esto el domingo.

—¿Es tu hija? —preguntó el médico dirigiendo su mirada primero a mi madre y luego a mí.

—No sabía cómo decírtelo —insistió ignorando la pregunta.

—Necesito sentarme —susurré llevándome las manos a la cabeza.

—Perdóname, Inés —su voz era un quejido lastimero que me rompió el corazón.

—¿Te encuentras bien? —la voz del médico llegó lejana y desde un lugar indeterminado que no lograba ubicar en el espacio.

Había demasiados sonidos que me hacían perder el foco. Escuché un pitido a lo lejos, agudo. Una alarma. Y, por encima de todo, ese odioso zumbido, como el aleteo de un insecto gigantesco que se te mete en el canal auditivo.

—Sí, sí, estoy bien. Es solo que… joder, ¿por qué hay tanto ruido? ¿No pueden apagar algo?

—Tranquila, ven, siéntate aquí.

Unas manos me agarraron y me llevaron con seguridad y delicadeza hacia la cama que había al lado de la silla de mi madre y que ni siquiera había visto al entrar.

—¿Estás bien?

—Me sudan las manos y me va a explotar la cabeza. Estoy algo mareada. Y ese ruido… Es la tensión, me ha bajado más de lo normal. Me pasa a veces —respiré hondo—. Solo necesito…

Las manos firmes del médico bajaron mi cabeza hasta colocarla entre las piernas. Escuché cómo pedía algo a alguna de las enfermeras. Su voz llegó amortiguada y no logré captar qué había dicho. Respiré hondo varias veces. Olía a medicina. A esas aspirinas efervescentes que me daban de pequeña. A producto de limpieza, quizá lejía o amoníaco. Un vaso de plástico apareció entre mis manos y lo llevé de manera mecánica a la boca. Bebí con avidez. Agua fresca que desapareció en dos tragos. No me había dado cuenta, pero un vaso nuevo reemplazó al anterior.

Poco a poco los sonidos se volvieron más claros, a pesar de que ese zumbido permanecía como un eco de la bajada de tensión. Me dolía mucho la cabeza, un dolor fuerte que siempre acompañaba esos episodios y que sabía que desaparecería más pronto que tarde.

—Inés, ¿estás bien? —preguntó mi madre con voz clara. Ella, al igual que yo, había padecido episodios de ese tipo a lo largo de toda su vida. No había heredado sus ojos verdes, pero sí su baja tensión.

—¿Qué tumor, mamá?

La miré apartándome el pelo de los ojos. Ella rehuía mi mirada, buscando apoyo en el médico que permanecía de pie a mi lado.

—Tu madre tiene cáncer de colon en estadio tres —dijo éste tras carraspear para llamar mi atención—. Está avanzado pero puede operarse. No ha afectado a otros órganos pero empezaremos con el tratamiento este mismo miércoles para poder operar lo antes posible.

Me levanté despacio, todavía débil y algo mareada. Y ya no era solo motivo de la tensión. La noticia había caído como un jarro de agua fría, algo inesperado, que no se me había pasado por la cabeza. Porque eso es algo que siempre le pasa a los demás: al vecino del quinto, al padre de ese compañero de trabajo con el que has tomado un par de cafés o a la amiga de la amiga de la amiga de alguien.

La abracé con fuerza. Su mata de pelo rizado y cobrizo me hizo cosquillas en la nariz. Aspiré el aroma de su piel, que olía al jabón de siempre, un olor a aceite de argán que consiguió llegar a mi nariz más allá del olor a hospital que invadía la estancia. Notaba cómo trataba de contener sus emociones, pero respiraba con dificultad y moqueaba. Le susurré que todo iría bien. Le mesé el pelo. La estrujé un poco más, consiguiendo que una débil sonrisa se escapara de entre sus labios.

—Veo que ya se ha enterado.

La voz de mi hermano, grave y firme, hizo que todos mis intentos por mantenerla unida se fueran al traste, y se rompió del todo en mis brazos.

4 Marcas visibles

—No me puedo creer que no me hayáis dicho nada —dejé el sandwich en el plato de mala manera, sin haberle dado ni un mísero bocado.

—No te enfades y menos con mamá.

Él no había pedido nada de comer, solo jugaba con un vaso de cartón con lo que se suponía que era café en su interior. Me miraba con ese aire imponente que siempre le había caracterizado. Sus ojos azules escudriñaban los míos hasta hacerme sentir incómoda.

—Ella no sabía cómo hacerlo —continuó dando vueltas al vaso—. Me pidió que te lo contara yo.

—¿Y cuándo pensabas hacerlo?

—El domingo.

—No me dijo que fueras a estar, solo que iba a preparar lasaña.

—Siempre voy los domingos, Inés.

—Perdóname por no tener apuntadas tus visitas familiares —apunté cruzándome de brazos. Intenté respirar hondo para no cargar sobre él toda mi frustración, todo ese sentimiento de inferioridad que me entraba cuando, de nuevo, me sentía excluida y eclipsada por mi hermano mayor—. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Tres semanas.

—¿Tres semanas? —pregunté incrédula— ¿Necesitabais tanto tiempo para contármelo?

—No queríamos hacerlo por teléfono —dijo entre dientes.

—Era tan sencillo como decirme que viniera, Ángel. No me toques la moral. No tengo un tercer ojo ni poderes psíquicos que me hagan saber que hay una urgencia familiar.

Negó con la cabeza como si lo que acabara de escuchar fuese un insulto. Le hubiera partido la cara ahí mismo, con esa pequeña bandeja de color crudo sobre la que reposaba su vasito de café, ya destruido después de haber pasado por sus delgados dedos.

—Hablo con ella cada día —conseguí decir intentando que no se notara el temblor en la voz —. No creo que me mereciera esto.

Giré la cabeza, todavía con los brazos cruzados y los hombros tensos. Las piernas me temblaban sin control, ocultas bajo la pequeña mesa circular de la cafetería del hospital. Escuché llorar a alguien en una mesa lejana. Me estremecí, acurrucándome un poco más en la silla.

—Entiendo que estés enfadada… —dijo pausado, acercando la mano al centro de la mesa.

Me la ofrecía para que me agarrara a él, como hacía cuando era niña y las pesadillas no me dejaban dormir. Para que, entre los dos, enfrentáramos ese monstruo que ahora invadía nuestra pequeña familia de tres. Sabía lo mucho que le estaba costando dar ese paso, el esfuerzo que le suponía acercar posturas. Pero yo no estaba dispuesta a aceptar esa ofrenda.

—No me trates como si fuera una cría. No tengo seis años. No me voy a romper. No voy a salir corriendo, joder.

—Está bien.

Apartó la mano, escondiéndola debajo de la mesa. Por un momento pensé que quizá a él también le temblaba y por eso quería ocultarla, como hacía yo con mis piernas.

—Que yo me aclare —carraspeé, cruzando las manos en la mesa y enfrentándome a él—, la van a dar quimioterapia durante veintiún días para reducir el tumor y así poder operar.

—Así es.

—Vale. ¿Qué más? ¿Qué más después de eso? ¿Se acabó? ¿Quimio y operación y nos podemos olvidar de todo?

—Bueno, supongo que no será tan fácil como eso —dijo algo confuso.

—Ya imagino —puse los ojos en blanco—. Pero ya está, ¿no? Se acabó. Quiero decir… no quiero que esto sea una carrera de obstáculos con un final incierto.

—No se trata de lo que tú quieras. Por una vez en la vida, podrías no pensar solamente en ti.

—No pienso en mí —me defendí molesta—. Pienso en ella. ¿Os han dicho qué pronóstico tiene?

—De un veinticinco a un cincuenta y cinco por ciento de supervivencia a cinco años, pero en su caso…

—¿Solo eso? —interrumpí. Tragué saliva, intentando deshacer el nudo que atenazaba mi garganta.

—Solo es un porcentaje. Y es lo bastante grande como para hacer todo lo posible. El oncólogo dice que su tumor es de los que mejor reacciona al tratamiento, que sus probabilidades son mucho mayores. Ella es fuerte y…

No pudo seguir. Bajó la cabeza, escondiendo unos ojos cansados y preocupados. Él nunca se había mostrado débil. Era el hermano mayor, el que siempre había allanado el camino, el que se había llevado las broncas y las exigencias. El que había heredado el estatus de hombre de la casa cuando mi padre murió años atrás. Nunca se había mostrado preocupado, triste o angustiado. No, Ángel no podía dejarse ver como un ser humano normal, con sus dudas, sus miedos y sus inseguridades. Al menos, eso era lo que siempre había pensado de él.

—Lo sé. Ella podrá con esto. Olvida lo que he dicho. Todo.

Acerqué mi mano al centro de la mesa. La miró durante tanto tiempo que pensé que no aceptaría mi gesto. Pero lo hizo. Sacó la suya de debajo de la mesa y aferró la mía con fuerza. Mantenía la cabeza gacha pero miraba con disimulo nuestras manos unidas. No me había fijado (o quizá no había querido hacerlo) pero su pelo rubio ceniza había empezado a encanecer. Poco a poco, de momento solo se trataba de alguna que otra cana que salpicaba su mata de pelo lacio. Mi padre había tenido el pelo cano desde la cuarentena y a Ángel solo le quedaban seis años para llegar a ella. Sin embargo, seguía conservando intacto ese atractivo suyo que había vuelto locas a todas mis amigas. Porque Ángel era guapo, guapo a rabiar. A pesar de su nariz aguileña y esos labios gruesos que parecían sacados de una revista de moda. O quizá precisamente por eso. Se había cortado el pelo, con los laterales rapados y la parte de arriba más larga y perfectamente peinada hacia atrás y hacia un lado, con la raya lateral muy marcada. Le quedaba muy bien, pero jamás lo reconocería ni se lo diría.

Estuvimos en silencio durante un largo rato, sin que nuestras manos se separaran en ningún momento. Tampoco hablamos. Solo estuvimos ahí, sosteniéndonos, hasta que él miró el reloj en el móvil y me apretó la mano un par de veces rápidas.

—Deberíamos volver con mamá. Quizá ya tenga habitación.

Separó su mano de la mía y se levantó de la silla alisándose la camiseta. Pude ver la marca que había dejado el anillo de casado en su dedo anular.

«Vaya, por fin se lo ha quitado», pensé levantándome a su vez. Y, casi de manera automática, otro pensamiento cruzó mi cabeza, enfatizando aquello que Ángel había insinuado en nuestra conversación: ¿cuánto tiempo hacía que no lo llevaba puesto?

5 A veces, pesa la vida

Le habían dado una habitación individual en la tercera planta, ala H, rodeada de otros pacientes oncológicos. Una habitación amplia, con un gran ventanal desde el que se podían ver las montañas. Y, si me apuras, incluso se atisbaba «Aquel sitio», rodeado de pinos y abetos.

Estaba sentada en una silla mirando al infinito. Así, de espaldas, con solo el portasueros a su lado, no parecía que dentro de su cuerpo tuviera una enfermedad tan terrible, intentando llegar a cada órgano para llenarlo con su ponzoña.

Hablamos los tres largo y tendido, pero sin llegar a mencionar el motivo porque el que lo hacíamos en una habitación de hospital y no en el salón de casa. Era como si el cáncer no estuviera ahí, como si no fuera algo que nos estuviera afectando.

Ángel se había mudado tras el divorcio y vivía a escasos veinte minutos en coche, por lo que terminó acatando las órdenes de mi madre y se fue a descansar a casa cuando trajeron la cena. Lo hizo con cierta reticencia, probablemente por el hecho de no ser él quien se quedara ahí y lo hiciera la hermana menor. Habíamos acordado que yo me quedaría en casa de mi madre. Ella no aceptaba que nadie estuviera en el hospital durante la noche. «No voy a estar más cuidada ni controlada que aquí en ningún sitio», me repetía una y otra vez cuando intentaba convencerla para pasar la noche junto a ella.

Sin embargo, sí estuve allí hasta que terminó su cena que, todo sea dicho, no tenía una pinta tan repugnante como en la mayoría de los hospitales de la capital.

—Cariño, necesito que me hagas un favor —dijo tras tragar un trozo de merluza al horno.

—Claro, lo que quieras.

—Me he dado de baja de casi todos los cursos en los que estaba apuntada, pero me faltan dos: *aquagym* y el de cocina que te comenté.

—¿Pero por qué te das de baja?

—Pues porque no sé cómo me voy a encontrar —justificó—. Ni cuánto tiempo va a durar esto.

—¿Y si te encuentras estupendamente y esto es cuestión de un mes?

—Ay Inés… no creo que sea solo un mes.

Carraspeé mirándome las manos, nerviosa.

—Yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano —dijo con seguridad—. Pero durante un tiempo quizá no pueda estar yendo a inglés, a yoga o a cocina.

«Entre un veinticinco y un cincuenta y cinco por ciento de supervivencia a cinco años». La voz de mi hermano retumbó en mi cabeza como si todavía siguiera ahí.

—Esta bien —claudiqué—. ¿Y qué quieres que haga?

—Ve al Ayuntamiento y dame de baja de las clases de *aquagym*. Si Borja te pregunta, dile que ya le llamaré y le contaré.

—¿Borja? —pregunté confusa.

—Sí, es el que lleva estas cosas. El hijo de la que vive dos casas más abajo, ¿te acuerdas?

—Vagamente… —sonreí—. ¿Qué más?

—Para las de cocina vas a tener que ir al local y hablar directamente con el profesor. Pero no te preocupes, que es un encanto. Es la única que de verdad me da pena dejar, he aprendido un montón de recetas y técnicas nuevas que casi no he podido poner en práctica —lamentó—. Ojalá pueda hacerlo en un futuro.

«Entre un veinticinco y un cincuenta y cinco por ciento».

—Lo harás, mamá. No te preocupes por eso ahora.

No comió el postre. La enfermera vino a preguntar cómo seguía el dolor de estómago y le entregó un pequeño vasito de plástico con dos pastillas dentro. Las tragó obediente, llevando la pastilla casi hasta la garganta con el dedo, bebiendo un trago de agua y haciendo un movimiento de cabeza hacia atrás a continuación, como para darle más impulso y que la pastilla bajara mejor.

Me despedí de ella cuando ya estaba en la cama, con las gafas puestas y un libro en el regazo. Sin embargo, me llamó antes de traspasar la puerta de su habitación.

—En una de las ollas está la carne picada para la lasaña del domingo y en la otra una receta del curso de cocina que quería probar. Guárdalas en la nevera, no creo que se hayan puesto malas. Pero pruébalas antes, por si acaso, ¿vale, cariño?

—Claro, mamá —le dediqué una última sonrisa antes de salir de la habitación.

La casa me recibió desierta y oscura. Silenciosa. Un silencio que escondía una nueva realidad a la que todavía tenía que acostumbrarme, que era demasiado nueva, que no había podido asimilar.

Fui de manera mecánica a la cocina y destapé la primera de las ollas: la salsa boloñesa para la lasaña. Probé un poco y, como siempre, la encontré deliciosa. Mi estómago rugió pidiendo más, pero la guardé en un táper que fue directo a la nevera. Al abrir la tapa de la segunda olla, descubrí una salsa trabada y brillante que ocultaba trozos de una carne que parecía muy tierna. No pude evitarlo y probé el más grande que encontré. Tenía un sabor intenso, con toques ahumados y cierto picor al final, que persistía en el paladar sin que fuera desagradable.

Hubiera podido comerme la olla entera de no ser por el pensamiento que atacó mi mente de manera despiadada: acababa de probar una de las recetas del curso de cocina, ese curso que mi madre adoraba y del que lamentaba darse de baja. Una receta de las muchas que seguramente estaba deseando reproducir y que no sabía cuándo podría hacerlo.

—Entre un veinticinco y un cincuenta y cinco por ciento —dije en voz baja, dejando el tenedor en la pila.

Me apoyé en la encimera, ojeando la cocina con aire ausente. La cabeza se me llenó de pensamientos en los que ese lugar nunca volvía a recibir a su dueña, en los que metía en cajas de cartón cada plato y cada vaso de cristal envuelto en un plástico de burbujas. Imágenes de la cocina vacía, la casa vacía y mi vida vacía. Cerré los ojos con fuerza y recordé que no eran más que películas que me estaba montando en la cabeza debido al miedo.

Cuando los táperes estuvieron apañados y metidos en la nevera, me dirigí con pasos lentos y cansados a la que había sido mi habitación. Mi madre la había reestructurado un poco, pero seguía conservando mi cama y un pequeño armario. Se había deshecho de muchas de las estanterías de Ikea que yo misma compré y monté, llenándolas después de Funkos, guías de viaje y cientos de libros de fotografía, para sustituirlas por estanterías y cómodas en color blanco, con pequeñas plantas artificiales como decoración.

Me dejé caer en la cama agotada y cerré los ojos con la esperanza de que el sueño me llevara rápido y ese día quedara atrás. Pero entonces, el móvil vibró en el bolsillo trasero de mi pantalón

vaquero.

Lo saqué con fastidio. Negué con la cabeza, frustrada y cabreada, cuando me di cuenta de que era un mensaje de esos predefinidos que los *headhunters* enviaban a diestro y siniestro ofreciendo trabajo. Y sí, yo estaba sin trabajo, quizá no debería haberme cabreado tanto, pero lo hizo. Respondí con el también predefinido "No me interesa" y accedí a WhatsApp, donde tenía más de veinte mensajes pendientes de leer de Cristina. Suspiré, sintiéndome culpable por no haber dado señales de vida.

Cristina

Dime algo en cuanto llegues.

¿Hola?

¿Todo bien?

Dime algo o empezaré a preocuparme.

Espero que hayas llegado bien.

¿Cómo está tu madre?

¿Hola?

¿Hoooooolaaaaaaaa?

H

O

L

A

¿Has actualizado el CV?

Ya sabes que si necesitas voy.

Me deben días.

Los cogeré, aunque creas que no.

Y te haré tu comida favorita.

Y a tu madre, la que me diga.

Me estoy preocupando.

Te voy a matar.

Me cabrearé de verdad.

Es broma…

Dime que está todo bien.

Inés

Lo siento, lo siento, lo siento.

Llegué y mi madre estaba fatal.

La llevé a urgencias.

Tiene cáncer, Cristina.

Cáncer de cólon.

En estadio tres.

La van a dar quimio.

Luego la operarán.

Y espero que se acabe.

Parece un sueño, ¿sabes?

Todavía no me lo creo.
Sé que estás terminando el servicio.
Estoy bien, no te agobies.
Un poco en shock, pero bien.

Dejé el móvil a un lado y bostecé. Debería haber buscado un pijama en la pequeña maleta que había traído conmigo, pero estaba agotada. Me pesaban los ojos. Y me dormí. Vestida, con los anillos, los collares y el maquillaje puesto. Tuve un sueño intranquilo, lleno de muerte, enfermedad y desesperanza.

6 Le club de cuisine

El Ayuntamiento de «Aquel sitio» estaba, como no podía ser de otra manera, en el centro del pueblo, presidiendo una plaza repleta de árboles y con una pequeña carretera de un solo sentido que la bordeaba. A izquierda y derecha, locales de dos plantas máximo con comercios variopintos que daban algo de vida al pueblo. Y, frente al Ayuntamiento, al otro extremo de la plaza, una preciosa y gótica iglesia del siglo XIII que había sido reformada no hacía mucho. Era una de esas plazas que podrían usarse para rodar películas o series de televisión juveniles.

Borja, el hijo de aquella mujer que vivía en nuestra calle, me reconoció al momento. Me preguntó por mi madre pero no insistió cuando respondí con evasivas y no di demasiado detalle a la hora de solicitar que la dieran de baja de *aquagym*.

—Dile que puede volver a apuntarse cuando quiera —dijo tras darme unos papeles previamente firmados y sellados—. Y que no se preocupe, que la cuota de este mes se la devolvemos.

—Genial. Se lo diré —guardé los papeles en el bolso—. Gracias por todo, Borja.

Me alejé del mostrador pero di la vuelta de nuevo antes de llegar a la puerta. Borja ya tenía de nuevo la nariz metida en un montón de papeles y pareció molesto por la interrupción. Fue algo que me dijeron sus ojos, pues su boca mostraba esa sonrisa enorme con la que estaba segura que atendía a todo el mundo.

—Perdóname, Borja. Tengo que terminar de hacer unas cosas y… ¿tú no sabrás por casualidad dónde se da el curso de cocina, verdad?

No sabía si con tan detallada descripción sería capaz de ubicar el curso al que me refería. Quizá había más de uno impartiéndose a la vez en «Aquel sitio».

—Sí, claro. Está justo en la calle de enfrente. Es un local blanco con las letras en negro. Se llama Le club de cuisine, no tiene pérdida.

Y, en efecto, no tenía pérdida. Me sorprendió no haberme fijado en él pues tenía el coche aparcado un par de metros más abajo de la puerta. Me escondí tras las gafas de sol y me alboroté un poco el pelo. Septiembre había comenzado con un frío inusual, pero sabía que me sobraría la chaqueta en cuestión de horas. «Aquel sitio» tenía un microclima independiente y pasaba por todas las estaciones en un solo día. Mientras me dirigía al local con seguridad, tenía la desagradable sensación de que aquellos con los que me cruzaba y me habían reconocido juzgaban, sin ningún tipo de pudor, cómo iba vestida: los anillos de mis dedos, los collares que adornaban mi cuello, mis pantalones pitillo negros con tantos rotos que nadie diría que hubiera pagado casi ochenta pavos por ellos y mis botas militares. Por no hablar de la holgada camiseta blanca con escote en uve que dejaba entrever parte del encaje de mi sujetador *bralette*. Hice una mueca, saludando con la cabeza cuando alguno de ellos me saludó con un tímido «hola, Inés».

Miré por las ventanas del local haciendo visera con las manos, quitándome las gafas y llevándolas a la cabeza para facilitarme la visión. Estaba oscuro excepto por una luz al fondo. No

lograba ver nada y estaba tan metida en ese espionaje furtivo que no la escuché llegar.

—¿Inés? ¿Inés Gallego? ¿De verdad eres tú?

Habían pasado diez años desde que salí de «Aquel sitio» pero recordaba su estridente voz como si la hubiera escuchado tan solo un par de días antes. Isabel. Isa, para los amigos.

—Joder, Isabel. Cuánto tiempo.

Decir que me sorprendió el abrazo tan sentido que me dio es quedarse corta. Ella y yo nunca fuimos amigas. Nos movíamos en círculos muy diferentes. Ella era de las que gustaban a todos y tenía cientos de amigos y yo era la marginada que intentaba pasar desapercibida y con la que, alguna que otra vez, se metían.

—Dios mío, estás impresionante —dijo tras llevarse la mano a la boca.

—Gracias. Tú también estás genial.

—¡No me mientas! Estoy horrible, como si me hubieran echado cien años encima.

Arqueé las cejas confundida. Había sido sincera, muy a mi pesar. Hubiera deseado que el tiempo la hubiera tratado peor, pero seguía siendo preciosa y tenía un cuerpo lleno de curvas que estaba convencida de que le quitaba el sueño a más de uno.

—Bueno, cuéntame, ¿qué es de tu vida? ¿Cómo que estás aquí?

—Estoy de visita, ya sabes —respondí escueta.

—Claro, sí, pero es raro verte. Sé que vienes de vez en cuando por tu madre, pero nunca te había visto por el centro. ¿Dónde te fuiste?

—Verás, es que tengo un poco de prisa —repliqué con una sonrisa fingida—. Ya hablaremos si nos vemos por ahí.

—¡Claro, claro! Perdóname, no te quiero molestar —dijo apurada—. Es solo que… dios, Inés, hacía muchísimo que no te veía. Me ha alegrado encontrarme contigo, de verdad.

—Ya… gracias.

Volvió a abrazarme y me dio dos besos antes de alejarse de allí con pasos rápidos no sin antes lanzar una mirada fugaz a la puerta del local. Su melena pelirroja se movía de un lado a otro. Cerré los ojos, respirando hondo. ¿Cuántos más habría por allí? Llevaba tan solo cuatro días en «Aquel sitio» y ya me había topado con uno. Alejé a Isabel de mi cabeza y volví a centrarme en lo que necesitaba hacer.

Empujé la puerta despacio, tanteando. Estaba abierta, por lo que entré sin pensarlo dos veces, atravesando un largo pasillo de paredes blancas, hacia aquella luz que había visto desde fuera.

Ya en el comedor, dejé atrás una larga mesa de madera oscurecida con cinco sillas a cada lado. Una pequeña nevera y un mueble alargado del mismo color quedaban a la derecha. Sobre él, se apilaban platos de cristal tallado de diferentes tamaños y copas en tonos verdes y granates que me parecieron preciosas.

Una enorme cristalera separaba la zona del comedor de la cocina, que contaba con una superficie de trabajo rectangular en color gris, dos secciones de placas vitrocerámicas a cada lado y una a gas en el centro. Ollas de todos los tamaños ocupaban una gran estantería metálica a la derecha. A la izquierda, aparatos extraños que nunca había visto descansaban sobre una mesa también de metal. Y justo enfrente, múltiples cuencos, cuchillos, afiladores y varias pilas donde lavarse las manos dejaban poco espacio libre.

Una doble puerta abatible de color negro quedaba a mi izquierda, separada de la zona de trabajo.

—¿Hola? —pregunté en voz alta mientras cotilleaba con disimulo el contenido de algunos boles metálicos que había sobre una de las placas.

La falta de respuesta y mi naturaleza curiosa hicieron el resto. Al llegar al otro lado de esa

mesa de trabajo, descubrí un sinfín de recovecos que quedaban ocultos a la vista al entrar, pero que se mostraban llenos de cachivaches, más boles, campanas, platos, cubiertos, sartenes de todos los tamaños y tablas para cortar. Llamó mi atención un extraño artefacto con cuerpo metálico en color gris claro, un fino tubo negro y una clavija con forma cónica al final. Me recordó de pronto a las cachimbas que tenía un pequeño bar por el que me había dejado caer alguna que otra vez. «Una cachimba enana y portátil», pensé levantándome con ella en las manos y observándola con atención.

—¿Puedes decirme quién eres y qué haces con mi *ahumador*? —escuché a mi espalda.

Casi tiré el maldito cacharro cuando me giré dando un respingo. Lo encontré mirándome con la misma curiosidad con la que yo había mirado su cocina. Era lo bastante alto como para sacarme unos cuantos centímetros incluso llevando tacones. Tenía el pelo alborotado y castaño, con rizos sueltos apuntando en todas direcciones. Dudaba que se hubiera peinado y, si lo había hecho, desde luego tenía un estilo de lo más peculiar. Avanzó hacia mí, lo que me hizo retroceder no sin antes dejar el *ahumador* donde lo había encontrado. Bordeé la mesa hasta quedar frente a él, que había dejado las bandejas y esperaba con las cejas levantadas y las manos apoyadas en la encimera a que dijera algo.

—Perdona —fui capaz de decir por fin—, vengo a dar de baja a mi madre del curso de cocina.

—¿Y tu madre es…?

—Clara. Clara…

—Ah, sí, ya sé quién es —me interrumpió—. ¿Por qué quiere darse de baja? No me dijo nada cuando estuvo aquí la semana pasada. Y creía que su ausencia del viernes había sido algo puntual.

—Ya, bueno… va a estar un tiempo sin poder venir por unos temas personales.

—Personales —repitió la palabra despacio, con cierto aire incrédulo.

No creía que fuera necesario dar más detalles así que esperé a que me dijera cuáles eran los siguientes pasos. Se mantuvo en silencio, mirando hacia abajo con una mueca en los labios para observarme después. No era un tío guapo, de esos que hacen que te gires cuando te los cruzas por la calle, pero tenía algo que llamaba la atención. No sabía si eran sus ojos marrones oscuros, enmarcados por unas cejas rectas que le daban un aspecto fiero. O quizá su nariz, algo torcida y alargada, como si se la hubieran roto en alguna ocasión. O en muchas. O podía ser su mandíbula marcada. O quizá una combinación de todas esas cosas. No lo sabía, pero había magnetismo en él.

—¿Ya está, entonces? —pregunté rompiendo el silencio.

—Supongo que sí, qué remedio—respondió tras pensarlo mucho.

Desapareció de mi campo de visión unos instantes para aparecer de nuevo con un delantal negro que se ató a la cadera.

—¿Supones?

—Sí. Es la primera vez que alguien se da de baja, así que sí, supongo que ya está —replicó con lo que me pareció cierto enfado.

—Perfecto —solté de todas formas, con una sonrisa forzada—. Cuando pasen un par de meses volverá a apuntarse, le encanta este curso.

Lo dije a modo de despedida y ya había iniciado mi retirada cuando lo escuché hablar.

—Lo sé. Por eso me sorprende tanto. Pero no creo que pueda volver en unos meses.

Me detuve en seco. No contaba con una respuesta como esa.

—¿Cómo?

Había comenzado a sacar verduras de todo tipo de la primera de las bandejas y levantó la vista al escucharme entrar de nuevo en la cocina.

—Que no habrá plazas ni en un par de días. Hay lista de espera y cuando se libere la de tu madre, llamaré a cada uno de los interesados hasta que alguien la cubra.

—¿No puede reservarse un par de meses?

—No, no puede.

—Está bien, pues pagaré los meses que ella no venga.

«Ya puedes buscar un trabajo, Inés, o adiós a tus ahorros», pensé justo después de que esas palabras salieran por mi boca.

—No es un tema económico. Tu madre ya pagó este curso hace tiempo. Completo además.

—¿Entonces?

—Lo siento, pero no puede ser. Crearía un precedente y la gente cogería las plazas para asegurarlas sin saber si vendría después, dejando a otras personas sin la oportunidad de hacerlo. Y afectando de manera directa a mi trabajo.

—¿Me estás diciendo que se queda sin plaza y ya está? ¿Y que, además, pierde el dinero?

Lo pensó unos instantes, dándole vueltas a un pimiento rojo antes de meterlo en un bol enorme que tenía a su lado.

—Eso es. Dale recuerdos de mi parte y dile que espero que resuelva pronto sus temas personales. Y que puede venir a verme siempre que quiera.

Me quedé allí, bloqueada y cabreada, viéndolo lavar verduras y colocarlas en boles de diferentes tamaños como si no estuviera presente. Cuando terminó con las verduras, apartó la bandeja y acercó otra. Sacó de ella el primero de los tres pollos enteros que tenía y lo dispuso frente a él en una tabla. Comenzó a cortarlo con destreza, como si fuera mantequilla. Intentaba pensar con rapidez en alguna alternativa que hiciera que mi madre, esa mujer que ahora tenía que lidiar con una enfermedad terrible, no perdiera la oportunidad de volver. Quería que tuviera un aliciente más que la ayudara en el camino.

—Está bien, está bien —dije llamando su atención.

Dejó el cuchillo a un lado y se lavó las manos en la pila que había a su espalda, para secarlas después con un paño que tenía sujeto en el delantal. Se apoyó en la encimera, cruzó los brazos a la altura del pecho y me miró. No dijo nada, solo me miró. Sin más.

—¿Y si alguien ocupa su plaza durante el tiempo que ella esté… fuera?

—¿Qué sentido tendría? Carecería de los conocimientos para poder avanzar cuando llegara el momento.

—Mi madre es una excelente cocinera, no le costará ponerse al día —repliqué molesta.

Frunció el ceño. Lo imité, cruzándome de brazos y aguantándole la mirada sin pestañear. Si quería jugar a eso, podía hacerlo sin el mayor problema.

—Tengo que pensarlo —dijo antes de bajar la mirada y acercarse de nuevo al pollo, dando por finalizada la conversación.

Salí de allí sintiéndome victoriosa. Aunque tenía que pensarlo, algo en mi interior me decía que esa solución sería factible. Que eso permitiría a mi madre mantener su plaza. Si tenía que ir a su curso de cocina durante dos meses, iría.

No tenía nada mejor que hacer, de hecho.

7 Segundas miradas

Ir al hospital era mi siguiente objetivo, como lo había sido todo el fin de semana. Por primera vez en mucho tiempo, mi madre volvía a ser la de siempre. La medicación, específica para tratar su dolor, hacía que volviera a hablar animada, que leyera o que hiciera crucigramas con la misma rapidez con la que los había hecho meses atrás. Lo único que no había recuperado era el apetito, pero lo achacaba al poco sabor de la comida del hospital más que a la enfermedad. No hablábamos de ello. Era algo que estaba ahí, pero a lo que no le prestábamos mucha atención. No sabía si eso me gustaba o me llenaba de dudas. Había veces que necesitaba saber qué pensaba o qué sentía, pero no me atrevía a preguntarlo.

—¿Qué tal has dormido?

Esa era mi manera de tantear el terreno. Mi madre, al igual que me pasaba a mí, somatizaba todo a través del sueño. Cuando algo la preocupaba, no dormía. Y ocurría lo mismo cuando algo la emocionaba.

—Estoy durmiendo como un tronco —respondió con una sonrisa—. Hacía tiempo que no dormía igual de bien.

Podía haberme mentido, pero decidí creer que no lo hacía. Y me tranquilizó. Su respuesta consiguió que los latidos de mi corazón fueran más despacio. Estaba sentada en la silla del hospital, con ese pijama color azul que le ponían a todos los enfermos. Sus ojos parecían mucho más grandes tras su gafas de ver.

—¿Estás bien? —preguntó bajándose las gafas y mirándome por encima de ellas.

—Claro —respondí con una sonrisa, sentándome en la cama y recogiéndome el pelo en un moño bajo.

—Estás muy guapa, Inés —aprobó mi madre con ternura—. Podrías ponerte alguna otra cosa en lugar de ir siempre de negro, pero estás muy guapa.

—Gracias mamá. Oye, por cierto, ya está todo apañado. *Aquagym* y cocina.

—Menos mal, ya me quedo más tranquila. ¿Qué te ha dicho Gabriel?

—¿Gabriel? ¿Así se llama el del curso de cocina?

—Sí, ¿no te lo había dicho? Gabriel *Nosequé,* tiene un apellido muy raro.

—Pues Gabriel *Nosequé* no me lo ha puesto fácil, pero creo que lo tengo casi apañado. Podrás volver cuando te sientas con ganas de hacerlo.

—Ay, Inés, no sabes la alegría que me da escucharlo, ya sabes lo mucho que me gusta —dijo con una gran sonrisa y un brillo especial en los ojos. Solo por ver eso, habría merecido la pena todo—. ¿Y te preguntó por qué me daba de baja?

—No, nada, pero sí me dijo que le resultaba curioso que lo dejaras.

—Ya, es que hablo mucho con él en los cursos y le he repetido hasta la saciedad lo que me gustaban sus clases. Estuve la semana pasada allí sin saber que quizá no volvería.

—No digas eso, vas a volver. Esto es solo un paréntesis, no un punto y final.

—Lo sé, lo sé…

Pero en esa ocasión, ni siquiera las ganas de creerlo hicieron que diera veracidad a sus palabras.

—Por cierto, ¿sabes a quién vi cuando iba a darte de baja de las clases de cocina? —dije cambiando de tema.

—¿A quién?

Había recuperado de nuevo la sonrisa y me miraba con los ojos muy abiertos, con impaciencia.

—A Isabel. La de mi clase, ¿te acuerdas?

Lo pensó unos instantes, pero negó con la cabeza frustrada.

—Isabel, la chica popular del instituto. La hija del que era alcalde por aquel entonces. Héctor creo que se llamaba.

—¡Ah, sí, sí! Ahora caigo. Se fue hace unos años con un novio que se echó y que se suponía que iba a ayudarla en su carrera de modelo, pero parece que no salió bien y hace cosa de un año volvió a casa de los padres.

Asentí pensativa. La vida te da un buen golpe cuando sales del cascarón y la protección que supone un instituto en un pueblo pequeño y más si, como en el caso de Isabel, tienes el beneplácito de todo el mundo por ser la «hija de». No me daba ninguna lástima, por otro lado.

—¿Hasta cuándo tienes vacaciones? —preguntó sacándome de mis pensamientos.

—Un par de semanas. Luego voy a pedir trabajar desde casa para poder estar aquí —mentí con maestría.

—No hace falta, cariño. Tú vete a casa y no cambies nada por esto. Ahora estoy ingresada pero no voy a estar todo el tiempo en el hospital. Espero poder irme a casa el mismo miércoles, tras la quimioterapia.

—Bueno, ya veremos lo que pasa en dos semanas. Por cierto —apunté, deseosa de cambiar de tema—, ¿has hablado con Ángel?

—Sí, vendrá por la tarde. Le corresponden unos días por ingreso así que los va a coger.

—¿Has vuelto a ver a Laura? —pregunté, intentando que no se notara mucho lo que me apetecía cotillear.

—Se fue a Escocia hace unos meses. Me han dicho por ahí que no se ha ido sola. Pero esto tu hermano no lo sabe.

Lo susurró, saciando esas ganas de *salseo* que tenía. Laura era la mujer con la que se casó mi hermano tres años atrás y de la que se divorció casi dos años después. Alguien que llegó a su vida cuando terminó la carrera de Ciencias de la Actividad Física y el Deporte y empezó a trabajar en un instituto. Ella era la profesora de inglés, una chica inteligente, cariñosa y algo reservada con la que hacía una pareja de película. Estuvieron seis años de novios antes de que ella hincara rodilla y le pidiera matrimonio en un viaje que hicieron a Japón. Nos reímos mucho juntas cuando lo recordó en una cena días después de volver. No es que fuera algo muy de su estilo y quizá por eso nos sorprendió tanto. A veces echaba de menos su risa fácil y la manera tan tierna que tenía de corregirme cuando hablaba en inglés. Pero, tras el divorcio, apenas habíamos tenido contacto. Y de eso hacía ya mucho tiempo.

—¿Te has dado cuenta de que se ha quitado la alianza? —pregunté acuclillándome frente a ella y agarrándome a sus rodillas.

—Sí, lo hizo hace unas semanas.

—Ya era hora, ¿no te parece? Daba un poco de pena que siguiera con ella puesta después de… ¿cuánto? ¿Un año? ¿Un año y medio?

—No seas así, Inés. Es tu hermano. No le ha resultado fácil.

—La dejó él, a pesar de tener una relación que ya me gustaría a mí encontrar —recordé levantando las cejas—. No entiendo a qué viene ahora tanto miramiento.

—Las cosas no siempre son tan sencillas, cariño. Y en muchas ocasiones hace falta guardar un duelo, darse un tiempo para decir adiós y sanar las heridas. Y eso aplica a todo en la vida.

Lo que había empezado como una conversación inofensiva en la que pretendía chafardear un poco sobre la vida sentimental de mi hermano, había terminado en algo que no me gustaba demasiado escuchar. Noté su mano acariciando con suavidad los mechones de pelo que habían quedado sueltos tras recogerme el pelo. Sus uñas largas y redondeadas rozaban la piel de mi cara de vez en cuando, cada vez que volvía a coger el mechón para retenerlo entre los dedos. Volví a sentirme pequeña y protegida. No podía pasar nada malo cuando estaba en casa, cuando estaba con ella. Ella era casa. Siempre lo había sido.

—No me había dado cuenta de lo muchísimo que te ha crecido el pelo —dijo con esa voz alegre que siempre la acompañaba.

Se había instalado un nudo en mi garganta que me estaba costando mucho deshacer. Tragué varias veces antes de poder hablar con normalidad.

—¿Me haces una trenza de raíz? —rogué con la mirada.

—Claro, cariño.

Me trenzó el pelo con paciencia y mimo, como siempre había hecho. Alabó lo cuidado que lo tenía o lo mucho que se parecía en el color al de mi hermano. Pero también me habló de su curso de cocina, aquel que había empezado a principios de año con nociones básicas y que quería continuar con algo más avanzado. Me explicó, con orgullo, cómo Gabriel la ponía siempre de ejemplo cuando revisaban el progreso de cada alumno.

—Pero mamá, llevas cocinando media vida, ¿qué te aporta que alguien te cuente cómo partir la cebolla? —pregunté cuando terminó la trenza, girándome para poder verla.

—Que lleve media vida cocinando no significa que esté empleando las técnicas correctas o que no pueda sacarle partido a lo que ya sé para mejorarlo.

—Eres una cocinera maravillosa y tus platos saben a elixir de los dioses —afirmé antes de darle un beso en la mejilla.

Pasamos una mañana bastante buena, aunque fuera dentro de esas cuatro paredes. Cuando mi hermano cruzó la puerta a media tarde, ella estaba echando una cabezada, con la televisión de fondo al mínimo. Me había recostado en una silla horrible para acompañantes, una de esas que estaba segura que había en cada habitación de cada hospital del mundo, y miraba distraída el móvil.

—¿Qué tal ha pasado el día? —preguntó acercándose con sigilo.

—Bien, ha estado tranquila.

—Puedes irte si quieres, ya me quedo yo.

Levanté la vista del móvil y lo miré con la ceja levantada.

—No quiero irme. Vete tú.

Me dedicó una sonrisa forzada antes de sentarse con cuidado en un extremo de la cama. Estiró las piernas y bostezó.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó, más por romper el silencio que porque de verdad le importara.

—Bien —respondí escueta—. ¿Y el tuyo?

—¿Cómo que te han dado vacaciones? —preguntó a su vez, sin contestar a mi pregunta— Siempre te has quejado de los problemas que tienes para que te las concedan.

—¿Y tú qué sabes si me quejo o no? ¿Lo hago contigo?

—No, conmigo no. Con ella —señaló a mi madre, que había cambiado de posición y roncaba un poco—. Pero me lo cuenta todo y es como si pudiera escucharte protestar en estéreo.

Susurré un «imbécil» que sé que escuchó por la risa ahogada que disimuló entre toses.

—¿Conseguiste darla de baja de *aquagym* y del curso de cocina?

—Más o menos. El de cocina se me está resistiendo un poco, pero casi lo tengo.

—¿Se te está resistiendo? ¿Eso qué significa?

—Nada, olvídalo. Tengo que apañarlo de otra manera, pero yo me ocupo. No le digas nada, ¿vale?

Guardó silencio, observando con un cariño inmenso a la mujer que dormía plácidamente en la cama. Colocó las sábanas para que ni una sola arruga la perturbara, igual que ese príncipe azul que es capaz de quitar el guisante de debajo de quinientos colchones para que su princesa tenga un plácido sueño. Así era mi hermano. Un príncipe encantador de los de capa y espada.

—Oye, ¿estás bien? —pregunté al final señalando con un gesto de cabeza su dedo anular, ahora desnudo—. Me ha dicho mamá que Laura se ha ido.

Se encogió de hombros y suspiró antes de responder.

—Estoy bien.

No insistí. Nuestra relación se había enfriado demasiado como para seguir preguntando y que sonara algo natural y no forzado. Y a ninguno de los dos nos gustaba forzar las cosas. En eso nos parecíamos demasiado. A pesar de que la curiosidad por saber si seguía pensando en ella o si, por el contrario, había alguien que ya le calentaba la cama pudiera conmigo.

—¿Ha venido algún médico hoy?

—Solo la enfermera, para preguntar si tenía dolor —dije estirándome.

—El miércoles empieza la quimioterapia, no sé cómo va nada de esto.

Callé porque yo tampoco sabía cómo iba la cosa. El desconocimiento me llenaba de dudas, de ansiedad y de miedo. Sí, sabíamos que podía tener días muy malos, que podría haber vómitos, malestar, llagas en la boca, un gusto extraño en la comida, sequedad en la piel, cansancio o mareos. Lo sabíamos porque, aunque ninguno de los dos lo reconociera, ambos habíamos hecho lo que se supone que no debes hacer jamás: buscar en Google. A pesar de haber hablado con los médicos, a pesar de tenerlos a mano para que resolvieran cualquier posible duda… habíamos recurrido a Google. Y que Google no era la mejor fuente de información para según qué cosas, era algo de sobra conocido.

—Ya iremos viendo —dije mirando a mi madre—. Pero al menos ya empezamos a tratarlo, menos mal que ha ido todo rápido.

—Sí, ha sido todo… bueno, creo que ni ella ha tenido tiempo de encajar las cosas.

—¿Tú crees? —fruncí el ceño— Yo la veo bastante bien, con algunos momentos en los que sí es verdad que se queda mirando a la nada, pero en general sigue siendo ella. Incluso mejor que los últimos meses, que siempre estaba con dolores.

—¿Qué se le pasará por la cabeza? —susurró como si no me hubiera escuchado.

—Me ha comentado la enfermera que hay psicólogos especializados en estas cosas. Quizá deberíamos…

Llamaron a la puerta de manera rápida y contundente. La melena castaña y de corte recto por encima del hombro de Cristina apareció poco después. Y, por si aún necesitaba algo más para reconocerla, sus enormes ojos color avellana no dejaron lugar a dudas. Los rasgos de su cara se relajaron cuando me vio allí, sentada en la silla con un gesto que debía reflejar la sorpresa que sentía.

—¡Por fin te encuentro! —dijo casi como si estuviera regañándome— Llevo dos horas dando vueltas por este hospital.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me levanté del asiento y la abracé cuando llegó a mi lado.

—No podía dejarte sola —susurró en mi oído devolviéndome el abrazo, uno de esos bien fuertes que tanto me gustaban. Ignoraba cuánto tiempo estuvimos juntas, los abrazos de Cristina eran casi tan buenos como los de mi madre—. Además, te he traído algo de ropa, para que vayas tirando. ¿Sabes que tienes camisetas todavía sin estrenar? Ya te vale…

Reí por la nariz, pero no contesté. Agradecía tener una amiga que pensaba en esas cosas. Fue idea suya que nos diéramos una copia de las llaves de nuestras casas, por si teníamos alguna urgencia.

—No sé qué haría sin ti.

—¿Cómo está? —preguntó mirando a mi madre.

—Bien. Está tranquila y sin dolor. El miércoles empieza la quimio.

—Eso está bien, está muy bien —dijo con seguridad agarrándome la cara—. Podrías haberme dicho el número de habitación desde el principio, por cierto. Me he recorrido todo el hospital buscándoos. Un par de celadores me han mirado raro cuando me he metido por uno de los pasillos.

—No me lo has preguntado. Y, además, ¿no tienes que trabajar?

—Te dije que me debían unos días y los he pedido. Adoro mi trabajo, pero te adoro más a ti.

Levanté una ceja sin creérmelo del todo pero encantada de tener a mi mejor amiga a mi lado.

Mi hermano tosió con sutileza para hacerse notar y Cristina giró el cuerpo hacia él con los ojos muy abiertos, siendo consciente por primera vez de que había alguien más en la habitación.

—¿Qué tal? Soy Ángel —dijo cuando comprobó que no iba a presentarlos.

—Vaya… Sí, claro, Ángel —titubeó Cristina—. Inés te ha mencionado en alguna ocasión.

—¿En serio? —preguntó incrédulo antes de levantarse y darle dos besos— Puedo imaginar en qué términos.

Cristina respondió algo cortada a ese saludo. La conocía y sabía que había sido por ese último comentario, por no saber si provocaría que la relación entre mi hermano y yo se deteriorara un poco más. La miré y emití un «tranquila» silencioso, restándole importancia con un gesto de la mano.

—Sí, bueno… yo soy Cristina, encantada.

Le dio la espalda para prestarme toda su atención. Pero hubo algo en ese momento, en la forma en la que volvió a girar la cabeza para mirarlo de nuevo, que llamó mi atención de manera fugaz. De haber estado en un bar tomando unas cañas, seguramente ese gesto hubiera sido suficiente para que la tomara el pelo durante un buen rato o la insistiera para que siguiera al tío que había provocado que lo mirara dos veces seguidas. Pero en la habitación de ese hospital, mis neuronas no fueron capaces de hacer esa conexión tan sencilla y evidente.

—Tienes cara de cansada, Inés. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un café, un refresco?

—No, estoy bien, pero podemos ir a tomar algo a la cafetería de todas formas y me cuentas eso de que tienes unos días libres. ¿Te quedas, Ángel?

—Sí. ¿Me subes un café?

—Claro —respondí distraída mientras buscaba el bolso—. ¿Quieres algo más? ¿Has comido?

—No, pero no tengo mucha hambre. El café está bien.

Lo miré frunciendo el ceño pero, de nuevo, no insistí. Me acerqué con sigilo a mi madre y la besé en la mejilla, apretando con cariño su mano después. Se removió un poco, pero siguió durmiendo con tranquilidad.

Al llegar a la cafetería del hospital, nos sentamos en una mesa libre que vimos en el exterior. Hacía calor, escuchábamos piar a los pájaros, veíamos la sierra de fondo y estábamos rodeadas de árboles. Era irónico que un espacio que se veía tan lleno de vida ocultara una realidad tan diferente para muchas de la personas que estaban en él.

—¿Cómo estás? —me preguntó casi sin darme tiempo a acomodarme en la silla.

—Bien, estoy bien —dije buscando de manera mecánica las gafas de sol, que estaba segura de haber guardado en el bolso al llegar al hospital.

—¿En serio?

—Sí. En serio, Cristina, estoy bien —insistí al comprobar que no me creía—. Reconozco que el primer día casi me da un síncope. Además en sentido literal. Pero luego lo pensé y… los médicos se muestran optimistas. Mi madre está muy animada y con muchas ganas así que… Estoy bien. Preocupada, claro. Pero bien.

—Conociéndote, seguro que ya has pensado en un montón de futuros, a cada cual más horrible, ¿verdad?

—Un poco sí, no te voy a engañar. Pero fueron los primeros momentos, ahora está controlado.

No supe si llegó a creer alguna de mis palabras, pero no siguió preguntando. Abrió una botella de agua y dio un largo trago, evaluando el lugar.

—Nunca me has invitado a ir a «Aquel sitio» —dijo como si fuera algo de lo que acabara de ser consciente.

Eché la cabeza hacia atrás intentando relajarme y respiré hondo. No dejaba de resultarme gracioso que hubiera hecho suya esa forma de llamarlo.

—No hay mucho que hacer allí. Y estás todo el día trabajando. Por cierto —me incorporé en la silla como un resorte—, explícame eso de tus «vacaciones». ¿Cuánto tienes en realidad?

—Un par de días ahora. Tenemos algunos temas importantes de cara al fin de semana y tengo que dejarlo listo. Pero vendré la semana que viene otra vez, prometido. Y en poco tiempo tenemos el cierre anual para I+D que tanto le gusta a André, así que podré venir los fines de semana.

Sonreí poniéndome las gafas e intentando evadirme, respirando hondo y dejando la mente en blanco. No duró mucho, pues Cristina no era precisamente una mujer a la que le gustara permanecer en silencio.

—Tengo que contarte lo último que hemos incorporado en el menú, Inés. Es alucinante. Es un trampantojo, creo que hasta ahora no teníamos ninguno. Cuando el comensal piensa que ha llegado el momento del postre y que el menú degustación finaliza… se encuentra con ese sabor a mar y esa espuma cítrica tan potente, no solo a nivel gustativo, también a nivel olfativo… es una verdadera delicia. Nadie diría que es cabracho a simple vista, créeme. André está muy contento, está siendo todo un éxito.

Cristina llevaba varios años trabajando en el restaurante de André Martín, un reconocido chef de cocina que acumulaba premios y reconocimientos. Cosa que tocaba, cosa que acababa siendo un éxito. A ella le encantaba trabajar para él pero a mí me escamaban algunos de sus comportamientos. Y ese era uno de ellos.

—¿No es algo parecido a lo que hiciste en tu cumpleaños? Porque desde luego la descripción es casi la misma. Y juraría que era cabracho lo que comí.

—Sí, bueno… —se removió en su silla algo nerviosa— Es parecido, sí. La espuma no sabe tanto a cítrico como la que hice aquel día.

—Ya… André es un caradura, Cris. Ha vuelto a poner su nombre en una receta que es tuya.

—Sí, pero…

—Y ya van tres veces.

Cruzó los brazos sobre el pecho y suspiró.

—Lo sé. Pero es el chef de cocina y es muy bueno, Inés. Estoy aprendiendo mucho con él.

—Vale, pero tú eres la segunda al mando, no te quites mérito —repliqué molesta.

—No lo hago… sé que soy buena.

—Eres más que buena.

—Soy más que buena —reconoció con una sonrisa—. Pero también sé que aquí puedo mejorar. Y llegará mi momento, lo sé. Algún día tendré mi propio restaurante. Pero mientras tanto… mi nombre no estará en el plato, pero la gente lo está disfrutando. Cada día, en cada servicio.

Le brillaban los ojos. La pasión que sentía casi podía palparse. Deseé poder amar mi trabajo al menos una tercera parte de lo que ella lo hacía. Quizá así no sentiría esa opresión en el pecho cada vez que pensaba en volver. Suspiré hondo, borrando ese pensamiento de mi cabeza.

—Hasta que llegue tu momento, no vuelvas a enseñarle ningún plato a André —apunté mirándola por encima de las gafas de sol.

Asintió con un movimiento de cabeza y, tan solo unos segundos después, empezó a hablarme de todos los platos que había estado probando en casa.

Me dio tantos detalles que hasta consiguió abrirme el apetito.

8 Entre calabacines y pepinos

Cristina hizo que las horas pasaran volando y ayudó a que la convivencia con mi hermano (que había decidido quedarse en casa en lugar de volver a la suya) fuera mucho más distendida. No nos quedaba más remedio que estar juntos y, a pesar de que esos primeros días fueron algo tensos, poco a poco el ambiente iba mejorando. Pasábamos el día en el hospital, intentando hacerle a mi madre la estancia algo más amena.

Y lo conseguimos… o más bien debería decir que ella lo consiguió. Nació entre las dos una conexión especial cuando ambas descubrieron que sentían un amor que iba más allá de lo normal hacia la cocina. Mi madre se sentaba en la silla y hablaba de manera animada con Cristina, que ocupaba una parte de la cama. Mi hermano y yo nos limitábamos a estar ahí, haciéndolas compañía pero sin intervenir demasiado en la conversación.

—Y, por último, un poco de ralladura de lima. Te aseguro que no habrás comido unas alitas de pollo así en tu vida —le dijo Cristina a mi madre, que apuntaba obediente todo lo que ella decía en un pequeño cuaderno que nos había pedido que le lleváramos.

—Tiene buena pinta —apuntó Ángel, acercándose a los pies de la cama.

—Las haré cuando salga de aquí, porque tiene que estar buenísimo —dijo mi madre con una sonrisa de oreja a oreja.

—Algún día podemos quedar y hacer un plato juntas, si te apetece.

—Ay, Cristina, eso sería maravilloso. Tengo un montón de recetas y técnicas que he aprendido en el curso de cocina. Inés ha conseguido que pueda retomar mis clases cuando todo esto acabe.

—Mierda —dejé escapar entre dientes. Miré la hora, eran casi las siete, quizá aún tuviera tiempo—. Tengo que salir un momento, no tardo nada.

—¿A dónde vas? —preguntó mi hermano sorprendido.

—Tengo que gestionar algo, no tardo nada de verdad —respondí evasiva.

—¿Quieres que te acompañe? —dijo Cristina comenzando a bajar de la cama.

—¡No, no! Quédate aquí y seguir hablando de cocina.

Me acerqué a mi madre y le di un beso antes de irme. Conduje como si me fuera la vida en ello y aparqué (o quizá sería mejor decir que dejé el coche de cualquier manera) delante de la puerta de Le club de cuisine. La empujé confiando en que aún estuviera abierto y solté el aire despacio, aliviada, cuando cedió con facilidad. Me adentré con paso firme hasta el comedor. Todo era igual que el día anterior excepto el olor. Olía a comida. Y olía muy bien. Lo vi sentado en un extremo de la mesa, leyendo algo con un tenedor en la mano. Estaba comiendo. A las siete y cuarto de la tarde. ¿Quién come (o cena) a las siete y cuarto?

El sonido de mis pasos debió alertarlo, pues levantó la vista girándose hacia un lado, buscando aquello que había perturbado su descanso. Frunció el ceño cuando me vio, pero no dijo nada. Me acerqué despacio, con una sonrisa que tenía muy ensayada y que utilizaba cuando

quería encandilar a algún cliente hostil.

—Hola. Perdona que te moleste. Soy…

—Sé quién eres. La hija de Clara, estuviste ayer aquí —dijo siguiéndome con la mirada hasta que me detuve frente a él.

—Eso es. Que aproveche, por cierto. Huele genial —alabé con sinceridad—. Me encanta la pasta.

Apartó el plato de *rigatoni*, con lo que se me antojaba una deliciosa crema por encima, para apoyar las manos en la mesa y entrelazar los dedos. Por un momento, parecía que estaba delante de un mafioso italiano. Solo le faltaba acariciar un gato para que la estampa fuera perfecta.

—Venía para ver si te habías pensado lo que hablamos ayer.

Deduje que lo mejor era ir al grano, pues Gabriel no articulaba palabra. Solo observaba. Esperaba.

—La posibilidad de que otra persona ocupe la plaza de mi madre durante un tiempo —insistí cuando el silencio fue su única respuesta—. ¿Lo has pensado?

—Lo recuerdo. Los problemas personales.

—Exacto —agrandé un poco más la sonrisa—. ¿Y?

Movió los dedos pulgares en círculos, manteniendo la vista fija en mí, sin parpadear. Respiré hondo, cansada y con la paciencia a niveles cada vez más bajos. A eso ya habíamos jugado el día anterior. Aparté la silla que tenía delante y me senté con tranquilidad frente a él. Crucé los dedos de las manos sobre la mesa, imitando su gesto.

—Necesito saber quién ocupará su plaza —dijo tras apartar la mirada, mucho tiempo después.

—La tienes delante —apunté conteniendo la alegría ante la batalla ganada.

Levantó la ceja incrédulo. Incluso me pareció que disimulaba una sonrisa al limpiarse la boca con una servilleta de tela que debía tener sobre las rodillas.

—¿Algún problema? —ataqué sin elevar el tono de voz.

—Problema como tal, no. Pero creo que alguien que no sabe diferenciar entre un calabacín y un pepino no disfrutará ni obtendrá ningún beneficio de este tipo de curso.

Iba a rebatirle el argumento pero caí en la cuenta de que, sí, me había pasado. Hacía mucho de aquellas primeras compras cuando me independicé y llamaba a mi madre para que me confirmara qué tipo de pescado debía comprar o cuál era la mejor época para comer espárragos trigueros. O qué diferencia había entre un calabacín y un pepino, pues en aquel mercado el segundo era tan grande como el primero y me costaba distinguirlos.

Me eché a reír sin poder evitarlo, ahuecándome el pelo después algo abochornada.

—¿Te lo ha contado? No puedo creerlo.

—Algo mencionó, sí.

Carraspeó y acercó de nuevo el plato de pasta, dando por terminada la conversación. Tenía una forma peculiar de zanjar los temas, estaba claro. Pinchó con elegancia un par de *rigatoni*, pero se detuvo antes de llevárselos a la boca. Alzó la vista, me miró con la ceja levantada y esperó, de nuevo, a que dijera algo.

—¿Entonces? ¿Lo hacemos así?

—Sí.

—Genial, pues… ¿cuándo empezamos?

—Tu madre venía los miércoles y los viernes, de doce a cuatro.

—¿De doce a cuatro? ¿Tantas horas?

—Sí, solíamos comer juntos después. Pero puedo intentar ajustarlo para saltarnos esa hora.

Por el tono que empleó y su ceño fruncido, supe que esa idea no le gustaba demasiado. Lo

último que quería era que se lo pensara dos veces y se arrepintiera así que negué con la cabeza.

—No, no, está bien, cuatro horas.

Suspiré y simulé una sonrisa, levantándome después para irme lo antes posible. Él parecía congelado en el tiempo, no se había movido ni un ápice y seguía con el tenedor a medio camino a la boca.

—Te dejo comer. O cenar. O lo que sea que hagas a las siete y media de la tarde.

Me alejé de allí con paso rápido notando sus ojos en mi espalda. Escuché un «hasta mañana, Inés» que fue tan solo un susurro. Cuando me giré para despedirme, lo encontré de nuevo metido de lleno en la lectura de todos esos papeles que tenía entre manos cuando entré.

Fruncí el ceño y salí de allí sin volver la vista atrás.

Algo rondó mi mente durante todo el camino de vuelta al hospital. No era una idea concreta, pues no conseguía darle forma. Era más bien una sensación, como de algo que se me estaba escapando y no debería hacerlo. Trataba de recordar la conversación mantenida con Gabriel, buscando alguna fisura, algo que no tuviera que estar ahí. Y fue ya en el hospital, al salir del ascensor en la tercera planta, cuando caí: en ningún momento le había dicho mi nombre.

9 Lo que el langostino esconde

Nos fuimos a casa cuando mi madre había terminado de cenar y se quedaba tranquila leyendo un libro. Cristina se empeñó en cocinar y hacernos una cena «en condiciones». Le rogué que hiciera pasta, pues era incapaz de quitarme el plato de *rigatoni* de Gabriel de la cabeza.

Tomamos una cerveza mientras la veíamos cocinar. Cristina se movía por la cocina con destreza, sin dudas, directa. La observábamos utilizar las sartenes como si fueran una extensión de su propio cuerpo. Salteaba con un movimiento firme de muñeca que, por más que intenté, no pude reproducir.

Sirvió tres platos de *pappardelle* con una salsa cremosa y langostinos cuidando hasta el mínimo detalle. Cenamos en la mesa del salón, aquella que solíamos usar cuando nos juntábamos o en las celebraciones navideñas. Era raro estar en casa sin que mi madre presidiera la mesa, sin verla levantarse cada poco tiempo para echar un vistazo a lo que todavía estaba en el fuego, traer más bebida o ir a por las gafas para enseñarnos una nueva receta que había visto en un programa de cocina. Su ausencia pesaba. Cristina y Ángel se sentaron uno junto al otro a un lado de la mesa y yo opté por hacerlo frente a ellos. Abrí la botella de vino que Cristina había comprado para esa noche y llené las copas con un delicioso líquido blanco, afrutado y semi-dulce, de los que tomas sin medir mucho porque parece que no pegan nada pero luego te producen un interesante dolor de cabeza.

—Esto está… increíble —dijo mi hermano tras probar la pasta.

—Gracias, es el plato favorito de tu hermana —anotó Cris guiñándome un ojo.

—Me alegra ver que ha mejorado en sus gustos. Su plato favorito de pasta cuando era pequeña eran los macarrones con mahonesa. No he comido nada más asqueroso en mi vida.

—Ya no tengo ocho años, Ángel —dije antes de darle un trago al vino.

—Te gustaban hasta que te fuiste de aquí. Si nos hubiéramos visto un poco más sabría cómo te gustan ahora —apuntó con una sonrisa forzada.

—Pues ya lo sabes. Los tienes delante.

La forma en la que trataba de pinchar la pasta con el tenedor no dejaba mucho lugar a dudas: de no haber estado Cristina delante, estaba convencida de que me hubiera contestado con más tacos que palabras.

—Mi plato favorito de pasta siempre han sido los macarrones con chorizo. Me alucinan —apuntó Cris tras unos instantes de silencio—. Podría comerlos cada día sin cansarme.

Ángel seguía con los ojos fijos en mí y el ceño fruncido. Cuando ya creía que ni siquiera ella sería capaz de calmar los ánimos, carraspeó y se giró para contestarla.

—Seguro que tu plato de macarrones con chorizo no es el que me hago yo los viernes al llegar del trabajo —dijo con una sonrisa, una de verdad, que en nada se parecía a la que me había dedicado a mí.

Fruncí el ceño al comprobar que a ella se le coloreaban las mejillas. Se miraban como si

acabaran de encontrarse, después de años buscándose. Me removí en la silla, rompiendo ese momento que se me antojaba extraño.

—Los voy perfeccionando, no te lo voy a negar —soltó Cristina con tono agudo—. Creo que he encontrado la versión que más me gusta añadiendo un sofrito de cebolla y champiñones *portobello* y acabándolo en el horno con queso.

—Igualitos que los míos —sonrió—. Cómo se nota quién sabe y quien solo cocina para evitar morirse de hambre.

—Bueno, te puedo enseñar algunos trucos para mejorar los platos, es sencillo, ya verás —repuso ella antes de llevarse un langostino a la boca.

—¿Llevas mucho trabajando en esto? —preguntó Ángel, centrándose en la comida que tenía delante.

—No mucho en realidad. Comencé mis estudios más tarde de lo normal, tras dejar la carrera de ingeniería industrial dos años después de empezarla.

—¿Ingeniería industrial? ¿Eres un cerebrito o algo así?

—¡Qué va, ya me gustaría! Pero ya sabes, mis padres querían que hiciera algo «de provecho». ¿Y tú? ¿Desde cuándo das clases?

Hice una mueca tras darme cuenta de que estaba contemplado el ritual de apareamiento más básico que había visto en mi vida.

—Desde hace casi diez años, creo. Pero no sé… —dudó, limpiándose la boca y apoyando los codos en la mesa— Me ha salido otra cosa y me lo estoy pensando.

—¿Otra cosa? —pregunté aun sabiendo que me arriesgaba a iniciar otro intercambio tenso de palabras.

—Preparador deportivo para un club de fútbol —contestó sin mirarme.

—Vaya, suena interesante —dijo Cris—. ¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé —Ángel negó despacio con la cabeza, con los ojos fijos en la pasta que aún quedaba en su plato.

—No sabía que quisieras cambiar de trabajo, pensaba que te gustaba eso de ser profesor.

—Y me gusta, Inés, no es eso —replicó con cierta brusquedad, mirándome por fin.

—¿Entonces? —preguntó mi amiga.

—Durante este año he conocido a gente nueva y uno de ellos es el director deportivo de un club. Realmente no lo buscaba y casi me ha venido hecho. No sé, parece demasiado fácil.

—¿Y qué problema hay? Ojalá las cosas fueran siempre fáciles en el trabajo y uno no tuviera que estar demostrando continuamente que merece estar donde está para que se le tenga en cuenta. A veces, las cosas son fáciles porque uno se lo ha currado durante muchos años. Sin que haya nada detrás, sin que eso suponga que algo malísimo va a ocurrir a continuación.

Cristina gesticulaba con el tenedor en la mano y un langostino, que luchaba por mantener el equilibrio sobre él, fue a caer directamente a la camiseta de color blanco inmaculado que llevaba Ángel. Calló cuando fue consciente de lo que había pasado. De pronto, reinó el silencio en el salón. Los tres mirábamos hipnotizados el langostino, que se había quedado pegado durante unos instantes justo en el centro de la camiseta para caer después directo a su entrepierna. Cristina dejó el tenedor en el plato y cogió su servilleta, lanzándose a la camiseta de mi hermano para intentar limpiar la mancha. No pude evitar echarme a reír, con la copa de vino en la mano, viendo cómo la cara de mi hermano iba poniéndose poco a poco del color de las cerezas.

—Dios, Ángel, perdona, perdóname. A veces me cuesta controlar el énfasis cuando hablo. No puedo evitarlo, lo intento de verdad, te aseguro que no soy así en el trabajo, no gesticulo tanto, las manos están siempre bajo control. Pero cuando estoy fuera… es otra cosa.

—N-No pasa nada, Cristina…

—No, no, sí pasa. Te he dejado la camiseta hecha un cuadro, porque además el tomate cuesta mucho sacarlo. Déjame que te limpie aquí también —dijo bajando con rapidez hacia donde el langostino reposaba.

Ángel dio un respingo, levantándose de la silla como un resorte. Ésta cayó al suelo con un golpe sordo. Se me escapó el vino de la boca cuando no pude contener una carcajada. Incluso creo que algo salió por mis fosas nasales.

—Puedo hacerlo yo, gracias —consiguió decir Ángel muerto de la vergüenza pero con una sonrisa en los labios.

—Claro, claro, p-perdona —tartamudeó tras dejar la servilleta en la mesa. Se colocó el pelo después, con las mejillas encendidas—. Iba a limpiarte justo en… justo ahí… en tu… vaya, ahí, así sin más, sin que me hayas invitado a una copa antes.

Mi hermano se echó a reír mientras se limpiaba… ahí, en su… justo ahí.

Hacía tiempo que no lo veía reír. Dejó de hacerlo incluso antes de separarse. Terminamos de cenar en un ambiente mucho más relajado y recogimos la mesa en silencio, con el estómago lleno y el cuerpo cansado. Cristina se despidió de nosotros hasta el día siguiente y subió despacio las escaleras que llevaban al piso superior.

—¿En serio? —dije cuando comprobé que Ángel la había seguido con la mirada.

—¿Perdona?

—No me lo puedo creer… ¿Cristina?

—¿Pero qué narices estás dicien…?

—Que te conozco —corté.

—¿Tú a mí? ¡Venga, coño!

—Sé cuándo una tía te gusta. Habrán pasado años pero hay cosas que no cambian.

—Estás chalada —escupió alejándose para ir a su habitación.

—¿Me estás diciendo que no te llama la atención ni un poquito? —pregunté siguiéndolo.

Se detuvo al llegar a las escaleras y se giró para contestarme. Lo hizo en voz baja y tras haber comprobado que no había oídos indiscretos en el piso superior. Me dedicó una de sus miradas de hermano mayor, de esas duras y frías, con un toque de prepotencia. De su repertorio de miradas de primogénito, esa era la que más me tocaba las narices.

—Es interesante, sí. Y guapa. Muy guapa, de hecho. Habla mucho —frunció el ceño con una sonrisa—. Es divertida y quizá en otro momento ni me lo hubiera pensado.

Subió las escaleras despacio, sin hacer ruido. Permanecí allí, a los pies de la escalera, viéndole alejarse poco a poco. Cuando alcanzó el último escalón, paró para darse la vuelta. Su rostro quedaba parcialmente oculto por las sombras.

—Si algo pasara entre Cristina y yo, quiero que una cosa te quede clara: no es asunto tuyo. Tanto ella como yo somos adultos y no tenemos que pedirte permiso. Y ni de coña darte explicaciones.

Desapareció de mi vista y escuché la puerta de su habitación cerrarse con suavidad, dejando solo silencio.

10 La angustia de las primeras veces

Había llegado el día en el que empezábamos con la quimioterapia. No dormí aquella noche. Tenía la cabeza llena de pensamientos que se mezclaban entre sí. El optimismo iba y venía, caprichoso. Cuando optaba por quedarse, solo podía pensar en todas las cosas que haríamos cuando aquello acabara: los lugares a los que queríamos viajar, las comidas que teníamos pendientes de hacer y las películas que queríamos ver. Pero cuando se iba y su hermano feo ocupaba su lugar, solo podía pensar en todas las cosas que tendría que aprender a hacer sin ella. Mi cabeza se llenaba de «y si» y de porcentajes de supervivencia, de casos en los que la operación no salía bien o de gente que no había conseguido superarlo. De días y noches de hospital viendo cómo se apagaba sin poder hacer nada por evitarlo. Cuando esos pensamientos lo abarcaban todo, un sudor frío recorría mi cuerpo.

Siempre había sido de las que afrontaban las cosas. De las que enfrentaban los problemas. De las que buscaban soluciones. Pero aquella noche infinita, el miedo me paralizó. Me hizo olvidar quién era.

Cristina se despidió de nosotros antes de ir al hospital. Me abrazó largo y tendido y se metió en el coche sin mediar palabra. No hacía falta decir nada. Ella me trasmitía todo a través de la piel.

Llegamos al hospital cuando no eran todavía las nueve. Mi madre ya estaba levantada, duchada y leyendo en la silla de la habitación. Parecía tranquila, la enfermera ya había pasado por allí para sacarla sangre y esperaba a que volviera a por ella para llevarla a la sala donde recibiría el tratamiento.

—¿Cristina ya se ha ido? —preguntó tras buscarla con la mirada.

—Sí, se fue hace un rato. Tenía que llegar al trabajo a las diez.

—Qué maja es esa chica, es un encanto. Se lo decía a tu hermano, lo atenta que es. Y lo guapa… qué guapa es esa chica —dijo centrando la atención en un Ángel que parecía querer esconderse debajo de las mantas.

—Por favor, mamá —respondió sintiéndose aludido—. Deja de hacer de celestina. No es el momento.

—¿Por qué? ¿Te refieres a esto? —mi madre hizo un gesto con las manos señalando la habitación— Espero que ninguno de los dos deje de hacer cosas por esto. Tenéis que seguir con vuestra vida. Los dos.

—Los tres —apunté—. Tú también tienes que seguir con tu vida, mamá. Y, sin embargo, te has dado de baja de todos los cursos.

—Yo estoy enferma, Inés. Tendré unos meses malos. Tenéis que haceros a la idea cuanto antes. Yo no podré seguir con mi vida durante un tiempo. Tendré que ajustarla. Vosotros no.

—No quiero hablar de esto —atajó Ángel con gesto enfadado.

Mi madre claudicó y dejó el tema, cerrando el libro con cuidado y guardándolo después en el cajón de un pequeño mueble azul que hacía las veces de mesita de noche.

—¿Qué tal has dormido? —pregunté para romper el silencio. Tenía ojeras bajo los ojos y estaba algo pálida.

—Hoy he dormido peor, han estado entrando las enfermeras para mirar la medicación y ha habido más jaleo en general en la planta.

—¿Te han dicho algo de que te vayan a dar el alta?

—Ayer por la noche pasó un médico y me dijo que no creían que fuera necesario que siguiera ingresada tras la quimio. Así que, si todo va bien, me darán el alta hoy.

—Joder, menos mal —expresó Ángel aliviado, dándola un beso después.

Una enfermera entró en la habitación, con una enorme sonrisa en los labios.

—Bueno, Clara, ¿estás lista? Nos vamos a que te den esa quimio.

—Buenos días, bonita. Sí, lista.

Se levantó, colocándose los pantalones azules del pijama del hospital. Me bajé de la cama al momento y me puse a su lado. Mi hermano estaba al otro. La escoltábamos, protegiéndola.

Seguimos a la enfermera por un intrincado número de pasillos, girando a izquierda y derecha en múltiples ocasiones. Si me hubieran soltado en ese momento, no habría sabido cómo salir de allí. Mi madre y ella hablaban con ánimo, mientras mi hermano y yo guardábamos silencio. Alguna vez cruzamos miradas, de manera fugaz, y pude ver en sus ojos las mismas dudas que, con seguridad, estaban en los míos.

Cuando parecía que ese paseo no iba a acabar nunca, llegamos a una sala luminosa, con su propio mostrador donde atender a los pacientes. La primera enfermera se fue, despidiéndose de nosotros con aire jovial. Una segunda enfermera ocupó su lugar y le hizo una señal a mi madre para que la siguiera.

—Solo puede haber un acompañante —apuntó cuando comprobó que nosotros también la seguíamos—. El otro puede esperar aquí, o salir fuera si lo prefiere. Serán un par de horillas, chicos.

Miré a mi madre y luego a mi hermano. Él me devolvió la mirada y, más allá de esa capa de frialdad que sabía que me correspondía, encontré miedo y dudas.

—Voy a ir pasando a vuestra madre mientras lo pensáis —ayudó la enfermera.

—No hace falta que paséis conmigo —dijo en un intento por tranquilizarnos.

—Anda, anda, Clara. Vamos a dejarles para que se peguen por quién pasará primero.

Cuando ambas habían atravesado unas puertas correderas de cristal opaco, Ángel se dirigió a una de las sillas que había en la sala de espera y se dejó caer en ella, con las manos ocultando su cara.

—¿Qué te pasa? —susurré mirando de reojo a la gente que ya estaba allí y que nos miraba con una mezcla de compasión y entendimiento.

—Nada.

—¿Entonces? ¿Pasas tú?

No contestó, pero su pierna comenzó a moverse con rapidez. No sabía si era algo consciente o bien los nervios le estaban jugando una mala pasada.

—Ve tú con ella —dijo por fin.

Esa propuesta era lo bastante inusual como para que saltaran todas las alarmas en mi cabeza: él había sido el primero en saber la enfermedad de mi madre, él iba a ser el encargado de contármelo, él quería pasar las noches con ella y lo primero que me dijo cuando volvió al hospital del trabajo dos días atrás fue «vete si quieres, ya me quedo yo».

—¿Me estás vacilando o algo?

—No creo que pueda pasar, Inés.

—¿Qué significa que no puedes?

—Que no puedo, que no puedo verla ahí.

Al movimiento inicial de su pierna se juntó el movimiento igual de nervioso de la otra.

—Esto no puede estar pasando, no puede estar pasando. A ella no —susurró para sí. Casi me costó distinguir lo que decía.

—Tienes que calmarte —sugerí apoyando la mano en su rodilla y apretándola con delicadeza —. Nos necesita. Esto acaba de empezar, fuiste tú el que me dijiste que ella era fuerte y que el porcentaje era lo bastante alto como para ir a por ello, ¿recuerdas? Pues tenemos que estar a la altura.

Noté su pierna moverse cada vez más despacio bajo la mano, hasta que dejó de hacerlo del todo. Se pasó las manos por el pelo y bajó los brazos después, como si pesaran una tonelada cada uno. Me miró con ojos enrojecidos.

—Tienes razón —dijo más tranquilo—. No sé qué me ha pasado. Estoy cansado y…

—No pasa nada, es normal —interrumpí con una escueta sonrisa.

Aunque era normal que estuviéramos algo más susceptibles y nerviosos, me extrañó y confundió su reacción. Permanecimos en silencio unos minutos, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. La enfermera que había acompañado a mi madre hasta la otra sala, apareció de nuevo buscándonos con la mirada. Sonrió al encontrarnos y se acercó a nosotros dando pequeños pasos que parecían saltitos.

—¿Ya lo habéis decidido?

—Sí —me adelanté—. Pasará él. Es el mayor y, ya sabes, tiene esa clase de ventajas.

—No me hables. Soy la pequeña de seis hermanos. Imagínate —añadió con resignación—. Está bien, pues vamos.

Ángel se levantó y me miró con un poco menos de frialdad y un algo más de gratitud. Asentí, un movimiento rápido en señal de respuesta. Me removí en el asiento, mucho más cómodo que aquellos que encuentras en otras salas de espera, y me dispuse a esperar a que ese «par de horillas» pasaran lo más rápido posible. Cosa que ocurrió. El hecho de que mi mente no parara de darle vueltas al cáncer, a cómo sería el siguiente mes o a qué iba a hacer con mi trabajo (o la ausencia de él) ayudó.

Antes de irnos del hospital, uno de los médicos de mi madre nos hizo salir de la habitación para explicarnos (o recordarnos) lo que podía pasar a partir de esa primera sesión de quimio. Y lo enfatizó aún más porque ella no paraba de moverse de un lado a otro, contenta, recogiendo sus cosas y deseando irse a casa.

—Es una quimio muy fuerte. No estará así mañana. Puede tener vómitos, mareos, cansancio y pérdida de apetito. Todos estos síntomas entran dentro de lo normal. Que se mantenga hidratada, esto es muy importante. Y venir al hospital si en algún momento le da fiebre.

No podíamos creer que algo de eso pudiera pasar cuando volvimos a la habitación y la vimos ir de un lado a otro con energía. Había recogido todas sus pertenencias y estaba lista para irse. Nadie diría que le habían dado quimio. Parecía que era una visita más en esa habitación y no quien la había ocupado durante días.

Al llegar a casa, se dejó caer en el sofá, agradeciendo el tacto de los cojines bajo las manos. Esa efusividad que había mostrado escasa media hora antes empezaba a desaparecer poco a poco.

—Qué ganas tenía de llegar —murmuró.

—Voy a colocar todo esto en tu habitación y ahora vengo —dije subiendo las escaleras de dos en dos.

Aproveché el viaje para quitarme algo de ropa. La mañana había sido fría, pero a esa hora

empezaba a hacer más calor. Sustituí las botas por unas Converse y dejé los pitillo negros y la camiseta *oversize* de Nirvana, que había sido una de mis favoritas desde que la compré en un festival años atrás.

Cuando estaba terminando de recogerme el pelo, fui consciente de algo. Miré de nuevo el reloj.

«Mierda».

«Mierda, mierda, mierda».

Bajé a la carrera las escaleras y busqué a mi hermano por la planta baja. Mi madre me miraba divertida ir de un lado a otro.

—¿Qué necesitas, cariño? —preguntó cuando me vio aparecer por segunda vez en el salón.

—¿Y Ángel?

—En la cocina.

Hice una mueca, el único sitio en el que no había mirado. Lo abordé cuando estaba a punto de tomarse un café.

—Tengo que irme, voy a llegar tardísimo a las clases de cocina —susurré mirando hacia la puerta para asegurarme de que mi madre no nos escuchara.

—¿Cómo?

—Ha sido la única opción que he tenido para asegurar que mamá pueda volver. Tengo que ir yo en su lugar este tiempo.

—¿Cómo? —volvió a preguntar con los ojos muy abiertos.

—Lo sé, lo sé. Pero el tío no quería guardarle la plaza y para ella es importante, Ángel.

—Está bien —dijo muy despacio frunciendo el ceño, como si en lugar de eso le hubiera confesado que había cazado duendecitos verdes y que estaban en una bolsa en el desván.

—No se lo digas a mamá, cúbreme.

Salí de allí no sin antes darle un beso a mi madre, respondiendo de manera vaga a sus preguntas y rezando porque llegar media hora tarde mi primer día no supusiera ningún problema.

11 Los cuchillos cortan

Entré por la puerta de Le club de cuisine con los nervios a flor de piel. No sabía cuánta gente estaría allí, pero desde luego todos iban a ser conscientes de quién era la nueva alumna, la que ocupaba el puesto de Clara. En «Aquel sitio» todo el mundo se conocía y sabía que sería la comidilla del lugar.

Lo que no esperaba era encontrar a Gabriel sentado en la misma silla en la que estaba el día anterior, revisando unos papeles que tenía esparcidos por la mesa. Solo. No había nadie más en el local. La cocina, al fondo, aparecía vacía y con las luces apagadas.

Me acerqué con sigilo a la mesa. Levantó la vista cuando entré en su campo visual y me miró con el ceño fruncido.

—Lo siento mucho —dije a modo de saludo.

No respondió. Me observó en silencio, como había hecho en las anteriores dos ocasiones, antes de recoger los papeles de la mesa y ordenarlos. Se alejó con ellos en la mano en dirección a la cocina. Lo seguí dándole cierta distancia, pero desapareció tras una pequeña puerta que no había visto hasta ese momento. La cerró dejándome sola. Pensando que saldría a los pocos minutos y que empezaríamos la clase, me atreví a entrar en la cocina y sentarme en una de las sillas altas que bordeaban la mesa de trabajo, enfrente de lo que me pareció su sitio. Y esperé. Esperé una eternidad, con el codo apoyado en la encimera y sujetándome la cara con la mano, aburrida.

—¿Qué haces todavía aquí?

Me levanté de golpe, carraspeando para aclararme la voz antes de hablar.

—Teníamos clase. Estaba esperando a que empezara. ¿Dónde está el resto de gente?

—Has llegado tarde.

—Lo sé y lo siento. No he podido venir antes.

—Entonces, no hay clase. Tengo que reajustar los horarios para que todo lo que tenía previsto utilizar en estas horas no se desperdicie.

—Pero estoy aquí —protesté enfrentándome a él—. ¿Por qué no podemos darla?

—Hemos perdido una hora. No hay tiempo de…

—Eso no ha sido solo culpa mía. Te recuerdo que llevo media hora aquí.

—La clase está planificada para llevarse a cabo en cuatro horas. No en tres, ni en dos y media ni en cuatro y media. Cuatro horas —zanjó con un gesto de las manos.

—Dijiste que eran cuatro horas porque comías con ella. No comeré. Ahorrémonos esa parte hoy.

Llevó las manos a los bolsillos y agachó la cabeza, pensativo. Llevaba una camiseta de manga corta blanca y el delantal negro atado a la cadera. Unos pantalones, también negros, se veían debajo. Me gustó que no fueran los típicos holgados que había visto en los programas de cocina, sino que parecían de vestir, tipo chinos. Podía apostar mi mano derecha a que eran unos Dickies,

lo que le hizo ganar puntos al momento. Los hombres con uniforme siempre habían sido mi debilidad.

Estaba delgado pero tenía unos brazos fuertes, contorneados. Intuí una cadena de plata en su cuello. Levantó la cabeza y me observó durante unos segundos antes de darse la vuelta y desaparecer por la puerta abatible que había a su espalda. Caminaba con seguridad, erguido y con pasos largos, moviendo un poco los hombros hacia adelante y hacia atrás.

Cambié el peso de un pie a otro, esperando nerviosa hasta que apareció de nuevo con una bandeja llena de verduras. La dejó sobre la placa de vitrocerámica que había a la izquierda. Volvió a irse y apareció de nuevo con varios boles metálicos llenos de huesos y pequeñas bolsas de plástico, que dejó a la derecha. Se lavó las manos en la pila que había a su espalda y se colocó en el centro de la cocina, donde tenía preparada una tabla de cortar, varios cuchillos y un paño limpio. Y, de nuevo, me observó en silencio. Supuse que la clase tendría lugar, por lo que me acerqué a la silla que había utilizado al principio, separándola de la encimera para estar de pie frente a él.

—No volveré a repetir esto. Las clases empiezan a las doce en punto. Ni un minuto antes ni un minuto después. La próxima vez que llegues tarde, se acabó.

Miró detrás de mí, a la pared que había por encima de mi cabeza. Un reloj circular marcaba la hora. La una y cinco. Observé que fruncía el ceño y una mueca se creaba en sus labios. Respiró hondo antes de hablar.

—En la cocina se respetan los tiempos. Es necesario hacerlo para que todo fluya. Los platos comienzan a elaborarse a una hora concreta, no media hora antes ni media hora después. Y se hacen en un orden concreto y de una forma específica.

Asentí en silencio.

—La limpieza es esencial. Mantenemos el espacio de trabajo limpio y ordenado. Te lavarás las manos antes de empezar y todas las veces que sean necesarias.

Volví a asentir. Quería preguntarle por el resto de la gente, pero creía que no era el mejor momento para hacerlo. Me entregó un delantal como el suyo y un paño limpio.

—Siempre llevarás el delantal puesto y el paño cerca. Los cuchillos cortan…

—Es lo suyo —susurré mientras me lo ponía y daba una vuelta a la cintura con las cintas, para poder atarlo por delante, como había visto que lo llevaba él.

Al levantar la vista, lo encontré de nuevo callado, mirándome con la ceja levantada y una mueca en los labios.

—Perdón —supliqué juntando las palmas de las manos.

—Los cuchillos cortan así que ten cuidado con ellos. No sería la primera vez que alguien se rebana medio dedo. ¿Sabes cómo cogerlos?

—Claro —respondí empuñando el que tenía más cerca como si fuera un asesino de medio pelo.

Se pasó las manos por los ojos y se alborotó (todavía más) el pelo.

—Era broma —dije con una sonrisa. Cogí el cuchillo haciendo pinza con los dedos pulgar e índice sobre la hoja y agarrando el mango con firmeza con el resto—. ¿Contento?

Asintió con un gesto de sorpresa. Esperaba que no me preguntara mucho más porque era lo máximo que sabía hacer con cierta profesionalidad.

—Hoy vamos a hablar de caldos, fondos y salsas. Haremos un consomé clarificado de ternera, agua de tomate, una *roux* blanca, salsa verde y reducción de Oporto. Te marcaré tiempos y te daré directrices en cuanto a cortes. Te explicaré las recetas y trabajaremos juntos, pero cocinarás tú, así que te recomiendo que estés atenta. ¿Alguna pregunta hasta ahora?

¿Alguna? Tenía cientos de ellas pero no quería que se diera cuenta de que mi madre era la alumna aventajada y yo la *tripitidora*. Seguramente ya era consciente de eso, después de su comentario sobre mi confusión entre el pepino y el calabacín.

—Sí —carraspeé para aclararme la voz—. ¿Dónde está el resto de la gente?

—¿Gente?

—Sí, en los cursos de cocina suele haber gente. Es lo normal, ¿no? Muchos alumnos por curso.

—Ya, bueno… eso —apoyó las manos en la encimera y suspiró—. Tu madre no es una alumna normal.

—¿Y eso significa que…? —dejé la pregunta sin terminar, para tratar de que me diera algo más de información.

—Este es el curso intermedio. Hay tres. Ella hizo el básico el año pasado pero era francamente buena. Y cogió alguna clase suelta, particular —tosió en el hueco del codo, girándose—. Alternamos curso y clases particulares y este año… este curso es todo particular para ella.

—¿Solo para ella? —pregunté sorprendida.

—Sí.

—Pero me dijiste que había lista de espera.

—Y la hay, tuve que sacar una plaza de otro de los cursos.

Asentí sin llegar a entender muy bien el funcionamiento de esa «academia» de cocina. Pero no era algo que me quitara el sueño.

—Está bien —dije encogiéndome de hombros.

—¿Alguna pregunta más?

Lo miré pensativa. No parecía intimidarle ni molestarle que lo hiciera.

—No nos hemos presentado en condiciones.

Creo que no contaba con que le dijera algo que nada tenía que ver con sus instrucciones o con lo que íbamos a ver en la clase, porque frunció el ceño y agachó la vista moviendo los ojos de manera rápida de un lado a otro, como si estuviera calibrando qué hacer. Al final, y aunque por un momento no contaba con ello, se acercó a mí despacio y extendió la mano.

—Gabriel.

—Inés —dije envolviendo su mano con la mía en un apretón firme.

Pasamos largo rato evaluándonos. Tenía unas manos grandes y fuertes, con dedos largos y zonas de la palma algo endurecidas al tacto. Elevó la comisura de los labios en un amago de sonrisa cuando comprobó que no me sentía incómoda por un saludo tan «masculino» sino que me gustaba. Retiró la mano y volvió a su sitio, cogiendo un rollo de papel de cocina por el camino.

—¿Algo más?

—¡Las manos! —exclamé tras pensarlo unos segundos.

Me acerqué a la pila y me lavé las manos con esmero. Siguió mis pasos con la mirada, desde que me separé de la cocina, mientras me lavaba y al volver. Parecía que estaba viendo a alguien que no era real y de la que no podía apartar la vista por miedo a que se desvaneciera. No me molestaba el escrutinio de sus ojos oscuros, al contrario de lo que podía parecer, pero me intrigaba.

—Oye —dije con una sonrisa—, no me importa que tengamos ese juego de mantenernos las miradas. Es divertido, de hecho. Pero, lo de ahora… ¿Miras así a toda la gente? ¿O es que he hecho algo raro?

—No. Es que no te imaginaba así —extendió el brazo para señalarme con la mano—. Te pareces algo a tu madre, pero nunca hubiera dicho que eras su hija. Tienes gestos, hay algo, no sé. La forma de andar no es como la suya, tú lo haces como si el mundo fuera tuyo y ella intenta pasar de puntillas. Y hablas de una manera muy sugerente, pero creo que no lo haces con ninguna intención. Es probable que ni siquiera seas consciente de lo atractivo que resulta alguien tan seguro de sí mismo. Y ahora, ¿podemos empezar?

Asentí en silencio, sorprendida por una respuesta tan sincera viniendo de alguien que me había visto tan solo en tres ocasiones y con el que no había mantenido una conversación en condiciones. Era extraño. Y me sentí halagada. Era la primera vez en mucho tiempo que un hombre no alababa mi aspecto físico pensando que eso sería lo que me gustaría escuchar.

Durante las siguientes dos horas habló de los espesantes para salsas, los procedimientos para clarificar caldos, las herramientas para colarlos y las temperaturas y usos de cada uno de ellos. Se movía con seguridad por la cocina; siempre giraba las sartenes con un movimiento ágil antes de dejarlas sobre la vitrocerámica. Sonreí al comprobar que Gabriel y Cristina tenían la misma forma de saltear. Me obligó a practicar hasta que salió algo medio decente.

Cuando la clase terminó, casi no podía creerlo. Había pasado volando y no había pensado en otra cosa que no fueran los tiempos y las temperaturas. Estaba tan concentrada intentando no perder detalle de lo que decía, para poder explicárselo a mi madre llegado el momento, que ninguna otra cosa ocupó mi mente.

—Gracias —dije con sinceridad cuando empezó a recoger.

Me miró en silencio frunciendo el ceño, intentando descifrar lo que había detrás de esa palabra, y asintió después, centrándose de nuevo en recoger. Supuse que era su forma de despedirse hasta la siguiente clase, por lo que me quité el delantal, lo doblé y lo dejé en mi sitio. Me alejé de allí soltándome el pelo y moviendo la cabeza en círculos, tratando de relajarme tras la tensión de esas horas. Al llegar al coche, escuché que alguien me llamaba. Gabriel se acercaba con paso rápido y algo en las manos.

—Quédatelo —anunció al llegar a mi lado, entregándome el delantal—. Tráelo cada día.

—Está bien —murmuré al abrir la puerta del coche y dejarlo en el asiento del copiloto.

—Dale esto a tu madre.

Me acercó un recipiente hermético que no me dejaba ver el interior. Lo cogí con cuidado y lo miré interrogante.

—Siempre comíamos juntos utilizando algo de lo que habíamos visto en el curso. Hoy no lo hemos hecho, así que puedes llevárselo —justificó, metiendo después las manos en los bolsillos del pantalón.

Asentí con una sonrisa llena de gratitud.

—¿Cómo están sus problemas personales? —preguntó en un susurro.

No supe si su aspecto preocupado se debía a que sabía la verdad de lo que estaba pasando o si era una pregunta más de alguien que la había conocido y no tenía noticias de ella. Valoré durante unos instantes, en los que mantuve la vista fija en él, hasta qué punto contar.

—Ha empezado hoy a intentar alejarlos de su vida. Puede que le den algo de guerra durante un tiempo, pero podrá con ellos —contesté finalmente.

Meditó mi respuesta, la masticó, la descompuso y la tragó. Vi su nuez moverse cuando lo hizo.

—Estoy seguro.

—Le va a encantar esto —apunté levantando el recipiente que tenía entre las manos.

Asintió y se dio la vuelta, mirando antes de cruzar y dirigirse a su local.

—Hasta el viernes, Gabriel —dije elevando un poco el tono de voz para que pudiera oírme.

Levantó la mano a modo de despedida y lo vi desaparecer tras cruzar la puerta. Deseaba que la sensación de bienestar con la que me metí en el coche hubiera durado para siempre.

12 Tic, tac, tic, tac, tic, tac

Gabriel

Al llegar a casa, horas después de terminar con Inés, todavía notaba la tensión acumulada en cada músculo del cuerpo.

Tenía las clases planificadas minuto a minuto desde hacía tiempo. Si ya no era suficiente trastorno el hecho de cambiar de alumna de un día para otro, además tenía que lidiar con una a la que la puntualidad no parecía importarle demasiado.

Apareció como si tal cosa. Con esa camiseta de Nirvana que le iba cuatro tallas grande y el pelo recogido. Como si llegar treinta y dos minutos tarde no fuera gran cosa, no importara. Treinta y dos minutos y veinte segundos tarde, para ser exactos. Los había contado. Casi podía escuchar el tiempo pasar.

«Tic, tac, tic, tac, tic, tac».

Dejé la chaqueta colgada en la tercera percha del armario de la habitación. Lo hacía de manera mecánica, ni siquiera pensaba en la percha que cogía, solo sabía que era esa. Siempre era esa. La tercera de la izquierda. Eché un vistazo a la primera de ese mismo lado, la que estaba pegando al fondo del armario. Fue tan solo un vistazo, suficiente para ver el blanco inmaculado de la chaquetilla.

Me quité la camiseta y la arrojé al pasillo después de apretarla entre las manos, intentando hacer una pelota con ella. Otra exactamente igual esperaba en el primer cajón del armario. Y otra igual a esa estaría debajo. Y otra, y otra y otra. Misma camiseta, distintos colores. Igual que ocurría con los pantalones. Era práctico y me ayudaba a no perder el tiempo. Sabía qué ropa me pondría desde el día anterior. Era más fácil así.

Cociné rápido, algo que consiguiera tragar. Tenía el estómago cerrado.

Nunca había empezado una clase tarde. Jamás. Bajo ninguna circunstancia. Las cosas salen bien si se sigue lo que está planificado y no se improvisa.

Pero aquella vez lo hice.

No entendía por qué.

Había oído hablar mucho de ella desde que conocí a Clara. Esa hija ausente que aparecía de vez en cuando. Los meses buenos quizá una vez. Esa hija que se quedaba un par de días y volvía a irse a la ciudad, a ese trabajo que ocupaba todo su tiempo. Clara hablaba de ella sin parar, tanto, que era casi como conocerla un poco.

Quizá fue eso lo que hizo que, por una vez, hiciera una excepción. A pesar de que pagara esa excepción horas después.

Las verduras esperaban frías en el plato, junto al solomillo que había preparado a la plancha y del que solo había podido comer un par de trozos.

En su lugar, me acerqué al portátil y revisé uno a uno los pedidos que tenía que realizar a los proveedores, las fechas, las cantidades y la previsión de cada pago.

Sentí alivio casi al momento. Un alivio temporal, ese tipo de alivio que era a la vez condena por todo lo que significaba. Esa vocecita en la cabeza que de pronto se hacía más pequeña, pero que no terminaba de callar.

«Tic, tac, tic, tac, tic, tac».

13 Solo es pelo

Aunque mi madre pasó una tarde muy buena y comió con avidez la sopa de cebolla que Gabriel me había dado, la noche no transcurrió de la misma manera. Intentó que ni mi hermano ni yo nos enteráramos, pero la escuchamos vomitar en varias ocasiones. Estuvimos con ella, cerca de su cama, controlando su sueño intranquilo. Ángel acercó una palangana para evitar que tuviera que levantarse al baño cada vez que las nauseas o los vómitos aparecían. Tenía la tez blanquecina, con algunas manchas rosadas que habían aparecido aquí y allá y que se hacían más visibles tras los esfuerzos que le suponía vomitar. Eran casi las cinco de la mañana cuando consiguió dormir profundamente. Se habían suavizado las arrugas de su entrecejo, que había mantenido fruncido incluso en los escasos momentos en los que dormitaba.

—Trata de descansar un poco, Inés. Yo me quedo. Ahora está tranquila —susurró Ángel tras bostezar.

—No creo que pueda dormir.

—Inténtalo. Tenemos que estar descansados. Duerme ahora y yo lo haré mientras le dan la quimio. Hoy te toca entrar a ti.

—¿Seguro?

—Sí. Te avisaré si se despierta.

Mentiría si dijera que fui capaz de dormir. Pero lo intenté. Intenté que al menos mi cuerpo descansara aunque mi cabeza fuera a toda velocidad. Aunque no callara. Aunque me mostrara escenarios que no quería ver, que no estaba preparada para contemplar ni para considerarlos una opción. Aunque formulara cientos de preguntas de todos los momentos en los que mi madre dio muestras de no estar bien pero a los que no presté la suficiente atención.

El despertador sonó a las ocho de la mañana. La música de Coldplay inundó la habitación. Normalmente me servía para comenzar el día con una sonrisa. Pero aquel día había empezado muchas horas atrás y apagué la alarma del móvil sin que ninguna sonrisa se asomara a mis labios.

Me acerqué a la habitación de mi madre de puntillas y observé apoyada en el marco de la puerta. Mi hermano se había quedado dormido sentado en una silla, con la cabeza apoyada en la cama, en una postura que le destrozaría la espalda. Lo llamé en susurros y despertó agitado, sin saber dónde se encontraba.

—Mierda, me he quedado dormido —dijo enfadado mirando a mi madre, que seguía durmiendo plácidamente.

—Es normal. Ha sido una noche larga. Deberíamos despertarla, tenemos que ir al hospital a que le hagan la analítica y luego tendría que desayunar algo.

—Sí —emitió en un bostezo—. ¿Has tomado café?

—No, acabo de levantarme.

—Voy a darme una ducha y preparo un par. ¿La despiertas tú? —preguntó mientras se

levantaba y estiraba los brazos. Le sonaron las cervicales al hacerlo.

—Claro.

Pasó por mi lado cabizbajo y lo perdí de vista cuando se alejó hacia el baño.

Me senté con cuidado en la cama y la observé dormir durante unos minutos. Quería darle más tiempo antes de que las molestias derivadas de la quimio volvieran a atacarla. Durmiendo se la veía tranquila y relajada. Acaricié su pelo rizado y la cogí de la mano.

—Eh, despierta dormilona —susurré antes de darle un beso en la mejilla, uno de esos bien sonoros que a ella tanto le gustaban.

—Mmmmmm —gimió perezosa.

—Venga, hay que levantarse e ir al hospital. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien, cariño —se incorporó en la cama jadeando—. Algo cansada pero bien. Menuda guerra os he dado esta noche, tenéis que estar agotados.

—No digas tonterías, tú no das guerra.

—¿Y tu hermano?

—Haciendo café como para un regimiento —sonreí.

Se sentó en la cama, apoyando las manos en las rodillas como si solo ese gesto hubiera agotado todas sus energías. Ignoré sus intentos por echarme de allí y esperé hasta que salió de la ducha, oliendo a vainilla y con algo de color en las mejillas.

Bajamos juntas, hablando sobre la sopa de cebolla que comió el día anterior. Inventé una historia de lo más rocambolesca para justificar que llevara comida y no tener que decirle el trato al que había llegado con Gabriel. Mi madre me conocía mejor que nadie y, en otras circunstancias, estaba convencida de que no habría creído ni una palabra. Siempre le había gustado darme cuartelillo antes de dejarme en evidencia. Sin embargo, ahora tenía muchas más cosas en la cabeza por las que preocuparse.

Ángel nos recibió en la cocina con dos tazas de café en la mano. Me acercó una de ellas y lo miré divertida, observando su pelo perfectamente peinado.

—¿Crees que estamos en los años veinte y que formas parte de los Peaky Blinders o algo así? —pregunté jocosa antes de darle el primer trago al café.

—¿Y tú crees que estamos en la época de las cavernas y que no merece la pena peinarse? —señaló mi pelo alborotado, con ondas que surgían de manera aleatoria y se mezclaban con mechones de pelo que quedaban algo más lisos.

—Peinarse está sobrevalorado —expuse con autosuficiencia—. Podría haber heredado el pelo liso de papá como tú o el rizado de mamá, pero no, salió esta mezcla extraña que no termina de ser ni una cosa ni la otra.

—No le hagas caso, Inés. Estás preciosa con el pelo a lo loco, es muy… *chic*. Desenfadado.

—¿Ves? —dije con una sonrisa mirando a mi hermano con la ceja levantada.

Aunque estaba escondida detrás de la taza de café, supe que me había devuelto la sonrisa.

Llevé a mi madre al hospital y entramos con el ánimo por las nubes. La misma enfermera del día anterior nos recibió, exhibiendo una enorme sonrisa. No esperaba que la zona donde administraban la quimioterapia fuera así, con sillones reclinables bastante cómodos, paredes de un color celeste y un sonido relajante escuchándose de fondo. Imaginaba algo impersonal, frío y aterrador, como un quirófano. Pero aquel lugar era todo lo contrario a un quirófano. La quimio ya estaba preparada y empezó a entrar en su cuerpo con velocidad constante, mientras ella hablaba con la enfermera sobre los síntomas que había tenido el día anterior.

—Es bastante fuerte, Clara. Bastante bien te veo, que no pierdes la sonrisa.

—Tampoco puedo hacer mucho más, ¿verdad?

La enfermera la sonrió con cariño y apretó su hombro antes de atender a otro paciente.

—Háblame de algo —me dijo al poco rato—. De lo que quieras.

No estaba preparada para una petición así. No podía hablar de un trabajo que no tenía, ni de unas clases de cocina a las que se suponía que no asistía. Tampoco de una pareja inexistente ni de viajes exuberantes.

—Hace un par de meses salí con unos excompañeros de trabajo y acabamos en un karaoke. Allí conocí a un tío que era catador de comida para animales.

Soltó una risita y cerró los ojos. Me hizo un gesto con la mano para que siguiera hablando. Y eso hice. Me explayé en detalles insustanciales sobre aquella noche, obviando comentar que acabé en la cama del susodicho catador. Solo me atreví a parar cuando creí que se había quedado dormida. Tenía la garganta seca y me separé de ella solo para beber agua de un pequeño dispensador que había al fondo.

—Quiero cortarme el pelo —susurró cuando volví a sentarme a su lado—. No quiero que se me caiga a puñados y estar todo el día recogiéndolos. Si me encuentro hoy bien, me gustaría que me raparais la cabeza.

Asentí aunque ella no podía verme, seguía con los ojos cerrados.

—Está bien, mamá.

—Quizá deberías hacerlo tú, cariño. Tu hermano no lo está llevando muy bien y no sé…

—Siempre ha sido un *debilucho* —chinché disimulando una sonrisa.

Mi madre abrió un ojo y me miró, regañándome sin abrir la boca.

—Él no es como tú. Tú sabes gestionar estas cosas mejor. Eres más fuerte.

—Anda, mamá, te estás quedando conmigo. Hablamos de Ángel, ¿recuerdas? —dije con retintín. Entonces recordé sus piernas temblorosas en la sala de espera el día anterior, y lo que me sorprendió su reacción ante lo que iba a pasar.

—Sí, por eso mismo te lo digo. Tienes una imagen de tu hermano que no es del todo real, cielo. Él necesita más cariño y más tiempo para asumir los cambios. Prométeme que se lo darás.

Bajé la cabeza avergonzada. Y asustada, porque lo que me pedía sonaba a promesa para cuando ella no estuviera.

—Haré de él un hombre —dije con voz grave, intentando que el tono de la conversación dejara de ser tan tétrico.

Se echó a reír, lo que consiguió aliviar la sensación de presión que se había formado en mi pecho. Reí a su vez y apoyé la cabeza en sus piernas. Me acarició el pelo con mimo. Permanecimos en esa posición hasta que la última gota de tratamiento entró en sus venas.

Aquella tarde le corté el pelo. Como todavía no había empezado a caerse, logré convencerla para que pasara primero por un corte *pixie*. Ángel nos acompañó en el proceso, observando en silencio cómo, poco a poco, iba cortando capas y capas de pelo cobrizo. Caían al suelo sin emitir ningún ruido, ocupando cada vez más espacio.

No me manejaba mal con las tijeras y quedó un corte elegante, quizá no fuera demasiado moderno pero al menos no tenía trasquilones importantes. La miré al terminar, desde cierta distancia, observando lo que antes había sido una preciosa y rizada melena cubriendo el suelo a su alrededor. No era la primera vez que había llevado el pelo corto, pero en aquella ocasión era diferente. Ella no había decidido hacerlo. La enfermedad la había obligado.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó con una sonrisa triste en los labios.

—Nada —negué con la cabeza.

—Estás guapa con el pelo corto —apuntó mi hermano.

—Sí —añadí sonriendo—. Siempre te ha favorecido mucho.

—Solo es pelo —dijo acariciándose la nuca desnuda—. Volverá a crecer.

Dejó vagar la mirada por la cocina, recorriéndola despacio y con nostalgia. Tenía una ligera sonrisa en los labios, perdida en sus propios recuerdos. Pero esa sonrisa se convirtió en un gesto de angustia en tan solo un momento. Se llevó la mano a la boca, levantándose deprisa y saliendo de la cocina todo lo rápido que su cansado cuerpo le permitía, con los ojos muy abiertos, desesperados. Ángel y yo la seguimos preocupados.

—Los vómitos otra vez —dijo él en un susurro cuando la escuchó cerrar la puerta del baño.

No dije nada. Volví a la cocina y barrí el pelo del suelo, borrando todo rastro de él.

Solo era pelo.

Volvería a crecer.

14 Noches amargas y mañanas de café

La noche del jueves fue igual que la del miércoles. Noches eternas con el miedo acechando en cada esquina y con olor a vómito. Los días eran buenísimos en comparación, pero cuando el sol se iba la cosa cambiaba. Mi madre conseguía conciliar el sueño bien entrada la madrugada, y mi hermano y yo nos turnábamos para velar su sueño. Cuando ellos se fueron al hospital, aproveché para tumbarme y tratar de dormir. Pero el miedo a no despertarme a tiempo y llegar de nuevo tarde a clase de cocina hizo que el sueño fuese escaso y a trompicones.

Paré en La Cumbre, una nueva cafetería que se encontraba en el centro del pueblo y tenía una infinidad de galletas y pastelitos que parecían sacados de un concurso de repostería creativa, y compré un par de cafés con leche para llevar. Había tomado en casa, pero necesitaría refuerzos si no quería quedarme dormida sobre la tabla. Y me pareció que llevarle un café podría ser una buena manera de empezar el día.

Entré al local cuando todavía faltaban diez minutos para las doce. Gabriel se encontraba en la cocina, organizando boles, cuchillos, sartenes y ollas. Le saludé desde la puerta de cristal que separaba la cocina de la enorme mesa de madera, aunque él me había seguido con la mirada desde que me vio aparecer.

—Te he traído un café con leche, espero que no seas alérgico.

Me acerqué despacio y dejé el café junto a su puesto de trabajo.

—No dejes eso ahí —dijo brusco—. No se come, ni se bebe, mientras se está en la cocina.

—De acuerdo —ignoré su tono y volví a coger el vaso de cartón, notando el calor del contenido—. Necesito tomarme esto antes de empezar, lo haré fuera. Si te apetece tomarte un café, te lo dejaré ahí. Y es bueno, sería una pena que se enfriara.

Me alejé sabiendo que me observaba y dejé su café encima de la mesa, sentándome después en la silla para poder mirar hacia la cocina. En el escaso medio minuto que tardé en recogerme el pelo lo vi observar el reloj con rapidez, agachar la cabeza pensativo y suspirar. Se lavó las manos después y se acercó a la mesa.

—Nueve minutos —remarcó tras coger el café y sentarse frente a mí.

—Sí, señor. ¿O tengo que decir «sí, chef»? —dije con una sonrisa, que se congeló cuando comprobé que él permanecía serio mirándome con las cejas levantadas—. A mi madre le encantó la sopa de cebolla, por cierto.

Cambié de tema tras carraspear, dando vueltas al vaso de café distraída.

—Lo sé, me escribió para darme las gracias.

—¿Te escribió? —pregunté con sorpresa. Nunca me había dicho que tuviera su número de teléfono.

—Sí.

—¿Te dijo algo más? —indagué curiosa.

—Que tenía que pasarle la receta.

Sonrió sutilmente antes de darle tres largos tragos al café, casi acabándolo, a pesar de que

quemaba lo suficiente como para fundir el anillo único de poder de Frodo y compañía.

—¿Nada más? —insistí.

Me miró en silencio, con el ceño fruncido.

—Si te refieres a sus problemas personales, no dijo nada. Y yo tampoco pregunté. Me gusta respetar la intimidad de la gente. Si algún día quiere compartirlo conmigo, lo hará.

Guardamos silencio después de aquello. Yo tomaba a pequeños sorbos el café, pendiente del reloj para terminarlo a tiempo. Dos minutos antes de las doce, lo apuré y me levanté, dispuesta a ir a la cocina y empezar la clase. Pero Gabriel seguía sentado, agarrando el vaso de café ya vacío entre los dientes y analizando cada paso que daba.

—¿Y ahora qué? —pregunté poniendo las manos en la cintura.

Se levantó despacio y dejó el vaso de cartón en la mesa. Miraba mi cuello fijamente y se acercó tanto a mí que retrocedí sin darme cuenta, nerviosa de pronto. Llevó la mano a mi nuca y tiró de algo. Un tirón seco. Sonó un «clic» a continuación. Cruzamos miradas de manera fugaz y dio dos pasos atrás. Me enseñó una etiqueta y una tira de plástico fina colgando de ella.

—Me estaba poniendo de los nervios.

—¿En serio? —pregunté incrédula.

Me eché a reír y cuanto más fruncía el ceño, más me reía. Entré en la cocina intentando aguantar la risa y solo cuando me puse el delantal fui capaz de hacerlo. Él permanecía serio, con su postura recta de siempre y su mirada implacable.

—¿Has terminado? —dijo furioso— Pasan dos minutos de las doce, deberíamos haber empezado ya.

—Perdona, es que… Gabriel, habérmelo dicho. Haberme dicho: «Inés, arráncate esa etiqueta si no quieres que lo haga yo". No esperes diez minutos si hay algo que te molesta y más cuando tiene tan fácil solución.

—Está bien. Inés, para de reír y de hablar si no quieres que dé por terminada la clase.

—Claro —susurré colocando la tabla de cortar y los cuchillos. Estaba visto que se tomaba las cosas en un sentido demasiado literal.

Guardó silencio durante unos segundos antes de empezar a contarme los fundamentos de las pastas frescas. Aunque al principio me mostraba reticente, poco a poco consiguió captar toda mi atención. Me gustaba verle moverse por la cocina con seguridad y confianza, coger los ingredientes con firmeza pero de manera delicada, y hablarme de ellos con autoridad, siendo siempre preciso y directo. Mezclamos los ingredientes, cada uno en su espacio de trabajo, y me enseñó primero cómo amasar la masa para formar un bolita perfecta, suave y brillante. Lo que después serían los *pappardelle* que comeríamos con una salsa de ragú que aprendería a hacer más adelante. Todo parecía muy fácil cuando lo hacía él, pero al llegar mi turno se tornó mucho más complejo. Pasé la masa al espacio de trabajo, que enhariné antes tal y como él había hecho. Comencé a amasar con fuerza, concentrada, dando vueltas y girando la masa de un lado a otro.

—No, no, así no —gruñó mientras se acercaba a mí y ocupaba mi lugar—. Tienes que ser cuidadosa, mantener la firmeza pero sin destrozarla. Ejercer la presión exacta en cada momento, estirarla y volver a plegarla hacia dentro. Y volver a empezar.

—Es lo que estaba haciendo —repliqué molesta.

—No, tú solo pensabas en terminar lo antes posible. Algo rápido, sin prestar demasiada atención. Pero todo lo que merece la pena requiere tiempo.

Cogió mi mano y la colocó en la masa, poniendo la suya encima y apretando con cuidado pero con seguridad.

—¿Lo notas? Despacio pero con fuerza. Con energía pero sin perder la delicadeza. Sin prisa

pero sin pausa, constante. Prueba.

Apartó la mano y retrocedió un par de pasos.

—Está bien, pero es la primera vez que hago esto, Gabriel. No te prometo nada.

Metió las manos en los bolsillos y esperó, mirándome con aspecto serio. Amasé intentando ejercer la misma presión que él había hecho, tomándome mi tiempo, tratándola con cariño. Tras diez largos minutos, me hizo parar. Se acercó con ojo crítico y tocó la masa con un dedo. Dejó una marca que, poco a poco, desapareció, recuperando su aspecto inicial. Descubrí una sonrisa fugaz en sus labios. Me miró después con aprobación.

—No está mal —dijo antes de volver a su sitio.

Sonreí orgullosa y recogí mi espacio de trabajo antes de ir al siguiente paso. Escuché atenta cómo estiraríamos la masa, cómo la cortaríamos y cómo la coceríamos. Habló de longitudes, tamaños, tiempos de cocción y salsas. De nuevo, volvía a parecer algo sencillo, pero necesité su ayuda cuando llegó mi turno y mi pequeña bolita de masa debía convertirse en unas tiras largas de unos dos centímetros de ancho.

—Hay un día en el que revisaremos salsas y haremos esta. Es una receta clásica de la gastronomía italiana y una de mis favoritas. Pero para hoy la tengo ya preparada —dijo señalando una sartén de la que salía un aroma delicioso.

Me rugió el estómago cuando explicó los ingredientes que había utilizado, lo que le hizo fruncir el ceño, ocultando una sonrisa.

—Estoy hambrienta —reconocí llevándome las manos al abdomen—. Y esto huele muy bien.

—Ya estamos terminando. Echa los *pappardelle* y contrólalos tres minutos. No más.

Obedecí y no me separé de la olla hasta que pasaron tres minutos exactos.

—Saca la pasta y ponla en la sartén. Nunca se tira el agua de cocción, nos sirve para ligar las salsas y hacerlas más cremosas. Mezcla bien y añade agua de ser necesario.

—¿Cómo sabes si es necesario? —pregunté concentrada, tratando de sacar toda la pasta de la olla. Se escurrían sin parar.

—Esas cosas se saben. Te lo pide el plato.

—Te lo pedirá a ti —dije mirándolo—. Yo no hablo *pastañol*.

Suspiró removiéndose el pelo y miró hacia otro lado. Y sonreía. Yo lo hice también, pero sin sentir que debía ocultarlo. Mezclé la pasta con la salsa. Tenía una pinta deliciosa y no veía el momento de hincarle el diente.

—Humm… no está bien —dijo de pronto—. ¿Lo notas?

—No —respondí incrédula—. Tiene una pinta espectacular. ¿Qué no está bien?

—La pasta se ha pasado. Has tardado mucho en sacarla. Y necesita agua.

—¿Y qué hago? —pregunté indecisa.

—Echa agua de cocción.

—¿Pero cuánta?

—Echa. Agua. De. Cocción —repitió enfatizando cada palabra.

Cogí una cuchara de servir y eché una buena cucharada de agua a la sartén. Removí con cuidado, mirándole de vez en cuando, intentando descifrar algo en él que me dijera si la cosa iba bien o no.

—Ya lo tienes —dijo al fin.

Acercó dos platos llanos, grandes y pesados, con los bordes tallados. Me recordaron mucho a los que vi la primera vez que entré allí. Parecía que habían pasado años, pero había sido esa misma semana. Sirvió dos cantidades generosas y dejó la sartén a un lado. Terminó el plato rallando queso parmesano por encima y los llevó después a la mesa. Descorchó una botella de

vino tinto y llenó dos copas antes de sentarse. Le imité, sentándome en la silla de enfrente.

Esperó paciente a que fuera yo la que probara el plato en primer lugar. Lo hice sin pensármelo mucho. Capturé una buena cantidad de *pappardelle* con el tenedor. Sostuve su mirada mientras lo degustaba, tratando que mi cara no reflejara el espectáculo de sabores que estaba teniendo lugar en mi boca.

—Está tremenda —dije al tragar.

Contuve las ganas de lanzarme sobre el plato y dejar a un lado las formas y, en su lugar, esperé a que Gabriel probara el suyo. Estaba semi recostado en la silla, con las piernas abiertas y aspecto cansado. Ese tipo de cansancio que es más mental que físico. Se incorporó despacio y, con maestría y elegancia, envolvió la pasta en el tenedor y la probó. Movía la cabeza analizando cada bocado e hizo un par de muecas antes de tragar y limpiarse después con la servilleta. No hacía falta que dijera que no era perfecto. Sus gestos no necesitaban ni subtítulos.

—La pasta está pasada —expuso al fin—. Se nota principalmente en la falta de mordida, pero hay otros puntos donde puedes fijarte. Por ejemplo, está blanda y se pega. Absorbe demasiada salsa y pierde sabor. Esto no podríamos servirlo en un restaurante.

Miré el plato incrédula. A mí me había parecido sublime y él, sin embargo, parecía que contenía las ganas de tirarlo a la basura.

—¿En serio?

—Sí.

—No he notado nada de lo que dices… ¿por qué no lo servirías? La mayoría de la gente creería que es delicioso.

—Pero no lo es. No puedes servir algo que no es perfecto, aunque la mayoría de la gente considere que es bueno. Un cocinero sabe que no lo es.

Lo miré frunciendo el ceño y cogí de nuevo el tenedor, dispuesta a terminarme el plato a pesar de que no fuera perfecto, la pasta estuviera blanda, se pegara y no tuviera mordida. Mordida. Ni siquiera sabía qué quería decir con eso.

—Menos mal que no estamos en uno de esos restaurantes de pitiminí —dije antes de meterme en la boca un buen puñado de *pappardelle* repletos de salsa.

Debo reconocer que me resultó raro que me mirara mientras comía, pero no dejé que lo notara. Si él quería ver cómo masticaba, tragaba y bebía de la copa de vino, por mí perfecto. Eran unos bocados llenos de sabor y no iba a permitir que sus ojos oscuros y profundos empañaran el momento. Cuando ya había dado cuenta de más de la mitad del plato, cogió su tenedor y comenzó a comer.

Terminamos de hacerlo en silencio y suspiré después, sintiéndome llena y aletargada.

—¿Cuáles son tus apellidos?

—¿Por qué? —preguntó apartando el plato y apoyando los codos en la mesa.

—Curiosidad —respondí imitándole—. Mi madre comentó que nunca conseguía recordarlos.

—Moretti De Santis.

Lo miré sorprendida.

—¿Italiano?

—Mi familia es de Nápoles. Yo nací aquí.

—Tú no eres de aquí. Te conocería. Aquí nos conocemos todos, muy a mi pesar.

—No me refería a que naciera en este lugar sino que…

—Ah, ya, ya —dije al darme cuenta—. Ya entiendo.

Se levantó asintiendo y recogió los platos, llevándolos a la cocina. Supuse que hasta ahí había llegado la clase de hoy y la escasa conversación entre nosotros. Pero me llamó y me hizo ir de

nuevo a la cocina.

—¿Crees que los problemas personales de tu madre la dejarán comer también hoy? —preguntó moviéndose con agilidad entre boles y ollas.

No supe qué responder. Permanecí en silencio, pensando en qué decir, sin ser consciente de que Gabriel me observaba con el ceño fruncido.

—No sabría decirte, pero estoy segura de que agradecerá el detalle.

Asintió terminando de limpiar su espacio. Subió el fuego de una olla que ya tenía agua y estaba a punto de ebullición. Saló de manera generosa y se limpio las yemas de los dedos con un gesto rápido sobre el paño que tenía en su delantal, antes de colocar otra sartén al fuego no sin antes girarla en la mano. Añadió una porción de salsa y removió en círculos con agilidad. El agua había empezado a hervir. Echó una ración de pasta y miró el reloj. Fue un gesto rápido, que imité de manera inconsciente, pero yo necesité algo más de tiempo para fijarme en la hora. Me pregunté cuántas veces al día miraba ese reloj.

Cuando la pasta estuvo lista y mezclada a la perfección con la salsa, echó con cuidado una porción en un recipiente similar al que me dio la vez anterior. Buscó un tenedor limpio y envolvió en él un par de *pappardelle* que aún quedaban en la sartén.

—Prueba —ordenó ofreciéndome el bocado.

Le quité el tenedor de la mano y me lo llevé a la boca. Degusté. Seguía siendo delicioso.

—¿Notas algo diferente?

—*La pafta eftá máf dura* —respondí aún con la boca llena.

—Eso significa que tiene mordida —explicó frunciendo el ceño. Parecía que le había disgustado que hablara mientras comía, pero se le curvó la comisura de los labios de manera muy sutil y supe que controlaba la sonrisa—. La pasta que se hace en su punto ofrece cierta resistencia cuando se muerde.

Me pasé la lengua por los labios al tragar.

—Está buenísima.

Asintió satisfecho y me acercó el recipiente con la pasta.

—Si te vas ya, llegará a casa de tu madre todavía caliente.

—Sí, me voy pitando.

Cogí mis cosas y la comida para mi madre y me despedí con la mano, saliendo apresurada de la cocina.

—Inés —llamó cuando ya abandonaba el comedor.

—¿Sí? —dije girándome para poder mirarlo.

—Gracias por el café —respondió de manera atropellada.

Sonreí asintiendo antes de girarme y salir del local.

Primera semana superada.

15 De sabor a metal y canela

No tener que ir al hospital durante dos días ayudó a que mi madre recuperara fuerzas. Me preocupaba que estuviera ya tan cansada cuando las sesiones de quimio acababan de empezar. Aún faltaban diecinueve más antes de poder valorar si el tratamiento estaba funcionando.

Dormía mucho. Las noches eran malas y llegó un momento en el que ya no importaba si era de día o de noche. Cuando el sueño aparecía y el dolor se iba, era momento de descansar. Aprovechábamos los ratos en los que estaba despierta para ver alguna película los tres juntos o charlar de cualquier tema que nos hiciera reír.

No solo nosotros nos poníamos al día poco a poco, durante ese fin de semana llegó la hora de responder preguntas. Hasta ese momento habíamos podido mantener la noticia en la intimidad, pero las amigas de mi madre empezaban a llamar preocupadas porque hacía tiempo que no sabían de ella. También la familia que teníamos desperdigada por el país. Aunque no lo decía, sabía que las primeras veces que tenía que contar la historia se le hicieron difíciles, pero luego fue como quitarse un gran peso de la espalda.

—Me ha llamado Laura —dijo mirando de reojo a Ángel, cuando los tres desayunábamos en la mesa de la cocina.

Levanté las cejas sorprendida, dándole un bocado a una tostada repleta hasta los topes de mantequilla. Miré a Ángel a su vez, esperando su reacción.

—¿Y? —preguntó sin levantar la vista de su café.

—Me ha dicho que vendrá a verme en unas semanas. Le he dicho que no hacía falta, pero ya sabes que cuando quiere hacer algo de poco sirve intentar convencerla de lo contrario.

—Está bien, mamá. No tengo ningún problema en verla de nuevo.

—¿Estás seguro? Porque si no te apetece, cariño, conseguiré que no venga.

—No hace falta, en serio, mamá —atajó mi hermano apretándola la mano—. Estoy bien. Es agua pasada.

Se tomó el café de un trago y dejó la taza en el fregadero antes de salir de casa, alegando que necesitaba ir a correr. Negué con la cabeza cuando escuché la puerta cerrarse.

—La definición perfecta de «agua pasada» —susurré con sarcasmo.

—¿Por qué no hablas con él?

—¿Yo? —grazné mirando incrédula a mi madre— Mamá, no somos amigos. Hace mucho tiempo que dejamos de serlo.

—Pero sois hermanos, Inés. Y los hermanos tienen que estar juntos y apoyarse. No entiendo qué ha pasado, con lo unidos que estabais.

—A él nunca le ha gustado que me fuera tan lejos o que no viniera todas las semanas. Le molesta que no sea como él. No hay más. Y yo estoy harta de justificarme. Joder, que parece que me he ido al otro lado del mundo y estoy a menos de dos horas.

—Cariño, estos años sí ha parecido que estuvieras al otro lado del mundo y no a menos de

dos horas —dijo tras suspirar—. ¿No te has parado a pensar que quizá él te ha echado de menos?

—*Me egtraña* —gruñí dando vueltas a la comida en la boca.

—No ha sido fácil para él estos últimos años. Y ahora todo esto… —murmuró mirándome con los ojos vidriosos.

—No, mamá —gemí—. No me mires así, por favor.

—Es que no sabes lo que me gustaría veros bien. Sois mis hijos, para mí no habría nada mejor.

—Está bien, está bien —claudiqué levantando las manos—. Hablaré con él. Juegas sucio, que lo sepas.

Terminé la tostada, que ya no me parecía tan apetecible como minutos antes, y me bebí el café en un par de tragos, antes de levantarme de la mesa y besarla en la mejilla. Obtuve una sonrisa victoriosa que iluminó su rostro. Bebió después un gran trago de su vaso de agua, que había permanecido intacto hasta ese momento.

—*Puag*. Qué mal sabe el agua —dijo después con gesto de desagrado.

—¿Mal? ¿Cómo que sabe mal?

—Sí, me sabe a metal. Debe ser por la quimio, me dijeron que quizá notaría que todo me sabía mal. Pero no pensé que el agua también.

Me acerqué a ella y bebí de su vaso. El agua sabía como siempre. A nada. A agua.

—Sí, debe ser eso, porque a mí me sabe bien. Espera.

Busqué en los cajones y volví de nuevo con una pajita, que metí en el vaso. Algo bastante absurdo pero que me pareció una idea estupenda en aquel momento.

—Prueba a ver.

Bebió un poco, con el mismo resultado.

—Igual. No te preocupes, cielo. El lunes cuando vaya pregunto si hay algún truco para hacerlo más soportable. Voy a echarme un rato, ¿te importa?

—No, claro, pero espera que te acompaño.

Subí con ella hasta la planta de arriba. Lo hizo fatigada y el esfuerzo terminó de agotarla por completo. Se dejó caer en la cama y cerró los ojos. Me quedé allí, mirándola, hasta que su respiración se hizo algo más profunda y constante y supe que se había dormido.

Mi hermano llegó una hora después, con la cara enrojecida y el pelo pegado a las sienes debido al sudor. Me saludó con un gesto de cabeza y subió al piso de arriba. Escuché el agua correr poco después. Quince minutos más tarde, volvía a bajar con un chandal puesto. Así, con el pelo sin engominar y sin estar colocado a la perfección, parecía mucho más cercano, más niño, más accesible. Se sentó en el sofá, en el extremo opuesto a donde me encontraba.

—¿Todo bien? —preguntó.

—El agua le sabe a metal.

Suspiró cerrando los ojos.

—Y no creo que pueda subir las escaleras dos veces al día, Ángel.

—Ya lo sé. Me di cuenta anoche.

—Tenemos que acondicionar una habitación aquí abajo.

—Creo que si saco alguno de los muebles que tiene en la habitación del fondo, podría después bajar su cama y entraría —comentó levantándose para ir a la habitación, donde mi madre tenía un pequeño estudio.

Lo seguí y observé la disposición de los muebles y el espacio que quedaba libre en el centro. Tenía razón, quizá sacando unos muebles podríamos meter una cama, pero el espacio que quedaría sería ridículo. Ángel entró y se colocó en el centro, pasándose las manos por el pelo

pensativo.

—Habría que quitar todos los libros, álbumes de fotos y películas que tiene, desmontar los muebles y colocar esto en otro sitio —dijo señalando una cómoda que había a la derecha—. Ese armario es un trasto, tendrá que quedarse.

—Si empezamos ahora, quizá para mañana podamos tenerlo listo.

—¿No deberíamos preguntarle primero antes de destrozar la habitación?

—Te va a decir que está bien —expuse, comenzando a recogerme el pelo en un moño alto—, pero tú y yo sabemos que no es así. Además es algo temporal. Y no vamos a destrozarla. Cuando todo pase, volveremos a dejarla como estaba.

Asintió, casi convencido del todo, observando de nuevo la habitación.

—Vamos a necesitar cajas —dijo por fin.

—El otro día vi a Marcos, el de la frutería, con cientos de cajas de cartón. Voy en un segundo y le pregunto si puedo llevármelas.

—Estará cerrado, Inés. Es domingo.

—Voy a probar, la semana pasada abrió hasta la una. Quizá esta vez también lo haga.

La frutería, como casi todos los establecimientos de venta de comida, estaba en el centro del pueblo. Llevaba allí desde hacía tantos años que no podía imaginar esa plaza sin la frutería en ella. Desde la casa de mi madre había escasos cinco minutos en coche. Pasé por delante y sonreí al comprobar que el cierre no estaba echado del todo, sino que estaba a la mitad. Quizá no estuviera abierto al público pero confiaba en que pudiera pedirle las cajas vacías que había visto el día anterior. Aparqué un poco más abajo y fui a la carrera, colándome dentro del local con la confianza de quién ya lo había hecho en infinidad de ocasiones.

—¿Marcos? —pregunté jovial.

No tuve que esperar mucho para verlo aparecer, saliendo de la cámara frigorífica que tenía al fondo. Marcos no pasaba desapercibido, pues medía casi dos metros y se machacaba cada día en el gimnasio desde hacía más de treinta años. Era un tío enorme, con un corazón igual de grande.

—¿Inés? —dijo con alegría— ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Hace por los menos dos años que no te veo!

Me abrazó fuerte, levantándome en volandas y haciéndome reír. Él era de las pocas personas que se había salvado del juicio al que había sometido al pueblo años atrás.

—Estoy pasando unos días con mi madre —respondí evasiva cuando volvió a dejarme en el suelo—. ¿Cómo va todo? Te veo genial.

—Todo va muy bien. Fui abuelo el año pasado, así que imagínate. Abuelo. Me han hecho sentirme viejo de pronto.

—¡Anda ya! Ya sabes que eso es un estado de ánimo más que otra cosa. Tú sigues pareciendo un…

Callé al ver salir a alguien de la cámara frigorífica. Iba vestido con ropa oscura, con una sudadera con capucha que le ocultaba parte del rostro. Pero reconocí su forma de andar. Y, lo que era aún peor, reconocí los Dickies negros y la manera en la que se amoldaban a su cuerpo.

—¿Gabriel? —pregunté levantando una ceja, sorprendida.

Se giró para mirarme y saludó con la cabeza.

—Inés —dijo metiendo las manos en los bolsillos.

—¿Os conocíais? —preguntó Marcos confuso.

—Sí, algo así. Ha estado dándole clases de cocina a mi madre.

—Gabriel se está haciendo famoso por aquí, casi todo el mundo quiere aprender a su lado —dijo dándole una palmada en la espalda.

Gabriel frunció el ceño, no sabía si porque le había dolido o porque no le había gustado demasiado esa muestra de afecto.

—¿En qué puedo ayudarte, Inés? ¿Vienes a por cerezas? ¿Siguen siendo tu fruta favorita o ganaron los melocotones?

—Difícil pregunta. Los melocotones me apasionan pero las cerezas… son las cerezas —sonreí—. Pero no venía por eso. Necesito cajas de cartón vacías, pasé ayer por aquí y te vi con un montón de ellas.

Ignoré a Gabriel, que permanecía a cierta distancia de Marcos, observándome en silencio.

—Tanto como un montón… creo que tengo cuatro.

—¿Solo? —pregunté decepcionada— Parecían muchas más.

Suspiré mordiéndome el labio, pensativa.

—¿Podría llevármelas igualmente? Menos da una piedra.

—Claro, ahora mismo vuelvo.

Desapareció dejándome a solas con Gabriel. Seguía en la misma posición, con las manos metidas en los bolsillos. Había dejado de mirarme a mí para mirar sus pies, pensativo. Disimulé observando los expositores, ahora vacíos, y los carteles con las ofertas de la semana anterior.

—¿Cuántas cajas necesitas? —preguntó rompiendo el silencio.

—¿Cuántas? Pues no lo sé, depende del tamaño. ¿Diez?

—¿Me preguntas a mí? —dijo levantando ambas cejas.

—No, claro que no —sonreí ante el rumbo que estaba tomando la conversación—. Diez, necesito diez en total.

—Tengo algunas en el local.

—¿En serio? ¿Podríamos ir ahora?

Asintió dejando paso a Marcos, que volvía con tan solo dos cajas y gesto abatido.

—Perdona, Inés. Creía que tenía cuatro pero son solo dos.

—No te preocupes, me vale.

Recogí las cajas y me despedí de Marcos, quien me regaló un melocotón de un precioso color amarillo rojizo que era casi tan grande como mi cabeza, disculpándose a continuación por no tener cerezas. También me dio un fuerte abrazo, bastante reconfortante y con el que hizo que me crujiera la espalda. Gabriel entonó un «vendré luego» al pasar por su lado, en voz baja. Fuimos a Le club de cuisine cuando ya había dejado en el coche las cajas que había conseguido en la frutería y empezaba a degustar el melocotón, que era dulce, jugoso y tenía mordida, como hubiera dicho Gabriel.

Me sorprendió encontrar la cocina llena de boles, sartenes, ollas e ingredientes listos para ser usados.

—¿Tienes curso hoy también? —pregunté siguiéndole.

—No.

Paró en seco. Iba tan distraída mirando la cocina que no me di cuenta y choqué con él. Fue algo bastante infantil, nimio y sin importancia, pero el melocotón chocó con su pecho de la misma forma que lo hice yo. Manchó su sudadera, se me escurrió de las manos y acabó en el suelo con un «*chof*» húmedo, esparciendo pequeños trozos de carne sobre la inmaculada superficie.

—Espera aquí —siseó.

—Lo siento, si me das algo para limp...

—Espera. Aquí —repitió desapareciendo por esa pequeña puerta de madera que ya había visto en una ocasión.

Sabía que no contaba con mucho tiempo por lo que me moví deprisa. Entré en la cocina buscando el rollo de papel que sabía que tenía ahí. Lo encontré cuando ya empezaba a darme por vencida, oculto en una balda inferior. Limpié con esmero el suelo y tiré a la basura lo que quedaba de ese delicioso melocotón. Volví a mi sitio en el mismo instante en el que Gabriel aparecía por la puerta, cargado con ocho cajas de cartón vacías de distintos tamaños. Ya no llevaba la sudadera y volvía a lucir su reluciente camiseta blanca.

Me observó despacio, analizando mi respiración todavía acelerada y los mechones de pelo que se habían desprendido del moño que, en aquellos momentos, permanecía en precario equilibrio sobre mi cabeza, inclinándose poco a poco hacia un lado.

—Siento lo de tu sudadera. Pero al menos es negra, no se ve la mancha.

—Es una suerte, sí —dijo con ironía.

Luché por no echarme a reír, pero me estaba costando. Era increíble lo mal que gestionaba temas para mí tan triviales como una mancha. Y más tratándose de alguien que pasaba la vida entre fogones.

—Dame las cajas, anda —repliqué divertida.

Me las acercó manteniendo las distancias, lo que dificultaba el traspaso de unas manos a otras. Lo miré confundida y me pegué lo suficiente a él como para asegurarme de que no se me escurrirían y acabarían también esparcidas por el suelo.

—Pareces cansada —murmuró viéndome luchar por mantener todas las cajas juntas.

Me sorprendió escucharle decir algo que nada tuviera que ver con la cocina. Lo miré con la ceja levantada, ladeando la cabeza incrédula. Tardé en reaccionar, pues tras esas dos palabras me pareció entrever cierto interés. No sonó como esos «¿qué tal?» que se formulan por educación y para los que se espera una respuesta monosilábica.

—Lo estoy —confesé—. Llevo una semana sin dormir en condiciones. Y, aunque soy animal nocturno, me pesa la falta de sueño. Gracias por preguntar, aunque sea de forma encubierta.

Le sonreí sin esperar respuesta. Pero, aquella vez, me la devolvió. Fue corta, discreta y casi no visible porque agachó la cabeza. Pero lo hizo. Me dio la espalda y se alejó, dirigiéndose a la cocina. Agarré con fuerza las cajas y salí de allí sin despedirme, todavía con la sonrisa en los labios.

Mi hermano estaba desmontando una estantería cuando llegué. Había dejado en el pasillo los libros que antes había apilados en ella. Se escuchaba Black Sabbath de fondo y le vi mover las manos al son de la batería.

Pasamos lo que quedaba de mañana metiendo libros y álbumes en cajas mientras escuchábamos *heavy-metal*. Hablábamos poco, pero al menos el silencio no era incómodo. Mi madre apareció poco antes de la hora de comer, con la frente perlada de pequeñas gotas de sudor.

—¿Por qué no nos has avisado? —preguntó Ángel enfadado.

—Porque estoy bien, hijo. ¿Se puede saber qué estáis haciendo con mi estudio?

—Estamos preparándote tu nueva estancia aquí abajo —me adelanté—. Así te evitas el estar subiendo y bajando cada dos por tres.

Nos miró en silencio, intentando decidir si echarnos la bronca o no. Ángel se acercó a ella y le puso la mano en la frente.

—Estás un poco caliente —dijo preocupado.

—Hacía calor en la habitación.

—Si tienes fiebre hay que ir al hospital —insistió.

—No tengo fiebre, me he tomado la temperatura antes de bajar.

—¿Tienes hambre? —pregunté levantándome del suelo.

—No mucha, pero voy a intentar comer algo.

—Saqué ayer por la noche ese guiso de carne delicioso que hiciste en el curso. ¿Quieres un poco? —dije guiñándola un ojo.

—No sé cómo me va a sentar, pero sí, vamos a probar.

A pesar de no estar muy convencida, la comida aguantó en su estómago. Comió muy poco, como si fuera un pajarito herido y seguramente con sabor metálico. Pero por la sonrisa de sus labios, supe que lo había disfrutado, que había merecido la pena.

Continuamos con el estudio en cuanto terminamos de comer, mientras mi madre veía la televisión en el salón. En una de las estanterías, metida en una caja de cartón, encontré mi vieja cámara de fotos. La dejé allí cuando me mudé a la ciudad. Lo hice porque era lo único que me quedaba ya unido a «Aquel sitio», a la Inés que había sido allí. A la chica rarita que siempre había ido con la cámara colgada al cuello y aparato en los dientes. Sin embargo, al verla de nuevo allí, sentí algo en la boca del estómago que llevaba muchos años aletargado: mariposas. Un revoloteo tímido que activó recuerdos de una época en la que, con ella al hombro, me había sentido libre, caminando por el bosque, mirando la vida a través de un objetivo. A veces en blanco y negro y otras a todo color. Una época en la que soñaba con viajar por el mundo, haciendo de mi pasión, mi trabajo.

—¿Esa es tu cámara? —preguntó Ángel mirando por encima de mi hombro.

—Sí. Creía que mamá la habría tirado.

—¿Funciona?

Negué con la cabeza, dando vueltas a la cámara entre las manos.

—No tendrá batería.

Rebusqué en la caja, sacando objetivos de todos los tamaños, fundas, lentes y un sinfín de fotos impresas. Al fondo, protegido en su funda, estaba el cargador y una batería adicional. La dejé cargando y saqué la caja, con la cámara dentro, al pasillo. Me olvidé de ella durante el resto de la tarde, hasta que la habitación quedó despejada y con el hueco justo para una cama.

—Menuda paliza —dije apoyando mi espalda en la de mi hermano—. Pero ya está. Voto por dejar lo de la cama para mañana.

—Me parece bien —apuntó tras bostezar.

Guardamos silencio, en el que aproveché para meditar la forma de acercarme a él.

—¿Estás seguro de estar bien? —lancé la pregunta sin darle más vueltas, directa. Siempre había creído que era la mejor forma de afrontar las cosas, sin dar muchos rodeos— Me refiero al hecho de volver a encontrarte con tu ex mujer.

—Claro —respondió con rapidez, tensando la espalda.

—¿En serio te apetece verla?

—Hay una diferencia importante entre estar bien por el hecho de verla y que me apetezca verla.

—No lo entiendo —me separé de él, girándome para poder verlo—. Si la dejaste tú, ¿por qué ahora te cuesta tanto? Si ya no la querías, ¿qué más da?

—¿Pero tú qué sabes? —preguntó furioso— ¿Tú qué sabes sobre cómo eran mis sentimientos?

—No sé, ¿lo deduzco por tus declaraciones de amor a los cuatro vientos, no te jode?

—Querer a alguien también es dejarlo marchar.

Se levantó sacudiéndose los pantalones y se pasó la mano por la cara, disgustado.

—No tienes ni puta idea —atacó mirándome desde lo alto—. Y no necesito que vengas ahora a intentar fingir una preocupación que no sientes o a darme lecciones o a lo que sea esto.

Salió de la habitación a continuación, sin darme opción a réplica. Lo seguí, pues creía que al menos merecía defenderme. Por alusiones, más que nada. Pero llamaron a la puerta y dejé que se recluyera en la cocina. «Salvado por la campana», pensé mientras iba a abrir.

Esperaba encontrarme a alguna vecina que venía a ver a mi madre, a pesar de que ella siempre rehuía esas visitas, alegando que no hacía falta y que estaba cansada. Sin embargo, fue a Cristina a quien me encontré al abrir la puerta. Cristina, con una sonrisa enorme en la boca y una pequeña maleta a su lado.

Me dio un fuerte abrazo, entrando después y dejando tras de sí un rico olor a canela.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con una mezcla de sorpresa y alegría.

—Me he escapado en cuanto hemos terminado de realizar la *mise-en-place*. Hablé con André y me cubren durante el servicio. Así que… ¡aquí estoy! Necesitas una ducha, por cierto —dijo guiñándome el ojo y bajando un poco el tono de voz.

Entró en casa y saludó a mi madre, que bajaba las escaleras despacio tras oír el timbre de la puerta. Mi hermano salió de la cocina con un paño entre las manos, acercándose directo a ella para saludarla. Lo hizo con dos besos, algo tímido, y con una sonrisa tierna. Parecía mentira que fuera el mismo Ángel que me había perdonado la vida con la mirada escasos cinco minutos antes.

—He traído *cinnamon rolls.*

Ángel abrió los ojos y agrandó la sonrisa.

—Mis favoritos —susurró.

Supe que, antes de lo que él pensaba, dejaría de importarle que Laura hiciera acto de presencia.

16 Desvelando secretos

—No sé qué narices hacer con el trabajo. No paran de llegarme mensajes en LinkedIn, pero no sé qué hacer —le confesé a Cristina al día siguiente, cuando ambas tomábamos café en La cumbre después de haber comido todos juntos en casa.

—Muchas ofertas aceptan ahora trabajo en remoto —dijo no muy convencida.

—Lo sé, pero mi madre tiene quimio cada día y tengo que ir al curso de cocina dos veces por semana. Ya me dirás cómo gestiono eso.

—Si necesitas dinero, Inés… —empezó a decir, agarrándome la mano.

—No, tranquila. Tengo algo de dinero ahorrado y me dará para un par de meses. Pero gracias —sonreí devolviéndole el apretón.

—Podrías apoyarte también en tu hermano —propuso mirándome de reojo.

—¿En Ángel? —pregunté incrédula— No sé… antes estábamos muy unidos, pero desde que me fui la cosa empezó a enfriarse. Al principio no tanto, pero en algún punto… ocurrió. Ahora somos como dos extraños. Y no me digas que no lo notas, es más que evidente. Tendrías que ver cómo acabamos ayer.

—¿Qué paso?

—Intenté acercarme y no salió bien.

—A ver… a veces tienes unas formas de acercarte a la gente que… —dejó caer levantando las cejas.

—¿Qué quieres decir? —dije frunciendo el ceño.

—Pues que… no sé, Inés. A tu hermano lo conozco poco, pero se le ve cercano, atento y cariñoso. Un buen tío.

—Ah, claro, yo no soy cercana ni buena tía —repliqué dolida.

—No es eso —dijo con una sonrisa—. Pero tú eres diferente, más independiente y despegada, no sé.

Negué con la cabeza, pero no respondí. Sabía que tenía parte de razón, por mucho que me molestara reconocerlo.

—Se cabreó porque le dije que no entendía que ahora le supusiera tanto problema el tema de su ex cuando fue él quién la dejo, quién puso fin al matrimonio —reconocí.

—¿Ves a lo que me refiero? Uno nunca sabe lo que pasa de puertas para adentro en una relación, Inés.

—Lo sé, lo sé.

—¿Crees que sigue enamorado de ella? —preguntó centrándose en la espuma de su café.

—No, no lo creo —dije mirándola con curiosidad—. ¿Por?

—No, por nada. Quizá eso explicaría que acabarais mal tras esa conversación —respondió esquiva, tratando de quitarle importancia.

—Creo que Laura no está ahora mismo en su cabeza. Si acabamos mal, quizá fue más por ese

comentario que por sus sentimientos actuales hacia ella.

Me pareció entrever cierto alivio en su rostro cuando escuchó aquello. Debería haberle preguntado directamente, pero no quise ponerla en esa tesitura. Cristina nunca había tenido problemas para hablarme de los hombres que le gustaban de verdad, no necesitaba ni que yo preguntara. El hecho de que no hablara de mi hermano me hacía pensar que, o bien no le interesaba a pesar de las señales que me había parecido ver, o bien se sentía violenta por estar sintiendo algo hacia él.

—Oye, ¿estás segura de que haberte escapado ayer no tendrá consecuencias negativas? —pregunté cambiando de tema.

—No, estaba controlado. Ya había hablado con André y otro chef podía cubrirme. No te preocupes —respondió aliviada.

Bebimos el café en silencio, observando a la gente que paseaba por la plaza. Ese día había amanecido cubierto y la temperatura era más baja que en días anteriores, pero «Aquel sitio» tenía un encanto especial cuando el otoño se acercaba. Los árboles se llenaban de hojas de color rojizo, olía a manzana dulce y clavo, y en casi cualquier cafetería podías tomarte unos cafés con crema de leche que sabían a tarta de calabaza.

—No me puedo creer que nunca hayamos venido aquí, Inés. Esto es precioso.

Asentí despacio, muy a mi pesar.

—No te dejes engañar por su aspecto. Es su manera de atraerte para después devorarte.

Me tiró una pelotilla que había hecho con su servilleta.

—Qué dramática eres a veces. Me parece un lugar ideal.

—Ideal… madre mía, yo guardo unos recuerdos de este sitio que están muy lejos de esa definición.

—Pero ya no eres esa niña, leche. ¿Te has encontrado a alguno de tus compañeros del colegio desde que estás aquí?

—A uno —reconocí mirando a mi alrededor—. Pero tampoco salgo tanto, prefiero evitarlo.

—La gente cambia, Inés. Yo era una imbécil en el colegio, la típica chula que se creía el centro del mundo —dijo negando con la cabeza avergonzada—. Y mírame ahora, soy adorable.

Me eché a reír, terminando el café.

—Algo de razón tienes, no te lo voy a negar. Pero no sé… sigo notando las miradas de la gente cuando me ven pasar. Casi puedo escucharlos cuchichear.

—Pero es normal… has cambiado mucho desde entonces. Déjalos, que miren. Tú sigue contoneándote de la misma manera y que les den a todos.

—¿Contonearme? ¡Yo no hago eso!

—¡Uy que no! Sí lo haces, sí. Te contoneas. Pero en plan bien. No es algo exagerado, no te preocupes.

La miré con la boca abierta, sin dar crédito a lo que decía. ¡No me contoneaba!

No me había dado tiempo a rechistar cuando Isabel apareció de la nada, con una sonrisa enorme dibujada en sus labios rosa fucsia.

—¡Inés! ¡Qué casualidad! Dos veces en una semana, ¿me estás siguiendo o algo?

Fingió enfadarse, frunciendo el ceño de una manera que me resultó bastante infantil. Hice una mueca, mirando de reojo a Cristina, que la observaba con la boca algo abierta, como si fuera un ente extraño.

—Hola, Isabel. Sí, qué casualidad…

—Llámame Isa, tía. Que Isabel me suena muy a señora mayor. ¿Tú eres…? —dijo dirigiéndose a mi amiga.

—Cristina, una amiga de Inés.

—Pues encantada. Yo soy una vieja conocida suya. No éramos muy amigas, yo por aquel entonces era demasiado idiota para tener amigos de verdad, de los que no te doran la píldora ni buscan que te pongas de rodillas.

—Ya…

Cristina asentía incómoda y sin saber qué decir ante un comentario de esas características. Hasta a mí me sorprendió la sinceridad con la que expuso sus relaciones durante la época del instituto.

—¿Hasta cuándo estás por aquí? —preguntó después centrando su atención en mí.

—Pues no lo sé, tengo unos días de vacaciones ahora.

—Ah, ya, ya… alargas la visita entonces —repuso guiñándome un ojo—. Pues espero verte de nuevo, a ver si puede ser un día en el que no vaya acelerada. Ahora os dejo, chicas, que llego tarde a la pelu.

Nos lanzó un beso con la mano y se alejó risueña.

—¿Esa era de las buenas o de las malas? —lanzó Cristina mirando la espalda de Isabel.

—¿A ti qué te parece? Vámonos, anda. Mi madre suele ponerse peor a medida que avanza el día.

Me acerqué a la frutería antes de volver a casa y compré unos cuantos limones. Había leído que eso ayudaba a mitigar el sabor metálico del agua. Marcos añadió otro melocotón gigante tras reírse un buen rato cuando le conté cómo acabó el último.

Ignoré a conciencia a Cristina, que intentaba sonsacarme información de aquella época. Le había hablado hasta la saciedad de cómo fueron esos años, pero ahora ponía cara a una de las personas que me rodearon en esos momentos. Y eso le producía una curiosidad que no terminaba de entender.

Antes de llegar al coche, que había aparcado un poco más abajo de Le club de cuisine, Cristina se detuvo a mirar un local con el cartel «Se alquila» pegado en la ventana, olvidando a Isabel y al resto de mis compañeros del instituto.

—¿Qué había aquí? —preguntó con curiosidad, intentando vislumbrar el interior entre el papel que tapaba los cristales.

—Una hamburguesería. Bastante mala, por lo que decía mi madre. No duró mucho abierta.

—Hummm.

Miró un poco más antes de perder el interés y volver a mi lado con su sonrisa de siempre.

Trataba de convencerme para ver un documental sobre Ferran Adrià cuando entramos por la puerta de casa. Aunque la cocina había empezado a interesarme algo más, todavía no había llegado al punto de considerar fascinante un documental sobre la gastronomía molecular.

Me quedé de piedra al entrar al salón. Mi madre estaba sentada en el sofá, sonriendo. A su lado, sentado en una butaca de una plaza, estaba Gabriel, con su eterna camiseta blanca, sus pantalones negros y una chaqueta deportiva en un tono claro. Noté sus ojos clavados en mí. No supe identificar si era culpa lo que había en ellos.

—Gabriel —atiné a decir—. ¿Qué haces aquí?

El miedo me atenazaba la garganta. ¿Le habría dicho el acuerdo al que habíamos llegado con las clases? Tragué con disimulo.

—Le he invitado a venir, cariño —atajó mi madre—. Hacía mucho que no nos veíamos y quería que me diera la receta de esa sopa de cebolla tan rica que trajiste el otro día. La de la salsa de la pasta ya la tengo.

Gabriel esbozó una sonrisa y sentí un alivio que no podía explicar al comprobar que mi

pequeño secreto seguía a salvo.

Mi madre no había querido que ninguna de sus amigas o vecinas de toda la vida fueran a verla. Decía que no tenía ánimo para recibir visitas. Y, sin embargo, ahí estaba él, lo que hacía que aquella situación fuera de lo más extraña. Con Gabriel se mostraba tranquila, contenta y sonriente. Prácticamente como lo estaba con nosotros.

—Está bien —dije alborotándome el pelo—. ¿Y Ángel?

—Arriba, duchándose. Así Gabriel y yo podíamos hablar tranquilos sobre cocina. ¡Por cierto! La mejor amiga de Inés es cocinera. Cristina, este es…

—Gabriel Moretti —susurró ella a mi espalda.

La miré confundida y capté por el rabillo del ojo que Gabriel se removía en la butaca.

—¿Lo conoces? —pregunté señalándolo.

—Claro que lo conozco —respondió conteniendo la emoción, lo que incrementó mi confusión—. Todos los cocineros sabemos quién es.

Se acercó nerviosa, ofreciéndole la mano a modo de saludo.

—Encantada de conocerte —dijo cuando él se levantó y la estrechó—. He seguido tu trayectoria desde hace años. Tu libro es como una biblia para mí. Estuve en tu restaurante y probé cada uno de los menús degustación que elaborabas, dios, qué pasada. Es increíble, se te perdió la pista, ¿ahora das cursos?

El ambiente se volvió tenso y pesado en cuestión de segundos. Me limitaba a observar lo que ocurría a mi alrededor, sin llegar a entender qué pasaba. Como si hubiera abierto un libro y empezara a leerlo por la mitad.

—Tengo que irme —atajó Gabriel, separando su mano de la de Cristina.

Me lanzó una mirada fugaz antes de dirigirse a mi madre.

—Me ha alegrado pasar contigo este rato, Clara. Cuídate.

—Lo haré. Estoy deseando volver, piensa en recetas nuevas que enseñarme.

Se despidió con un movimiento de cabeza y pasó por mi lado sin atreverse a levantar la vista del suelo. Cristina no dudó en sentarse al lado de mi madre y bombardearla a preguntas sobre el que parecía su nuevo mejor amigo. Ella contestaba a algunas y evitaba otras, con gesto cansado.

—No deberías recibir visitas si eso va a hacer que te sientas peor —le recriminé sentándome en el reposabrazos del sofá.

—Es que Gabriel es especial, cariño. Nos hemos hecho buenos amigos —dijo con un suspiro —. Y, además, no tiene a nadie aquí. Pero sí que estoy cansada, sí.

—¿Ganas de vomitar? ¿Estás revuelta?

—De momento, no.

—¿Prefieres quedarte aquí o ir a la cama?

—Me quedo aquí, no te preocupes.

—Está bien, mamá. Cris, ¿me acompañas a la cocina?

Me alejé de allí sin esperar respuesta. Cristina me siguió obediente. Solo después de haberme asegurado de que nadie nos escuchaba, me atreví a hablar.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿El qué? —preguntó sin saber a qué me refería.

—Que conocías a Gabriel.

—¡Y yo qué sabía! Solo me dijiste que se llamaba así, ¿quién me iba a decir a mí que iba a ser él? Es uno de los chefs más reconocidos del país, jamás me hubiera imaginado que estaba dando clases de cocina a jubilados. Sin ofender —matizó cuando se dio cuenta que uno de esos jubilados era mi madre.

—¿Y qué hace aquí? ¡Aquí! —enfaticé sin dar crédito.

—No lo sé, pero mataría por verlo cocinar en directo. Fui a una *masterclass* suya y fue increíble. ¿En serio no sabías quién era? Te habré hablado de él como un millón de veces, Inés. Joder, vaya caso me haces —refunfuñó cruzándose de brazos.

—Me hablas de tantos cocineros que me resulta difícil aprenderme los nombres —traté de justificar, negando despacio con la cabeza—. No me lo tengas en cuenta, anda. Sabes que a mí lo único que me gusta de la cocina es comer.

—Y ahí estás, dando clases con el mismísimo Gabriel Moretti. Está visto que Dios da pan a quien no tiene dientes.

Me reí, empujándola con el cuerpo. Acababa de comprobar que Gabriel guardaba más secretos de lo que parecía. Y no solo él. Mi madre sabía mucho más de lo que decía. Ángel apareció en la cocina, con un montón de ropa sucia que metió en la lavadora.

—¿Ya se ha ido el cocinero? —preguntó mirándonos a Cristina y a mí.

—¿Tampoco sabes quién es?

—No, ¿quién es?

—Es increíble la poca cultura gastronómica que tenéis en esta casa —apuntó con una sonrisa.

—A mí lo que me gusta de la cultura gastronómica es comer —apostilló Ángel apoyándose en la encimera.

—¡No me digas! Como se nota que sois hermanos.

—Qué va —replicó Ángel sin mirarme—. No nos parecemos en nada.

No habíamos vuelto a hablar desde el día anterior, cuando salió de la habitación furioso conmigo. La llegada de Cristina había conseguido que pudiéramos estar los dos juntos en la misma estancia sin que se notara un ambiente enrarecido flotando sobre ella, pero me evitaba el resto del tiempo.

Crucé la mirada con Cris, encogiéndome de hombros, y salí de la cocina para ir al salón con mi madre. No tenía ganas de lidiar con los comentarios hirientes de mi hermano.

Me tumbé en el sofá y apoyé la cabeza en sus piernas. Me acarició el pelo sin dejar de mirar la televisión.

—¿Qué ves? —pregunté en un susurró.

—Pues no lo sé, la película ya había empezado cuando la he puesto. Pero está divertida.

—Mmmmm —contesté cerrando los ojos ajena a todo, solo centrada en sus caricias.

—Parecías sorprendida cuando has visto a Gabriel aquí —dijo como si fuera algo que se le acabara de pasar por la cabeza.

—Bueno… me ha sorprendido, sí —respondí midiendo mis palabras—. No sabía que tuvierais una relación tan estrecha como para que lo invitaras a venir a casa, cuando no lo has hecho con nadie más.

—Pasamos muchas horas juntos, hablamos mucho… Nos ayudamos mutuamente. Los dos estamos solos y creo que él no tiene mucha familia.

—Tú no estás sola —dije levantándome y zafándome de sus caricias—. Nos tienes a nosotros. Y un montón de amigos.

—Vosotros tenéis vuestra vida. Y así debe ser. Y mis amigas también. Tienen a sus maridos, hijos y nietos. Pero Gabriel es diferente.

—Mamá…

Suspiré negando con la cabeza. Tenía la costumbre de acoger bajo su abrigo a todas esas personas que consideraba solitarias, indefensas o una combinación de ambas. Y si además no contaban con lo que ella creía que era una familia unida cerca, eran los candidatos perfectos para

formar parte del clan Gallego.

—Podríais aprovechar e intentar haceros amigos, así no estaría solo.

—Mamá, no somos una ONG. Quizá él no quiere hacer amigos, ¿lo has pensado?

—Nadie quiere estar solo, Inés. La soledad no es buena compañera.

La miré a los ojos con ternura, esos ojos verdes que habían perdido algo de brillo pero que seguían llenos de bondad. Hubiera hecho cualquier cosa que me hubiera pedido. Incluso aquello que no me pedía abiertamente.

Escuchamos risas y susurros en la cocina, que nos hicieron desviar la atención de la conversación que estábamos manteniendo. Nos miramos cómplices y volví a tumbarme, dejando que siguiera mesándome el cabello. No llegué a saber por qué el protagonista de la película había acabado en un pueblo de mala muerte en el que todo el mundo parecía odiarlo, pero disfruté de una hora con mi madre en la que lo único que me interesaba era lo alto que sonaran nuestras risas.

17 Masas, vino y confesiones

Afronté la siguiente clase con Gabriel de manera diferente. Me costaba no ver en él a ese famosísimo chef de cocina del que Cristina me había hablado durante esos días. Había visto su libro y las revistas en las que aparecía en portada, a veces solo, a veces con su equipo. Pude comprobar cómo era su restaurante en una de las ciudades más importantes del mundo. Lucía imponente con la chaquetilla de chef con su nombre bordado. Y, en cocina, siempre llevaba un gorro *bandana* con estampados que hacía coincidir con la temática del menú que elaboraba cada temporada. Un menú que no estaba al alcance de cualquiera, dicho sea de paso.

Estaba en lo más alto cuando, de pronto, desapareció. Las preguntas se agolpaban en mi cabeza. «Aquel sitio» era lo opuesto a todo lo que él había tenido.

No hizo mención a nuestro encuentro en mi casa. Se limitó a explicarme los tipos de masas con las que se trabajaba en una cocina y el uso que se le daba a cada una de ellas. Dijo que haríamos una *quiche Lorraine*, un plato típico de la gastronomía francesa y que, para ello, usaríamos masa quebrada. Asentí distraída cuando me pidió que partiera en trozos pequeños el bacon. Elucubraba sobre lo que había podido pasarle para dejar toda su vida atrás cuando sentí un dolor agudo en el dedo índice de la mano izquierda.

—¡Mierda! —exclamé soltando el cuchillo— Me he cortado.

—Déjame ver —dijo mientras se acercaba con rapidez a mi sitio. Al llegar, me miró el dedo con ojo experto—. No es profundo.

Me llevó dando un tirón a la pila y puso el dedo debajo del agua. Escocía.

—Te dije que los cuchillos cortaban. Tienes que estar atenta a lo que haces —gruñó.

—Solo me he distraído un momento —traté de justificar.

—No puedes distraerte en la cocina. Tienes que estar concentrada. ¡Son cuatro horas, joder! ¡Cuatro horas! —elevó el tono mientras me apretaba el dedo para tratar de cortar la sangre.

—La próxima vez que me grites, te mandaré a la mierda. Y no puedo hacerlo. Así que no me obligues.

Me miró sorprendido, pero solo encontró unos ojos fríos y duros que lo observaban con la paciencia agotada. Asintió levantando una ceja y volvió a centrar su atención en el dedo.

—No te muevas —dijo con suavidad.

Desapareció de la cocina y, en el escaso tiempo que estuvo fuera, intenté que la mala leche que había crecido en mi interior desapareciera. Al menos no me estaba dando cuenta del dolor pulsante que tenía en el dedo. Cuando llegó, cerró el grifo y puso una tirita donde me había cortado. Se agachó y me ofreció un guante de látex de color negro.

—Póntelo. Te facilitará el trabajo.

Obedecí en silencio y regresé a mi puesto, para continuar partiendo el bacon ahí donde lo había dejado. Sabía que me observaba, como siempre. Que me analizaba, no sabía con qué finalidad.

—Puedes mandarme a la mierda cuando quieras —soltó al fin.

Paré de cortar y lo miré, enfrentándome a él.

—No, no puedo. No puedo hacerlo porque tengo que venir aquí cada miércoles y cada viernes hasta que mi madre pueda ocupar mi lugar.

—Eso no cambiaría.

Suspiré volviendo a mi tarea. Terminamos la clase en un silencio que solo se rompía cuando tenía que darme nuevas directrices o añadir algún detalle adicional a su explicación. Me molestaba reconocerlo, porque el cabreo no se me había pasado, pero la *quiche* tenía un aspecto delicioso. Lo vi partir y colocar un trozo sobre cada uno de los platos, decorándolo con cebollino que había picado muy fino. Los llevó después a la mesa y sirvió dos copas de vino tinto, como siempre.

—Hoy no tengo hambre —mentí quitándome el delantal—. Me voy a casa.

Respiró hondo y se restregó la frente con la mano.

—Por favor, quédate —murmuró sin atreverse a mirarme.

—¿Para qué?

No respondió y siguió cabizbajo. Pensativo.

—Por favor —repitió entre dientes.

«La soledad nunca es buena compañera», escuché decir a mi madre. Suspiré y me senté en mi sitio, dando un trago a la copa de vino. Me lanzó una mirada fugaz antes de asentir, conforme. Se dejó caer en la silla y bebió de la copa antes de probar la *quiche*. La degustó despacio. Movía los ojos hacia arriba buscando cada matiz. Levantó una ceja, satisfecho.

—Está muy bien —alabó antes de darle otro bocado.

—Qué vas a decir. Te da miedo que me largue —repliqué pinchando un trozo con el tenedor.

—No —sonrió con timidez—. Te lo digo en serio. Está buena.

Arqueé una ceja con desconfianza y cogí un trozo bastante grande para probarlo.

—*Puef fí que lo eftá* —dije con la boca llena.

Lo observé comer con curiosidad. Tamborileaba con los dedos en la mesa de vez en cuando. Y se le escapaba alguna que otra mueca.

—Venga, anda, suéltalo. Lo estás deseando.

—¿El qué? —preguntó sin entender.

—El «pero». Ese «pero» que va detrás de tu «está buena».

Masticó un nuevo trozo despacio, sin apartar sus ojos de los míos. Chasqueó la lengua antes de hablar.

—La masa está demasiado cocida. Se nota porque está un poco dura y seca. ¿Ves estos bordes? Se han quemado ligeramente. Y es difícil cortarla porque es demasiado firme.

—Vamos, que no podría servirse en un restaurante.

—Me temo que no.

Terminamos el plato en silencio. Un silencio acompañado de miradas furtivas.

—¿Qué tal lleva tu madre sus problemas personales? —se atrevió a preguntar.

—Gabriel, estuviste el lunes en mi casa. Creo que podemos dejar los eufemismos a un lado, ¿no te parece?

Asintió, dando un trago a la copa, que casi había terminado.

—¿Qué tal la quimio esta semana?

—Cada día un poco peor —confesé tras suspirar—. La semana pasada eran las primeras sesiones y tenía más fuerzas. Después de seis, su cuerpo lo nota. Y quedan todavía muchas…

Dejé la frase sin terminar, mirando a la nada. Estuve largo rato así, solo mirando al vacío.

Respetó mi silencio, no insistió. Solo se levantó de la silla para rellenar de nuevo las copas de vino. La cogí como una autómata y me la bebí entera, de un trago. La dejé en la mesa y él volvió a rellenarla.

—¿Estás bien? —dijo frunciendo el ceño.

—Sí —respondí parpadeando para alejar los malos pensamientos de la cabeza—. No… No lo sé.

Sonreí confundida ante la primera respuesta sincera que había dado a esa pregunta. Aunque fuera una respuesta bastante difusa.

—¿Alguna vez te has sentido como si estuvieras viviendo una vida que no es la tuya? Es un poco así. La reconoces, pero ahora hay elementos nuevos que la hacen extraña y ajena. Me paso el día con la continua sensación de que esto no es real.

Asintió despacio y permaneció en silencio durante unos instantes, dando vueltas al tenedor sobre la mesa.

—Me he sentido así alguna vez, sí —reconoció al fin.

Me pareció que ni siquiera lo decía como respuesta a mi pregunta, sino algo para él. Podía incluso ser un pensamiento que no deseaba expresar en voz alta. Se removió en la silla cuando fue consciente de ello.

—¿Siempre quisiste ser cocinero?

Lancé la pregunta sin saber si la respondería o se levantaría de la mesa para dar por terminada la conversación. Pero necesitaba pensar en alguna otra cosa que no fueran las llagas en la boca de mi madre, los vómitos nocturnos, los mechones de pelo que encontraba aquí y allá o su sonrisa apagada cuando nos veía aparecer en la habitación de madrugada. Olvidar que vivía en una mentira, que no tenía trabajo, que me habían despedido a pesar de hacer bien las cosas y que no sabía hacia dónde dirigir mi vida o qué hacer para enderezarla. Y escucharle hablar lo conseguía, por alguna extraña razón.

—No —respondió tras pensarlo un rato.

—Gabriel, hablar es gratis. ¿Podrías darme algo más de detalle?

Se me escapó una sonrisa que traté de ocultar bebiendo vino. Sonrió y bebió a su vez. Mantuvo la copa entre las manos, como si necesitara algo que lo anclara al presente.

—Está bien —suspiró resignado—. Fue idea de mi padre. Yo… no era un buen chico. Estaba siempre metido en follones y peleas. Arreglaba las cosas con un «te espero fuera» y me daban igual las consecuencias. Era… problemático, supongo. Difícil.

Guardó silencio, mirando las marcas que el vino tinto dejaba en la copa cada vez que la movía.

—Mi padre pensó que estudiando cocina recibiría un poco de mi propia medicina —prosiguió —. Según él, eran las mujeres las que debían estar ahí. Así que, bueno, su hijo el macarra iba a ser de pronto una «mujercita».

—No lo puedo creer —dije incrédula apoyando los codos en la mesa y la barbilla en las manos.

—En el barrio en el que me crié los roles de cada uno quedaban muy claros desde el principio. Un tío estudiando cocina era algo que no estaba bien visto. Supongo que lo hizo pensando que sería un castigo, que dañaría mi ego o mi hombría. Pero resultó que no lo hizo y que, además, se me daba bien.

—¿Y qué piensa ahora?

—¿Mi padre? —me miró con las cejas levantadas— Murió hace años. Pero supongo que le gustaría saber que me ayudó. Que consiguió que su hijo hiciera algo decente con su vida.

Esa vez fue él quien vació la copa en un par de tragos, haciendo una mueca después. Resignado. O recordando algo que llevaba mucho tiempo enterrado.

—Lo siento. Por lo de tu padre —murmuré.

—Ya. Yo también.

Me hubiera gustado hacerle un millón de preguntas más, pero temía que le sobrepasara. Había abierto una pequeña rendija por la que me había colado, pero estaba segura de que se cerraría de golpe si insistía. Me observó largo y tendido. Me había acostumbrado a eso y ya casi no me parecía raro. Me gustaba ese juego, él me observaba y yo lo observaba a él. Solo nos mirábamos, dejando el tiempo pasar. Nunca había hecho algo así antes y empezaba a ser consciente de que, solo al observar, sin palabras, los demás sentidos se agudizaban. La cocina estaba en silencio así que podía casi escucharlo respirar, me llegaban nítidos los aromas del plato que habíamos cocinado, notaba la vena de su cuello palpitar y su nuez moverse cuando tragaba. De vez en cuando entrecerraba los ojos de manera rápida o fruncía el ceño. Imaginaba que eran movimientos reflejos producidos por su línea de pensamiento.

Antes de irme, como había hecho en anteriores ocasiones, me dio un recipiente con un trozo de *quiche* para mi madre.

Había visto el cariño con el que lo preparaba, como si estuviera dándole un regalo a alguien importante para él.

—Gracias por no decir nada, no sabe que estoy haciendo esto.

Asintió despacio, con el signo de interrogación plasmado en la frente.

—¿Por qué no?

«Porque cree que tengo un trabajo al que volver que hace imposible estas clases», pensé.

—Prefiero que esté centrada en su recuperación.

Frunció el ceño. Casi parecía saber que no estaba siendo del todo sincera. Carraspeé y volví a agradecerle el detalle mientras movía con cuidado el recipiente que me había dado.

Me alejé de allí sin entender muy bien por qué el hecho de mentirle me hacía sentir incómoda.

18 Quid pro quo

Gabriel

Siempre que salía de mi local dejaba un olor dulce detrás de ella que tardaba un tiempo en irse. La miraba de reojo, sin que se diera cuenta, hasta que la perdía de vista por el largo pasillo. Y no me hacía falta tener un espejo delante ni nadie que me dijera que se me escapaba una sonrisa mientras lo hacía.

Lo peor no era esa sonrisita de niñato. Lo que de verdad me preocupaba era que, quien provocaba eso, no se me iba de la cabeza al terminar las clases.

El teléfono sonó de pronto cuando estaba en casa revisando los pedidos por cuarta vez. Tenía una rutina estricta que me permitía afrontar los días con mayor claridad.

—Dime —contesté sabiendo quién estaría al otro lado.

—¿Qué tal, chaval?

Sonreí levantándome de la silla. Chaval. Conocía a Ricard Peña desde que empecé a trabajar en una cocina. Tuve la suerte de que me acogiera bajo su protección. Que me enseñara todo lo que sabía. Que me diera una oportunidad. Siempre decía que le impresionó cómo trabajaba, mi habilidad con el cuchillo o que nunca me temblara el pulso. Pero, en el fondo, creo que le dio lástima ese chaval de diecinueve años, demacrado, que echaba de menos a su padre más de lo que dejaba entrever y con una madre que lo había echado de casa a patadas. Alguien que todavía arrastraba las marcas de los años en los que estuvo perdido. Y no todas eran físicas.

—Aquí, revisando los pedidos, ya sabes.

—¿Cómo llevas la semana?

Suspiré tras restregarme los ojos.

—Tengo una alumna nueva, ¿te lo dije?

—¿La hija de Clara? Sí, algo comentaste el otro día.

—Casi no sabe nada de cocina, Peña. Es desesperante.

—Te recuerdo que das clases, chaval. No esperes encontrar profesionales.

—Ya lo sé. Pero estaba acostumbrado a Clara y, joder, es como dar siete pasos hacia atrás. Siendo muy generoso.

Escuché su risa ronca al otro lado y aproveché el momento para levantarme y coger una cerveza.

—Dale tiempo, hombre. No todo será malo.

—Al menos escucha —reconocí dejándome caer en el sofá—. Presta atención, más o menos obedece…

—Bueno, son cualidades positivas.

—He dicho más o menos, Ricard. Más o menos —sonreí—. Hoy, por ejemplo, se ha cortado.

—Es normal al empezar, ¿o no recuerdas cómo fueron tus comienzos?

Me miré los dedos recordando la cantidad de veces que estuvieron protegidos por tiritas y guantes de látex.

—He perdido los nervios —reconocí con seriedad—. Fue como volver a los últimos tiempos en el restaurante.

Los recuerdos saltaron con velocidad de un momento a otro. Pasé de verme pelando patatas y cortando cebollas en el restaurante de Peña a observar a un chef que se parecía a mí, con chaquetilla blanca y el pelo perfectamente peinado, que gritaba a su equipo en un restaurante que también se parecía al mío. Cuando eso pasaba, y en esa época era algo que ocurría casi a diario, solo se escuchaba un «sí, chef» tras el que se hacía un silencio absoluto.

—¿Y qué hizo ella?

—Me plantó cara —recordé esbozando una ligera sonrisa.

—Apuesto a que te gustó.

No respondí, me conocía lo bastante bien para saber que así era.

—Muy bien por ella —continuó—. No estás en una cocina profesional, Gabriel, diviértete un poco.

—Es fácil decirlo. Si hubiera sido otra cosa… pero justo eso es algo que repito siempre. Los cuchillos cortan, es lo primero que se aprende. Y entiendo que esté distraída, pero joder…

—Hombre, su madre está enferma, es lo más normal. Demasiados cambios.

Me dolía ver a Clara pasar por eso. Era lo más parecido a familia que era capaz de imaginar. A familia en condiciones, claro. No la mierda que yo recordaba. Había estado conmigo desde que llegué, ganándose poco a poco un lugar en mi vida.

—¿Y tú cómo vas?

La pregunta consiguió devolverme al presente.

—Como siempre.

—¿Ninguna novedad? ¡Venga, chaval! Que tienes treinta y dos años. Que eso te lo diga yo… pero tú deberías tener distracciones.

—Ya…

—Al menos has conocido a alguien nuevo. ¿Cómo decías que se llamaba? La chica que se corta, digo.

—Inés. Se llama Inés.

Guardó silencio y, la siguiente vez que habló, lo hizo cambiando de tema. No volvió a preguntarme por ella, ni por las clases. Y lo agradecí.

No quería profundizar en cómo me sentía con ella o las veces que me hicieron gracia sus comentarios. No quería ver que nada de eso estaba planificado. Porque yo lo planificaba todo.

Me gustaba cómo me miraba.

Sus ojos azules.

Cómo sonaba mi nombre cuando lo pronunciaba.

Tendría que haber controlado lo que pasaba cuando todavía estaba empezando. Pero no lo hice.

Había oído hablar tanto de ella que era casi como conocerla.

Y a la vez era una extraña.

Porque por mucho que Clara hablara de Inés, fue incapaz de describir su olor, cómo se movía, la sensualidad que desprendía o cómo sonaba su voz.

No dejaba de darle vueltas al motivo por el que había hablado de mi padre. No solía hablar de mi vida y menos aún de la que no era puramente profesional.

Quizá fue por todo aquello que me hacía sentir y que notaba agarrado al estómago. O quizá solo me sentía obligado a hacerlo porque había compartido conmigo parte de su vida personal, aunque no de manera intencionada.

Yo sabía que su madre tenía cáncer.

Ella merecía una respuesta a su pregunta.

Un *quid pro quo* en toda regla.

Nada que se saliera de la normalidad.

Un comportamiento estándar en un persona estándar.

Nada que no pudiera controlar.

O eso pensaba.

19 Momentos que parecen no tener fin

Durante el camino de vuelta a casa, con la *quiche* reposando en el asiento del copiloto, valoré ser sincera con mi madre. No tardaría en quedarme sin excusas para justificar que dos veces por semana llevara comida para ella. Estaba casi convencida de hacerlo pero, por desgracia, la encontré mucho peor que antes de irme.

Los dolores habían vuelto y, además, tenía que lidiar con los efectos devastadores de la quimio. Estaba tumbada en la cama, con mi hermano a su lado tomándole la temperatura. Encogida, sudando y agarrándose el estómago con las manos. A sus pies, la palangana azul ya no estaba vacía. Me acerqué a ella por el lado de la cama que no estaba ocupado y la incorporé despacio, pasando mi brazo por sus hombros. Le acaricié el pelo con delicadeza y me quedé con varios mechones enredados entre los dedos. Gemía con los ojos cerrados.

—¿Y si vamos a urgencias? —pregunté buscando la mirada de mi hermano.

—No tiene fiebre —respondió mientras dejaba a un lado el termómetro.

—Ya, pero mira cómo está.

—Lo sé…

—No podemos dejarla así.

—Ya lo…

—Tenemos que hacer algo.

—¡He dicho que ya lo sé! —explotó. Me miró con el rostro desencajado.

—No discutáis, por favor —susurró mi madre—. No discutáis por mi culpa.

—Tú no tienes la culpa, mamá —la regañé—. Tú no tienes la culpa de nada.

La dejé de nuevo con cuidado en la cama y obligué a mi hermano a salir de la habitación, cogiéndolo con fuerza del brazo. Cerré la puerta antes de mirarlo enfadada. Contuve la voz, porque lo último que quería era que mi madre nos escuchara.

—¿Se puede saber qué te pasa? Tú no eres así.

—¿Acaso sabes cómo soy? ¿Tú? —lo dijo con un tono hiriente que ignoré por completo.

—Sí, lo sé. Siempre has tomado decisiones importantes sin dudar demasiado. Eres el mayor, mamá siempre recurre a ti para todo. No puedes perder los nervios así.

«Tú eres más fuerte».

Me dio la espalda, con las manos en las caderas.

«Él necesita más cariño y más tiempo para asumir los cambios».

—Claro, no puedo perder los nervios. Qué fácil es decirlo cuando has estado todo este tiempo a tomar por culo, dejando que fueran los demás los que se preocuparan por el día a día —escupió.

Encajé el golpe con toda la entereza de la que fui capaz. Lo hice porque, en el fondo, en ese lugar recóndito al que no me gustaba acercarme, sabía que parte de razón tenía. Yo no había estado ahí, veía las cosas desde un prisma que poco tenía que ver con el suyo.

—Esto no es como cuando tuve que llevarla al médico porque tenía una gripe de la leche o cuando se rompió el dedo del pie, joder —continuó con rabia.

—Lo sé —dije calmada.

—¿Lo sabes? ¿En serio?

—Ángel, ahora no es el momento. Hay que hacer algo. Cabréate conmigo todo lo que quieras después.

Relajó un poco el rostro cuando fue consciente de que había alguien que sufría a pocos metros, alguien que contaba con nosotros, alguien que no podía esperar más.

—Todo esto es… demasiado —susurró mirando por encima de mi hombro, hacia la habitación que había a mi espalda—. No sé qué hacer.

Me acerqué con cuidado a él y lo agarré por los hombros. Tenía profundas ojeras bajo los ojos, que además estaban enrojecidos. De pronto, parecía mucho mayor.

—Sé que no es fácil, pero estamos juntos en esto. Seguramente preferirías que no fuera así, pero esta es la realidad. Y podremos con ella.

Asintió despacio, respirando hondo antes de restregarse los ojos.

—Ahora debería abrazarte —dije con guasa, intentando acercar posturas—, para que esto sea redondo, ya sabes.

Sonrió muy a su pesar y me acercó a él. Nos dimos nuestro primer abrazo después de muchos años. Y supo bien. A terreno conocido. A hogar. A lugar seguro. Sabía que no habíamos superado todas nuestras diferencias, que el rencor que me guardaba tardaría en desaparecer. Pero era un paso. Un comienzo.

Al volver a la habitación, fue él quien le dijo que iríamos a urgencias. Ella no rechistó. Se dejó hacer. El dolor, las nauseas y los mareos no la dejaban pensar.

Pasó la noche en observación. Estaba deshidratada y con la tensión por los suelos. Se quedó dormida en cuanto la medicación para el dolor hizo efecto.

—Podéis quedaros esta noche —dijo el médico de urgencias que nos atendió—. Confiamos en que el suero y la medicación consigan que esté mejor para la sesión de quimioterapia de mañana. Los valores de la analítica están rozando los mínimos pero podría hacerse.

Una amable enfermera nos trajo una silla adicional cuando, haciendo la ronda, comprobó que mi hermano se estaba quedando dormido de pie y yo intentaba no hacerlo, sentada en la única silla que había allí. Cambió el suero por uno nuevo y reguló la medicación, marchándose después de dedicarnos una sonrisa cálida.

Las noches de hospital transcurrían de otra manera. El tiempo no era igual allí. Uno no era igual allí. Pasabas las horas en un duermevela alterado por pitidos de máquinas, conversaciones

en susurros, descorrer de cortinas e incluso llantos amortiguados, dolorosos.

Noches que parecían no tener fin.

20 La expectativa y la realidad

Cristina
¿Cómo va todo?
Mañana estaré por allí a última hora.

Inés
¿Mañana?
Es viernes, ¿no trabajas el fin de semana?

Cristina
No, ahora tenemos las semanas de I+D, así que cerramos.
Además, me quedo más tranquila.
Así que cállate ya.
¿Qué tal va la cosa?

Inés
Hemos pasado la noche en el hospital.
Estamos esperando a que nos digan si podrán darle quimio.

Cristina
¿¿Y eso??

Inés
Ayer tenía muchos dolores y además estaba deshidratada.
Ha pasado la noche con suero y medicación.
Ahora está mejor, pero no sabemos cómo habrá salido la analítica.

Cristina
Joder…

Inés
Sí, joder.

Cristina
¿Estás bien?

Inés

Reventada.

Hemos echado alguna cabezada sentados en unas sillas incómodas no, lo siguiente.

Oye, te dejo, creo que viene el médico.

No llegué a leer la respuesta de Cristina. Un médico diferente al que nos había atendido el día anterior se acercó a la cama donde mi madre, ya despierta, esperaba paciente.

—¿Cómo has pasado la noche, Clara?

—Bien, bien. Un poco molesta, pero nada que ver con el dolor que tenía antes de venir.

—¿Qué significa que tenga dolores tan fuertes? Creía que con la quimio desaparecerían —dije tratando de ocultar la preocupación.

—No tiene por qué significar nada —respondió con voz pausada—. El tratamiento es muy agresivo y la enfermedad no desaparece de un día para otro.

—¿Y podrán darle la quimio hoy? —preguntó Ángel.

—Sí, los valores de la analítica están bien. Podrían ser mejores, es cierto, pero son lo bastante buenos como para seguir.

—Menos mal —dije en un susurro.

—¿Tienes fuerza para ir andando o traemos una silla de ruedas?

—Creo que puedo ir andando —contestó mi madre al médico, que asintió conforme.

—Entonces vete preparando, voy a firmar tu alta y podréis iros.

El médico se alejó con paso rápido y le perdí de vista cuando desapareció tras una cortina.

—¿Por qué no has pedido un silla de ruedas, mamá? —Ángel me quitó la pregunta de la lengua.

—Porque puedo andar. Aunque sea despacio. Pero no quiero ir en una silla de ruedas. Bastante enferma parezco ya con estas calvas en el pelo como para que encima tengan que llevarme. Mientras pueda ir andando, lo haré.

Crucé una mirada fugaz con Ángel, arqueando una ceja. Sabíamos que cuando algo se le cruzaba entre ceja y ceja, poco podíamos hacer.

Ese día fue él quien la acompaño durante la quimio, mientras yo esperaba fuera removiéndome inquieta en la cómoda butaca. Dos horas pueden hacerse eternas cuando estás muerta de sueño y no puedes dormir.

El desánimo nos envolvía cuando llegamos a casa. Mi madre se desplomó en el sofá mientras Ángel fue directo a la cocina a preparar unos cafés. Me senté junto a ella y entrelazamos los dedos. Me dedicó una sonrisa cansada. Al pasarse la mano por la cara descubrió mechones de pelo entre los dedos, que habían caído solo con rozarlos. Los miró largo rato, hasta que, con delicadeza, se los quité y los dejé en la mesita del salón.

—¿Quieres que te rape?

—Por favor.

Sonreí antes de levantarme del sofá para ir a buscar la maquinilla en el baño que había frente a la que era ahora su habitación. Miré de refilón al interior cuando ya salía con ella en la mano. Y allí, en una de las pocas estanterías que habían quedado, estaba mi cámara. Esperando. Había cargado la batería y, después, me olvidé de ella. Pero ahí estaba. Lo pensé tan solo un segundo antes de entrar y hacerme con ella.

—Encontré mi cámara —le dije a mi madre al volver al salón y sentarme en el sofá—. Creía que la habías tirado.

—¿Tirarla? Esa cámara ha sido una extensión tuya durante casi toda tu vida. Sabía que llegaría el día en el que volverías a tenerla en la mano.

La miré agradecida.

—Quizá salga luego a hacer algunas fotos —susurré, un pensamiento expresado en voz alta.

—Claro, cariño. Sal. El bosque está precioso en esta época del año. Yo no puedo ir, pero tú puedes traérmelo.

La miré largo y tendido, y se me formó un nudo en la garganta. Me había centrado tanto en salir de «Aquel sitio» que había olvidado todo lo bueno que dejaba atrás. Y ella era de lo bueno, lo mejor.

—Anda, siéntate en una silla y vamos a hacer un cambio de look —conseguí decir, esforzándome en que no notara cómo me temblaba la voz.

Ángel me acercó un café y se quedó a cierta distancia, observando. El sonido de la maquinilla se me hizo ensordecedor. De pronto, la notaba pesada en la mano. Le pedí que bajara la cabeza. Había muchas calvas, pero todavía se veía una buena cantidad de pelo, ya debilitado. ¿De verdad todo eso estaba pasando? ¿Iba a raparle la cabeza porque tenía cáncer? Parecía un mal sueño. Uno de esos que parecen muy reales pero de los que puedes despertarte si pones mucho empeño. Cerré los ojos con fuerza.

«Despiértate».

«Despiértate, por favor».

—Yo lo haré.

Sentí su mano quitándome con suavidad la maquinilla. Al abrir los ojos me encontré con los suyos, comprensivos. Asentí y me separé, para sentarme en una silla de la mesa grande del salón. Desde ahí, los veía de frente: mi madre con la cabeza agachada y mi hermano moviendo la maquinilla, diestro, sobre ella. Rapó sin dudar, haciendo dibujos sobre su cabeza. Sin pensarlo demasiado, cogí la cámara y miré a través de ella. Mi madre reía tocándose el pelo y mi hermano bromeaba con ella. Enfoqué, acercando a ellos el objetivo.

—Eh, vosotros.

Disparé cuando me miraron, inmortalizando el momento. Un momento dulce entre tanto sabor amargo. Miré la foto en el pequeño visor de la cámara y esbocé una media sonrisa. Se notaban los años que hacía que no la usaba: la foto estaba torcida y era algo oscura. El enfoque no era el mejor. Y, a pesar de todo, era perfecta.

Mi hermano disfrutó un poco más haciéndole perrerías a mi madre y, cuando se cansó de que le echara la bronca, lo rapó todo. Besó su calva después. Ella respiró hondo, acariciándose la cabeza, y sonrió.

—¡Qué gusto! —dijo para nuestro asombro— Me picaba una barbaridad y siempre estaba con pelos en todos lados. Tengo que buscar algún pañuelo, que empieza a refrescar y se me va a quedar fría la calva.

—Yo los busco. Y te compraré alguno nuevo cuando salga.

Me dedico una sonrisa enorme que se me quedó clavada en lo más hondo.

—Pues ahora, cariños, me voy a echar un rato que estoy cansadísima.

Se alejó arrastrando un poco los pies. Al pasar por la mesa de la cocina, vio el recipiente con la *quiche Lorraine* que dejé de cualquier forma al entrar en casa cuando volví de clase. No habían pasado ni veinticuatro horas, pero parecía que había transcurrido una vida. Me miró interrogante cuando se dio cuenta de lo que significaba.

—¿Has visto a Gabriel?

—Sí, ayer… salí a dar una vuelta por el pueblo y me lo encontré —respondí a la carrera—.

Me dijo que le había sobrado y que te lo diera, por si tenías ganas de comer.

Cualquier atisbo de sinceridad que hubiera tenido el día anterior había desaparecido de mi mente.

—Le salen riquísimas. Hicimos una hace un tiempo —se giró para mirarme con suspicacia—. Os encontráis mucho, ¿no? La sopa de cebolla, la pasta, la *quiche*…

—Este pueblo es pequeño… nos hemos visto tres veces en dos semanas, tampoco es tanto.

—No me engañes, Inés…

—No lo hago, en serio.

Frunció el ceño y miró a mi hermano, que se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—A mí no me mires —se defendió.

—No sé si me fío… pero estoy muy cansada para pensarlo.

La seguí con la mirada hasta que se metió en su habitación. Estaba muerta de sueño, pero la cámara esperaba impaciente a que volviera a usarla. Ángel me dijo que no había problema, él se encargaría de todo el par de horas máximo que yo estaría fuera. Así que sin darme tiempo a replantearme nada, agarré la cámara y las llaves del coche y salí de allí emocionada.

Pero, como suele pasar, la expectativa y la realidad no se parecieron demasiado.

21 Reencuentros inesperados

«Aquel sitio» tenía infinidad de recovecos entre los que esconderse para sacar una foto preciosa, sin necesidad de esforzarse mucho. Cualquiera de sus callecitas tenía algún rincón especial, ya fuera por la luz o por lo que lo rodeaba. Sin embargo, siempre me había gustado verlo desde las alturas.

La montaña más cercana tenía varios miradores oficiales, a diferente altitud, que permitían ver «Aquel sitio» desde otra perspectiva. Cuando necesitaba evadirme y hacer algunas fotos pero no contaba con tiempo, elegía el primero. No era tan espectacular, pero no dejaba de ser impresionante.

Acerqué el coche todo lo que pude por la estrecha y serpenteante carretera que bordeaba la montaña, y el resto del tramo lo hice a pie. Los árboles eran tan altos y espesos que casi no pasaba la luz del sol. Olía a tierra húmeda y a resina, quizá también a algo cítrico y dulce. Respiré hondo para llenar los pulmones de aire fresco y disfruté de un silencio solo roto por el sonido de pequeñas ramitas quebrándose bajo mis pies.

Escuché el piar lejano de un pájaro y dejé que mis manos acariciaran la rugosa corteza de los árboles.

Tiré unas cuantas fotos aquí y allá para ir soltándome antes de llegar a mi destino.

Cuando ya creía que me había perdido, el camino se abrió y apareció ante mí un pequeño claro, con una barandilla de madera de seguridad. Podía ver «Aquel sitio» protegido por las montañas, extendiéndose en un precioso valle iluminado por el sol. Casi no parecía real de lo bonito que se veía. Hice una mueca, cada vez con más frecuencia me encontraba a mí misma disfrutando del pueblo en lugar de odiarlo. Miré por el visor de la cámara en busca de la mejor composición. Eché de menos mi trípode y me arrepentí de haberlo vendido en un arrebato de locura transitoria. Todo lo demás lo hice de manera casi automática, había hecho fotos parecidas en infinidad de ocasiones. Era cierto que habían pasado ya unos años, pero mis manos se movieron seguras por la configuración de la cámara. Y disparé. No una, ni dos, sino varias veces. Pasé mucho rato allí, capturando el pueblo y sus alrededores, antes de decidir volver.

Para cuando quise llegar al coche, me sentía diferente. Mucho más tranquila, sosegada y en paz. Regresé al centro con una sonrisa y paré en la frutería para comprar la verdura favorita de mi madre.

—Dime que tienes alcachofas, Marcos.

—Me quedan unas pocas —dijo antes de cobrar al cliente que tenía delante de mí.

—Unas pocas es muy genérico. Pueden ser cuatro o catorce. Todo depende de las que tuvieras al abrir.

El cliente, un hombre mayor al que reconocí como el padre de uno de mis compañeros de instituto, me miró de arriba abajo con disimulo. Sintiéndome juzgada, quizá más por quién era que porque realmente lo estuviera haciendo, respondí con una sonrisa juguetona y un gesto de cabeza, altivo. Lo seguí con la mirada hasta que abandonó la frutería con paso rápido y ceño

fruncido.

—No deberías hacer eso —me regañó Marcos mientras metía en una bolsa de plástico las alcachofas.

—¿El qué? Sé perfectamente lo que piensan de mí en este lugar. No voy a achantarme ante dinosaurios como el padre de Iván Melero.

—No piensan nada Inés… Si casi no apareces por aquí. Tan solo te ven como la hija de Clara. Crecidita y un poco cambiada, pero la hija de Clara.

—Venga, Marcos, que esto es un pueblo que vive de los cuchicheos y los cotilleos. La hija de Clara, esa que ni se ha casado ni ha tenido pareja ni viene a ver a su madre. Mírala, menudas pintas lleva, ya podría enseñar menos. O enseñar más.

—Creo que exageras.

Cogí la cámara, que llevaba al hombro, y cambié con agilidad y rapidez los parámetros. Apunté, enfoqué y disparé, sin pensarlo demasiado. Observé el resultado en la pantalla, sonriendo satisfecha.

—No me digas que me has hecho una foto agachado y metiendo alcachofas en una bolsa —dijo volviendo a caja, donde pesó la bolsa e imprimió el precio.

—Sales muy bien, créeme. A veces las fotografías hechas de manera espontánea son las mejores. Luego te la mando.

Cogí la bolsa que me ofrecía y pagué, saliendo deprisa de allí e ignorando el cambio que me devolvía. La plaza del pueblo estaba tranquila y me apetecía sacar alguna foto más, solo serían cinco minutos y creía que a mi madre le gustaría ver cómo estaba todo después de dos semanas sin salir de casa. Fui hacia allí tras dejar la bolsa de alcachofas en el coche. Fotografié la iglesia, las calles laterales y el centro de la plaza, donde una preciosa fuente de piedra blanca lucía imponente y asombrosamente solitaria. Siempre había niños correteando por ahí o abuelos sentados bordeando la fuente y hablando de sus últimas operaciones.

Revisaba las fotos con ojo crítico cuando alguien me tocó el hombro un par de veces, llamando mi atención. Me giré y bajé la vista, encontrándome a una de las vecinas de mi madre. La reconocí porque era la que se encargaba de trasmitir los chismes de todo el pueblo. Vivía a las afueras, por lo que no la veíamos demasiado, pero la conocíamos. Todo el mundo la conocía. A ella y a su hijo, que permanecía con una sonrisa a su espalda. Había visto a su padre en la frutería y lo busqué con la mirada, encontrándolo en el quiosco comprando el periódico, con la bolsa que Marcos le había dado todavía en la mano.

—Pero bueno, Inés. No sabía que eras tú, no te había reconocido, cómo has cambiado. Por dios, qué guapa estás.

—¿Qué tal Rosario? —pregunté con una sonrisa fingida. Claro que sabía que era yo, nos habíamos visto de pasada un par de meses atrás, pero en ese momento yo no tenía nada interesante que contar.

—¿Te acuerdas de mi hijo? —dijo señalándolo con orgullo.

—Claro. Hola, Iván.

Iván Melero había sido el chico más popular del instituto. Novio de Isabel, como no podía ser de otra forma. El típico tío bueno, poco brillante y manipulador. Tenía todo lo que no estaba bien en un hombre y que, por alguna extraña razón, nos volvía locas a los trece. Y a los dieciséis. Por suerte, hacía mucho que no tenía trece (ni dieciséis) y ya no había nada en él que me llamara la atención. Intenté no recordar lo gracioso que le pareció saber que estaba colada por él. A él y a su flamante novia.

—Hola, Inés —respondió con voz profunda.

—Me he enterado de lo de tu madre —dijo Rosario llamando de nuevo mi atención—. ¡Qué pena más grande, Inés! ¿Y cómo está?

—Bien, está bi…

—Cuando me enteré no me lo podía creer —chasqueó la lengua antes de proseguir—. El suegro de mi Antonio, el mayor, lo tuvo también hace dos años. Seis meses duró, qué lástima, con lo joven que era. Que sería como tu madre, ¿qué años tiene tu madre? Y unos dolores que tenía que no te imaginas. El suegro de mi sobrina igual. Un cáncer cerebral. No sabía el hombre ni cómo decir «ventana». Se quedaba mirando y no le salía la palabra. ¿Entonces tu madre bien?

—Sí, todo bien.

—Me dijo María que ya tiene el pelo muy cortito, ¿no se lo habéis rapado? ¿Está dándose quimio?

La miré con las cejas levantadas y sonreí.

—Adiós, Rosario.

No esperé su respuesta y le di la espalda, alejándome de allí. La escuché hablar de todas formas, con esa voz de pito que se me hacía insoportable.

—Dale recuerdos a tu madre de mi parte y dile que me paso a verla cualquier tarde de estas.

Aceleré el paso. Solo podía pensar en meterme en el coche lo antes posible. Era eso o darme la vuelta y arrancarle a Rosario la cabeza. Me daba igual que el cachas de su hijo estuviera con ella. Si tenía que arrancarle la cabeza a él también no me temblaría el pulso.

—¡Inés, espera!

Se acercaba corriendo y me alcanzó cuando ya estaba abriendo la puerta del coche. Era más que probable que estuviera aún más guapo que en la época del instituto. Joder, odiaba ese sitio y odiaba con toda mi alma tenerlo delante después de que ese pensamiento hubiera atravesado mi cabeza.

—Perdona a mi madre, el tacto no ha sido nunca su fuerte —se disculpó restregándose la nuca con la mano, avergonzado.

—Ya —repliqué seca arqueando una ceja.

Hice amago de meterme en el coche pero volvió a hablar. El tacto no era el fuerte de su madre y pillar las sutilezas tampoco parecía ser el suyo.

—Siento que tu madre esté pasando por eso. ¿Cómo está?

—Bien.

—¿Y vosotros? Con Ángel estuve charlando el otro día, lo vi en las pistas corriendo.

—Bien, también.

Frunció el ceño, mirándome despacio con esos ojos azules grisáceos que durante años me quitaron el sueño. Llevaba una barba muy corta y el pelo oscuro algo despeinado. Casual, pero perfectamente medido. Cada pelo estaba donde debía, de eso estaba segura.

—Oye, te he visto por aquí estos días, de pasada.

—¿Y?

—Me preguntaba si podría invitarte a tomar un café algún día.

Lo dijo con tanta timidez que, por un momento, olvidé su sonrisa hiriente y sus comentarios fuera de lugar durante el último año de instituto.

—Creo que no. Y ya me iba.

—¿Y una cerveza? —insistió.

—No.

—Ya, supongo que me lo merezco.

Aquello llamó mi atención. Me apoyé en el coche, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No quiero que pienses que voy por ahí persiguiendo a la gente para invitarla a tomar algo. Sé que esto es bastante raro.

—Lo cierto es que da mucha grima.

—Lo sé —sonrió abiertamente—. Y mucha más grima te va a dar cuando sepas que le había preguntado a tu madre por ti en varias ocasiones.

—Eso ya no da grima. Da miedo. Es una *red flag* como un piano.

—La estoy cagando mucho, ¿verdad?

Volvió a hacer eso de restregarse la nuca y me dedicó una sonrisa tierna a la que no respondí.

—Inés, solo quería hablar contigo, nada más. No pretendía molestarte, de verdad.

—Puedes decirme lo que quieras ahora.

—Está bien… —suspiró hondo antes de hablar— Solo quería pedirte perdón.

Levanté las cejas sorprendida.

—En estos años he tenido tiempo de pensar en todo aquello que hice mal. Y contigo lo hice muy mal. Era un niñato engreído que solo tenía ojos para su propio ombligo. Sé que no es excusa, pero espero que, al menos, sirva de atenuante.

Lo miré indecisa. No sabía qué pensar. Parecía sincero, pero a mí me costaba mucho creer en nada que saliera de su boca.

—Está bien —repliqué despacio.

—¿Significa eso que aceptas ese café?

—No. Pero te agradezco el gesto.

Esbocé una sonrisa corta y me metí en el coche deprisa, para no darle más opción a seguir hablando.

Se alejó despacio y miró hacia atrás, buscándome un par de veces antes de llegar donde estaban sus padres. Esperé hasta que los perdí de vista para respirar hondo, tratando de relajarme y olvidar la conversación con Rosario. Y con Iván. Recorrí la plaza con los ojos hasta que me topé con Le club de cuisine, justo frente a mí. ¿Estaría Gabriel dando clases? ¿Daría muchos más cursos individuales o serían todos colectivos? Fruncí el ceño cuando noté cierto malestar al pensar en que quizá daba más clases particulares.

Arranqué y enfilé hacia casa, quitándome también a Gabriel de la cabeza.

Ángel dormitaba en el sofá del salón, con la televisión encendida y el volumen al mínimo. Entré con cuidado de no despertarlo y fui directa a ver a mi madre, quien, para mi sorpresa, estaba despierta y leía *Los ojos amarillos de los cocodrilos* con las gafas puestas.

—Estás despierta —dije a modo de saludo, tumbándome con ella en la cama.

—Me he despertado hace un ratito. ¿Qué tal la salida?

—Pues estaba siendo perfecta hasta que me he encontrado con Rosario. Qué asco de mujer.

—Inés… —me reprendió—. Es un poco cotilla, nada más.

—Cotilla y con el sentido del tacto un poco perdido, mamá. Que sepas que lo sabe todo el mundo.

—Bueno, es normal. Nos conocemos todos.

—Y dice que vendrá a verte cualquier tarde de estas. Lo que me faltaba ya.

—Tranquila, no lo hará. Suele decirlo siempre que nos encontramos. Pero no somos tan amigas, y hasta ella tiene sus límites, aunque no lo parezca.

—Eso espero… Por cierto, ¿sabes con quién estaba? Con su queridísimo hijo.

—Viene de vez en cuando. Se fue a vivir fuera, bastante lejos. Las veces que lo he visto siempre me ha preguntado por ti.

—Sí, eso me ha dicho. Ya es casualidad que esté aquí, joder.

—Con lo que te gustaba cuando eras pequeña…

Puse los ojos en blanco. Me ponía de mala leche saber que era tan evidente lo mucho que me gustaba y tan poco evidente lo cabronazo que era.

—¿Y qué te ha dicho Rosario que te ha sentado tan mal? —preguntó sacándome de mis pensamientos.

—Nada, da igual —suspiré—. Idioteces.

—¿Te ha dicho algo del suegro de Antonio?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo lleva repitiendo dos años. Y sé que duele escucharlo, pero la gente se muere de cáncer cada día.

—Ya lo sé, mamá. Pero no hacía falta que me lo recordara, joder.

Me removí inquieta, mirándola de reojo. No parecía que a ella esa certeza la incomodara. No parecía tener miedo ni estar preocupada. Estuve a punto de preguntarla, pero ella se adelantó.

—¿Qué tal las fotos?

Dejó el libro abierto sobre sus piernas y me miró por encima de las gafas.

—Bien, muy bien, ¿quieres verlas?

—Sí, enséñamelas.

Le acerqué la cámara tras encenderla y cerré los ojos tratando de relajarme. Esperé paciente a que viera todas las fotografías con tranquilidad.

—Con lo buena que eres con la cámara… no entiendo cómo acabaste metida en una oficina —dijo tras respirar hondo.

Abrí un ojo y la observé. Ella me devolvió la mirada con las cejas arqueadas.

—La fotografía es una profesión complicada —dije mientras me incorporaba para apoyar la espalda en el cabecero—. Y errática. Tienes que ser buenísimo y tener muchos contactos para contar con cierta estabilidad. Y yo lo único que quería era…

—Ya, salir de aquí —terminó por mí, acariciándome la pierna.

—No quería hacerte daño, mamá, ya lo sabes.

—No me lo hiciste, cariño. Me dolió no tenerte en casa porque eres mi hija. Una madre nunca está preparada para ese momento. Pero que te fueras significaba que eras lo bastante independiente y autosuficiente como para afrontarlo.

—Y no me ha ido tan mal…

—No, no te ha ido tan mal —admitió.

Me devolvió la cámara y la mantuve entre las manos un rato, dándole vueltas, pensativa.

—Me ha gustado volver a sacarla —susurré.

—Pues no vuelvas a guardarla. No tienes por qué dejar a un lado todo lo que fuiste aquí. En tu nueva vida puede haber cabida para esto también.

Le dio un par de toquecitos a la cámara con el dedo índice. La miré y sonreí. Asintió a la vez devolviéndome la sonrisa antes de centrarse de nuevo en su libro.

Permanecí allí, escuchando el sonido de las hojas al pasar y su respiración pausada.

Y, sin darme cuenta, me quedé dormida.

22 Reír te queda bien

Las noches en las que mi madre no vomitaba eran escasas y las recibíamos con sorpresa al despertar. Esa mañana de viernes, abrí un ojo al escuchar el despertador sonar de manera insistente. Me di una ducha antes de bajar y los encontré en la cocina, charlando entre el aroma a café recién hecho.

—Menudo día de mierda hace hoy, ¿no? —dije sentándome en la silla.

—Ha estado lloviendo toda la noche —apuntó Ángel—, pero ahora parece que está la cosa tranquila. No creo que llueva más, seguramente solo tendremos algunas nubes durante el día. Pero bajan las temperaturas.

—Deberías haberte dedicado a dar partes meteorológicos —me burlé.

—Ángel, el del tiempo —se unió mi madre.

Me eché a reír mirando a mi hermano de reojo. Nos ignoraba y mantenía un rictus serio, pero sabía que, en el fondo, le estaba haciendo gracia.

—¿Qué tal has dormido, mamá? —pregunté para cambiar de tema.

—Fenomenal, cariño. Creo que he dormido del tirón, me he despertado casi a las ocho.

—Me alegro, ¿lista para la última sesión de quimio de la semana?

—No me apetece mucho, pero sí.

—Por cierto, hoy viene Cristina. Me ha dicho que llegará para cenar, pero que no nos preocupemos que trae ella la cena.

—Joder, va a pensar que somos unos inútiles que no sabemos hacer nada —protestó Ángel—. Siempre que viene acaba cocinando.

—Déjala, le encanta. Si pudiera estaría todo el santo día haciendo platos y más platos.

—Qué maja es —dijo mi madre—. Pero, ¿no le importa venir los fines de semana? ¿No tiene pareja?

Miré a mi madre con suspicacia, pero disimuló poniendo esa cara de no haber roto un plato en su vida que tan practicada tenía.

—No, no tiene pareja. Está casada con el trabajo.

—Eso es porque no ha llegado la persona adecuada —sentenció.

Ángel se removió en la silla y terminó su café.

—Hablando de trabajo, tengo que salir un momento —dijo serio—. ¿Vais vosotras a la quimio y luego me acerco?

—Claro, cariño, ¿va todo bien?

—Sí, mamá, no te preocupes. Tenía un tema que no pude cancelar.

La besó en la cabeza y se despidió de nosotras con la mano. Escuché la puerta de casa cerrarse y el sonido del motor al arrancar.

—¿Y tú cuándo tienes que volver al trabajo, cielo?

—Pues… hoy es mi último día de vacaciones, pero he hablado con mi jefa y he cogido una semana más, que aún tengo días.

La miré de reojo agachando la cabeza. Odiaba mentirla y odiaba todavía más que me saliera con tanta facilidad. Un sentimiento de culpa se me instaló en el pecho por todos aquellos mensajes que me habían mandado para ofrecerme trabajo y que había desatendido con rapidez.

—¿Y no tendrás ningún problema luego?

—No, tranquila.

—Tú si ves que te van a poner pegas, hija, vuelve al trabajo y ya nos apañaremos.

Se levantó apoyándose en la mesa y me agarró por la barbilla con cariño antes de ir a su habitación a vestirse. Ese gesto solo consiguió hacerme sentir todavía peor.

La sesión de quimio transcurrió tranquila. Mi madre había hecho algunas amistades allí. Gente que, como ella, acudía de manera regular a la misma sala y se sentaba en la misma silla, esperando paciente a que el tratamiento se acabara. Algunas llevaban pañuelos preciosos y otras lucían su cabeza sin pelo con orgullo.

Ángel todavía no había llegado para cuando nosotras entramos por la puerta de casa.

Mi madre se desvistió y fue directa a la cama. Estaba cansada y revuelta. Los efectos de las sesiones cada vez se notaban antes y no tardó mucho en quedarse dormida. Me quedé con ella hasta que escuché la puerta abrirse. Salí de la habitación lo más deprisa que pude, sin hacer ruido, y me colgué la cámara al hombro antes de pasar al lado de mi hermano.

Miré nerviosa el reloj, confiando en llegar a tiempo a clase.

—Todo bien, está dormida, vengo en poco más de cuatro horas —dije a la carrera.

No respondió. Estaba de pie derecho en la entrada, mirando las llaves del coche con gesto ausente.

—¿Estás bien? —pregunté acercándome a él.

—He aceptado.

—¿El qué?

—La oferta.

Fruncí el ceño haciendo memoria. Y caí de pronto.

—¿En serio? ¿Dejas el instituto?

—Sí, lo dejo. Tengo que comunicarlo y no empiezo en el club hasta dentro de tres semanas. Saben la situación de mamá y me han dado todo tipo de facilidades.

Respiró hondo y soltó el aire despacio.

—Lo dejo, Inés. Se acabó. Todo. Se acabó.

Supe que no hablaba solo del trabajo. Asentí con una sonrisa y le apreté el hombro con fuerza.

—Tengo que irme. Me alegro mucho, Ángel.

Aunque iba con el tiempo justo, pasé a comprar un par de cafés antes de ir al local. La cumbre tenía mucho movimiento a esa hora, pero la chica de la barra preparó las bebidas en cuanto me vio, acostumbrada a verme por allí y a que siempre me llevara lo mismo. Le pedí que hiciera un pequeño cambio, elevando la voz para hacerme oír a través del ruido.

Entré con rapidez en Le club de cuisine cuando faltaban cinco minutos para empezar la clase. Gabriel estaba en la cocina y me miró con una sonrisa muy sutil en los labios.

—Traigo café, sé que faltan… —miré el reloj— cuatro minutos para empezar la clase. Esta vez lleva leche fría, así que podemos tomarlo del tirón sin provocarnos quemaduras de segundo grado en la garganta.

Lo dije desde la entrada, levantando los dos vasos de café y haciéndole un gesto con la cabeza

para que me siguiera a la mesa. Me senté en mi silla y dejé el café en su sitio. Salió de la cocina limpiándose las manos con el paño. No se sentó, cogió el vaso y bebió, apoyándose en la silla. Observó la cámara todavía colgando de mi hombro pero no hizo ningún comentario al respecto. Terminó su café y volvió a la cocina, tirando el vaso en el cubo de basura que había justo al entrar a la derecha.

—Qué gran conversador —susurré antes de terminar el mío y seguirle para prepararme.

—Hoy veremos cómo trabajar con aves. En concreto, el pato. Nos centraremos en él porque haremos un *confit de Canard* y se necesitan tres horas para que esté listo —empezó a hablar en cuanto estuve en mi sitio—. Es un plato típico del suroeste de Francia y no tiene mayor complicación. Lo acompañaremos con patatas a la *sardalaise* y una salsa de cerezas, aunque en la receta original se hace con frutos rojos.

—¿Cerezas?

—Cerezas.

—Me encantan.

Asintió despacio antes de sacar de la nevera un bol enorme donde dos muslos de pato esperaban metidos en agua. Me puse de puntillas para intentar verlo mejor.

—Acércate —dijo tras echarme un rápido vistazo.

Sonreí acercándome a él y me planté a su lado, con las manos en la espalda. Una alumna obediente que quería aprender del mejor profesor.

—Los puse aquí ayer. Tienen que estar veinticuatro horas en agua. Previamente los salpimenté. Sin cortarme. Ahora los enjuagaremos, tiraremos este agua y secaremos muy bien los muslos.

Giraba de vez en cuando la cabeza para mirarme y ver si entendía lo que me contaba. Yo respondía de la misma manera, asintiendo para que supiera que le estaba siguiendo.

—Aquí hay novecientos gramos de grasa de pato que hay que derretir —dijo acercándome un bol con algo blanco y sólido en su interior—. Los muslos deben quedar cubiertos del todo por la grasa y se confitarán en el horno a setenta grados durante dos horas.

—Tengo una pregunta.

Me miró arqueando las cejas.

—¿Os aprendéis las recetas de memoria? Los cocineros, quiero decir —expliqué cuando comprobé que fruncía el ceño—. Todas las recetas que has hecho en tu vida, todas las cantidades, tiempos, ingredientes… ¿los revisas antes o es que te los sabes?

Me miró de hito en hito, curioso.

—Tengo facilidad para retener cosas —dijo evasivo.

—¿En serio? ¿Todas?

Carraspeó y se giró hacia la pila. Hice lo mismo todavía sin creer lo que acababa de decir. Sacó un muslo de pato y me lo dio. Empecé a enjuagarlo cuando vi que él lo hacía. Imité sus movimientos lo mejor que pude, asegurándome de quitar toda la sal. Volví a mi sitio a secar los muslos mientras él preparaba una cacerola.

—Eso significa —empecé a decir titubeando— que si te pregunto por la cantidad exacta de un ingrediente de una receta al azar, ¿me contestarías sin necesidad de hacer una búsqueda rápida?

Presionaba los muslos de pato con un paño limpio, mirándolo de reojo. Ignoró mi pregunta, pero me podía la curiosidad.

—Por ejemplo, las cantidades necesarias para hacer salsa ponzu de lúcuma. La probé en un restaurante hace tiempo y me encantó. Aunque, ahora que lo pienso, estaría bien que te

preguntara primero qué es el ponzu y la lúcuma, porque no tengo ni idea.

—Podría decirte cualquier cosa, Inés. ¿O tú conoces la receta?

—La busco rápido —dije sacando el móvil del bolsillo trasero del pantalón.

—Déjalo, no es el momento —repuso escondiendo una sonrisa—. Pero sí puedo decirte que el ponzu es una salsa japonesa y la lúcuma es una fruta exótica originaria de Perú.

—¿Y qué lleva la salsa exactamente? —insistí.

—Termina de secar los muslos, por favor.

Los sequé de manera apresurada, mordiéndome el labio inferior. Eché la grasa de pato en la cacerola siguiendo sus instrucciones. Una vez estuvo derretida, se fue directa al horno en una bandeja, con los muslos de pato dentro.

Cogió otro bol y lo acercó al centro. Distinguí unas patatas pequeñas en él.

—Me parece increíble, Gabriel. Yo casi no recuerdo lo que comí ayer —dije sin ocultar mi asombro.

Me observó analizando mi reacción antes de pasarme el bol con las patatas.

—Patatas parisinas —dijo cambiando de tema—. De pequeño calibre, se hacen enteras, incluso con la piel. Aprovecharemos la grasa del pato para cocinarlas también.

Estiró el brazo para coger otro bol, más pequeño, repleto de cerezas de un color rojo oscuro y brillante. Me las acercó mientras seguía explicando cómo haríamos la salsa. No pude evitar comerme una a pesar de ganarme una mirada de reproche.

No teníamos mucho que hacer mientras esperábamos a que el pato se confitara. Cuando faltaba una hora para que terminara, pusimos las patatas en la grasa. La salsa se cocinaba a fuego lento. Para no tener tiempos parados, Gabriel me hizo practicar cortes, dándome un par de cebollas.

—Hoy solo hay dos muslos —caí de pronto, con los ojos llenos de lágrimas—. Dios, esta cebolla es peleona.

Paré un momento para lavarme las manos y sonarme después.

—A tu madre no le gusta el pato.

Lo había dicho sin más, como si fuera algo evidente. Se me congeló la sangre. Volví a mi sitio despacio, con los hombros hundidos. Continué partiendo la cebolla en silencio. Notaba los ojos de Gabriel clavados en mí.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Tardé en contestar. Seguí partiendo la cebolla de manera hipnótica hasta que terminé. Negué con la cabeza despacio, mirando el suelo.

—No lo sabía —confesé en voz baja—. No sabía que no le gustaba el pato.

—¿Y?

—Que tú sí lo sabes. Yo soy su hija. Debería saber si le gusta o no.

—Eso es absurdo. Tu madre no había probado el pato hasta que lo comió aquí. Ni ella misma sabía si le gustaba.

Levanté la cabeza, separándome los mechones de pelo que habían caído y me entorpecían la visión.

—Gracias —dije con un hilo de voz.

—No lo decía para que te sintieras mejor —gruñó camuflando una sonrisa—. Mueve la salsa, empieza a oler como si se hubiera pegado.

Lo miré durante unos instantes en los que algo se encendió en mi interior, no sabía si era solo gratitud o había algo más oculto. La forma en la que se me encogió el estómago cuando nuestros ojos se encontraron debería haberme dado una pista, pero en aquel momento preferí ignorarlo.

Siempre emplataba él. Y yo miraba. Utilizaba el plato como un lienzo en blanco sobre el que creaba verdaderas obras de arte. Hablaba pausado mientras trabajaba los volúmenes y me explicaba con paciencia por qué hacía lo que hacía. El sentido detrás de cada detalle. Mientras tanto, yo escuchaba atenta a todo lo que decía.

Llevó los platos a la mesa y llenó dos copas de vino. Ocupamos nuestros sitios de siempre y miré el plato fascinada, sin atreverme a meterle mano.

—¿Puedo hacerle una foto? Cristina va a alucinar cuando se la enseñe.

—Claro —susurró.

Cambié los parámetros de la cámara para tomar una instantánea con luz artificial y disparé una ráfaga rápida. Observé la pantalla satisfecha antes de dejar la cámara a un lado.

Me dejó probar el pato primero. Cerré los ojos al sentir una explosión de sabor. Gruñí de satisfacción, un sonido que quedó guardado en mi garganta pero que sé que escuchó.

—No puedes decir que hay algo malo en este plato —dije después—. Se serviría en cualquier restaurante.

Me retó con la mirada antes de probarlo. Sus ojos se volvieron más oscuros durante un momento y supe que se le habían dilatado las pupilas. Bajó la cabeza asintiendo y su nuez se movió al tragar.

—Sí, éste podríamos servirlo.

Terminamos de comer en silencio, como era habitual. Cruzábamos miradas de vez en cuando, evaluando las expresiones del otro. En mi caso, tratando de averiguar qué se le pasaba por la cabeza. En el suyo… podía ser cualquier cosa. Llevaba observándome desde que nos conocimos.

—¿Me la enseñas? —preguntó señalando la cámara con la barbilla.

—Claro —respondí apurada—. No creía que quisieras verla, por eso no te he dicho nada.

Le tendí la cámara con la foto ya lista en la pantalla. La observó con ojo crítico y levantó una ceja. Me la devolvió y bebió un trago de vino.

—Es buena —reconoció tamborileando con los dedos.

—Es buena, pero…

—No hay pero.

—Sí hay un pero. Haces eso con los dedos.

Detuvo el movimiento, apoyando la mano sobre la mesa.

—Creo que es muy buena. Con algo de práctica, no tardarías en estar cerca de algunos de los fotógrafos profesionales que conozco.

—Vaya… gracias. Pero te aseguro que Cristina no verá ninguna cualidad en la foto. Solo verá un plato de Gabriel Moretti. Eres como un dios para ella. No sé qué te ve, la verdad —solté mordiéndome los carrillos por dentro para evitar que se me escapara la sonrisa.

Y entonces ocurrió. Gabriel se echó a reír. Una carcajada sonora, grave y profunda que iluminó y relajó su rostro. Se le achinaron un poco los ojos. Pude verlo antes de que los tapara con la palma de la mano. Y no lo pensé. Tenía la cámara cerca y no hacía falta ni cambiar los parámetros. Solo enfoqué y disparé. Cuestión de segundos. Seguía riendo cuando inmortalicé su imagen. Al quitar la mano de los ojos, me encontró todavía mirando a través del objetivo. Dejó de reír poco a poco, hasta volver a su seriedad habitual. No volví a apretar el gatillo, a pesar de que hubieran salido unas imágenes dignas de ser publicadas. Bajé la cámara con cuidado y visualicé la foto. Sonreí y lo miré elevando los ojos, pero no se la enseñé. Me limité a apartar la cámara antes de coger la copa y recostarme sobre la silla para poder verle con cierta distancia.

—No sabía quién eras —dije tras beber un trago—. Cristina me ha hablado sin parar de ti. Es como una *Gabrielpedia*.

Sonrió con cierta tristeza y unas pequeñas arrugas se dibujaron en su frente.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me enseñó revistas en las que aparecía tu cara en portada. Revistas muy conocidas, no sé cómo no supe quién eras —me quedé en silencio observándolo. Apretaba la mandíbula y tenía las manos sobre la mesa, con los dedos entrelazados—. Dijo que eras el mejor. Que había lista de espera de más de dos años para ir a comer a tu restaurante. Y luego habló mucho y no entendí casi nada, como me ocurre cuando empiezas a explicar recetas y cambias de idioma constantemente.

Se le escapó una risa amarga y seca.

—Y había una infinidad de revistas en las que aparecías en la cocina o con tu equipo. Vi tu restaurante, algunos de tus platos… ¡Tienes hasta un libro! —le señalé con las manos para dar énfasis al mensaje. Negué despacio con la cabeza, sin entender—. ¿Qué hace un chico como tú en un sitio como este?

Vació el contenido de la copa con rapidez y me miró en silencio. Abrió la boca pero la cerró segundos después y agachó la mirada. Me levanté despacio y recogí mis cosas. Eran las cuatro, nuestro tiempo había pasado. Me acerqué a él por detrás y puse la cámara, con su foto en la pantalla, delante de sus ojos.

—Deberías reír más, Gabriel —murmuré sobre su hombro—. Te queda bien.

Supe que la había mirado por cómo sus hombros se relajaron al soltar el aire que había retenido cuando me acerqué a él. Colgué la cámara en mi hombro y me alejé de allí despacio. Había llegado casi al pasillo que separaba el comedor de la salida cuando escuché su voz.

—Botas de tacón con suela militar. Pantalones ajustados negros, bastante rotos por cierto. Camiseta blanca con escote pronunciado. Sujetador de encaje blanco. Cazadora negra. Tres collares dorados, dos anillos en la mano derecha y tres en la izquierda. Los de la derecha parecían no ser de tu talla. Un par de pequeños pendientes dorados en la oreja izquierda y uno en la derecha —dijo sin dudar—. Eso llevabas puesto el día que nos conocimos. No solo recuerdo ingredientes y tiempos.

Tragué saliva. Tenía la garganta seca y mi respiración se había acelerado. Recordé cómo me miraron en la plaza aquel día, cuando la atravesé para venir a dar de baja a mi madre del curso. Y recordé también cómo me miró él. Cómo me había mirado siempre. Fruncí el ceño, confundida.

—Mañana tenía pensado ir a dar una vuelta y hacer algunas fotos. Hay sitios preciosos por aquí. ¿Quieres venir?

Lo dije sin pensar. Se giró para mirarme y relajó el rostro. Quizá incluso una pequeña sonrisa se le dibujó en los labios. Tardó en contestar lo que me pareció una eternidad, pero puede que fueran tan solo unos instantes. El tiempo, de pronto, había pasado a dilatarse y encogerse ante su mirada curiosa y esa forma que tenía de inclinar la cabeza al pensar. Asintió de manera sutil. Y algo se instaló en la boca de mi estómago. Algo que quizá ya estuviera ahí, revoloteando sin hacer mucho ruido, lo suficientemente pequeño para que no lo notara. Pero que había crecido, haciéndose presente de pronto. Algo que hacía mucho tiempo que no sentía.

—Te veo aquí a las diez, traeré café.

Asintió con una media sonrisa y me alejé de allí con una nueva ilusión invadiendo mi cuerpo.

23 Vaya, vaya...

—Has hecho bien, Ángel.

Cristina colocaba la mesa con mimo mientras mi hermano y yo nos dedicábamos a seguirla llevando con nosotros todo lo que nos pedía. Había traído comida de su restaurante y mirábamos los platos con un ansia que no podíamos controlar.

—Los cambios siempre son positivos y no hay que tenerles miedo —continuó, colocando las copas—. He traído un vino blanco que está en la nevera.

Ángel se apresuró a cogerlo. Lo miré con gesto divertido pero me mantuve en silencio. Mi madre dormía en la habitación y todos caminábamos con pies de plomo para no hacer ruido y despertarla.

—Supongo que sí —dijo él cuando dejó la botella de vino en la mesa—. He estado muy bien en el instituto, pero creo que ha llegado el momento de dar otro paso.

—Irá bien —insistió, apoyando la mano en su hombro—. Hazme caso.

Había complicidad en la forma en la que Ángel la miró, elevando la comisura de los labios. Cristina jugueteó con un mechón de pelo para colocarlo después detrás de la oreja, sin perder el contacto con mi hermano y con un brillo especial en los ojos.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó bajando el tono. Ese cambio en su voz convirtió una pregunta de lo más trivial en algo íntimo y me hizo esbozar una mueca.

—Porque soy una persona de naturaleza optimista. Y los Gallego os lo merecéis. A ti te irá fenomenal en el trabajo, Inés encontrará uno y todo…

Abrió los ojos sorprendida y calló de pronto, alejándose del salón para ir a la cocina.

—Joder, Cris… —siseé.

—¿No tienes trabajo? —preguntó Ángel mientras se acercaba a mí, mirándome con un enfado más que evidente. No había ya rastro de complicidad, alegría, seducción o simple bienestar en su rostro.

Cerré los ojos y suspiré. La madre que la trajo. Quería mucho a Cristina, pero tenía una boca que habría que coser de vez en cuando.

—Es algo temporal.

—¿Temporal? —preguntó incrédulo—. Te han despedido.

El hecho de que lo afirmara con tanta convicción me dolió un poco. Y me cabreó un mucho.

—Sí, me han despedido. A pesar de hacer un trabajo estupendo, me han despedido. A pesar de dejarme la piel en lo que hago, de echar horas como una desgraciada, de trabajar fines de semana y festivos… a pesar de todo eso, me han puesto de patitas en la calle.

—Joder, Inés… ¡Joder!

—Baja la voz —le pedí.

—¿Cuándo?

—Hace tres semanas. Quizá algo más.

—¿Y no has pensado en buscar algo?

—A mí no me dan tantas facilidades como a ti —dije con desdén.

—¿Lo has buscado o no?

—No —reconocí a media voz controlando las emociones.

—Eres increíble.

Negó con la cabeza y me dio la espalda, dispuesto a terminar la conversación y recluirse en la cocina con Cristina. Pero lo detuve. Me acerqué a él y agarré su brazo, obligándole a mirarme.

—Quiero estar aquí. Quiero estar con ella. Si eso significa que no trabajaré en un par de meses, no le veo mayor problema. No me juzgues por ponerla en primer lugar. No me harás sentir mal por ello.

—No trato de hacerte sentir mal. Lo que me jode es que no seas capaz de ser sincera.

—¿Estás de coña? No podía decírselo a mamá. Bastante tiene ya.

—No hablaba de ella.

Chasqueó la lengua mirándome con decepción antes de darse la vuelta y desaparecer en la cocina, dejándome con una sensación que iba a caballo entre el enfado y la culpa. Era como si hubiera añadido otro punto más a esa lista de «cosas mal hechas por Inés» que seguro que guardaba en algún lugar de su cabeza.

Sabía que ninguno de los dos estaba muy dispuesto a enfrentarse al otro, pero la charla continua de Cristina consiguió amenizar la cena. A pesar de que Ángel y yo no interactuábamos demasiado, cuando lo hacíamos, no era tan tenso o incómodo como hubiera imaginado tras nuestra charla. Habíamos avanzado mucho, pero aún estábamos lejos el uno del otro. El hecho de saber que me habían despedido no ayudaba a mejorar las cosas. Y que se lo hubiera ocultado tampoco.

—Lo siento, lo he intentado, pero me puede la curiosidad, Inés. ¿Qué has hecho esta semana en el curso?

—Quiche *Lorraine* y *confit de Canard* —dije tratando de imitar el acento de Gabriel cuando lo pronunciaba.

—Clásicos de la gastronomía francesa. Muy de su estilo. ¿Sabías que se especializó allí?

—Algo me habías dicho, sí. Por cierto, le he hecho una foto al pato, ¿quieres verla? —pregunté con una sonrisa traviesa.

—La duda ofende, señorita.

No tardé más de dos minutos en sacar la cámara, volver a la mesa y enseñarle la foto a Cristina, pero en esos dos minutos, Ángel y ella hablaron en susurros, de manera cómplice, cosas que no llegué a escuchar. Ignoré la sonrisa que escondía mi hermano y la mirada tierna de ella.

—Aquí tienes —dije tendiéndole la cámara.

Observó la foto, evaluándola. Hizo *zoom* para poder ver los detalles. Acarició la pantalla con delicadeza, con una emoción tal que casi me sentí culpable por haber sido yo y no ella quien lo cocinara.

—¿Qué usasteis para la salsa? No parecen frutos rojos, es más oscura.

—Cerezas —maticé antes de llevarme a la boca lo que parecía una tortita diminuta con queso crema y salmón—. Estas tortitas están buenísimas.

—Blinis. Son blinis, no tortitas —corrigió—. ¿En serio utilizasteis cerezas?

Asentí con la boca llena, guiñándola un ojo. Cristina seguía mirando la pantalla con devoción. Nadie diría que estaba mirando un plato de pato confitado. Parecía que tenía ante sí una aparición mariana. Y entonces me di cuenta. No era el pato lo que miraba. Era la foto de Gabriel, sonriendo, la que aparecía en la pantalla. Intenté quitarle la cámara de las manos, pero fue más

rápida y la alejó, mirándome después con una risa traviesa en los labios.

—Siempre me había preguntado si de verdad estaba tan cabreado como parecía. Pero me alegra saber que Gabriel Moretti también sabe cómo reír. Está claro que en esta vida, todo depende de quién te mire.

—Dame la cámara, anda.

Para mi sorpresa, Ángel miraba la escena divertido con la copa entre las manos.

—Vaya, vaya… —dijo antes de dar un trago.

—Vaya, vaya… Nada.

—Mataría por estar en una de esas clases, Inés. No sabes lo afortunada que eres. Le has sacado una foto mientras comíais. Es que no te haces una idea de cuánto te odio en estos momentos. He soñado con ese hombre durante años. A-ños —enfatizó.

Cristina me devolvió la cámara despacio. La guardé con recelo lejos de ellos y volví a la mesa para terminar mi copa de vino, con un pensamiento rondando mi cabeza.

—No te prometo nada. Pero déjame que hable con él. Es… hermético. Muy cerrado. Raro, si me pides una opinión sincera. Así que no lo atosigues si acepta, ¿vale?

—¿En serio? ¿Harías eso por mí? —se levantó para abrazarme eufórica.

—Haría cualquier cosa por ti, ya lo sabes.

—Joder, ni que fuera Cristiano Ronaldo —murmuró Ángel reclinándose sobre la silla.

Alcé las cejas sin dar crédito a ese ramalazo celoso que de pronto le había salido.

—Tú eres mucho más guapo —dijo Cristina con las mejillas encendidas.

—¿Estás celoso? —chinché conteniendo la carcajada.

—¿Celoso? ¿Yo? —replicó con desdén—. Ni de coña. Ya ves…

Me eché a reír sin poder controlarlo. Mi hermano, un tío de treinta y cuatro años, divorciado, que había dejado un reguero de corazones partidos a lo largo de su vida y que siempre había alardeado de la seguridad que tenía en sí mismo… estaba celoso.

—Vaya, vaya… —me burlé.

Hizo amago de levantarse de la silla, bastante cabreado, pero me adelanté.

—Me piro a la cama. Estoy agotada —dije comprobando que su rostro se relajaba.

Fui a ver a mi madre, que dormía plácidamente. Respiraba tranquila y tenía el rostro relajado. No había dolor y confié en que tuviera una noche tranquila. Estuve diez minutos allí, tumbada en la cama escuchándola respirar.

Antes de subir las escaleras para ir a mi habitación, miré de nuevo hacia la mesa del comedor. Ángel y Cristina conversaban en voz baja, muy cerca el uno del otro.

Él gesticulaba y ella asentía, muy pendiente de todo lo que decía.

Fruncí el ceño y se me escapó una sonrisa.

Joder, hacían buena pareja.

24 Ambos huimos

Recogí a Gabriel en la puerta de Le club de cuisine a las diez en punto. Dos cafés calientes aguardaban en el posavasos del coche. Ya estaba allí cuando llegué, con una sudadera con capucha que ocultaba en parte su rostro y una cazadora encima. Entró en el coche mirando a ambos lados primero, quizá para asegurarse de que no había ojos curiosos observando.

—Hola —dijo en voz baja.

—Buenos días, Gabriel —respondí con una sonrisa—. Tienes café cargado ahí. Coge el que más rabia te dé, son iguales y todavía no me he llevado ninguno a la boca.

Me miró los labios de manera rápida y emitió una corta sonrisa. Se decantó por el que quedaba a su lado, dándole un largo trago. Era increíble, el café estaba ardiendo, ¿cómo podía soportarlo? Arranqué y enfilé la carretera que salía de «Aquel sitio». Conocía el camino de memoria y sabía que, en escasos veinte minutos, llegaríamos a un aparcamiento público. Dejaría el coche ahí y cogeríamos un camino estrecho que atravesaba el bosque en línea recta ascendente. Alcanzaríamos el segundo mirador en menos de una hora. Y desde allí al tercero, sería tan solo media hora más.

Salí del coche colgándome la cámara al hombro y una mochila con distintos objetivos y cargadores a la espalda. Empecé a caminar sabiendo que me seguía de cerca. Escuchaba sus pasos firmes detrás de mí.

—¿Te vas a quedar ahí todo el rato? —pregunté dándome la vuelta y andando de espaldas.

Sonrió acelerando el paso hasta alcanzarme. Caminamos juntos, en silencio, durante más de media hora. Parecía que los dos disfrutábamos del sonido de la naturaleza, sin interrupciones. Saqué un par de fotos de lugares que, por su sencillez, me parecieron perfectos. Esperó paciente a que el resultado fuera el que yo esperaba, algo que le hacía saber con un movimiento leve de cabeza tras evaluar las instantáneas.

—¿Habías estado por aquí antes? —dije tras saltar por encima de un tronco que había en mitad del camino.

—Alguna vez. Me gusta salir a correr por esta zona.

—¿Corres?

—De vez en cuando.

Asentí sorprendida. No imaginaba a Gabriel haciendo otra cosa que no fuera cocinar.

—¿Conoces los miradores?

—Sí, los tres.

—Entonces sabes que vamos hacia el segundo —apunté mirándolo de reojo.

—Sí.

Asentí, no sin cierta decepción. Continué en silencio un tramo más, centrándome solo en el sonido de nuestros pasos.

—Tu madre siempre hablaba mucho de ti —dijo de pronto—. Pero en casi dos años que llevo

aquí, no te había visto hasta ahora.

Me detuve para recuperar el aliento. El terreno era pedregoso e inclinado y no estaba acostumbrada a esos esfuerzos. Lo miré apoyando las manos en las rodillas. Era bastante insultante el verlo como si tal cosa ante mí, ni siquiera un ligero jadeo cuando yo tenía la sensación de que el corazón se me iba a salir del pecho. Cuando fijó sus ojos en los míos, me pregunté si esos latidos acelerados solo eran producto del esfuerzo físico.

—¿Qué quieres decir? —conseguí articular.

—Me preguntaba por qué nunca te había visto. Me he cruzado con tu madre en infinidad de ocasiones, incluso con tu hermano, pero jamás contigo. Me acordaría.

—Suelo venir los domingos a comer. Algunos domingos. Solía venir algunos domingos a comer —rectifiqué irguiéndome—. Y cuando he pasado fines de semana aquí, no me he molestado en acercarme al centro.

—¿Y eso por qué?

Medité si debía responder o no. No me importaba compartir con él nada relacionado con ese lugar o con lo que me hacía sentir, pero parecía que mi madre ya había hablado mucho de mí. Él jugaba con ventaja y no pensaba darle más. Todavía.

—Vamos, nos quedan aún unos quince minutos para llegar al mirador. Y esa es solo nuestra primera parada.

Continué caminando y él me siguió obediente. Me gustaba que en esos momentos fuera yo la que llevara la voz cantante.

No tardamos mucho en llegar a nuestro destino. Alguien había tenido la consideración de poner un banco de piedra para aquellos que, como nosotros, hacían parte del camino a pie. La barandilla de seguridad de madera también estaba allí. Me acerqué y asomé medio cuerpo, respirando hondo y llenando los pulmones del aire frío que corría a esa altitud. Gabriel se acercó a mí y apoyó los codos en la barandilla, quitándose la capucha y mirando con calma la imagen que desde ahí había de «Aquel sitio».

Ajusté la cámara mirándole de reojo y observé a través del objetivo. Recorrí el valle, bajando la cámara hacia el pueblo y subiéndola después hacia el cielo.

—¿Qué ves? —preguntó.

Alejé un poco la cámara de mí pero no llegué a mirarle.

—Veo líneas rectas y curvas. Contraste de blancos. Luces y sombras —acerqué de nuevo la cámara y moví el objetivo, tratando de enfocar—. Veo algo que quedará plasmado, inmutable, a pesar de los años que pasen. Veo el pasado. Veo el color del otoño entre las viviendas y el sol colándose por cualquier recoveco. Veo inmensidad. Y soledad.

Disparé y le tendí la cámara.

—¿Qué ves tú?

Miró la cámara y luego me observó frunciendo el ceño. Dudó pero acabó cogiéndola y acercándola a su cara, para poder mirar a través del visor. Lo hizo con calma, tomándose su tiempo, moviendo la cámara por diferentes zonas del paisaje.

—Solo veo un pueblo entre montañas —dijo al fin.

Sonreí mirando a través de la barandilla. Escuché un «*click*» y supe que había hecho una foto. Pero no había sido del pueblo, ni de las montañas. Me apuntaba a mí. Lo miré con las cejas arqueadas y extendí el brazo, pidiéndole la cámara con un gesto de la mano. Apoyé la cadera en la barandilla mientras observaba la fotografía que había hecho. Me acerqué a él y le enseñé la pantalla. Su cabeza estaba tan cerca de la mía que podía notar cómo el aire se escapaba de su nariz, cálido.

—Está algo desenfocada. Eso es porque el objetivo estaba más abierto, preparado para hacer una fotografía de algo que estuviera más lejos de lo que estaba yo. Y hay mucha luz, ¿ves que el fondo queda algo blanquecino? Es como si hubieran encendido la luz. Eso es por la apertura.

—Vamos, que no podría exponerse —dijo mirándome con una sonrisa.

—Eso es.

Se me fueron los ojos a sus labios, fue algo que no pude controlar y que tampoco entendí. Y, de nuevo, el corazón latió más rápido durante unos instantes.

—Pero no está mal, en general.

Frunció el ceño sin creerse demasiado mis palabras.

—En serio —insistí—. Está bastante bien. ¿Te gusta la fotografía?

—No especialmente —reconoció apoyándose en la barandilla—. Pero he tenido contacto con ella.

—¿Sí? ¿Y eso?

—A mi hermano le gusta.

—¿Tienes hermanos? ¿En serio?

Asintió con el ceño fruncido y guardó silencio. Pensé que me daría algo más de detalle, pero tras un tiempo sin que abriera la boca, deduje que no era un tema del que quisiera hablar. Durante una fracción de segundo, imaginé cómo sería besarlo y recorrer con los dedos la línea de su mandíbula, que en esos momentos estaba tensa. Tenía unos labios que parecían hechos para besar, y no solo para dar órdenes y gruñir cuando algo no se hacía tal y como él esperaba.

—Vamos, quiero llevarte a un sitio —dije de pronto, cortando de raíz esos pensamientos.

Me alejé de allí sin darle opción a réplica, confusa y nerviosa. Escuché sus pasos a mi espalda y me desvié de la ruta que inicialmente había planeado. Nos adentramos bosque adentro, por un camino aún más estrecho y donde las copas de los árboles estaban tan cerca unas de otras que no se veía el cielo. No dijo nada en ningún momento, solo me seguía a cierta distancia. Era reconfortante saber que me cubría las espaldas.

Creía que me había perdido, que había olvidado el camino a pesar de la cantidad de veces que lo había recorrido. Pero entonces encontré el tronco. Ese tronco hueco que todavía permanecía en pie, a pesar de no tener hojas en ninguna de sus ramas. Pasé por su lado, acariciando con los dedos las marcas que un cuchillo dejó años atrás, con dos iniciales: I.G. No permití que bajaran para evitar encontrarme con ese estúpido corazón tallado y las iniciales I.M justo debajo. Supe que iba por buen camino y aceleré el paso. Poco después apareció un claro, con una cascada no demasiado pretenciosa pero no por ello menos impresionante. Caía desde cinco metros de altura, rodeada de verde, a un pequeño lago turquesa que se abría ante nosotros.

—Increíble —susurró al llegar a mi lado.

—Lo es. Poca gente lo conoce. Solo los que somos de por aquí sabemos que esto existe. Si fuera verano, me quitaría la ropa y me metería en el agua. Y te diría que hicieras lo mismo. Pero, créeme, a estas alturas del año pillaríamos una buena pulmonía.

—Qué lástima.

—¿Lástima?

—Sí. Que no sea verano.

Escondió una sonrisa y se llevó las manos al pelo. Enarqué una ceja, notando cómo todos los pelos se me ponían de punta, y eché a andar bordeando el lago.

—Ven, que esto no es todo.

Al llegar al comienzo de la cascada, donde una fina línea difuminada por el agua se acumulaba a los pies, salté a una piedra húmeda que sobresalía del agua con algo de musgo en

los bordes. Mantuve el equilibrio antes de saltar a la siguiente piedra, algo más pequeña.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó con las manos en las caderas, claramente confuso.

—Sígueme, confía en mí. Está aquí al lado.

—¿El qué? ¿Qué es lo que está aquí al lado?

—¡Deja de hacer tantas preguntas y sígueme!

Había dado otro salto, alejándome de la orilla. Tuve que gritar para que me escuchara por encima del ruido del agua al caer. Di otro salto y giré la cabeza. Gabriel había comenzado a seguirme y saltaba con destreza entre las rocas. Sonreí, apresurándome, y me perdí detrás de la cascada. Llegó poco después, sacudiéndose las gotas de agua que tenía en el pelo. Miró la cueva y el bosque a través de la cascada.

—No me habías dicho que tuviéramos que saltar entre las rocas —dijo molesto.

—Ni siquiera contaba con venir aquí.

Me observó incrédulo, como si le costara entender las palabras.

—¿No contabas con esto?

—No —negué con la cabeza levantando una ceja—. Se me ha ocurrido en el último momento.

Se restregó los ojos con evidente inquietud antes de recorrer la cueva de lado a lado con paso rápido. Miraba el suelo, pensativo.

—¿Va todo bien? —pregunté algo preocupada.

—Sí, todo bien. ¿Cómo es que conoces este sitio? —preguntó cuando levantó la vista.

—He venido aquí muchas veces —reconocí tras sentarme en el suelo y dejar la cámara a un lado.

—Ah, ya.

Arqueó las cejas mirando alrededor. Sabía lo que se le pasaba por la cabeza. Ahí era donde llevaba a mis ligues, un lugar donde montármelo con ellos sin que nadie pudiera escucharnos.

—No, no es lo que crees.

—No creo nada.

—Sí lo haces.

—Aunque lo creyera, no habría nada de malo. Eres una mujer preciosa e inteligente. Puedo imaginarme cómo eras hace diez años. Y estoy convencido de que muchos querrían venir aquí contigo.

Me eché a reír con ganas, algo que le sorprendió. Supongo que, de todas mis reacciones, esa era la que menos esperaba.

—No te confundas. Yo no era la chica «guay» del instituto. Esa que tenía cientos de amigos y una fila de chicos dispuestos a salir con ella. Yo era la rarita. La chica pálida, bajita y demasiado delgada, con aparato en los dientes y la cara plagada de acné. A la que nunca invitaban a las fiestas. El blanco fácil. La que trataba de pasar desapercibida, siempre con la cámara al hombro.

Negué con la cabeza, empujando con los pies unas piedrecitas que había en el suelo. Pude ver por el rabillo del ojo que se sentaba a mi lado y mantenía la vista al frente.

—Me escondía aquí. Venía al salir de clase o los fines de semana a llorar porque habían vuelto a meterse conmigo, porque nadie quería ser mi compañero cuando tocaban prácticas en el laboratorio o porque Iván Melero prefería a Isabel Rodríguez antes que a mí. Tallaba estúpidos corazoncitos en un árbol porque estaba loca por él y gritaba hasta quedarme sin voz porque todo el mundo lo sabía y eso a ellos les resultaba de lo más gracioso.

—¿Iván Melero e Isabel Rodríguez?

—Sí. Eran la pareja más popular del instituto. Ya sabes, el tío bueno y la tía espectacular. Si

viviéramos en otro lugar, hubieran sido el rey y la reina del baile.

Frunció el ceño antes de coger una piedrecita y lanzarla a través del agua.

—No me digas que tú eras de esos también.

Una media sonrisa se formó en sus labios, algo chulesca.

—¿Yo? Yo me hubiera pegado con todos por ti.

Sonreí agachando la vista, con una sensación cálida creciendo en lo más profundo de mi cuerpo.

Guardamos silencio, tan solo escuchando el ruido del agua al caer, sintiendo la humedad del ambiente. El vaho escapaba de entre sus labios de manera elegante, como todo lo que le rodeaba. Le sentaba bien el frío, iba bien con su tez clara. Era duro, como sus facciones.

—Fue culpa mía —confesó tras un largo rato—. Es complicado trabajar conmigo. O lo era. El control que quería tener y mi nivel de exigencia fueron… demasiado.

No quise añadir nada aunque las preguntas me quemaran en la garganta. Esperé, mirándolo de reojo, a que me diera más pistas de lo que era su vida antes de llegar a «Aquel sitio».

—Puede que fuera el mejor, pero un chef no es nada sin un equipo detrás. La cocina funciona como una familia. Debe haber confianza y respeto. Y yo no tenía ninguna de las dos cosas. No tenía nada aun teniéndolo todo.

Tragó saliva y se miró los pies, moviendo los ojos con rapidez, pensando con el ceño fruncido.

—Por eso estoy aquí. Huyo de todo aquello. Cuando llegué, casi nadie me conocía y podía empezar de cero. Ha sido complicado porque he estado con gente que no sabía diferenciar entre cortar en *brunoise* o en juliana y eso me sacaba de mis casillas. Aún sigo siendo un poco como era antes. Pero no me siento igual.

Carraspeó mirándome después fijamente. Clavé mis ojos en los suyos y respiré hondo antes de hablar.

—Yo también huyo, Gabriel. Solo que tu lugar de refugio es aquel del que yo siempre he querido salir.

25 Lo que la cocina une

No subimos al tercer mirador. Estuvimos mucho tiempo en aquella cueva, sintiéndonos invisibles y protegidos. Lo que nos habíamos dicho todavía pululaba sobre nuestras cabezas y no hablamos mucho más. Guardamos un largo silencio que resultó ser muy agradable. No solía pasar mucho tiempo con hombres en esas circunstancias. Normalmente íbamos a lo que íbamos, sin grandes conversaciones y, por descontado, nada de silencios. Y aquel fue uno muy íntimo.

Hicimos el recorrido a la inversa sin mediar palabra. De vez en cuando el sonido de los disparos de la cámara nos acompañaba, un ruido esporádico que sonaba alto y claro entre los árboles.

Lo dejé en el mismo lugar en el que lo había recogido cuatro horas atrás.

—Gracias por invitarme y enseñarme rincones que no conocía —dijo, acompañando sus palabras con un rápido vistazo a mis labios.

Sonreí y asentí una vez. Abrió la puerta del coche pero lo cogí del brazo sin pensar. Giró la cabeza y miró mi mano antes de elevar los ojos para encontrarse con los míos.

—Me gustaría pedirte algo, puedes negarte si quieres, por supuesto —comenté atropellada, soltándole el brazo.

Volvió a sentarse en el asiento y cerró la puerta. Giró el cuerpo para mirarme de frente y esperó.

—Cristina viene aquí los fines de semana para estar conmigo. Bueno, con nosotros. Y vuelve los lunes temprano al trabajo a hacer historias de esas de cocineros para la creación de nuevos platos.

—I+D —dijo elevando la comisura de los labios.

—Eso es.

Levantó una ceja sin entender a dónde quería llegar.

—Creo que si le dijera que puede estar contigo una hora viéndote cocinar, sería capaz de inventarse cualquier excusa para no estar en su cocina a la hora indicada. Y, créeme, eso no lo ha hecho jamás. Ni siquiera para un concierto de… da igual —me mordí el labio y contuve las ganas de poner los ojos en blanco. ¿Qué me estaba pasando?

Agachó la vista. Evaluaba mi petición. Lo hacía moviendo los ojos de un lado a otro.

—Puede ser el miércoles. Le cedo una de mis horas —dije con rapidez para facilitarle las cosas.

—No —negó con el ceño fruncido—. Déjame que lo piense un momento.

Esperé impaciente, observándole pensar. Se pasó la mano por el pelo, alborotándolo.

—Venid mañana por la mañana. A las doce.

—¿De verdad? ¿Estás seguro de que no te importa?

Asintió dedicándome una sonrisa sincera y abrió de nuevo la puerta. Un aire frío entró en el

coche cuando él lo abandonó.

Lo observé caminar con la mano en el pantalón y la capucha puesta. Quizá guardaba todavía rasgos de su pasado de «eso no me lo dices en la calle» en esa forma de caminar algo chulesca. No pude apartar los ojos de él hasta que giró al final de la calle y lo perdí de vista. Sin embargo, antes de desaparecer, me dedicó una última mirada que me cortó la respiración.

Empezó a llover cuando entraba por la puerta de casa. Tenía frío y estaba hambrienta. Ángel y Cristina se encontraban en la cocina y un olor delicioso a especias salía de allí. Mi madre veía la televisión en el salón y levantó la vista cuando me vio entrar.

—¿De dónde vienes andorrera?

—He ido al segundo mirador y luego he dado una vuelta por ahí.

—¿Me las enseñas? —preguntó mirando la cámara y ajustándose las gafas.

—Claro, toma —dije tendiéndole la cámara con prisa—. Necesito ir al baño urgentemente.

Recorrí a la carrera los escasos metros que separaban el salón del baño sin darme cuenta de que, en esa tarjeta de memoria, no solo había fotos de las horas que había pasado hoy en el bosque. No recordaba que una foto de Gabriel, sonriendo, estaba también guardada ahí. No, no me di cuenta de nada de eso cuando me bajé la ropa con la vejiga a punto de reventar. Pero lo hice poco después, con creciente horror.

—Mierda —siseé entre dientes.

Volví con rapidez pero con disimulo al salón y me dejé caer al lado de mi madre. Apoyé la cabeza en su hombro y miré la pantalla de la cámara, intentando ocultar los nervios. Estaba convencida de que podía escuchar los latidos de mi corazón de la misma forma que lo hacía yo. Respiré aliviada cuando descubrí que seguía mirando las fotos del día de hoy. No había llegado todavía a la primera.

—No me gusta que vayas sola, Inés.

—He estado cientos de veces, mamá. No va a pasar nada. Además… no he ido sola —dije mirándola de reojo.

Giró la cabeza bajándose las gafas y noté que tenía la pregunta en la punta de la lengua, luchando por salir.

—El otro día me acerqué al local de Gabriel y lo invité a venir. Ya sabes, hacernos amigos.

Satisfice su curiosidad con una parte de verdad y un bastante de mentira. No estaba orgullosa, pero ella sonrió de esa manera que era tan suya y no pude hacer otra cosa que responderle de la misma forma.

—Me alegro mucho, cielo. ¿Sabes que no tiene pareja? —dijo como si tal cosa devolviéndome la cámara, que dejé con cuidado sobre la mesa pequeña.

—Mamá, no empieces —la reñí con cariño—. Por cierto, ¿qué están tramando estos dos?

—Están haciendo una receta de la India. Con pollo. Cristina va a hacerme el mío aparte porque no creo que me siente muy bien tomar un montón de especias, pero me encantaría probarlo.

—Apúntate todo lo que ahora no puedes comer para que lo hagamos cuando esto termine.

—Uy, tengo una lista, sí. Nunca me había parado a pensar en todas las comidas que quería probar hasta que algo ha impedido que pueda hacerlo.

—Supongo que eso pasa con todo.

—Ya, pero es una pena, ¿no te parece? Y una pérdida de tiempo. La de cosas que no he hecho pensando que ya llegaría el momento perfecto. Y resulta que el momento perfecto era cada día.

—Podrás hacerlas, mamá. Y después de esto, no volverás a dejar nada en el tintero.

—Ojalá, Inés. Ojalá.

Hizo dibujos en mi mano con el dedo índice, sin apartar la vista del televisor. Lo hacía desde que era pequeña. No significaban nada, no era algo artístico ni pretendía dejarme un mensaje oculto. Eran trazos aleatorios que hacía casi sin pensar y que me reconfortaban. Me relajaban. Y parecía que a ella le ocurría algo parecido.

Cristina apareció de pronto en el salón, saliendo con paso apresurado y una risita traviesa en los labios. Ángel llegó justo detrás, con un enfado que era evidente que no sentía. Atisbé un brillo en sus ojos que no había estado antes ahí. Carraspeó cuando me vio incorporarme en el sofá y mirarlos con la ceja levantada. Cristina dejó una fuente de arroz blanco en la mesa antes de devolverme la mirada, con rubor en las mejillas.

Fruncí el ceño interrogándola con la mirada, pero volvió de nuevo a la cocina con rapidez, dándome la espalda. Maldita cobarde. Ángel dejó el pollo junto al arroz y disimuló colocando de nuevo los vasos y los cubiertos.

La cena trajo alguna que otra escena curiosa, empezando por lo forzado de los comportamientos de Cristina y Ángel. Los miraba con una media sonrisa burlona mientras comía, me parecía fascinante cómo interactuaban entre ellos y con nosotras. Por un momento, pensé que quizá habían tenido una sesión de sexo silencioso en la cocina, con mi madre en el salón, y que por eso el ambiente era tan denso y ellos parecían tan incómodos. O, quizá, la interrupción de esa juguetona persecución mientras ponían la comida en la mesa les había hecho darse cuenta de que no estaban solos.

Fuera como fuese, di buena cuenta del rico pollo *tikka masala* que Cristina había preparado, con su pan *naan* incluido.

—Eres tan buena cocinera, que hasta el brócoli cocido de mi madre tiene buena pinta —dije antes de darle un largo trago a la cerveza que tenía ante mí.

—Lo está, os lo aseguro —ratificó mi madre—. Si queréis, podéis probarlo.

No creía que ninguno nos fuéramos a abalanzar sobre su plato, luchando por pinchar uno de sus arbolitos verdes, por muy buena pinta que tuvieran. Pero entonces Ángel se llevó uno a la boca y lo masticó como si en lugar de brócoli fuera un carabinero.

—Pues está muy bueno —dijo lanzándole una mirada fugaz a Cristina.

Arqueé las cejas y parpadeé incrédula. No le había gustado el brócoli en la vida. En el comedor era de los que lo escondía debajo del plato o se lo echaba a los compañeros que tenía al lado cuando no miraban.

—Gracias, de verdad —Cristina se colocó el pelo, mirando a mi madre y a mi hermano con una amplia sonrisa—. Me encanta el brócoli y lo hago de todas las formas imaginables.

Hundí un trozo de pan en la salsa del pollo y me lo metí en la boca, sin perder de vista a mi hermano. «Te vas a hinchar a brócoli, Angelito», pensé aguantando la risa.

Me hubiera encantado chincharles, provocarles y meterme con ellos por la más que evidente atracción que sentían el uno por el otro, pero preferí dejarlo estar y darles cierto margen. Ángel lo necesitaba y, aunque en primera instancia no me hiciera gracia que Cristina fuera esa persona, a ella se la veía encantada. Opté por retirarme a mi habitación para dejarles algo de intimidad. «Me voy a echar un rato», dije como excusa, a pesar de no haberme echado la siesta desde que tenía tres años.

Mi madre debió pensar lo mismo porque se fue a su habitación a leer.

Y cerró la puerta.

26 Steak tartar

No me hizo falta inventarme nada para sacar a Cristina de casa al día siguiente. Me bastó con decirle que la invitaba a tomar un café en La Cumbre, su lugar favorito. O uno de ellos, al menos. Le encantaba «Aquel sitio» de una forma que no lograba entender y, desde la plaza, tenía una vista única de la montaña y el bosque que la rodeaba.

No se extrañó cuando aparqué algo alejado de la cafetería ni cuando le dije que tenía que hacer una parada antes. Frunció el ceño cuando abrí la puerta de Le club de cuisine, pero no se atrevió a preguntar. Me siguió por el pequeño pasillo de paredes blancas hasta el comedor. Ojeé deprisa la cocina, pero Gabriel no estaba allí.

Cristina me agarró nerviosa del brazo, clavándome las uñas.

—¿En serio? ¿Te dijo que sí? —preguntó con los ojos brillantes.

—Sí. Y si te soy sincera aún no me lo creo.

—La que no se lo cree soy yo —dijo con temblor en la voz. Sentí su abrazo poco después.

Siempre me ha gustado devolver los abrazos con los ojos cerrados. Creo que se sienten y se disfrutan más cuando el sentido de la vista no forma parte de la ecuación. No escuchamos salir a Gabriel de donde quiera que estuviera y, cuando ya nuestro abrazo terminaba y abrí los ojos despacio, lo encontré delante de mí, en silencio y con las manos metidas en esos pantalones Dickies negros que tan bien le quedaban.

—Hola —dije casi en un susurro.

Asintió con una sonrisa que fue tan fugaz que dudé de si en algún momento estuvo ahí. Cristina se giró de golpe, separándose de mí como si de pronto le diera calambre, y lo miró largo y tendido.

—Ho-Hola, Grabriel —tartamudeó—. No sé si te acuerdas de mí, soy Cristina, nos vimos hace poco en casa de Clara.

—Me acuerdo de ti, Cristina —respondió extendiendo la mano para saludarla.

Se dirigió después a la cocina y le hice un gesto con la cabeza a Cris para que lo siguiera. Yo ya conocía esa forma tan particular que tenía de acabar conversaciones o de querer tenerlas en otro lugar, pero ella iba a esperar a que él dijera algo más antes de moverse.

—Había pensado que podíamos preparar *steak tartar,* ¿te interesa? —dijo ofreciéndole un delantal a Cristina.

Ella me miró un instante con los ojos muy abiertos antes de quitarle el delantal de la mano a Gabriel, con una emoción que difícilmente podía controlar.

—Eso no se pregunta —respondió abrochándoselo con maestría mientras iba hacia el otro lado de la cocina para estar cerca de él.

Me mantuve al margen durante la siguiente hora dejando que fueran ellos los que hablaran. Se entendían bastante bien y se movían de manera parecida. Cristina hablaba y hablaba, pero no parecía que eso a él le molestara, a pesar de ser tan parco en palabras como siempre. Respondía a

las cientos de preguntas de cocina que ella hacía como si de un alumno más se tratase. Pero cuando intentaba indagar algo más allá de eso, se cerraba en banda.

—Siempre he querido ahumarlo, ¿sabes? Presentarlo en campana al cliente y que tuviera ese primer golpe olfativo como parte de la experiencia. Pero André no quiere ni oír hablar de ello.

—Está abajo, a tu derecha.

Cristina lo miró con el ceño fruncido.

—El ahumador —concretó él sin dejar de cortar la carne, que tenía un perfecto color rojizo—. Si quieres ahumarlo, hazlo.

—Entonces, ¿crees que es buena idea?

Cristina solo vio que él arqueaba una ceja y seguía cortando. Lo que no vio fue que, cuando se agachó a buscar el ahumador, Gabriel me miró con una sonrisa que ocultaba cierta sorpresa, asintiendo despacio. Sí, creía que era una buena idea.

Emplataron juntos: ella, su *steak tartar* ahumado cubierto por una campana; él uno más clásico, con puntos de mostaza de Dijon de distintos tamaños y, por encima, unos pequeños trozos con forma de gajo de algo que no logré identificar. Los llevó a la mesa donde siempre comíamos y llenó tres copas de vino. Ocupó su lugar y yo el mío. Cristina se sentó a su lado sin dudar un instante. Estaba claro que entre mamá y papá, ella prefería a papá.

—Por favor, dame tu opinión sincera, puedo soportarlo —rogó ocultando sus nervios.

Destapó la campana haciendo pequeños círculos sin quitarle los ojos de encima a Gabriel. Observaba cada cambio en su rostro para intentar descifrar qué se le pasaba por la cabeza. Como siempre que probaba algo, masticó despacio, moviendo la comida por la boca para sacarle todos los sabores. Miró hacia arriba, ladeó la cabeza y bebió un trago de vino antes de hablar.

—Está muy bien, Cristina. Para mi gusto, le falta un toque picante, pero es… muy bueno.

Si alguien hubiera buscado en ese momento cómo se ve la felicidad en un rostro, habría encontrado la foto de Cristina como ejemplo de ello.

—¿Puedo? —preguntó observando el *steak tartar* de Gabriel.

Él se limitó a acercarle el plato, asintiendo. Cris cogió carne, uno de esos gajos dorados y un punto de mostaza y se lo metió en la boca con devoción. Le observó mientras masticaba despacio. Cerró los ojos antes de emitir un «*mmmmmm*» muy largo que me hizo sonreír.

—Es espectacular con la cebolla *grelot* glaseada, nunca lo había probado. ¿Es una receta nueva? No me suena haberla visto antes en tu carta.

—No estaba —respondió algo tenso.

—Bueno, ¿puedo hincarle el diente a vuestras creaciones? —interrumpí.

Probé los platos, saqué algunas fotos y charlamos de manera distendida hasta que vi a Gabriel mirar el reloj. Las dos en punto. Tamborileó con los dedos sobre la mesa escuchando paciente a Cristina hablar de su trampantojo. Sabía que quería impresionarlo, pues le había explicado su currículo al detalle. Y aunque hubiera querido que disfrutara un poco más de ese momento, había llegado la hora de volver a casa.

—Tenemos que irnos, Cris —dije cuando hizo una pausa para coger aire.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —gimió haciendo un mohín.

—Son las dos de la tarde.

Protestó como una niña a la que le quitan su juguete favorito, pero se levantó de la silla y esperó a que Gabriel también lo hiciera para despedirse. Le tendió la mano, le agradeció una y mil veces la oportunidad de cocinar con él y le repitió, por enésima vez, lo mucho que lo admiraba. Los labios de Gabriel eran una fina línea recta en su cara. Emitió un «gracias» que fue solo un susurro antes de meter las manos en los bolsillos, incómodo, como si esa admiración

fuera más un castigo que un regalo.

Podría haberme ido sin más, como hacía siempre. Gabriel y yo no éramos de los que se despedían. Pero esa vez, me acerqué a él y dejé un casto beso en su mejilla. Me observó con una mezcla de curiosidad y sorpresa, pero no se separó ni acortó el momento. Dejó que fuera yo quien marcara los tiempos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Cristina en cuanto las puertas del coche se cerraron y estuvimos a solas.

—¿El qué?

—Ese beso tímido e inocente. Tú no eres así.

—No lo sé…

Levantó las cejas y bajó un poco el mentón, mirándome en silencio.

—Te lo digo en serio —reí—. No sé por qué lo he hecho, jamás nos habíamos despedido así. Es que ni siquiera nos despedimos.

—Y has hecho eso que siempre haces cuando quieres ligarte a alguien.

—¿¡Cómo!?

—Sí, lo de mirarle a los ojos y luego a la boca. Créeme cuando te digo que ha tragado saliva cuando te ha tenido cerca. ¿Qué rollo os traéis?

—Ninguno, de verdad —insistí arrancando el coche—. Pero, no sé… tiene algo que…

—Es la presencia, Inés. Es esa forma de moverse, de mirar, el tono de voz. Cómo se maneja en la cocina. A mí me pone mala, siempre lo ha hecho. Pero bueno, es cierto que me suele pasar con los chefs. Como a ti con los que llevan uniforme. Aunque, ahora que lo pienso, los cocineros también llevamos uno...

Le di un manotazo antes de meter primera y salir de allí dirección a casa.

—Creo que a él no le eres indiferente. Y sé que ahora no estás pensando en otra cosa que no sea tu madre, pero el amor no entiende de momentos perfectos y llega sin avisar, cuando menos lo esperas. Y hay emociones que no se pueden controlar.

—¿Estás hablando por mí o por ti? —pregunté mirándola de reojo.

No contestó y oteó por la ventana, evitando mi mirada. No responder a una pregunta directa no iba con ella. Solo la había visto comportarse así una vez, y fue hace mucho tiempo, cuando se lió con el que era el *sous-chef* del restaurante en el que trabajaba cuando ella era chef de partida. Y liarse con un superior era algo que no entraba en sus planes.

—No sé si quiero saber qué os traéis entre manos. Tú eres mi mejor amiga, como una hermana. Y él es mi hermano, así que entiende que es raro.

—No hemos hecho nada…

—Aún.

Giró la cabeza para observarme. No faltaba mucho para llegar a casa y le lancé una mirada rápida, para que supiera que la escuchaba.

—Creo que me gusta tu hermano —confesó.

—Lo sé —dije asintiendo con la cabeza.

—Y sé que no es buen momento.

—Pues hombre… —dije chinchándola con una sonrisita.

—Creo que yo también le gusto, Inés.

—Sí, eso parece. Y quizá puedas ayudarle con todo lo que está pasando. Yo lo intento pero… él y yo hace tiempo que no… No es igual.

Aparqué delante de casa y apagué el motor. Cuando me giré para mirarla, la encontré a la expectativa, con la duda escondida detrás de sus enormes ojos. La abracé fuerte, como tantas

otras veces ella había hecho conmigo.

En el fondo, sabía que no había nadie mejor que Cristina para ayudar a mi hermano a recuperar la ilusión.

27 Por unos instantes, hubo silencio

Gabriel

Pensaba en ella sin darme cuenta. Aparecía de la nada en momentos de descanso, en los que debería estar concentrado en elaborar nuevas recetas para los cursos del próximo año: una sonrisa, un gesto, una palabra. Cuando estaba con diez alumnos dando un curso de cocina tradicional francesa, venía a mi cabeza sin que pudiera controlarlo. La veía caminar por la cocina, comerse una cereza o meter el dedo en una salsa sin miramiento. Provocaba en mí una mezcla de sentimientos que no conseguía catalogar. Ni controlar. Me crispaba los nervios y me calentaba a partes iguales. Despertaba instintos que tenía casi olvidados.

Y había algo más allá del hecho evidente de que me ponía cardíaco. Había algo más allá de lo puramente físico y sexual, a pesar de que ella rebosaba sensualidad por todos lados. Me gustaba cómo me sentía cuando la tenía cerca. Me gustaba que no tuviera una impresión previa de mí.

Ella me miraba como si fuera un tío más. A pesar de todo lo que su amiga le había contado de mí, seguía tratándome de la misma forma.

Por eso acepté a ir con ella por el bosque, a pesar de que no solía salir los sábados. Eran días en los que cocinaba con tranquilidad en casa, probaba recetas nuevas o ajustaba otras. Y, siendo sincero, pocas veces me apuntaba a algo. Me gustaba la soledad en la que me había recluido .

Pero mereció la pena. No por ese lugar que había permanecido oculto a mis salidas, por muy curioso y bonito que fuera, sino por ese momento de intimidad que los dos compartimos en aquella cueva. Creía que no podría tener un recuerdo mejor hasta que me besó en la mejilla el día siguiente. No por el beso en sí. Fue algo bastante inocente, de hecho. Lo que guardé para mí fue esa cercanía. El calor que desprendía su cuerpo. El olor de su pelo. La suavidad de sus labios. Lo mucho que me gustó ese contacto.

Nada de eso estaba previsto. No lo había contemplado, no contaba con ello. Había planificado el año con anterioridad, había pensado en cada clase, cada plato, cada pedido, cada posible incidencia. Lo había pensado hasta la saciedad. Cuando tienes la vida organizada, es más fácil que todo fluya como esperas.

Lo único que no había tenido en cuenta era que conocería a una mujer rubia de pelo salvaje, curiosa, profunda, segura de sí misma y con un punto vulnerable que empezaba a volverme loco. Me obligaba a pensar con más rapidez para poder ajustarme a sus cambios de ritmo o a sus planes improvisados, sin que nada de lo que ya había previsto se viera afectado.

Yo no improvisaba.

Nunca.

Pasar unas horas con Cristina tampoco entraba en lo que tenía planificado. No es lo que solía hacer los domingos. Los domingos cocinaba en el local. Preparaba la semana. Eran los días en los que iba a ver a Marcos para recoger el pedido de fruta y verdura. Tenía la planificación de cada día casi grabada a fuego y solo tuve que pensar unos instantes para reajustarla y poder incluirla en la ecuación cuando me lo pidió.

Sin embargo, cada pequeño cambio generaba ansiedad en mí y me ponía nervioso. Bastante.

«Estás perdiendo dos horas de preparación. Dos horas. Ciento veinte minutos. En esas dos horas preparas fondos, Gabriel. ¿Cuándo vas a preparar los fondos? Tendrás que hacerlo de tres a cinco, que es cuando haces los pedidos a los proveedores. Así que tendrás que pasarlos de cinco a siete, que es cuando recoges. Ya nada va bien, Gabriel. Tic, tac, tic, tac, tic, tac».

Esa maldita voz en la cabeza no me dejaba pensar en otra cosa. Pero ese beso, la forma en la que me miró la boca y sus ojos azules sobre los míos compensaron todo lo que vino después.

Cuando la inseguridad me golpeó fuerte y esa voz se hizo cada vez más potente, ella apareció en mi cabeza, con todo lujo de detalles.

Y, por unos instantes, hubo silencio.

28 Volver al instituto

Aunque intentaba no salir más allá de los días de quimio y las clases de cocina, nuestro día a día me obligaba a hacerlo de manera regular. No contaba con ello, pero resultó agradable ver ciertas caras conocidas, como la de la mujer de la papelería que me había vendido lápices, bolígrafos y cuadernos durante toda mi etapa escolar. O la del señor mayor de la pequeña tienda en la que siempre comprábamos las patatas fritas, los frutos secos o los encurtidos. Entraba en esos sitios a la defensiva, preparada para cualquier comentario que pudieran hacerme. Y salía de allí rendida, con las armas enterradas. Y, de vez en cuando, con más cantidad de cebolletas en la bolsa de encurtidos de las que pedía.

Cuando tenía dieciséis años, había fantaseado en infinidad de ocasiones qué diría y cómo me comportaría cuando Iván Melero por fin me prestara atención. De todos los escenarios imaginables, ninguno incluía el pasillo del papel higiénico de un súper de barrio. La Inés del pasado se hubiera escondido debajo del abrigo, la capucha, el gorro y cualquier cosa que llevara encima. La Inés de aquel momento ni siquiera se inmutó cuando lo vio llegar, con su maravillosa sonrisa y su porte atlético, y siguió buscando el papel higiénico triple capa que siempre se había usado en casa.

—Hola, Inés. ¿Qué tal?

—Aquí, comprando papel del culo —repliqué con una falsa sonrisa.

Abrió los ojos sorprendido antes de echarse a reír. No podía creer que un comentario tan absurdo y, por otro lado, tan infantil (todo había que decirlo), le pudiera hacer tantísima gracia. Pero o realmente se la hacía o el tío fingía muy bien.

Miré a mi alrededor algo incómoda cuando las carcajadas de Iván comenzaron a llamar la atención del resto de gente que pasaba por ahí. Pero claro, él era Iván Melero y a mí me parecía que el mundo lo miraba diferente a como me miraba a mí.

—Joder, no me lo esperaba —dijo quitándose un par de lágrimas que escapaban de sus ojos.

—¿Es que en tu casa no usáis?

Por cómo se le curvaron los labios temí que volviera a reír, pero se contuvo. Guardó silencio un rato antes de carraspear y restregarse la nuca con la mano.

—¿Cómo sigue tu madre? —preguntó con disimulo mientras fingía buscar el papel higiénico perfecto.

—Bien, gracias por preguntar.

—Me alegro.

Asentí tras coger un paquete de ocho rollos y meterlo en el pequeño carrito de la compra que llevaba conmigo, ya repleto.

—Hasta otra —dije a modo de despedida, dándole la espalda.

—Entonces… —escuché que decía, siguiéndome de cerca— ¿estarás por aquí hasta que termine el tratamiento?

—Seguramente —respondí evasiva, mirándole de reojo cuando se puso a mi lado.

—Yo estaré por aquí algunas semanas más, no muchas. Luego tengo que volver pero regresaré en Navidad, ya sabes, para pasar al menos esa noche en familia.

—Ya, entiendo.

Me siguió hasta llegar a la cola de la caja, repleta de gente con los carros llenos. Curiosamente, él solo llevaba un rollo de cocina gigante que había cogido al azar de camino a la caja.

—Oye, ¿recuerdas al Martillo?

—¿Cómo? —pregunté incrédula— ¿Te refieres al profesor de Matemáticas?

—Sí, ese. Sigue dando clases en el instituto y se casó con Andrea.

—No te creo —sonreí negando con la cabeza—. ¿Con la de Filosofía? No puede ser, tenía cada pelotera con ella que no era ni medio normal.

—Se ve que tras esas broncas había mucho más.

—No lo entiendo, ese tío se sentía insultado cada vez que ella abría la boca. ¿Cómo puedes acabar teniendo una relación partiendo de esa base?

—Pues no lo sé, pero llevan más de cinco años casados y tienen dos críos.

Arqueé las cejas y avancé un par de pasos. Iván continuaba a mi lado, mirando su enorme rollo de papel y jugando con el plástico que lo protegía. Aproveché para observarlo con disimulo, tratando de encontrar en él al chico que me había vuelto loca años atrás. Estaba en muchos de sus gestos, pero la persona que tenía delante había perdido esa chulería y prepotencia que lo había caracterizado en su juventud.

—Pero bueno, ¿a quién tenemos aquí? —escuché decir a mi espalda.

Los dos nos giramos despacio. Ignoraba si él había reconocido la voz de la misma forma que lo había hecho yo. Imaginaba que sí, pues había formado parte de su vida durante mucho tiempo.

—¡Isabel! —dijo Iván con evidente sorpresa. Si era una sorpresa que le gustaba o no, era otra cuestión— ¿Cómo estás?

—No tan bien como tú —respondió Isabel melosa—. ¿Comprando cositas juntos?

—No.

Respondimos al unísono con bastante contundencia, lo que nos hizo sonreír, aunque intenté que no se me notara.

—Nos hemos encontrado aquí —apunté después.

—Pues podríamos tomar algo, es genial que estemos los tres juntos de nuevo.

La efusividad de Isabel me trastocaba. Empezaba a pensar que ella había vivido una realidad muy diferente a la mía. ¿Juntos de nuevo? Nunca habíamos estado juntos de manera lúdica, nunca habíamos tomado nada ni habíamos salido de fiesta. Prácticamente ni hablábamos cuando íbamos al instituto. Hice una mueca, dispuesta a contestar con toda la ironía de la que fuera capaz, pero Iván se me adelantó.

—Imposible, Isa. Tengo que llevar este… rollo de cocina a casa.

—Iván, eres un coñazo querido. No sé qué te ha pasado con los años pero huele un poco a naftalina ahí dentro. ¿Y tú Inés? ¿Te apuntas?

—No, gracias.

—Vaya dos —murmuró echándonos un vistazo de arriba abajo—. Hacéis buena pareja, ¿por qué no vais a hacer *petit pua* juntitos y a la cama, yayitos?

—Eso toca los domingos, ¿verdad? —dijo Iván mirándome interrogante.

Asentí con una sonrisa, dándome una colleja por volver a sonreír ante algo que él hubiera dicho.

—Pues nada, ahí os quedáis entonces —apuntó con una sonrisita antes de despedirse.

La cola había avanzado un poco más y nosotros lo hicimos con ella, guardando un silencio que fue un poco más cómplice tras ese momento vivido con Isabel. Por un lado, me podían las ganas de saber cómo habían terminado y por qué ahora él parecía tan lejano a ella. Pero por el otro… no quería que me interesara. Todo eso formaba parte de una vida que ya no era la mía, una vida que me había esforzado mucho por olvidar.

—Sigue igual que siempre —dijo como si pudiera leerme la mente—. Las veces que nos hemos visto siento que es como volver a esa época. Y, joder, yo ya no soy el mismo.

—Suele pasar.

Me miró largo y tendido, de una manera similar a como lo hacía Gabriel pero sin que sus ojos exploraran mi piel como lo hacían los suyos, sin provocar ese cosquilleo en la parte baja de la espalda y sin hacer que mi corazón se desacompasara durante unos instantes. Alargó la mano y retiró un mechón de pelo de mi cara, llevándolo hacia atrás. Acarició con sutileza mi mejilla antes de esconder la mano en el bolsillo de su pantalón vaquero.

—Eres preciosa —susurró.

Carraspeé colocando de nuevo las cosas en el carro: el papel higiénico un milímetro más a la derecha, el cartón de leche un poco más arriba o los tampones algo más abajo.

—Lo siento, no quería hacerte sentir incómoda.

—No lo has hecho —dije deprisa.

Pero sí lo hizo. No me gustó que invadiera ese espacio, a pesar de que su roce fuera suave, cálido y delicado. Llegaron de pronto recuerdos de su voz y sonrisa hirientes en el instituto, de sus comentarios en tono burlón sobre mis *brackets*, la forma en la que vestía, el tono agudo de mi voz o cómo lo miraba con ojos de adolescente enamorada. Agradecí que por fin fuera mi turno y saque los productos con rapidez del carro, dejándolos aleatoriamente en la cinta.

Guardé las cosas de manera atropellada en las bolsas y casi le tiré el dinero a la cajera, deseando salir de allí y alejarme todo lo posible de Melero. Pero él jugaba con ventaja, solo llevaba un artículo, y me alcanzó cuando apenas había salido por la puerta.

—¡Inés! ¡Espera!

—¿Qué quieres, Iván? —exploté casi soltando las bolsas de golpe en el suelo.

—Nada, yo…

—No somos amigos, nunca lo hemos sido. Ni siquiera sé si quiero que lo seamos ahora. No entiendo tu interés, de verdad.

—Perdona.

—Ya me has pedido perdón. Dos veces —repuse cabreada por su aparente docilidad—. Ya te dije que agradecía el gesto pero…

—Ya, no quieres que seamos amigos.

Me mordí el labio inferior con fuerza hasta que noté el sabor metálico de la sangre.

—Verte y hablar contigo me hace sentir un poco como en el instituto. Y ya no soy la misma. Estoy segura de que sabes lo que se siente.

—Inés, yo…

—No vuelvas a pedirme perdón. En serio, Iván, déjalo. Ya está.

Agachó la cabeza y se pasó la mano por el pelo. Iba a hablar, pero lo corté con un gesto de la mano.

—No insistas. Por favor.

—Está bien —dijo asintiendo con la cabeza despacio—. Me ha alegrado verte. Espero volver a hacerlo antes de irme, aunque sea solo para despedirme.

Lo observé mientras se alejaba, sintiéndome un poco cruel por mi forma de reaccionar. Era

muy posible que el rencor que había acumulado durante esos años fuera el que había hablado por mí.

Estaba convencida de que, tras esa incómoda conversación, no volvería a cruzarme con Iván.

Pero me equivocaba.

29 Cerrando puertas para abrir ventanas

Agradecí no encontrarme ni con Iván ni con Isabel los días siguientes a nuestro último encuentro. Los había visto de pasada antes de entrar a Le club de cuisine o bien al salir pero, afortunadamente, ninguno de los dos había sido consciente de mi presencia.

El día de la prueba para ver si el tratamiento funcionaba se acercaba con rapidez. Por fin sabríamos si las rachas de dolor, las noches de insomnio, los vómitos, los antibióticos, las llagas, la pérdida de peso y la escasa sensibilidad en los dedos habían merecido la pena.

Tras la última sesión de quimio de esa semana de finales de septiembre, la penúltima de tratamiento, mi madre había tenido fiebre y, por protocolo, tuvimos que ir a urgencias. Había infección en el estómago. Ella sonreía con los ojos entrecerrados y vidriosos cuando nos explicaban que se trataría con antibióticos y que, si la fiebre no disminuía, no quedaría más remedio que ingresarla. Los médicos siempre la habían tratado con mucho cariño, pero eso no implicaba que no fueran claros. Y ella siempre llevaba esa sonrisa en los labios, sin importar cuál fuera la noticia. Por suerte, solo tuvo que pasar el día en observación y pudimos volver a casa.

Cristina pasó con nosotros el fin de semana previo a la tomografía. La complicidad entre ella y Ángel crecía cada vez que se veían. Y era algo más que evidente, no solo para mí. Mi madre los observaba en silencio, con una sonrisa tierna en los labios. Ella llegaba antes los viernes y demoraba lo máximo posible la salida del domingo. Y ahí nos encontrábamos, un domingo que podría haber sido la representación perfecta de la normalidad, cuando llamaron a la puerta.

Ángel y Cristina estaban en la cocina, por no variar. Se había convertido en su lugar especial, donde podían hablar sin ser oídos y estar a solas durante horas. Mi madre y yo veíamos la televisión, algo que también había pasado a formar parte de nuestra rutina de los domingos por la tarde. Me levanté perezosa tras preguntarle si esperaba visita. Y, al abrir la puerta, ahí estaba ella: con su larga melena morena, sus ojos castaños y su sonrisa, algo exagerada en aquella ocasión.

—Laura, cuánto tiempo —dije mirándola con sorpresa.

—Hola, Inés —respondió algo nerviosa—. Siento que tengamos que vernos en estas circunstancias.

—Yo también.

Se suponía que debía dejarla entrar, hacer algún gesto que la invitara a dar un par de pasos hacia adelante. Pero no me salía nada. Y ahí estábamos las dos. Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro en varias ocasiones durante el tiempo que permanecí mirándola fijamente. No me había dado cuenta de que lo hacía. Pero esos movimientos oscilantes, la forma en la que se rascaba los brazos y se colocaba el pelo de un lado a otro denotaban lo incómoda que se sentía.

—Pasa —dije por fin.

Lo hizo despacio, evaluando la situación. Podía apostar a que se arrepentía de estar ahí. Estaba segura de que ya no le parecía tan loable ir a ver a su exsuegra, por mucho cáncer que tuviera.

—¿Nuevo *piercing*? —preguntó mirándome curiosa la oreja. Me pareció un intento desesperado por darle normalidad a ese encuentro.

—No, los de siempre.

No quería posponerlo más, así que avancé hacia el salón con Laura siguiéndome los pasos. Mi madre apartó la vista de la televisión y se fijó primero en mí y luego en quien venía detrás. Echó una mirada rápida a la cocina, de la que salían susurros y alguna que otra risita, y se levantó para acercarse a Laura.

—Clara, lo siento muchísimo —dijo con torpeza tras darla dos besos.

—Bueno… qué le vamos a hacer, estas cosas pasan.

Volvió a sentarse y Laura lo hizo a su lado, mirándola con tristeza. Me dieron ganas de zarandearla, parecía que estaba mirando a alguien que ya tenía un pie en la tumba.

—¿Cómo te va todo? —preguntó mi madre para romper el silencio que se había creado.

—Bien, muy bien. Me fui a Escocia a trabajar.

—Sí, algo he oído.

—Ya imagino… este lugar es lo que tiene, ¿verdad? Hay pocas cosas que puedan guardarse en secreto.

—Pues sí, sí…

—Mamá, ¿con quién ha…?

Ángel salió de la cocina limpiándose las manos con un paño. Se le quedaron las palabras congeladas cuando vio quién estaba sentada en el sofá.

—Hola, Ángel —dijo ella levantándose.

—Hola, Laura.

De todos los saludos fríos, tensos y con un trasfondo doloroso que uno podía imaginar, sin duda ese se llevó el primer premio.

—¿Cómo estás? —insistió, dando un paso más para acercarse a él.

—Bien.

—Sí, te veo muy bien. Estás guapo con ese corte de pelo, me alegro de que se te quitara de la cabeza eso de tenerlo como John Wick.

Ángel sonrió jugando con el paño. Estaba tan tenso que ella interpretó que eso de saludarle con dos besos era mejor dejarlo.

—Me he pasado a los Peaky Blinders —dijo, lanzándome una mirada fugaz.

—Oye —se escuchó desde la cocina—, me has dejado aquí tirada y te recuerdo que esto no se saltea solo.

Laura frunció el ceño, tratando de encontrar una explicación a esa otra voz femenina que salía de allí. Miró después a Ángel, que se había ruborizado, y suspiró hondo.

—Voy —respondió él girando la cabeza—. Me alegra ver que estás bien, Laura.

Se marchó después, dándole la espalda sin esperar respuesta. Mi excuñada volvió a sentarse despacio, evitando cruzarse con nuestra mirada. Siguió a ese momento una conversación trivial, llena de preguntas simplonas y respuestas monosilábicas. Laura no tardó mucho en levantarse y alegar que tenía que irse. Se despidió de mi madre con un corto abrazo y se alejó con paso rápido a la puerta. La acompañé y le deseé lo mejor en su vida. Abrió la boca para decir algo pero se arrepintió después, y tan solo me dedicó una lánguida sonrisa antes de desaparecer calle abajo.

Al regresar al salón me crucé con Ángel, quien salía por la puerta a paso rápido detrás de Laura. Resoplé por la nariz, furiosa.

—No me lo puedo creer —dije en voz demasiado alta cuando estuve frente a mi madre—. ¿Lo has visto? Perdía el culo, el muy…

—Inés, que es tu hermano —me recriminó.

—¡Ni hermano ni hostias! ¿A qué está jugando entonces, mamá? —grité señalando la cocina con las manos.

—¡Inés! Para ya. Te estás equivocando.

Me eché a reír y miré a mi madre incrédula.

—Mamá, por favor…

—¿Qué pasa? ¿Estáis bien?

Cris se limpiaba las manos con un paño y nos miraba a mi madre y a mí con curiosidad. Se había hecho un *moñete* alto, pero tenía el pelo tan cortito que muchos mechones estaban sueltos y revoloteaban por su cara. Los apartaba soplando hacia arriba, en un gesto que hacía siempre que cocinaba y algún pelillo la estorbaba.

La llevé de nuevo a la cocina, empujándola con el cuerpo.

—Mi hermano no es para ti, Cris. Olvídate de él.

—¿Pero a qué viene esto? —preguntó frunciendo el ceño y dejando el paño con rabia en la encimera.

—Viene a que no quiero que juegue contigo. Sabes que estuvo casado, ¿verdad? ¿Te ha dicho acaso que la que ha estado aquí ha sido su ex? ¿Has visto cómo ha salido corriendo detrás de ella?

—Ah, ya…

Se sonrojó y agachó la cabeza, ocultando una sonrisa. La busqué con los ojos y levanté su cara por la barbilla.

—¿Te hace gracia?

—No, Inés. Es que… me lo ha dicho, sí. Estábamos aquí salteando la verdura cuando ha escuchado algo, se ha acercado a mí, me ha agarrado la cara con las manos y me ha besado.

—¿Cómo? ¿Os habéis liado en tres nanosegundos?

—Ha sido un beso. Solo un beso. Me ha pillado desprevenida y no he tenido ocasión casi ni de devolvérselo. Luego me ha dicho: «Tengo que irme. Es mi exmujer. Te lo contaré todo, pero no pienses nada raro, por favor». Y justo después te has puesto a gritar como una loca.

—No gritaba como una loca —susurré haciendo un mohín, siendo muy consciente de que era más que probable que lo hubiera hecho.

—Tienes que dejar de montarte películas en la cabeza a la primera de cambio, en serio.

—No me las monto —protesté.

—¡Claro que lo haces! ¿Me explicas qué es lo que acaba de pasar?

Suspiré, avergonzada. Tenía razón. Al César lo que era del César.

—No lo puedo creer… mi hermano y tú…

—Dime que te parece bien, porque estoy deseando devolverle el beso.

La miré poniéndole las manos en los hombros.

—No necesitas mi permiso, Cris.

—Lo sé, solo intentaba hacerte creer que tenías cierta voz y voto en todo esto.

Negué con la cabeza, echándome a reír.

—No sé tú, pero yo necesito una cerveza.

—Me encantaría acompañarte, pero tengo que irme en dos horas como mucho.

La miré apoyándome en la encimera, tras abrir la botella de cerveza y darle un trago. Ultimaba los platos, probándolos y rectificándolos.

—Por cierto, mi permiso para llevarte a Gabriel a la cama lo tienes.

Me atraganté con la cerveza y la escuché reír. La observé en silencio, tratando de no

ahogarme entre tos y tos.

—¿Tu permiso? —conseguí preguntar con voz ronca.

—Sí. Ese hombre es mi amor platónico. Así que… sí, qué menos que tener mi permiso.

Mi mejor amiga, esa que seguramente acabaría en la cama de mi hermano en cuestión de días, me estaba dando permiso para avanzar con un tío con el que había fantaseado alguna que otra vez.

Gabriel, que se dejaba ver poco a poco en cada clase. El que me regañaba cada dos por tres porque no hacía algo tal y como me había dicho. El que me observaba comer en silencio, con una sonrisa en los labios. El que miraba el reloj en una fracción de segundo, con las cejas arqueadas. El que había convertido el simple acto de limpiarse los dedos con el paño de su delantal en un momento de increíble sensualidad. El que se movía con seguridad y rapidez por la cocina, destilando confianza en sí mismo. Y el que me hacía volver a casa con una sonrisa en los labios.

Ángel apareció por la puerta en ese momento, cuando aún no me había recuperado de mi ataque de tos.

—¿Todo bien? —preguntó mirándome con la ceja levantada.

—Perfecto —susurré antes de salir de la cocina.

No quería saber qué tenía que decirla. Ya me lo contaría después. Me tumbé en el sofá y apoyé la cabeza en las piernas de mi madre, agradeciendo sus caricias sobre mi pelo.

—¿Y bien?

—No se ha ido corriendo tras ella —refunfuñé.

—Te dije que te equivocabas, Inés.

—Vale, tenías razón. Pero reconoce que tenía sentido que pensara como lo he hecho.

—Le juzgas con mucha dureza. Y me sorprende que pienses que tu hermano es capaz de hacer algo así, de jugar a dos bandas con tu mejor amiga.

—Yo qué sé, mamá. Cristina tiene razón, me monto unas películas en la cabeza que bien podrían estar dirigidas por Christopher Nolan.

Se echó a reír, comenzando a trenzarme el pelo.

—Creo que hacen una pareja adorable, ¿no te parece?

—Puede ser… —respondí remolona.

—Ya solo queda que los resultados sean buenos.

—Lo serán, ya verás.

—¿Sí, verdad? A veces lo pienso… hay más personas que han salido de esto, ¿por qué yo no?

Giré la cabeza para poder mirarla.

—Pues claro, mamá.

Aunque esbocé una sonrisa que ella me devolvió, una sensación de vacío se apoderó de mí.

¿Por qué ella no?

30 ¿Alguna vez volveremos a estar cómodos?

Cristina se fue a última hora del día. A diferencia de otros domingos, en aquella ocasión Ángel la acompañó hasta el coche, despidiéndose de ella fuera y a solas. Al volver a casa, mi madre se limitó a palmearle el hombro con cariño, pero no preguntó nada. Se fue a su habitación con una sonrisa en los labios. No tenía pruebas, pero tampoco dudas, de que era conocedora de lo que había ocurrido en esa cocina así como de los sentimientos que su hijo tenía hacia la mejor amiga de su hija.

Yo permanecí en el salón, sentada en el sofá, viendo cómo mi hermano daba vueltas por la casa sin atreverse a sentarse junto a mí. Cuando fui consciente de que iba a evitarme y subir a su habitación, lo llamé. Se acercó tenso y con el rictus serio, dispuesto a enfrentarse a mí.

—Parece que al final sí que te llamaba la atención, ¿eh?

—Vete a la mierda —escupió dándose la vuelta.

—No, no, espera. Perdóname, solo quería destensar un poco el ambiente.

—Pues no has empezado con muy buen pie.

—Lo sé. ¿Puedo intentarlo de nuevo? —pregunté mientras juntaba las palmas de las manos en un gesto de súplica.

No contestó, pero el hecho de que se sentara conmigo en el sofá me pareció un comienzo prometedor.

—No contaba con esto —empezó a decir—, no me imaginaba que…

—Eh, tenías razón. No tienes que darme explicaciones de nada. Salta a la vista que hay muy buen rollo entre vosotros.

Sonrió, recostándose en el sofá con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

—Me siento bien cuando estoy con ella, es como si la conociera de toda la vida. No me había pasado con nadie.

—Cristina viene con ese efecto secundario, sí.

—Me gusta mucho —reconoció clavando sus ojos en los míos—. Y quiero seguir conociéndola. Supongo que ver a Laura hoy ha sido lo que necesitaba para dar el paso.

Guardamos silencio. Había algo que quería preguntarle desde que tuvimos aquella conversación mientras arreglábamos el estudio de mi madre.

—¿Qué pasó entre vosotros?

—Qué más da —dijo cansado.

—Da, claro que da. Es evidente que no ha sido fácil para ti.

Soltó una risa seca y frunció el ceño.

—¿Evidente, dices? ¿Evidente para quién? Que yo sepa no has estado presente en ninguno de mis malos momentos.

—Eres muy injusto conmigo, ¿lo sabes? Nunca me dijiste cómo te sentías. Te recuerdo que eras tú el que no se mostraba muy abierto.

—Vamos, Inés, no me jodas.

Sentía que había iniciado una conversación que nos alejaría en lugar de acercarnos. Quería recordarle que, cuando me enteré de que se separaba, volví a casa para pasar unos días los tres juntos, pero fue él quién decidió no aparecer. De la misma forma que no apareció tiempo después, cuando Laura ya había dejado la casa que ambos compartían y lo llamé para que supiera que estaría en «Aquel sitio» el fin de semana. Quería decirle que le escribí muchos mensajes que jamás fueron respondidos. Pero sabía que si lo hacía, todo lo que habíamos conseguido avanzar durante esas semanas no serviría de nada.

—Ángel…

—¿Quieres saberlo? —cortó hiriente—. Está bien.

Se incorporó y se pasó las manos por el pelo, apoyando después los antebrazos en las rodillas. Esperé paciente y sin moverme un ápice por miedo a que se arrepintiera.

—¿Te ha pasado que te das cuenta de que algo que antes te gustaba más que ninguna otra cosa poco a poco, sin saber cómo ni por qué, ya no lo hace tanto? —preguntó girando la cabeza para mirarme. Asentí despacio—. Es extraño porque no lo entiendes. ¿Cómo es posible que llegue un momento en el que ni siquiera te llame la atención?

Suspiró negando con la cabeza. Estaba convencida de que buscaba la forma de continuar. Podría haber pasado página, no lo discutía, pero a nadie le gusta recordar un momento doloroso.

—Eso fue lo que nos pasó. No sé cómo no me di cuenta, porque visto en perspectiva, era algo bastante evidente. Poco a poco dejamos de hacer cosas que antes nos gustaban: ir al cine, a cenar, ver una serie comiendo pipas o tomar una cerveza hablando de cómo nos había ido el día. Incluso besarnos. Eso también dejamos de hacerlo. Durante un tiempo creí que era por el trabajo. Está visto que no hay peor ciego que el que no quiere ver.

—Hiciste bien en acabarlo, Ángel. Fue lo más justo para ella.

Rió con amargura.

—Desde luego. No imaginas lo doloroso que es ver cómo el amor muere poco a poco sin que puedas hacer nada por evitarlo.

—Es que esas cosas no se pueden controlar. No te culpes por ello.

—Creo que no lo entiendes. Lo veía en ella. Cada día un poco más: en la forma en la que me miraba, en cómo hablaba o en que ya no reía. A mí me sobraba el amor y a ella le faltaba, Inés.

Lo miré incrédula. Tenía razón, no lo entendía. No entendía por qué había tenido que ser él y no ella la que diera el paso. No entendía por qué había dejado que él cargara con el peso de romper un matrimonio que, de cara a la galería, se veía perfecto.

—Joder con Laura —dije con rabia.

—No la culpes a ella. Hizo todo lo que pudo por mantener lo nuestro a flote. Se empeñó con fuerza. No pienses que no me quería, Inés. Lo hacía. Pero como se puede querer a un buen amigo. Cuando por fin fui consciente de eso, solo había un camino que pudiera seguir.

—Ya veo… querer también es dejar marchar, ¿no?

Asintió perdido en sus pensamientos.

—Lo siento Ángel, no sabía nada.

—Pues ya lo sabes —cortó levantándose del sofá.

—¿Estás bien?

Me miró con frialdad. Cualquier atisbo de complicidad que hubiera podido sentir durante esos minutos en los que me abrió su corazón, había desaparecido del todo.

—Si te refieres a si sigo sintiendo algo hacia mi exmujer que pueda afectar a Cristina, puedes estar tranquila. Está más que superado.

—Solo quería saber si estabas bien —repliqué molesta—. Me voy a la cama. Como siempre,

ha sido un placer charlar contigo.

Me alejé de allí sin darle tiempo a que replicara. Subí las escaleras pisando fuerte, con un enfado creciente. Cuando casi había llegado al piso de arriba, lo escuché llamarme. Me giré, encontrándolo a los pies de la escalera.

—Perdóname. Esta vez he sido yo el que no ha terminado la conversación con buen pie.

—Está bien, no pasa nada.

Asintió y volvió sobre sus pasos.

Me quedé allí, mirando el vacío que había dejado, con la dolorosa sensación de que nunca volveríamos a estar cómodos el uno con el otro.

31 Macarons y alternativas

El último día de quimio le tocaba a mi hermano. No podíamos creer que las veintiuna sesiones terminaran por fin. Esperé paciente en casa, aprovechando la ocasión para buscar trabajo. Unos cuantos gastos inesperados (aunque vinieran religiosamente cada año) hicieron bajar con rapidez mis ahorros. Y, además, cada vez me era más complicado justificar que, tras cuatro semanas, todavía siguiera de vacaciones.

Sabía que podría encontrar trabajo con relativa facilidad. Era buena en lo que hacía, muy buena. Y tenía muchos contactos. Pero cada vez que entraba en alguno de los mensajes de reclutadores o bien de alguno de mis antiguos compañeros que sabían que estaba en paro, se me encogía el estómago. No quería volver, pero no me quedaba más remedio. «Mierda», pensé superando esa sensación de nausea y escribiendo a Jaime, el reclutador que aparecía primero en la lista de mensajes sin leer. La oferta, *a priori*, era buena, como solían serlo casi todas. Luego en la práctica… la cosa cambiaba.

Ángel y mi madre llegaron a casa casi cuando salía para el curso, después de que ella se despidiera de todas las enfermeras y amistades que había hecho allí. Teníamos cita dos días después para una tomografía por contraste, donde verían con total claridad si el tumor se había reducido lo suficiente como para poder operarlo. Los médicos no habían dicho en ningún momento que no fuera a ser necesario pasar por la quimio de nuevo, pero la confianza que ella tenía en que no ocurriera nos había contagiado un poco. Y puestos a pensar en un escenario, por una vez, prefería que fuera aquel que no incluyera la quimio.

—¿Dónde vas, cariño?

—Voy a hacer unas fotos, aprovechando que ha llovido y todo tiene un tono gris perfecto. ¿Qué tal estás?

—Pues muy cansada, pero contenta. ¿Vendrás para comer?

—No creo, pero no te preocupes, pillaré algo por ahí. Luego me cuentas.

La besé en la mejilla y me fui de allí lanzándole una mirada de súplica a mi hermano. Una mirada que me devolvió con enfado, negando con la cabeza. La culpa crecía casi sin que me diera cuenta; no solo por mentir a mi madre, sino por obligar a mi hermano a guardarme los secretos.

Aparqué en la puerta y cogí un par de cafés antes de ir a Le club de cuisine, para no romper la tradición. Una tradición en la que él se tomaba el café de un trago sin ni siquiera sentarse y yo lo observaba desde la silla, dando pequeños tragos al mío. Algo extraña, pero con encanto. Y estaba feliz, era un día de celebración. Quizá no debería haber vendido la piel del oso antes de haberlo matado pero… nos lo merecíamos.

A diferencia de otros días, Gabriel no estaba trasteando en la cocina. No lo vi por allí, incluso tras abrir la doble puerta negra batiente que daba acceso al almacén donde sabía que tenía

algunas cámaras para guardar los productos frescos y congelados. Y lo sabía no porque hubiera entrado alguna vez, sino porque le había preguntado en una ocasión qué guardaba ahí. Lo llamé metiendo la cabeza entre las puertas con timidez.

Dejé los cafés en la encimera y me acerqué a la pequeña puerta de madera que había en el comedor, pegando la oreja para escuchar si había alguien dentro. Llamé con los nudillos cuando comprobé que Gabriel estaba allí, hablando con la voz contenida.

Faltaban cuatro minutos para las doce. Miré con el ceño fruncido la puerta cerrada y esperé. No tardó en abrirla de golpe y cerrarla de igual modo, mirándome con una rabia que sabía que no me pertenecía, antes de meterse en la cocina. Lo seguí despacio y me puse el delantal cuando vi que él hacía lo mismo.

—Te he dicho que no dejes el puto café aquí.

Tenía los hombros tensos y siseó mirando los dos vasos de cartón que había dejado en una esquina de la encimera, antes de acercarse dando dos largos pasos para tirarlos a la basura. Volvió a su sitio con la respiración acelerada, pinzándose el puente de la nariz con los dedos. Miró el reloj después, soltando el aire con creciente enfado.

—Tenemos que empezar. Hoy haremos postres franceses, comenzaremos con los *macarons*. ¿Sabes lo que es?

—Sí, sé lo que es. Y no hacía falta que tiraras el café. Con moverlo de sitio hubiera sido suficiente.

Levantó la vista con una ceja arqueada y cara de pocos amigos. Mantuve la mirada, como ya era habitual entre nosotros, hasta que bajó la cabeza y centró la atención en los boles que tenía repartidos por la encimera.

—Lo complicado de este postre no es la preparación, sino encontrar el punto en el que están perfectos —dijo suavizando un poco el tono—. Y necesitamos que se sequen, creo que con una hora y media será suficiente. Y hay que controlar muy bien los tiempos, Inés.

Asentí acercándome a él y a una nueva máquina de color rojo brillante que había colocado en el centro. Me explicó con detalle cada ingrediente y lo que haríamos con la máquina, un robot de cocina específico para repostería, con el que montaríamos las claras a punto de nieve. No es que tuviéramos mucho que hacer salvo mirar cómo las varillas giraban a velocidad creciente y las claras, poco a poco, empezaban a montar y a ponerse brillantes. Detuvo la máquina y me pasó un bol con una pasta de color rojo.

—Es colorante, ve echando poco a poco hasta que coja un color rojo muy vivo. Perderá algo en el horno.

Obedecí y, una vez las claras estuvieron montadas del todo, la mezcla tenía un color vibrante que me hizo sonreír. Sacó las varillas y me las puso ante los ojos.

—¿Ves que se han formado picos al batir y que las claras no se mueven de las varillas? Eso es porque han montado bien.

No pude controlar las ganas y le di un lametazo a las claras, tras agarrar su muñeca para que no pudiera apartarse en el último momento. En más de una ocasión había metido el dedo en alguna salsa, lo que había provocado varias llamadas de atención. Imaginaba que lo que ocurriría después de ese lengüetazo sería algo más que un «no metas el dedo ahí, Inés».

—Lo siento —dije, y me quité con la lengua restos de merengue que tenía en el labio—. No lo he podido evitar.

Tragó saliva y la nuez se le movió de arriba abajo. Todavía tenía la mano en su muñeca. Estuve tentada a movérsela aprovechando que no contaría con ello y mancharle la nariz con las varillas. Pero no creía que se tomara muy bien la broma. Me limité a coger más merengue con el

dedo índice y llevármelo a la boca, soltando su muñeca y emitiendo un gruñido de satisfacción.

—No vuelvas a hacer eso —dijo con voz ronca.

Lanzó las varillas de manera brusca sobre la pila y un fuerte sonido metálico invadió la cocina. Fruncí el ceño sin llegar a mirarle y me dije a mí misma que no volvería a abrir la boca en lo que quedaba de clase. Ni siquiera su evidente mal humor iba a conseguir que ese día se enturbiara.

Seguí sus instrucciones a rajatabla, controlé los tiempos de horneado y, mientras los *macarons* secaban, hicimos juntos una *tarte Tatin*. O, bueno, lo que viene siendo una tarta de manzana con ese toque *glam* que parece que solo puede tener una receta francesa.

—Comprueba que los *macarons* se han secado —pidió—. Pero ten cuidado y no aprie…

Encontré su mirada furiosa cuando levanté la vista, con el dedo metido hasta el fondo en uno de los *macarons*. Lo quité del tapete con una mueca, observándole por el rabillo del ojo mientras se acercaba a mí.

—Ya están —dijo pasando el dedo con delicadeza por la superficie—. Llévalos al horno durante unos trece minutos. Vigílalos y a mitad de horneado, abre la puerta para que salga el vapor.

Asentí y cogí la bandeja con el tapete repleto de circulitos rojos para hacer lo que me había pedido. Choqué con sus manos, que también habían ido al mismo lugar. Y un calambre atravesó mis dedos. No fue un calambre en sentido metafórico. Fue bastante real. Me pareció que hasta se había escuchado un chasquido. Aparté la mano agitándola con una sonrisa.

—¡Joder! —exclamé— Menudo calambre me has dado.

Sonrió, relajando el rostro por primera vez en varias horas. Cuando volvió a acercarme la bandeja tuvo especial cuidado en colocar sus manos en un extremo, para evitar que volviéramos a tocarnos.

Pasados trece minutos exactos, saqué la bandeja del horno. Me enseñó paciente cómo coger la manga pastelera para dejar una porción del tamaño justo en una de las mitades. Puso otra encima y… *voilà*, *macaron* terminado. Observó cómo rellené el resto, corrigiendo la cantidad que echaba o la presión que empleaba. Terminé el último *macaron*, colocando con cuidado una de las mitades sobre el relleno, cuando la tarta terminaba también.

Observé los postres satisfecha, sentándome en una de las sillas altas que tenía colocadas rodeando la cocina.

—Hemos terminado por hoy —dijo interrumpiendo mi estado de bienestar.

—¿No comemos? —pregunté confundida.

—No, hoy no.

—Puedo preparar algo salado antes de probar los dulces —insinué.

Las miradas de Gabriel nunca me habían dicho qué había detrás, qué escondía su cabeza, qué pensaba. Salvo en aquella ocasión, en la que tenía un gran letrero luminoso en la frente que decía algo así como: «¿Tú? ¿Estás de coña?».

—No me has dado la oportunidad, pero hago un sándwich espectacular. En casa lo bautizamos como el «Inés club», llevo haciéndolo desde que tengo uso de razón.

—«Inés club» —repitió despacio.

Se había apoyado en la encimera con una mano y la otra permanecía oculta en el bolsillo de su pantalón. Nunca me había fijado en lo *sexy* que era, con un pie cruzado sobre el otro y el delantal conteniendo esa camiseta blanca, que luchaba por liberarse y dejar ver su cinturón negro. Su imagen quedó grabada en mi retina, desde sus zapatillas deportivas con suela blanca hasta su pelo alborotado, sin olvidar esa cadena de plata que rodeaba su cuello. Retuve su cuerpo

delgado, su sonrisa encubierta y su mirada penetrante. Pero también la forma en la que giraba las sartenes. Cómo miraba el reloj de reojo. El paño colgando de su delantal. Su voz grave. La agilidad con la que manejaba los cuchillos. La manera en la que probaba los platos. Su delicadeza y sensibilidad al emplatar. La forma en la que pronunciaba *brunoise*. Cómo me miraba. Cómo me hacía sentir cuando me miraba.

—Dime qué necesitas.

—Pan, mantequilla, lechuga, cebolla, bacon, queso, pepinillos, mahonesa, mostaza y algo de carne —dije tras aclararme la voz—. Suelo usar pollo o bien ternera, pero tiene que estar en trozos finos.

—Corte fino. Se dice corte fino.

—Está bien —claudiqué con una sonrisa—. Corte fino.

Desapareció tras las puertas abatibles y me dejó sola. Sola y con la cabeza hecha un lío. Quizá fuera por la alegría de ese día, por ese primer hito cumplido. O porque me sentía bien cuando estaba con él, porque no pensaba. Quizá porque había provocado en mí sentimientos que hacía mucho tiempo que no tenía.

Apareció con una bandeja que colocó en la encimera. Me acerqué a él y comprobé que tenía todo lo que necesitaba. Cogí un paquete de plástico con algo que no reconocí en su interior.

—Es *pastrami*. Para hoy no tengo carne ni cocinada ni lista para poder usarse.

—Servirá.

Se alejó hasta el otro extremo de la cocina, apoyando su cuerpo en la encimera. Procuré no fijarme mucho en él y me concentré en la preparación de ese sándwich que había hecho hasta a las cuatro de la mañana, borracha después de pasarme la noche con Cristina tomando cócteles. No tenía mucho misterio ni necesitaba una preparación detallada, pero estaba nerviosa. Era la primera vez que preparaba algo para él. Algo mío. Sin sus directrices.

Corté el sándwich en diagonal y serví los trozos en dos platos. Lo miré de reojo. Me observaba con los ojos entornados y los brazos cruzados sobre el pecho. Pasé junto a él para llevar los platos a la mesa y servir dos copas de vino tinto. Repetía sus pasos en silencio, con el ceño fruncido. Esperé a que se sentara en su sitio para ocupar yo el mío. Sonreía mientras giraba el plato para mirar el sándwich por todos lados.

—Así que esto es un «Inés club» —dijo después, golpeando la mesa con el dedo pulgar.

—El genuino.

De todas las veces que habíamos comido juntos tras las clases, esa fue la primera vez que lo vi comer con las manos. Y, sí, comer con las manos fue otra de esas cosas que guardé de él. No toqué mi plato, pero apoyé los codos en la mesa, acercándome un poco más. Quería verle las pupilas. Al bajar la vista, después de descomponer cada ingrediente para analizar sus sabores, necesitaba saber si estaban dilatadas, aunque fuera un poco.

La decepción se instaló en mi rostro durante unos segundos cuando nuestros ojos se encontraron. Pero, cuando ya iba a bajar la mirada para ver qué había salido mal, lo encontré. Sus pupilas se hicieron un poco más grandes, mientras seguía masticando despacio. Bajé la vista satisfecha, dándole un bocado a mi flamante sándwich.

—Sabía que te gustaría —dije tras tragar.

—No he dicho nada.

—No hace falta. Me lo han dicho tus ojos. Se te dilatan las pupilas cuando algo te gusta. Me he fijado en un par de ocasiones.

—Ya…

—¿Entonces? ¿Qué te parece?

—Me gusta la combinación de sabores, es bastante clásico. La carne y la mostaza combinan muy bien. Los pepinillos no me apasionan pero puedo comerlos. Quizá ganaría si caramelizaras la cebolla, queda más dulce, algo que contrastaría con el sabor ahumado y salado del bacon. Podrías probar a poner otros tipos de lechuga y no solo la romana.

—Tomo nota, chef.

Asintió y cogió el bocadillo entre las manos, dispuesto a seguir comiendo.

—Mi madre ha terminado la quimio hoy —dije antes de limpiarme la boca con la servilleta —. Y en dos días le hacen la tomografía. La semana que viene sabremos si todo esto ha valido la pena, pero su oncólogo se muestra muy optimista. Los marcadores tumorales han bajado mucho.

—Me alegro, Inés.

Levantó su copa y la acercó al centro de la mesa. Hice lo mismo con la mía y brindamos. Por mi madre.

—¿Cuándo la operarían? —preguntó antes de llevarse de nuevo el bocadillo a la boca.

—No sabemos, pero imagino que pronto. Pero nos lo dirán el…

El sonido de mi móvil me interrumpió. No reconocí el número y estuve a punto de no responder, pero entonces recordé la conversación que había tenido unas horas atrás con un *headhunter*.

—Perdona, Gabriel. Tengo que cogerlo.

Me siguió con la mirada cuando me levanté de la mesa y me alejé un poco. Escuché las condiciones mientras caminaba de un lado a otro. No iba a encontrar una oportunidad como esa, un trabajo casi remoto en el que solo tendría que ir a la oficina un par de veces por semana. Y estaba muy bien pagado. La única pega era que tenía que empezar la siguiente semana. Y que tenía que auditar y asesorar a una de las empresas más grandes del país. Eso implicaba mucho tiempo. Y también justificaba el sueldo. Le pedí que me llamara al día siguiente para poder reposar todo lo que me había contado.

Regresé a mi sitio cabizbaja y terminé mi copa de vino. El bocadillo ya no me parecía tan apetecible. Gabriel casi había terminado el suyo, pero me había esperado para seguir comiendo.

—¿Va todo bien? —preguntó rellenando la copa de nuevo.

—Sí, sí… solo es trabajo.

—¿Ese trabajo absorbente y creativo del que siempre hablaba tu madre?

—¿Absorbente y creativo? —atiné a decir antes de beber— Es su forma de decir que me paso horas encerrada tratando de encontrar formas legales de sanear las cuentas de las empresas. Y de hacerlas ganar dinero, ya de paso.

—Y no te gusta.

—No he dicho eso —dije removiéndome en la silla.

—No hace falta, me lo han dicho tus ojos.

Me dedicó una sonrisa fugaz que fue directa a la boca del estómago, creando un vacío allí que hizo que tuviera que levantarme de la silla. Se me había secado la garganta. Me sudaban las manos.

«¿En serio me va a bajar la tensión ahora?», pensé tratando de obviar lo evidente. Y no, no era una bajada de tensión. Llevé los postres a la mesa tratando de mantener las manos, y la mente, ocupadas en otra cosa que no fuera esa sonrisa traviesa que había visto en él.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —lancé cuando volví a sentarme.

Asintió mirándome confundido.

—¿Qué te ha pasado hoy?

Frunció el ceño, echándose hacia atrás en la silla. Apoyó el tobillo en la rodilla y se llevó las

manos al pelo, ese pelo tan particular y despeinado que formaba ya parte de su personalidad, como quien tiene una nariz aguileña o unos ojos saltones. Pensaba mirando el techo. Ya reconocía sus patrones.

—He tenido una llamada con la que no contaba —dijo por fin.

Esperé a que me diera más información. Pero no lo hizo.

—¿Una novia enfurecida? —pregunté mirando más de cerca los postres. Mi madre había comentado que no tenía pareja, pero tuve la necesidad de asegurarme.

—No —sabía que me observaba, pero no levanté la vista—. Perdóname. No suelo perder los papeles de esa manera. Hace tiempo que dejé atrás esa vena macarra. Te debo un café.

Asentí despacio centrando mi atención en los *macarons*, que esperaban pacientes a que alguien quisiera probarlos. Saqué un par de fotos de manera mecánica antes de coger uno y observarlo con calma.

—Me despidieron antes de venir —reconocí inmersa en el color rojo de ese pequeño postre —. Mi madre no lo sabe. Cree que estoy de vacaciones. Pero nadie puede tirarse tanto tiempo de vacaciones.

Negué con la cabeza, respirando hondo. Gabriel permanecía callado. Aunque no lo miraba, notaba sus ojos fijos en mí.

—Me han ofrecido un trabajo, está bastante bien y podría compaginarlo con todo esto sin grandes problemas —continué—. Tengo que dar una respuesta mañana. ¿Debería aceptarlo?

Fruncí el ceño, dando vueltas al *macaron* entre los dedos.

—Claro que debería aceptarlo. Es solo que… no sé qué estoy haciendo. Quiero decir, he cambiado de empresa cuatro veces. Cuatro. Ni siquiera sé que significa…

Gabriel se levantó de la silla y se alejó, perdiéndose tras esa puerta de madera de la que salió esa mañana. Me había dejado con la palabra en la boca. Sin embargo, no tuve que esperar mucho para verlo volver. Llevaba algo en las manos. Se dejó caer en la silla y me acercó un periódico doblado por la mitad. Una fotografía de «Aquel sitio» aparecía justo en el medio. Una pequeña reseña hablaba de las fiestas locales, que tendrían lugar en dos semanas. Y, en letras blancas, impreso en la esquina inferior derecha de la imagen, pude leer que necesitaban un fotógrafo que cubriera algunos eventos.

—Acepta el trabajo. Y busca alternativas. A veces, los árboles no nos dejan ver el bosque.

32 Sueños de fotografía

Inés
El lunes empiezo a trabajar
Y además voy a cubrir un par de eventos en unas semanas
¡Como fotógrafa!

Cristina
¡Qué bien!
Por fin tienes un trabajo, reconozco que empezaba a estar preocupada.
¿Y cómo ha salido eso de los eventos?
Inés… tienes que centrarte.

Inés
¿Qué quieres decir?
Estoy centrada
Solo voy a probar, me gusta la fotografía

Cristina
Iré mañana por la noche y me cuentas.
¿A qué hora es la prueba de tu madre?

Inés
A las diez

Cristina
¿Cómo está?
¿Nerviosa?

Inés
¡Qué va!
Es la que más tranquila está de todos

Cristina
¿Y tu hermano?

Inés

Creo que bien, nervioso, pero bien
Pero eso ya lo sabes tú mejor que yo
Que le escucho hablar en susurros hasta la madrugada

Cristina
Jajajaja
Sí, hablamos mucho, es verdad.
Solo quería saber si tú le veías bien,
él no para de repetirlo pero no sabía si creerle.
¿Y tú?

Inés
¿Yo?
Con ganas de que llegue mañana
Los resultados no creo que nos los den tan pronto,
pero espero que al menos nos adelanten algo.
¿Y tú cómo vas?

Cristina
Pues cabreada, Inés.
Muy cabreada.
¿Recuerdas el *steak tartar* que hice con Gabriel?

Inés
¿El ahumado?
Sí, claro, estaba muy bueno.

Cristina
Sí, ese.
Se lo conté a André, lo preparé tras el servicio,
cuando nos quedamos solos.
Me recordó que no se hacía así en el restaurante.
¿Y sabes qué ha hecho?

Inés
No me lo puedo creer, Cris…

Cristina
Ha puesto unos puntos de una salsa semidulce
que usamos para otros platos y…
¡Lo ha incluido en el menú!

¡Como creación suya!

Inés
¿Y de qué te asombras?
Lo ha hecho más veces
Te dije que no volvieras a mencionarle un plato tuyo

Cristina
Pero él debería ayudarme a crecer, joder.
No apropiarse de mis platos.
Lloré de la rabia, Inés.

Inés
Mándale a la mierda de una vez
Y busca otras alternativas

Cristina
Sé que eso es lo que debería hacer.
Pero es que es bueno, eso es lo que más rabia me da.
Que es bueno.

Inés
Ya estamos otra vez…

Cristina
Vale, vale…
Cambiemos de tema.
¿Qué has hecho en tu última clase?
Dame envidia de la mala.

Inés
Pues hicimos postres
Macarons y tarta *Tatin*

Cristina
¡Me encantan!
¿Qué tal te salieron?
Los *macarons* son complicados la primera vez

Inés
Creo que bien, me gustaron.
Pero Gabriel no los probó, dice que no le gusta el merengue,
¿te lo puedes creer?

Cristina
Seguro que salieron perfectos.
Ha perdido un par de puntos con eso de que no le gusta el merengue.

Inés
Pero los ganó cuando me animó a aceptar el trabajo
Y a mirar en otras direcciones

Cristina
Ya imagino en qué dirección quiere que mires

Inés
En otras circunstancias, seguramente hubiera intentado algo
Pero todo es muy raro…
Me siento culpable por tener en la cabeza algo que no sea solo mi madre

Cristina
Pero es normal, Inés.
Al final, sigues viviendo y sintiendo.
No todo es enfermedad.
También hay espacio para nuevos comienzos.
Para buscar trabajo.
O para cambiarlo.
Para conocer a alguien…
Y estoy convencida de que tu madre no quiere que dejes de vivir

Inés
Lo sé, lo sé
Pero no es tan sencillo

Cristina
¿No te parece bien que tu hermano y yo…?

Inés
No, qué dices.
Me alegro por vosotros.

Cristina
Pues aplícate el cuento.
Y ahora te dejo, me voy al trabajo.
Nos vemos mañana.

Dejé el móvil a un lado y bajé las escaleras, buscando a mi madre. La encontré en el salón,

leyendo un libro nuevo que no reconocí.

—Mamá, el lunes tengo que volver al trabajo.

Me tumbé en el sofá y apoyé la cabeza en sus piernas, esperando que me acariciara el pelo como hacía siempre.

—No pasa nada, cielo. Estoy bien. Ahora solo queda esperar a que nos digan algo la semana que viene.

—Hay días en los que trabajaré en casa, pero el lunes y el martes tengo que estar de manera presencial. Me iré el domingo por la noche y dormiré en casa.

—No hace falta que vuelvas luego, Inés. Puedes quedarte allí, que hace mucho que no vas y debe estar hecha un desastre.

—¡Pero si está vacía! —exclamé sonriendo— ¿Cómo va a ser un desastre? No habrá estado tan ordenada en la vida.

—Llévate unos táperes que tengo en el congelador, que no tendrás nada en la nevera.

—A eso sí que no me voy a negar.

Noté sus dedos entre mi pelo y cerré los ojos. Ella siempre había sido mi lugar seguro. Aquel en el que nada podía pasarme. Donde podía mostrarme tal como era, porque jamás me juzgaría.

—¿Va todo bien, cariño?

Respiré hondo conteniendo los miedos, las dudas y los deseos más profundos, esos que guardaba donde nadie pudiera verlos pero que deseaban salir y que comenzaban a formar palabras que no me veía capaz de seguir reteniendo.

—Mamá —susurré notando temblor en la voz—, no sé si quiero estar toda la vida trabajando de esto.

—Si te soy sincera, Inés, nunca entendí que te decidieras por la asesoría. Siempre pensé que acabarías siendo otra cosa, no sé… me sorprendió mucho que te dedicaras a los números cuando creo que siempre has tenido más desarrollada tu parte creativa.

—¿Y si te digo que me gustaría probar con la fotografía?

—¿Te refieres de manera profesional?

—No sé… ¿sí?

—Decías que era complicado.

—Y lo es. Ni siquiera sé si podría hacerlo, pero desde que tengo cerrado lo de las fotos de las fiestas me siento… algo menos amargada ante la perspectiva de una semana de trabajo.

Guardó silencio sin dejar de acariciarme el pelo. Notaba sus dedos jugando con los mechones, que estiraba y enrollaba de manera automática.

—Olvídalo, mamá. Es una locura.

—No, cariño, no lo es. Bastante tiempo pasas ya trabajando como para encima hacerlo en algo que no te gusta.

—¿Cómo sabes que no me gusta? —pregunté levantándome para mirarla— Nunca te lo había dicho.

—Bueno, eres mi hija. Sé cuándo algo no te gusta aunque no lo digas. Y, además, uno no se plantea un cambio así cuando su trabajo le apasiona, cariño.

—Entonces, ¿te parecería bien?

—Si es lo que te hace feliz, claro. Pero empieza poco a poco, sin dejar tu trabajo. Comprueba si te gusta y no es solo un refugio al que acudir. Y, si te llena, si te quema, si te hace levantarte cada mañana con una sonrisa en lugar de con una mueca de disgusto… bueno, adelante.

Sonreí con una sensación de ligereza y bienestar que hacía tiempo que no tenía.

33 Me encanta octubre

Es posible que los rasgos físicos sean lo primero que nos llama la atención en una persona. Y, a partir de ahí, cada uno busca aquellos patrones que le resultan atractivos, que le llaman la atención, que hace que se despierten emociones primarias en lo más profundo del estómago.

Gabriel era dueño de gran parte de los comportamientos que me gustaban y despertaba muchos sentimientos en mi interior. Algunos opuestos, lo que me confundía casi en la misma media en la que me llamaba la atención. Y me atraía.

Si bien había sido una historia que se había cocinado a fuego lento, sin que me diera cuenta, me hizo ser consciente de que él no era un él cualquiera cuando apareció en el hospital el día del PET-TAC. Quizá era ÉL, en mayúsculas. Un él que no venía blandiendo una espada con una capa roja a lomos de un caballo blanco, pero sí un él que podía hacer conmigo un nosotros imperfecto y pasional, lleno de matices.

Nos encontró en la sala de espera. No pregunté cómo sabía la hora de la prueba o que estaríamos ahí porque estaba convencida de que mi madre estaba metida en el ajo.

Aunque me había dado su teléfono unos días atrás para que pudiera avisarle una vez comenzara la prueba, o incluso para mantenerle al día cuando la operaran y ella no pudiera comunicarse con él personalmente, no había llegado a escribirle.

Mi madre adoraba a Gabriel de una forma que empezaba a entender. Y él parecía sentir lo mismo hacia ella.

Saludó a Ángel, que estaba enganchado al móvil hablando con Cristina y se sentó a mi lado, apoyando la espalda en la pared.

—Ya está dentro —susurré acercándome a él—. El médico nos ha dicho que, salvo que vean algo grave, nos darán los resultados el lunes.

Asintió y se quitó la cazadora para dejarla en el asiento que había vacío junto a él. Giró la cabeza después, clavando sus ojos en los míos.

—Empiezo a trabajar el lunes —continué—. Y estaré aquí cubriendo un par de eventos en las fiestas. Te lo debo.

—Yo te debía un café. Supongo que estamos en paz.

Sonreí con dulzura, sin poder evitarlo. Miré sus labios más tiempo del considerado cortés. Apartó la vista, centrándose en la pared amarillo pastel que teníamos enfrente.

—Dice Cristina que llegará algo más tarde de lo normal —escuché decir a Ángel—. Creo que tiene reunión o algo con su jefe.

—¿Con André? —pregunté sorprendida— Espero que no sea para hablarle de otro de sus platos.

Ángel se encogió de hombros, volviendo a mover con rapidez los dedos sobre la pantalla del móvil. Miré de reojo a Gabriel, que seguía con la vista al frente.

—Si Cristina quiere prosperar, debería trabajar con otro chef. André tiene demasiado miedo a que le pasen por la derecha como para reconocer que hay alguien de valor entre su equipo.

—¿Conoces a…? Qué absurdo, claro que lo conoces.

—He coincidido con él un par de veces. Es bueno, muy bueno, pero tiene ese gran defecto.

—Cristina debería ser chef —dije lanzándole una mirada fugaz al cuello. Tenía un par de lunares que se dejaban ver cerca del borde de su camiseta. Sentí un deseo profundo de besarlos que me pilló desprevenida.

—Será más fácil si tiene referencias y gente dispuesta a trabajar para ella.

—¿Cómo lo hiciste tú?

—Así. Trabajé mucho, para los mejores. Y, llegado el momento, arriesgué. Abrí mi propio restaurante, encontré a un buen equipo y… bueno, lo demás es de dominio público.

El móvil de Ángel sonó, interrumpiendo nuestra conversación. Respondió deprisa y se alejó con el rostro enrojecido y evitando las miradas de las personas que esperaban a tener alguna noticia de sus familiares.

Guardamos silencio durante lo que pareció una eternidad. Nuestras piernas se rozaban. Ni él ni yo hicimos nada para evitarlo. Era lo más cerca que habíamos estado el uno del otro, al menos físicamente.

—Entonces estarás aquí en las fiestas, ¿no?

—Eso es. Aún no sé qué tengo que cubrir, me pasarán la documentación la semana que viene.

—Quizá te toque hacer las fotos del calendario solidario que está preparando el Ayuntamiento.

—¿Un calendario solidario? No tenía ni idea.

—Sí… la recaudación irá íntegra a promocionar el turismo local.

Arqueé ambas cejas sorprendida por la iniciativa. Era la primera vez, que yo supiera, que en «Aquel sitio» se hacía algo parecido.

—Lo van a llamar algo así como «Turismo al desnudo».

Ocultó una sonrisa cuando giró la cabeza para mirarme.

—¿Y es en sentido literal?

—Sí. Me lo comentaron ayer durante una clase. Querían que fuera el mes de abril.

Me eché a reír ante su atenta mirada.

—No sé qué te hace tanta gracia. Sin ropa gano mucho —dijo elevando una ceja.

—No lo dudo —conseguí articular cuando su imagen sin ropa, con esa cadena plateada al cuello, desapareció de mi mente. Se me quedó la risa congelada en la garganta—. Pero tú no podrías ser abril.

—No podría ser abril —repitió despacio, evaluando mi rostro.

—No. Tú serías octubre.

—Octubre.

Asintió pensativo, apoyando las antebrazos en las rodillas y mirándose las zapatillas.

—Tienes ese aire melancólico del primer mes del otoño. Hueles a especias, a canela y madera. Eres frío y cálido, como esos días en los que necesitas una manga larga por la mañana y te sobra por la tarde, cuando los rayos de sol calientan tu piel y traen recuerdos del verano. Y en tus platos están los colores rojizos tan típicos de ese mes. Sin duda, serías octubre.

En algún momento de mi monólogo había levantado la mirada y escuchaba atento cada palabra que salía de mis labios. No dijo nada, pero arqueó las cejas brevemente y enarcó una sonrisa que no por corta fue menos intensa.

Cuando Ángel volvió, se rompió el encanto del momento y Gabriel apoyó de nuevo la espalda

en la pared.

—¿Quién era? —pregunté cuando se sentó a mi lado.

—Del club. Necesitaban confirmar algunas cosas. Empiezo a finales de la semana que viene, supongo que no hay problema porque te quedes con mamá, ¿no? Tengo que ir el viernes por la tarde.

—No, claro, no hay problema. ¿Tú puedes estar con ella lunes y martes? Empiezo un trabajo nuevo y tengo que ir a la oficina. Me iré el domingo y llegaré el martes por la noche.

—¿Has encontrado trabajo? Menos mal.

Fruncí el ceño, pero decidí ignorar el tono condescendiente que utilizó. Empezaba a cansarme esa animadversión que sentía hacia mí de la misma manera que me agotaban sus cambios de humor.

—¿Puedes o no?

—Sí, tranquila.

Volvió a centrarse en su móvil y me recosté en el asiento, tratando de disimular el creciente enfado que sentía. Cerré los ojos, imaginándome muy lejos de allí. Lejos de «Aquel sitio», de mi hermano y con la enfermedad de mi madre siendo tan solo un recuerdo. Noté el hombro de Gabriel pegado al mío y escuché su voz, que era tan solo un susurro, cerca de mi oreja.

—Puedes contar conmigo si necesitas un cable.

Cuando giré la cabeza para mirarlo, estábamos tan cerca el uno del otro que podía escucharlo respirar. No se apartó y yo tampoco lo hice. Me gustaba esa cercanía. Y, por cómo se dilataron sus pupilas, supe que a él también.

Casi pude escucharlo tragar. Fue curioso porque yo también lo hice, intentando deshacer esa sequedad que de pronto notaba en la garganta. Estar con él era agradable. Tenerlo cerca, reconfortante. Y entre nosotros había algo que no sabía catalogar.

Quería alargar la mano y acariciar esos mechones de pelo rebelde que de vez en cuando le caían por la frente. Estuve tentada a hacerlo cuando, tras mirarme la boca, se acercó un poco más.

—Por ahí viene —interrumpió Ángel dándome un codazo.

Parpadeé volviendo al presente. Él hizo lo mismo, como si esos instantes hubieran sido un momento de debilidad que no pudiera permitirse. Mi madre apareció acompañada de una enfermera poco después. La precedía su enorme sonrisa. Pero esa vez, había un motivo tangible detrás de ella. No era solo su forma de enfrentarse a las circunstancias. El técnico que veía las imágenes del PET-TAC le confirmó, de manera totalmente extraoficial, que el tumor había reducido su tamaño de manera considerable. Y eso eran muy buenas noticias. La abracé fuerte, muy fuerte. Sentí el cuerpo de mi hermano pegado al mío, arropando a mi madre. Un abrazo a tres que calmó mis nervios.

Cuando la dejamos libre, se fijó por primera vez en Gabriel. Se acercó a él y lo abrazó. Él respondió a ese abrazo con cierta torpeza y muchas dudas, como si esas muestras de cariño no fueran algo a lo que estuviera acostumbrado. Hablaron en voz baja después. Y sonrieron. Los dos. Ella de manera natural y él algo cohibido. Pude imaginar que las veces que estaban juntos en Le club de cuisine él se mostraba más abierto a ellas. A las emociones, quiero decir.

Nos despedimos en la puerta del hospital. Mi hermano y mi madre avanzaron primero y yo me quedé rezagada para poder hablar con Gabriel.

—Te veo en menos de una hora —le dije con disimulo—. Voy a llevar dos cafés. Como se te ocurra tirarlos a la basura, te juro que vas detrás.

—Procura no dejarlos en la cocina.

Sonreí rascándome la nariz y le eché una mirada fugaz antes de alejarme de él a paso rápido.
—¡Inés! —llamó.
Me giré, andando despacio de espaldas.
—Dime si te gusta ese mes.
—¿Cómo?
—Octubre. Dime si te gusta.
Sonreí abiertamente.
Y no contesté.

—Creo que nunca había comido la langosta así —dije con un festival de sabor en la boca —. ¿Y esto lo das en el curso intermedio a todo el que se apunta? Ahora entiendo la lista de espera.

—Sí, algo parecido —respondió esquivo.

Para aquella ocasión, a diferencia del vino tinto, Gabriel tenía un delicioso vino blanco, muy fresco y afrutado, dulzón, que desaparecía de la copa con la misma facilidad con la que lo hacía la langosta.

—Reconozco que echaré de menos estas clases.

—Hay langostas de muy buena calidad donde vives, Inés.

—No lo digo por la langosta.

Sonrió llevándose la copa a los labios y me observó largo y tendido, con calma, como si intentara retener mi imagen en su memoria. Fruncí el ceño, echándome hacia atrás en la silla con la copa en la mano.

—¿Por qué me miras de esa manera? Y no me digas otra vez que no imaginabas que fuera así porque ya me has visto mucho —notaba que arrastraba un poco las palabras, pero me dio igual.

Tardó en contestar. No insistí y esperé paciente, siendo yo en esa ocasión la que miraba con calma cómo bajaba la vista al suelo, valorando qué decir a continuación. Me pregunté si en alguna ocasión Gabriel había sido espontáneo y había dicho lo primero que se le pasara por la cabeza. Tenía mis serias dudas.

—Tengo la memoria visual muy desarrollada. Pero necesito concentrarme en aquello que quiero recordar. Luego solo tengo que verlo de nuevo en mi cabeza.

—Entonces —me acerqué a la mesa moviendo el vino en la copa—, ¿tienes mi imagen grabada, de cada día, desde que nos conocimos?

No contestó, pero clavó sus ojos oscuros en los míos. Con el tenedor en la mano cogió un trozo generoso de langosta y se lo metió en la boca con parsimonia.

—¿Y me ves muchas veces en tu cabeza?

—Por hoy creo que ya está bien —dijo apartando la botella de vino de mi lado.

Me eché a reír. Hacía tiempo que no me sentía tan bien. Parecía que por fin todo

empezaba a encarrilarse.

Terminé de comer la langosta, chupándome los dedos bajo la mirada recriminatoria de Gabriel, que prefería limpiárselos con la servilleta. Lo hacía despacio, como si estuviera enseñándome que, con ese trozo de tela, podía hacer lo mismo que con la boca pero de una forma mucho más educada.

—Gracias por venir hoy al hospital —susurré apurando lo poco que quedaba de vino en mi copa—. Me gusta saber que mi madre tiene un buen amigo aquí.

—Tiene muchos amigos.

—Tú eres diferente.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa. No me hizo falta saber que se acercaba la hora de terminar la clase. Quizá Gabriel tenía un reloj interno que controlaba sus tiempos mejor que él mismo. O quizá quería decirme algo y no encontraba el momento. Nunca sabía a ciencia cierta qué era lo que pasaba por su cabeza cuando hacía eso.

—Pues creo que ya es la hora —dije confirmando mis sospechas iniciales tras mirar el reloj del móvil.

Recogí mis cosas despacio, con pocas ganas de irme, notando los ojos de Gabriel recorriendo mi cuerpo. Me hacía cosquillas sin necesidad de tocarme.

Le sonreí por toda despedida y me alejé con paso firme hacia la salida.

—Te veo muchas veces —dijo a mi espalda—. Muchas.

Se me encogió un poco el estómago y el corazón latió desacompasado durante unos segundos. Incluso noté que mis mejillas se encendían, a pesar de no ser habitual que me ruborizara.

—A mí me encanta octubre —respondí sin darme la vuelta.

Continué mi camino sintiéndome un poco como si estuviera en una historia de amor del siglo pasado, donde las pasiones crecían despacio entre kilos de tela y enagua. No lo veía, pero podía imaginarlo ocultando una sonrisa mirándose las zapatillas.

Salí de allí flotando, en una nube de ilusión y emoción que me hacía sentir en la gloria. Pero caí a plomo al chocar con ella. Isabel.

—¡Inés! ¿Qué tal?

—Bien, muy bien. ¿Y tú?

—Horrible. Acabo de volver de comer con un tío que… —hizo un gesto de atragantamiento que, muy a mi pesar, me hizo sonreír—. Hazme caso, no te fíes de lo que dicen los hombres de sí mismos en las aplicaciones para ligar.

—Ya…

—Vaya, veo que sabes a lo que me refiero —dijo con una sonrisa cómplice—. ¿Vas a apuntarte a algún curso?

Señaló con curiosidad la puerta del local de Gabriel. Disimulé lo mejor que pude antes de contestar.

—No, no, qué va. Mi madre daba clases aquí y me he pasado un momento.

—Sí, es verdad… coincidí con ella el curso pasado, en principiantes.

Suspiró hondo, jugando con las ondas de su pelo, coqueta. Confiaba en que mi cara no reflejara la sorpresa que me había producido su comentario. Ignoraba que conociera a Gabriel. Él nunca la había mencionado, ni siquiera tras nuestra conversación de aquel día en la cueva.

Fruncí el ceño, intrigada por aquello que se le estuviera pasando en esos momentos por la cabeza a mi excompañera. Apostaba que no sería mi madre. Si algo caracterizaba a Isabel, al menos a la que yo había conocido, era su alergia por todo lo que implicara estudiar o atender a algún profesor. Parecía que con Gabriel había hecho una excepción.

—¿También diste clase? —pregunté sin poder evitarlo.

—Sí, claro. Pero se me da fatal, tendría que repetir curso para poder aprender algo en condiciones. Pero, entre tú y yo, hay algo mucho más interesante que pelar patatas ahí dentro.

Me guiñó un ojo, sonriendo con picardía. Lo cogí a la primera. No hacía falta ser un lince, por otro lado.

Asentí mordiéndome el labio inferior con más rabia de la que me hubiera gustado.

—¿Te apetece un café y te pongo al día?

La miré largo y tendido. Y acepté. A pesar de que había odiado todo lo que ella representaba, a pesar de que me había dicho a mí misma que jamás daría coba a alguien como ella. A pesar de todo, acepté.

Las ganas de saber pudieron con todas mis vagas promesas juveniles. No era consciente de que, la gente como Isabel, sabía averiguar cuál era tu punto débil para usarlo después a su antojo y conveniencia.

Y yo acababa de ponérselo en bandeja.

34 Pululando de nuevo

Si a la Inés de dieciséis años la hubieran dicho que estaría tomando un café con la chica más popular del instituto para hablar de tíos con los que ligar por internet, estaría riéndose varios años después. Pero ahí estaba la Inés de treinta, tomando un café y un trozo de pastel de zanahoria con Isabel, hablando de las sorpresas que una se encuentra en las «citas a ciegas».

—Te juro que el tío no sabía qué hacer ahí abajo —dijo tras comerse con gracia un trozo de nuez—. Y, me vas a perdonar, pero me gusta que sepan usar la lengua y no solo para hablar.

Me eché a reír asintiendo. También había conocido a alguno así.

—Eso no pasaba con Iván —añadió cómplice acercándose a mí—. Él siempre ha sabido cómo hacerme ver las estrellas.

Enarqué una ceja, sonriendo.

—Por cierto, pillina —continuó—, ¿os fuisteis juntitos la última vez que os vi?

—¿Cómo?

—Conozco a Iván como si lo hubiera parido. Por muy *apollardado* que esté ahora, sé cuándo algo le gusta. Ahora tendría que ser él quien dibujara corazoncitos con su nombre y el tuyo.

Creía que ese trozo de tarta que me había metido en la boca se quedaría para siempre encajonado en la garganta. Tomé un trago de café, no solo para hacerla pasar, sino también para tranquilizar mis nervios. Ese comentario tenía un toque de maldad que no me pasó desapercibido. Hija de…

—Eh, espero que no me guardes rencor por todo aquello. Éramos unas crías. Sé que te molaba y tal, pero hace ya una vida de aquello, ¿no?

Tenía una sonrisa enorme, enfatizada por unos labios color rosa chicle.

—Algo de rencor te guardo. Pero tranquila, no por Iván. Es solo que nunca me ha gustado que me hagan sentir como una mierda.

No esperaba una contestación tan sincera. Lo supe por cómo le subieron los colores. Sonreí con gusto.

—Y, por cierto, no, no nos fuimos juntos aquel día. Entiéndeme, para un polvo rápido seguro que está bien, pero me gustan los tíos que pueden aportarme algo más.

Por un momento, fugaz, el color de sus ojos se oscureció y su sonrisa, que parecía tierna e incluso un poco infantil, se convirtió en una mueca de despecho. Su cara en sí pareció ensombrecerse. Pero se recompuso rápido, echándose atrás en la silla y mirándome con una sonrisita misteriosa.

—Quizá valoras al profesor de Le club de cuisine como ese alguien que te aporte algo más.

—No lo conozco, ya te lo he dicho.

Movió su café con cuidado, pensativa. Isabel nunca había sido brillante, siempre iba rezagada en las clases y suspendía más asignaturas de las que aprobaba. A pesar de quién era su padre,

tuvo que repetir en un par de ocasiones. Sin embargo, en ese momento, me pareció que quizá esa imagen de chica guapa y tonta era solo una fachada y que Isabel era mucho más lista de lo que parecía.

—Pues por si te lo planteas en algún momento, puedo decirte que tiene la misma habilidad para hacerte ver las estrellas que Iván.

Me guiñó un ojo coqueta, con una sonrisa de autosuficiencia que hizo que sintiera ganas de abofetearla hasta que se le desdibujaran los rasgos.

—¿Gabriel y tú…? —pregunté incrédula.

—Ya te digo, tía. Pero tranquila, fueron unos cuantos polvos rápidos de esos que a ti no te gustan —sonrió con picardía—. Que sepas que tiene la misma habilidad con las manos que con otras partes del cuerpo.

Sonreí con falsedad, aguantando la bilis que de pronto notaba en la garganta. Joder, no había nadie más en el pueblo con el que liarse que ella. Ya era puta casualidad. Supe que lo había dicho para dejarme claro que, de nuevo, se había adelantado. De tonta no tenía un pelo. Volví a llevarme la taza a los labios, frustrada y sin saber qué decir a continuación. Daba igual el tiempo que hubiera pasado que ella conseguía volver a dejarme callada.

—Eh, no me digas que estás jodida —dijo cogiéndome de la mano.

La aparté de golpe, molesta e incómoda porque invadiera mi espacio personal de esa manera.

—¿Jodida? ¿Por saber que te has tirado al profesor de cocina de mi madre? Para nada. Jodida estoy por tener que trabajar el lunes. Lo demás me importa poco, Isabel.

Dije su nombre con todas las sílabas, esperando hacerla sentir todo lo mayor que fuera capaz. Sí que estaba jodida, por mucho que intentara disimular. Sentía una conexión especial con Gabriel que, de pronto, se veía enturbiada por las zarpas de Isabel.

El hecho de haberla mencionado aquel día en la cueva y que él no dijera nada al respecto no ayudaba mucho a los sentimientos que, en aquel momento, me invadían sin ningún orden ni concierto.

Y, aunque no quise darle importancia, de nuevo ella pululaba encima del hombre que ocupaba mis pensamientos.

35 No podemos ser

Gabriel

Ir al hospital para la tomografía me supuso horas de reajustes de todas esas tareas que ya tenía planificadas desde comienzos de semana. Madrugué para dejarlo todo listo para la clase de ese día. Ignoré la voz de mi cabeza que me decía que aquello no era buena idea, que no estaba previsto, que no lo había contemplado cuando hice la planificación.

«Tic, tac, tic, tac, tic, tac».

Pero tenía razón. Se me dilataban las pupilas cuando algo me gustaba. Y no, no fue el bocadillo, ni la langosta, ni el vino. Era ella. Ella lo provocaba. Me preguntaba a qué sabrían sus labios o cómo sería acariciar su piel. Qué clase de despertar tendría. Si era de las que preferían ver una película o una serie un domingo por la tarde. Su canción favorita. Quería saberlo todo de ella. Todas esas cosas que una madre no sabe o no quiere contar. Lo que se guarda para alguien que te cala hondo.

Revisaba la planificación de la semana por cuarta vez cuando el teléfono sonó. Era lo que siempre hacía los domingos por la tarde, una rutina que me permitía ver con claridad lo que tenía por delante cada semana.

—Dime —contesté sin mirar. A esa hora, solo podía ser una persona.

—¿Qué tal, chaval?

—Aquí, revisando la semana.

—¿Cómo ha ido ésta?

—No ha ido mal.

—¿Algo memorable?

—Algo —dije trayendo a mi memoria sus ojos azules—. Parece que soy octubre, Peña.

—¿Octubre? ¿De qué me estás hablando? ¿Estás bien?

—Sí, viejo —sonreí caminando por el salón—. Inés dice que soy melancólico, cálido y frío, como el primer mes del otoño.

—Ah, ya, Inés. Pues sí, supongo que eres un poco así, sí —se echó a reír—. ¿Estáis ya juntos o es solo una distracción?

—Ni una cosa ni la otra.

—Está bien tener distracciones.

—Lo sé, las tengo.

—¿Sí? ¿Revisar la semana una y otra vez es una distracción?

No contesté. Ricard era consciente de mi necesidad por tenerlo todo controlado. No iba a molestarme ni en mentir.

—Sabes que me ayuda.

—Lo sé.

—Funciono mejor así.

—Lo sé, Gabriel. Pero esta conversación ya la tuvimos en su día con tu obsesión por la perfección. Tu nivel de exigencia. Me dijiste lo mismo. Y acabó siendo un problema, para ti y para el resto.

—Esto me ayuda a controlarlo. Al final todo sale como debe ser si las cosas están planificadas.

Lo escuché suspirar al otro lado.

—No sé si me gusta lo que estoy escuchando.

—Ricard, estoy bien. Estoy bien. Voy haciendo pequeños cambios, poco a poco. Me cuesta, pero los hago. No te preocupes por mí, viejo.

Una carcajada sonora me atravesó el tímpano. Sonreí tras sentarme en el sofá.

—Iré a verte en unas semanas, salgo de viaje a Tailandia y me gustaría irme sabiendo que estás entero.

—¿Qué se te ha perdido en Tailandia?

—Comida, chaval. Necesito comer en sitios diferentes, mi paladar está atrofiado y me hace falta inspiración.

—¿Y el restaurante?

—Buscaré un chef que me cubra ese tiempo. Estoy valorando opciones tanto dentro como fuera del equipo. Todavía queda tiempo. ¿Te interesa?

—¿Estás de coña, no?

—¡Eh, me siento en la obligación de preguntar! —justificó con rapidez.

Guardé silencio mirando al techo.

—Te avisaré un par de días antes para que puedas organizarte.

—Vale.

—Y, Gabriel —dijo antes de colgar—, hazme el favor y añade en tu planificación unas horas al día para ti y para esa chica que cree que eres octubre.

Sonreí para mis adentros.

Ojalá las cosas fueran tan sencillas. Pero sabía lo que pasaría cuando Clara se recuperara del todo. Ella se iría, volvería a la ciudad. En dos años no la había visto ni una sola vez y eso me hacía entender que, al final, así acabaríamos nosotros. Daba igual lo mucho que me gustara. Daba igual incluso lo mucho que le gustara yo. Ese sitio no era para ella, no quería estar ahí, huía de él como yo había huido de la ciudad. Ella y yo no podíamos ser. Por mucho que lo deseara.

36 Llamadas de madrugada

Volver a casa después de más de tres semanas fuera fue, cómo decirlo, extraño. Siempre me había encantado mi pequeña casa de escasos sesenta metros cuadrados, pero cuando crucé la puerta, hasta el olor a ambientador se me hizo raro.

Había apurado al máximo el tiempo en casa de mi madre y llegué a la mía pasadas las doce. Estaba cansada. Muy cansada. Y me sentía sola. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía sola. Y, por primera vez en mucho tiempo, no me gustó esa sensación.

Caí en la cama a plomo. Una cama que ahora se me antojaba demasiado grande. Demasiado fría. Una cama de matrimonio en la que no había dos personas peleándose por la sábana cuando empezaba el frío. El ruido de los coches, que pasaban de manera permanente sin importar si era de día o de noche, se colaba en la habitación a pesar de tener las ventanas cerradas. Un camión de la basura pitaba no muy lejos de allí. Se escuchaba el ladrido de un perro. Alguien le dio una patada a una lata vacía que cayó calle abajo. Unas risas. Eran los sonidos de la ciudad, del centro. Unos sonidos con los que había aprendido a vivir y que me gustaban. Pero en aquel momento, por un instante, pensé que el silencio de «Aquel sitio» podía llegar a ser el mejor sonido de todos.

No sé por qué lo hice, quizá fue esa enajenación mental transitoria, ese sentimiento de soledad que me embargaba, pero busqué su contacto en WhatsApp. Fruncí el ceño cuando no lo encontré pero no lo pensé demasiado y abrí los mensajes.

Inés

¿No tienes WhatsApp?

Me mordí la uña del dedo gordo mirando el móvil, esperando que me trajera noticias, que ocurriera algo. Pero nada pasó. Tras más de quince minutos esperando, me di por vencida y me preparé para meterme en la cama. Hacía frío, la casa había estado vacía demasiado tiempo y se notaba que el calor del verano había llegado a su fin. Pero me resistí a poner la calefacción y me metí en la cama tras sacar del armario una colcha con la que arroparme. Cuando ya iba a poner la alarma a las seis y media para el día siguiente, me encontré con la respuesta que estaba buscando.

Gabriel

¿Quién eres?

Sonreí, notando un cosquilleo en el estómago.

Inés
Soy una de tus mejores alumnas

Esperé durante varios minutos, pero parecía ser que Gabriel guardaba los mismos silencios en persona que a través del móvil.

Inés
Soy Inés.
¿Sigues ahí?

Gabriel
¿Inés?
¿Cómo tienes mi número?

Inés
Una tiene sus mañas para conseguir información.

De nuevo, no hubo respuesta. Podía imaginarlo asentir, quizá hasta sonreír levemente. Me pregunté cómo sería el Gabriel que llegaba a su casa tras pasar el día preparando las clases de la semana, qué comería, qué vería. Qué llevaría puesto.

Inés
No quería molestarte, perdóname.
Es tarde.
Ni siquiera sé por qué te estoy escribiendo.

Gabriel
No me molestas.
Puedes escribirme siempre que quieras.
Y no, no tengo WhatsApp.
No me gusta.

Inés
Es mucho más cómodo.
Los mensajes son más viejos que el hilo negro.

Gabriel
Soy de la vieja escuela.
Prefiero hablar, de hecho.

El móvil sonó de pronto, lo que hizo que mi corazón se acelerara cuando reconocí su número. ¿Hablar? Yo era de las que esperaba paciente a que el que llamaba colgara para después mandar el típico mensaje de «ni me he enterado, ¿qué querías?».

—Hola —respondí algo tímida.

—Hola, Inés.

Me gustaba el sonido de su voz, conseguía hipnotizarme con ella, hacerme olvidar. Me encantaba escucharlo hablar en las clases. Era una voz sedosa, seductora, profunda. Algo grave, pero sin ser exagerado. Pero escucharla a través del teléfono, tan cerca, de una manera tan íntima, me puso los pelos de punta. Y no de miedo, precisamente.

—¿Estabas dormido?

—No.

—¿Qué hacías?

—Revisaba algunas cosas del trabajo.

—Ya… ¿cursos nuevos? ¿Recetas nuevas?

—No, el año ya está cerrado en ese sentido.

Guardé silencio, cohibida. Empezaba a arrepentirme de haberle escrito. Solo lo conocía desde hacía tres semanas, ¿por qué había recurrido a él al sentirme sola?

—¿No puedes dormir? —preguntó.

—No.

—Tu madre estará bien, Inés.

—Lo sé, no es por eso.

Cambié de postura, sacando la pierna de debajo de la colcha.

—¿Entonces?

—¿Alguna vez has echado de menos algo que has odiado con todo tu ser?

Lo escuché carraspear a través del teléfono. Hubiera dado cualquier cosa por ver qué hacía. El silencio fue lo bastante largo como para hacerme saber que la respuesta a esa pregunta era afirmativa.

—Da igual —dije tras suspirar—. Es tarde y ya no sé ni lo que digo.

—La línea que separa el amor del odio es muy delgada y, muchas veces, los sentimientos se mueven entre ambas partes. Es difícil distinguirlos. Quizá porque se parecen demasiado.

—Eso suena a una muy mala relación.

Emitió una risa que quedó oculta en su garganta, ese tipo de risa triste que uno no deja que salga.

—Sí, supongo que sí. Pero no es lo que crees.

—Soy toda oídos.

Suspiró y me pareció que se removía, incómodo.

—Las relaciones familiares también son capaces de generar amor y odio a partes iguales —reconoció por fin.

—Creía que con tu padre tenías buena relación.

—Y la tenía. No me refería a él.

—¿Tu madre? —pregunté con el ceño fruncido.

—¿Por qué te resulta tan extraño?

—No sé… no la mencionaste, así que pensé que ella siempre estuvo a tu lado.

—No la mencioné porque no tenemos relación.

—Vaya… ¿Puedo preguntar el motivo?

Se hizo el silencio. Le di tiempo, imaginando que estaría pensando y evaluando hasta dónde contar.

—No hay un único motivo. Han sido muchas cosas. Una relación insostenible. Muchas diferencias. Poco respeto.

—Ya, pero…

—No. No me digas que es mi madre. Una relación tóxica es una relación tóxica sin importar quién forme parte de ella.

—No, no iba a decir eso. Iba a decir que no podía imaginar hasta qué punto llegaría la situación para que optaras por alejarla de tu vida.

—No te equivoques, Inés —dijo con tristeza—. No fui yo quien decidió apartarla en primera instancia. Yo aguantaba los insultos, los gritos y los desprecios. Los desplantes. Esas bromas hirientes que gastaba a mi costa con mis hermanos. Me echó de casa en cuanto terminé los estudios de cocina. Mi padre había muerto un año antes. Cuando vio que su hijo triunfaba quiso acercarse de nuevo.

—¿Y qué hiciste?

—Acepté. Era mi madre. Mi familia. Pero nada cambió. Ella seguía siendo la misma de siempre. El hecho de no vivir bajo su techo facilitó las cosas un tiempo, pero con cada llamada, con cada visita, me hundía un poco más. Fue entonces cuando empecé a marcar límites. Unos límites que tampoco respetó.

Guardó silencio. No me atrevía a decir nada y esperé paciente, dándole la oportunidad de desahogarse si era eso lo que necesitaba.

—Muy de vez en cuando aparece. Llama sin venir a cuento, recordándome por qué nunca podremos tener una relación normal, como deberían tener una madre y un hijo.

—El día que hicimos los *macarons* —recordé de pronto.

—Hacía más de dos años que no sabía nada de ella —dijo antes de aclararse la garganta—. Si no te importa, preferiría no seguir hablando del asunto.

—Claro. Perdona, no era mi intención sacar a relucir temas que te resultan dolorosos.

—No lo son. Ya no. Pero me cabrean. Y no quiero perder el tiempo hablando de esto.

Me mordí el labio inferior, con la cabeza repleta de preguntas que quería hacerle. Y también de secretos que, gracias a ese espacio de confianza que se había creado, deseaba confesarle.

—En todas las familias cuecen habas —susurré.

—Ya me hubiera gustado tener la relación que tú tienes con los tuyos.

—Hacía mucho tiempo que no hablaba con mi hermano, Gabriel. Apenas nos veíamos. Hemos tenido nuestros momento tensos desde que volví y creo que…

Callé, mordiéndome las uñas.

—¿Qué? —preguntó cuando el silencio se hizo demasiado largo.

—Que no volverá a ser como antes.

En esa ocasión, fue él quien no pronunció ni una palabra durante mucho tiempo. Iba a decir cualquier cosa que relajara un poco el ambiente cuando lo escuché hablar.

—No tiene por qué ser malo. No es cierto eso de que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Llena de dudas, negué despacio con la cabeza, aunque sabía que no podía verme.

—¿Qué es lo que echas de menos y antes odiabas?

Hice una mueca y me alboroté el pelo.

—Odiaba dónde vivía, la gente, cómo me sentía allí. Lo aburrido que era todo. Lo monótono. Tenía la sensación de vivir siempre en el día de la marmota. Me sentía atrapada. Atrapada en un lugar en el que ni siquiera se me quería. Y ahora, no sé, entro en mi casa y echo de menos el silencio con el que se vive allí. La estabilidad. La rutina. Puede que el lugar haya cambiado, yo qué sé.

Jugué con los pliegues de las sábanas, escuchándolo respirar pausado al otro lado. El sonido de una ambulancia acercándose con rapidez interrumpió mis pensamientos y me levanté de la

cama para mirar por la ventana.

—Los lugares no cambian, Inés. Lo hacen las personas.

—Es posible —dije en voz baja, siguiendo con la mirada la ambulancia, que se perdió al final de la calle. Volví a la cama y dejé escapar un largo suspiro—. Supongo que será el cambio, cuando he pasado más de dos días allí siempre se me hace raro volver.

—Bueno, cada vez queda menos para que puedas regresar a tu vida.

—¿Es pena eso que escucho en tu voz?

—Es posible.

Sonreí notando calor en mi interior.

—Quizá me anime y coja alguno de tus cursos individuales.

—No tengo ninguno. Te dije que el caso de tu madre era excepcional. Pero, bueno, podría planteármelo.

Me dejé caer en la cama aguantando la emoción. No sabía qué me estaba pasando, no solía comportarme como una adolescente con las hormonas revolucionadas en mis relaciones con el sexo opuesto. Y entonces, como ese picotazo de una avispa que no esperas y de pronto se hace presente, inundándote de dolor, rememoré la última conversación que había tenido con Isabel.

—¿Recuerdas que te hablé de Isabel Rodríguez? —pregunté cambiando de tema.

—Sí —respondió escueto.

—Me la encontré el viernes al salir de tu local y estuvimos tomando café.

—¿En serio?

—Sí, ¿te sorprende?

—Un poco. Por cómo hablaste de ella no me pareció que fuera alguien con el que quisieras volver a tener relación.

Razón tenía, todo había que decirlo.

—Y no quiero tenerla.

Guardó silencio. Un silencio que me molestó por primera vez desde que nos conocimos.

—No me dijiste que la conocías —dije por fin.

—No me pareció relevante. No te he hablado de ninguno de mis alumnos.

—Pero ella no ha sido solo una alumna. Y me sinceré contigo, al menos podías haberlo mencionado.

Le escuché suspirar al otro lado. Casi podía verlo pensar, valorar qué decir a continuación.

—Estuvo en el curso de cocina básica el año pasado, coincidió con tu madre —comenzó a hablar tras un largo silencio—. No hablamos mucho, no sé cómo es ni tengo ninguna intención en conocerla. Y creo que es algo mutuo.

Solté una carcajada seca. Uno de los dos mentía. Pero no tenía ningún derecho a pedirle explicaciones sobre su vida íntima. Podía acostarse con todo bicho viviente sin tener que justificarse después.

—También conozco a Iván —reconoció tras suspirar.

Me llevé la mano a los ojos, avergonzada. Agradecí que no pudiera verme en esos momentos.

—No mucho —continuó—, ha estado en algunos cursos que saco de vez en cuando y que tan solo duran un par de días. No vive aquí y hemos coincidido poco.

—Ya…

—¿Estás bien?

—Sí, pero es raro. Te hablé de ellos hace nada y resulta que a ambos los conoces y a ella te la has tirado —me mordí el labio cuando fui consciente de cómo había sonado eso—. Perdona. Puedes tirarte a quien quieras, faltaría más.

No respondió, lo que hizo que me sintiera aún peor.

—Es solo que… no lo esperaba. Mal por mi parte, por otro lado. Es un sitio pequeño, lo más normal es que te hubieras cruzado con ellos.

—No conozco a Iván lo suficiente, Inés. Tan solo lo he visto unos cuantos días sueltos. Pero reitero lo que te dije en la cueva. Le hubiera partido la cara en su día y lo haría ahora si fuera necesario. Solo tienes que pedirlo.

Sonreí muy a mi pesar.

—Y con respecto a Isabel…

—Da igual, Gabriel, de verdad. No tienes que darme explicaciones.

—Con respecto a Isabel —repitió calmado—, sí, nos acostamos un par de veces. Nada más. Ni por mi parte ni por la suya, hasta donde sé. Una distracción, sin más.

Asentí en silencio, sabiendo que no podía verme pero que entendería que no respondiera. Parte de esa mala sensación que se había apoderado de mí desapareció tras esa conversación. No tenía que darme explicaciones de nada de lo que hubiera hecho en su vida, pero me sentí mejor cuando lo hizo.

—Voy a intentar dormir —dije con reticencia.

Hubo un silencio al otro lado que me pareció que duraba más de lo normal. Estuve tentada a preguntar si seguía ahí, pero salí de dudas cuando volvió a hablar.

—¿Está todo bien entre nosotros?

—Claro —susurré con una sonrisa—. Hace falta algo más que dos mendrugos del pasado para que me cabree contigo.

Lo escuché reír al otro lado de la línea.

—Si me necesitas, escribe —dijo cómplice.

—Instálate el WhatsApp, es más cómodo y rápido.

—Ni de coña.

—Te podría mandar mensajes de audio.

—Para eso están las llamadas, Inés.

—No me gusta mucho hablar por teléfono, prefiero hacerlo en persona.

—A mí me ocurre lo contrario.

—Mira que eres raro.

Dejó escapar el aire entre los dientes, pero sabía que sonreía.

—Está bien. Ni para ti ni para mí. ¿Videollamadas? —propuse.

—Videollamadas —contestó tras pensarlo unos instantes.

—Nos limitará un poco, porque solo podremos hacerlo por las noches, pero hasta que quieras entrar en la era 2.0 tendremos que conformarnos con eso.

—Hablamos mañana. Buenas noches, Inés.

—Buenas noches, Gabriel.

Colgué con una sonrisa en los labios y con el sonido de su voz todavía recorriendo mi cuerpo.

37 Me haces olvidar

La oficina de la empresa para la que trabajaría los siguientes meses era imponente. Un edificio completo en pleno centro de la ciudad que contaba hasta con pista de pádel en la azotea y restaurante en la planta baja. El sonido de mis tacones hizo levantar la vista de la chica que había en la recepción quien, con mucha amabilidad, me dio una tarjeta de visita temporal y me indicó la planta a la que debía dirigirme y el ascensor que debía utilizar. Porque no todos los ascensores llevaban a todas las plantas, por supuesto.

Me reuní primero con el responsable de Recursos Humanos y después con un chico muy majo, que hablaba por los codos, pero que me facilitó un portátil, un móvil, una tarjeta de acceso permanente y un montón de información sobre protocolos de seguridad que debía seguir escrupulosamente tanto en la oficina como fuera de ella.

Tras esa conversación, llegó el momento de poner cara a los que me habían contratado. El CEO de la empresa, acompañado del responsable financiero y el director de informática, me esperaba en una sala enorme con muebles de madera maciza. Rezumaba ostentación en cada metro cuadrado. Estaba pensado para intimidar. Había pasado por muchos despachos de esas características. Los saludé con un apretón fuerte de manos y no bajé la vista en ningún momento. Algo que ellos hicieron. Por más que intentaron disimular, sabía que me habían mirado de arriba abajo. El responsable financiero incluso lo hizo con cierta sorna: mujer rubia de pelo largo y algo alborotado, con ojos azules y traje con chaleco y corbata que sabía que me sentaba como un guante; estaba claro que ahí abajo no debía tener cerebro. No era la primera vez que algo así pasaba o que me enfrentaba a comentarios jocosos cuando creían que no escuchaba.

Hice las preguntas de rigor, tomé notas, pedí toda la documentación pertinente y fui tan profesional como siempre. Incluso oculté una sonrisa cuando, tras la reunión, me llevaron al que sería mi despacho cuando estuviera en la oficina. Un lugar luminoso, amplio y con unas vistas increíbles de la ciudad. Al quedarme sola, me acerqué al ventanal para poder ver mejor y eché de menos mi cámara. La instantánea hubiera sido perfecta. Incluso a través del cristal.

Llamé por teléfono a mi madre, que contestó al segundo tono con un «hola, cariño mío» que me hizo sonreír con ternura.

—Adivina —dije como respuesta a su saludo—, estoy en mi despacho, en la planta octava. Y tengo unas vistas que alucinas. No son las montañas de allí, pero tienen su encanto.

—¿Despacho? No me habías dicho que te habían dado despacho.

Caí entonces en que ella no sabía que ya ni trabajaba en la misma empresa ni en el mismo edificio ni nada de nada.

—¿Qué tal estás? —pregunté cambiando de tema.

—Muy bien, cielo. Me estaba arreglando porque tenemos dentro de nada la cita con el médico. Pero estoy muy bien, algo cansada pero ya sin esas ganas de vomitar.

—Luego me cuentas todo, ¿vale?

—Sí, no te preocupes. Te mando un mensajito para no molestarte y luego hablamos

tranquilamente cuando llegues a casa.

—Vale. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, vida mía —dijo antes de colgar.

Suspiré hondo antes de sentarme en la silla y centrarme en toda la información que me habían facilitado. Era mucha, alguna sin ningún tipo de relación entre sí, desordenada y con poca trazabilidad. Era increíble que una empresa de esas características tuviera un caos semejante. Por no hablar de los registros informáticos.

Las horas pasaron sin que me diera cuenta y, cuando el teléfono sonó de nuevo, el sol se ocultaba en el horizonte. No había comido.

—¿Sí? —contesté sin levantar la vista del documento que estaba revisando con las últimas transacciones contables realizadas.

—Quería saber qué tal tu día, tengo descanso ahora.

Escuché la voz de Cristina a través del ruido de la calle.

—Dios, ¿en serio es tan tarde?

—¿Sigues trabajando?

—Sí, pero me piro ya. Me voy a llevar todo a casa y, si me veo con ganas, sigo un poco más allí.

—Veo que has entrado de lleno.

—Qué remedio.

—¿Todo bien? —preguntó tras una pausa.

—Sí, todo bien. Cansada, he dormido mal hoy.

—¿Nos tomamos una copa mañana?

—No, me voy de nuevo a casa de mi madre en cuanto salga de aquí.

—Te veo el viernes entonces. Me ha dicho tu hermano que todo bien en el médico.

—Sí, me ha mandado un mensaje para ponerme un poco al día, pero tengo que llamarla en cuanto llegue a casa.

—Genial, pues venga, vete ya. Y come algo, que fijo que no lo has hecho todavía.

Esbocé una sonrisa al colgar porque Cristina me conocía mejor que nadie. Aunque había dicho que me iría, seguí en la oficina un par de horas más. Ya era de noche cuando salí de allí. Trabajar era una de esas cosas que me quitaba el hambre, pero pasé a comprar algo aprovechando el tiempo para hablar con mi madre y que me pusiera al día de todo lo que le habían dicho en el médico. Tal y como nos habían adelantado el día de la prueba, el tumor había reducido lo bastante como para poder extirparse. Como en esos momentos estaba sin tratamiento para el cáncer, la operación se programaría lo antes posible. Una vez extirpado el tumor, podrían valorar si sería necesario dar alguna sesión de radio. Y, si todo iba como ellos creían, podríamos olvidarnos de hospitales durante un tiempo.

La soledad me recibió al llegar a casa. Algo que agradecí. Igual que agradecí la ducha de agua caliente que me di a continuación. El pijama nunca me pareció tan cómodo como aquel día. Ya era bastante tarde cuando preparé algo de cenar, un «Inés club» al que añadí algunos brotes además de la lechuga romana de siempre. Salteé un poco la cebolla, para tratar de caramelizarla y, cuando ya estaba a punto de hincharle el diente, sonó el teléfono. Una videollamada. Gabriel.

No pensé que estaba en pijama ni con una coleta torcida o sin maquillar. Nunca pensaba en mi aspecto físico cuando estaba con él. Solo hacía caso a los nervios que se me agarraban al estómago y a la emoción que sentía bajo la piel.

—Hola, Gabriel —contesté con una sonrisa.

—Hola, Inés.

No estaba en el local. Parecía estar sentado en un sofá de color oscuro, con la mano tras la cabeza, relajado. Podía escuchar voces de fondo y su cara se iluminaba y se oscurecía de vez en cuando. Estaba en el salón de su casa, con la televisión puesta. Y con una camiseta de manga larga de un color oscuro en lugar de la camiseta blanca a la que me tenía acostumbrada.

—Iba a empezar a cenar, ¿te importa?

—No, claro. ¿Qué te has hecho?

—Lo que nunca falla —dije enseñándole el plato—. Aunque, para ser honesta contigo, he hecho algunos de los cambios que me dijiste así que, después de probarlo, quizá me plantee darte algo de reconocimiento en el nombre.

Lo vi sonreír, sutil. La comisura de sus labios se curvó un poco, lo justo. Y esperó, como hacía siempre. Coloqué el móvil lo mejor posible para poder coger el sándwich con ambas manos. Le di el primer bocado ante su atenta mirada. Mastiqué despacio sin apartar la vista de la pantalla del móvil. Estaba bueno, había que reconocerlo. Me gustaba más la cebolla así y me arrepentí de no haber hecho mucha más cantidad. Asentí despacio guiñando un ojo.

—Está rico. Creo que te gustaría —dije tras tragar. Bebí agua antes de continuar—. Podría llamarlo «Inés-Moretti club».

—Muy original.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Sí, déjalo tal cual. Invítame a comerlo alguna vez. Por mi parte, suficiente recompensa.

Me mordí el labio inferior juguetona y asentí en silencio. Se levantó del sofá y colocó el móvil a su vez. Dejé de verlo durante unos instantes cuando se le cayó sobre la mesa. Lo escuché maldecir entre dientes. Apareció de nuevo inclinado sobre el móvil, que intentaba colocar en una mesa que debía estar junto al sofá, que ahora veía de manera parcial.

—Dame un minuto —dijo mirando a la pantalla cuando por fin consiguió una superficie estable en la que dejarlo.

No contesté y me limité a observar cómo se incorporaba y se alejaba por el salón. Iba en pijama. La parte de arriba se ajustaba ligeramente a su espalda y el pantalón, a cuadros grises y con bolsillos, le caía perfecto a la cadera. Se remangó con un gesto rápido antes de pasarse las manos por el pelo. Iba descalzo. No había nada en esa imagen que no me pareciera sensual. Era la primera vez que un tío en pijama y descalzo me parecía tan *sexy*. Acaricié los botones de mi pijama camisero, distraída y con la cabeza funcionando a todo gas. Lo vi aparecer de nuevo en la pantalla llevando una botella de cristal en la mano y un vaso en la otra. Se sentó con agilidad en el suelo, apoyando la espalda en el sofá.

—¿Cómo ha ido ese primer día? —preguntó tras echarse un vaso de agua.

—No ha ido mal —carraspeé—. Mucho papeleo. La oficina está bastante bien, muy céntrica. Tengo despacho y todo.

—No parece que eso te haga especial ilusión.

—Me la hace, no te creas. El despacho es enorme y las vistas son una pasada. Tendrías que haber visto mi sitio en la otra empresa, era como la habitación que tenía Harry Potter bajo las escaleras de la casa de sus tíos.

Se le escapó la risa por la nariz, y añadí ese gesto como punto adicional a la lista de cosas que me gustaban de él.

—Era asfixiante. Así que, en ese sentido, la cosa ha mejorado considerablemente.

Pellizqué el sándwich, con la mirada perdida.

—¿Entonces? —preguntó, acercándose un poco a la pantalla.

—Sigue siendo asfixiante. Aunque tenga más espacio —susurré. Era fácil hablar con él. No

me daba cuenta de la manera tan natural con la que le confiaba lo que tenía en la cabeza—. Es curioso, ¿no?

Suspiró, pensativo. Encogió la pierna y apoyó el codo en la rodilla para pasarse después la mano por el pelo.

—Quizá ahí no es, Inés —dijo arqueando una ceja.

—Lo sé… pero es lo único que he hecho en mi vida.

—Nunca es tarde para empezar de nuevo. Créeme.

—Los árboles a veces no dejan ver el bosque, ¿no?

—Eso es.

Sonrió, una media sonrisa tierna y dulce que guardé en mi memoria.

—¿Y tu día qué tal? —pregunté con el ánimo renovado.

—Uno de los alumnos se ha cortado un dedo y a otro le ha saltado el aceite en la mano, pero por lo demás bien.

—Los cuchillos cortan —repliqué con una sonrisa justo antes de llevarme el sándwich a la boca.

—Cortan. Y mucho.

Me devolvió la sonrisa y agachó la cabeza. Había apoyado los codos en el sofá. ¿Por qué? ¿Por qué me hacía eso? Se me hizo bola el sándwich y tuve que beber agua para hacerlo pasar.

—Seguramente operen a mi madre pronto —dije cambiando de tema.

—Lo sé, la he llamado hace un rato. Son muy buenas noticias, Inés. Me alegro de verdad.

—Me parece increíble que vaya todo tan rápido. No hace ni dos meses que la diagnosticaron. No puedo creer que estemos tan cerca de olvidarnos de todo esto. Estoy pletórica pero…

No terminé la frase y jugueteé con el vaso de agua distraída.

—¿Pero? —preguntó con la ceja levantada.

—También me asusta un poco.

—Es normal.

—Sí, supongo. A veces es difícil controlar lo que a uno se le pasa por la cabeza.

Asintió en silencio, bebiendo el contenido de su vaso en tres tragos largos.

—Pero reconozco que estar en tus clases me ha ayudado. Haces que no piense.

—Está bien saberlo. Aunque no sé muy bien cómo tomármelo —apuntó pensativo.

—Tómatelo como un cumplido. En serio —repliqué con una sonrisa—. Solo me concentro en ti, en tu voz, en tus explicaciones, tus movimientos. No hay cabida para nada más. Son cuatro horas en las que el cáncer desaparece. Es un cumplido muy grande, Gabriel. Y estoy segura de que seguirá siendo igual hasta que ella se recupere de la operación y de lo que pueda venir después.

Me observó en silencio. Analizó mi rostro y continuó bajando por mi cuello y hombros. Su mirada se coló incluso por debajo del pijama, notaba la carne de gallina. Mi respiración se aceleró sin que pudiera evitarlo.

—Yo debería darte las gracias a ti —dijo con voz ronca, subiendo los ojos despacio hacia mi cara.

—¿Tú? ¿Por qué? —susurré tras conseguir tragar el nudo que tenía en la garganta.

—Por hacerme sentir.

Abrí la boca para decir algo, pero las palabras no salían. No es que las tuviera ahí y se me resistieran, es que no era capaz de crearlas. No era capaz de pensar con claridad. Lo que había dicho nublaba mi mente y me limité a observarlo intentando controlar la respiración. Supe que había algo más por la forma en la que movió su cuerpo o se tocó la nariz con la punta de los

dedos. O por la manera en la que agachó la cabeza, pensativo, antes de coger el móvil y acercárselo. Esperaba con ansia aquello que tuviera que decir, pero el sonido del timbre de la puerta de mi casa rompió el momento de complicidad que se había creado.

—Te llaman —dijo poniéndose de pie—. Te veo el miércoles, Inés.

—Claro.

Sonrió antes de cortar la llamada. Me costó reaccionar y solo lo hice cuando la persona que se encontraba al otro lado de mi puerta llamó de nuevo de manera insistente.

38 Las dudas y yo

Cristina entró en cuanto abrí, con esa confianza de quien siente que está en su propio hogar. Dejó un beso en mi mejilla con rapidez y, sin parar de hablar de cómo había ido el día, de la cantidad de platos nuevos que habían elaborado o de los cocineros con los que había colaborado, entró en el salón y se dejó caer en el sofá. Aparecí tras ella, con los brazos en jarras.

—Podías avisar antes de venir, ¿no?

Me arrepentí en cuanto esas palabras salieron de mi boca. No tanto por lo que dije sino por cómo lo hice. Cristina miro a su alrededor: televisión apagada, sándwich a medio comer, vaso de agua vacío y móvil encima de la mesa, junto al plato.

—¿Interrumpo algo?

—Pues lo cierto es que no lo sé —dije con un tono más dulce, sentándome junto a ella.

—He traído una botella de vino blanco helado. ¿Nos tomamos una copa y me cuentas?

Asentí con una sonrisa quitándole la botella de las manos. Cuando volví con dos copas y la botella abierta, Cristina observaba el sándwich con detenimiento mientras masticaba un pequeño trozo.

—Está bueno, me gusta la cebolla salteada.

—Caramelizada, Cris, que parece mentira —apunté rellenando la copas.

—Bueno, caramelizada no. Ha perdido el sabor a crudo, pero no está caramelizada. Para que caramelice tienes que…

—¿Por qué los cocineros sois así? —interrumpí entre risas— Por dios, si está bueno ya está. Caramelizada, salteada… joder.

—Es que no es lo mismo. Es como si yo digo, no sé, que una factura y un cobro es lo mismo. Están dentro del mismo proceso de conseguir dinerito, pero en puntos distintos. Ahí está la clave.

Puse los ojos en blanco sin poder ocultar la sonrisa. Brindé con ella y bebí un trago de vino, quitándole después el sandwich de las manos para continuar cenando.

—A ver, cuéntame qué es eso que no sabes si interrumpía o no. Alexa —dijo girándose hacia el pequeño dispositivo que tenía en la mesita rinconera—, reproduce *Fireside*, de Arctic Monkeys.

—Hablaba con Gabriel —reconocí con la música sonando de fondo.

Se removió emocionada en el sofá, dando palmaditas y tratando de no atragantarse con el vino.

—Cuéntamelo todo, con pelos y señales.

—Era una videollamada…

—No me digas que estabais haciendo guarrerías —dijo mirándome con la ceja levantada y una sonrisa algo traviesa en los labios

—No, nada de eso. Ya sabes que no me gusta hablar por teléfono y a él no le apasiona eso de hacerlo a través de mensajes. Digamos que era lo más intermedio que se me ocurrió.

—Qué cuco todo esto, Inés. Parecéis dos chiquillos tonteando.

—¿Verdad? —sonreí negando con la cabeza— Es… emocionante. Ni siquiera nos hemos tocado, es raro.

—¿Pero tú quieres? Tocarle digo.

—¡Claro que quiero! —reconocí riendo.

—¿Y por qué no lo haces? No lo entiendo.

—Creo que acostarnos complicaría las cosas.

Abrió los ojos como platos, incrédula.

—¿Tengo que recordarte que un día antes de que te fueras a «Aquel sitio» te tiraste a un tío *random* que conociste en un bar?

—Pero ahí está la clave —maticé levantando el dedo índice—. Era un tío *random*. Un tío que *ni fu ni fa*, ni siquiera recuerdo el nombre. Gabriel no tiene nada que ver con eso.

—Por eso mismo, sería mucho mejor. Creo que él no solo querría pasar una noche contigo.

—Y probablemente yo tampoco, Cris —confesé.

Frunció el ceño, pensativa, mientras daba un pequeño trago a su copa de vino.

—Sería un problema más, porque él está encantado de vivir en «Aquel sitio» y yo no vuelvo allí ni de coña.

—¿Y?

—¿Y? —repetí arqueando las cejas— Ayer lo llamé porque me sentía sola. Mi jodida cama de matrimonio se me hizo enorme. Me gustaría poder tener una relación con alguien que acabe en mi cama, o yo en la suya, quizá no cada noche, pero sí sin tener que recorrer doscientos kilómetros para poder hacerlo. Y me da mucha rabia, porque me encanta, Cris, pero no sé si me convencen las relaciones a distancia. En fin, es un puto lío.

—¡Qué chorrada! Yo vivo aquí y tu hermano a ciento ochenta kilómetros y eso no ha impedido que entre él y yo… pues eso. ¿No te parece que es ser un poquito drástica?

—Mmmmm…, no. Es ser práctica, que no es lo mismo.

—¿Y todo este jueguecito?

—No hay ningún jueguecito —maticé sin entender por qué parecía tan molesta—. Me atrae mucho, noto esa ilusión de cuando alguien empieza a gustarte un poco demasiado, pienso en él también un poco demasiado y me siento muy bien cuando estamos juntos. No estoy haciendo nada malo ni lo estoy engañando. Ni él me ha pedido nada, vamos a ver.

Bebí y la miré con el ceño fruncido. Tenía una mueca en los labios y movía el contenido de su copa mirando el cristal. Estaba enfadada.

—¿Por qué te molesta tanto? —pregunté cruzándome de brazos.

—No me molesta.

—Sí lo hace y no lo entiendo.

Relajó el rostro y terminó su copa de un trago, llenándola de nuevo después.

—Me molesta porque mi situación es la misma. Y nunca se me pasó por la cabeza nada de lo dices. No quiero dejar de lado a una persona que puede ser perfecta para mí solo por los kilómetros que nos separan.

—Me parece perfecto, Cris. Pero, ¿tengo yo que hacer lo mismo? ¿En serio?

La miré con las cejas levantadas sin dar crédito a lo que escuchaba.

—No es eso…

—Además, ya te he dicho que esto es un follón, que lo pienso, luego cambio de parecer y se me pasa por la cabeza que, joder, simplemente podría dejarme llevar y ver qué pasa. Pero entonces recuerdo dónde está él y dónde no quiero estar yo y…

—Inés, me vas a perdonar, pero lo que te pasa a ti con «Aquel sitio» no es normal. Lo sabes,

¿no?

Asentí en silencio, mirando la copa de vino ya vacía. Quizá no era normal. Quizá, como había dicho Gabriel, los lugares no cambiaban, lo hacían las personas. Y las personas que hicieron de ese lugar un sitio del que quería salir hacía tiempo que ya no formaban parte de él. «Aún queda alguna», pensé recordando a Isabel e Iván.

—Tal vez debería haberme planteado algunas cosas antes de liarme con tu hermano.

—Eh, no, no. Ahora apechuga con las consecuencias, monina. No se admiten cambios ni devoluciones —dije mientras llenaba de nuevo mi copa de vino.

Sonrió por fin, negando con la cabeza con un brillo especial en los ojos.

—¿Qué tal va todo, por cierto? —pregunté arqueando una ceja.

—Muy bien. No te puedo decir otra cosa, estamos empezando y ya sabes cómo va. Pero… me hace sentir en una nube, Inés.

—Me alegro, de verdad. Creo que es mutuo. A mí no me lo va a contar, claro, pero hay cosas que no hace falta decirlas.

Sus mejillas se sonrojaron y agachó la cabeza, consiguiendo que se me derritiera un poquito el corazón.

—Lo mismo hasta eres capaz de conseguir que deje de estar tan cabreado conmigo —murmuré cabizbaja.

—Tu hermano te quiere mucho. No me lo dice pero, ya sabes, hay veces que no hace falta. Encontraréis el punto, ya lo verás. Y si puedo hacer algo para acercaos a él —hizo una pausa dramática, llevándose el puño al pecho— cuenta con mi espada.

Solté una carcajada y la abracé con cariño, fuerte, muy fuerte. Después, cogió de nuevo su copa y la removió pensativa.

—Me hubiera encantado tener a Gabriel Moretti de cuñado, ¿te imaginas? —dijo a continuación.

—Acabáramos, salió el gordo. Eres la leche.

Me dio un puñetazo fingiendo enfado y continuamos hablando en tono distendido durante un par de horas más. Nos terminamos la botella. No le dije esas últimas palabras que Gabriel había pronunciado, unas palabras que no hicieron más que añadir otra capa más de dudas a todas las que ya tenía.

Él me hacía olvidar y yo le hacía sentir.

Curiosa combinación.

39 Estamos alineados

Cogí la salida a «Aquel sitio» con *Wonderwall* de Oasis sonando a todo volumen. Había pasado todo el día pensando en la conversación mantenida con Cristina el día anterior. Estaba llena de dudas y lo último que quería era que Gabriel pensara que intentaba jugar con él. No habíamos vuelto a hablar y sus últimas palabras todavía resonaban en mi interior. Unas palabras que quizá albergaban mucho más de lo que yo quería ver.

En lugar de coger la calle que me llevaba directa a casa de mi madre, opté por ir al centro. Con un poco de suerte, Gabriel todavía estaría en Le club de cuisine. Empujé la puerta al llegar y respiré aliviada al comprobar que no estaba cerrada. Avancé con paso firme. No había pasado por casa al salir del trabajo y todavía llevaba los tacones y el traje puesto, chaleco y corbata incluidos. Me había recogido el pelo en una coleta baja con una raya al lado. Una imagen muy diferente a la que solía llevar cada vez que me presentaba por allí.

Lo encontré en la cocina, pasando un paño por la encimera. Levantó la vista cuando me escuchó llegar, siguiendo mis pasos. Dejó de limpiar poco a poco, como si en esos momentos solo pudiera prestar atención a una cosa.

Me detuve frente a él, como hacía cuando dábamos clase. Apoyó las manos en la encimera y esperó a que hablara. Era como si supiera que aparecería en cualquier momento. Como si esperara esa conversación.

—No pretendo jugar contigo, Gabriel —dije mirándolo a los ojos, proyectando una seguridad que en ese momento no sentía—. Me gusta mucho estar a tu lado. Me siento bien, muy bien.

Levantó la ceja un instante, pero no dijo nada.

—Y, en algún momento, sin saber cómo, eso ha pasado a ser algo más. Me gustas. Quizá me gustas un poco demasiado. Me siento muy atraída por ti. Si estuviéramos en otro momento y en otro lugar, créeme, ya habría intentado algo. Pero, tú y yo…

—Lo sé —dijo pausado.

Solté el aire despacio entre los dientes. No sabía si con alivio o con cierta decepción. Era bastante frustrante sentir tanta contradicción. Si pensaba igual que yo, ¿por qué me molestaba?

—Está bien saber que estamos alineados —repuse.

Asintió sin mediar palabra. Algo en mi interior me pedía a gritos que preguntara qué era estar alineado para él, cuáles eran esos motivos que contemplaba para no considerarnos una opción. Yo tenía los míos, que en aquel momento, teniéndolo delante, habían perdido intensidad. De hecho, la habían ido perdiendo a medida que me adentraba en «Aquel sitio». Como si esas razones solo fueran válidas para la Inés que vivía en la ciudad.

—Me gustaría que nada cambiara —dije en lugar de seguir indagando.

—No lo hará.

Sonreí pasándome la mano por el pelo, que noté todavía engominado.

—Te veo mañana.

Lo dije a modo de despedida pero, por alguna razón, no fui capaz de moverme del sitio. A mi

cerebro le costaba coordinar órdenes básicas.

—Hazme un favor —dijo lanzando el paño con el que estaba limpiando la encimera a la pila más cercana—, intenta no venir nunca más vestida así. Bastante duro será ya verte en mi cabeza.

Me eché a reír y noté que el ambiente se relajaba del todo. Me sonrió con picardía antes de quitarse el delantal y jugar con él, moviéndolo de un lado a otro entre las manos.

—Mi traje y tu pijama quedan vetados.

—¿Mi pijama? —preguntó extrañado.

—No es tu pijama en realidad. Eres tú en pijama. Vetado.

Agachó la cabeza escondiendo una sonrisa que hizo que mi estómago se encogiera sobre sí mismo.

—Esa sonrisa queda vetada también —apunté señalándole con el dedo antes de darme la vuelta para irme.

—No puedes vetar una sonrisa —protestó.

—Vetada —enfaticé alejándome de la cocina.

Al entrar por la puerta de casa, algo más ligera de lo que me sentía cuando inicié el viaje, encontré a mi madre en el sofá y a mi hermano a su lado, viendo una película en la televisión. Solo hacía una semana que había dejado la quimio, pero me daba la sensación de que el pelo había comenzado a crecer. Muy poco, una pelusilla muy clara, pero algo era algo.

—¿Es pelo eso que veo en tu preciosa cabeza? —pregunté acercándome a ella.

—¿Has visto lo rápido que ha crecido? —respondió con una sonrisa de oreja a oreja acariciándose la calva.

—Impresionante, de aquí a nada parecerás Rapunzel.

Saludé a Ángel con la cabeza al pasar por su lado, antes de sentarme en el reposabrazos del sofá y plantar un beso en la calva de mi madre.

—¿Qué tal su despacho, señora importante? —preguntó con una media sonrisa que parecía el comienzo de una tregua.

—Casi tan grande como mi piso —sonreí. Podía sentir la mano de Cristina detrás de ese tono desenfadado de mi hermano—. ¿Alguna novedad desde la última vez que hablamos?

—Ninguna —respondió mi madre cogiéndome la mano con cariño—. Pero me ha dicho Alberto que la operación será pronto.

—¿Alberto?

—Ay, Inés, el médico.

—Tienes muchos médicos, no me conozco el nombre de todos. ¿Es el oncólogo?

—Eso es —contestó con paciencia—. Por cierto, cariño, esa corbata es maravillosa.

—Lo sé. Era de papá —dije acariciando la tela con cariño.

Mi hermano nos miraba a mi madre y a mí con cara de póker. Para él, no había nada menos atractivo que una mujer vestida con traje. Todo lo contrario a lo que pensaba yo. Y a lo que pensaba mi madre. Y a lo que, para mi satisfacción, pensaba Gabriel.

—Bueno, con vuestro permiso, voy a quitarme todo esto —señalé con las manos la cara y el pelo—. Necesito una ducha. Vuelvo en quince minutos.

Subí a la habitación para dejar mis cosas allí. Ángel debió seguirme poco después, porque apenas había empezado a deshacer la pequeña maleta que llevaba conmigo cuando le escuché cerrar la puerta de la habitación. Lo miré con el ceño fruncido.

—La operación conlleva riesgos, Inés —dijo sin rodeos.

—Todas los tienen, ¿no?

—Sí, pero hablo de esta en particular. Y de ella. No de otra operación o de cualquier otra

persona.

—Lo sé, relájate.

Me quité la corbata con agilidad y la arrojé a la cama. Oculté el temblor de las manos metiéndolas en los bolsillos del pantalón, fingiendo una seguridad que no sentía.

—Está muy débil tras la quimio y es una operación de ocho horas. Aunque todo parece favorable, no deja de ser complicado.

—¿Qué me quieres decir, Ángel? ¿Que sería mejor no operar?

—No. No estoy diciendo eso. Solo que estés preparada para cualquier cosa.

—No me gusta cómo suena ese «cualquier cosa».

Se frotó los ojos, cansado. No dijo nada más, solo abrió la puerta de la habitación y salió de ella, cerrando con cuidado.

Me dejó allí, con la cabeza llena de todos esos riesgos a los que él hizo referencia.

40 Una causalidad que lo cambia todo

Gabriel

«Gracias por hacerme sentir».

Aún no sé por qué huevos dije eso. Pero me salió sin más, sin pensarlo. Estaba jodidamente preciosa con ese pijama que tenía un punto masculino que era casi mejor que el traje con corbata con el que se presentó en mi local al día siguiente. Salió sin que pudiera controlarlo. De la misma forma que no podía controlar que algo martilleara en mi interior cada vez que la tenía cerca. En el esternón, en el cerebro, en el estómago. Por todos lados. Sentía demasiado cuando estaba con ella.

Así que sí, contaba con esa visita. Un «gracias por hacerme sentir» no queda ahí sin que haya consecuencias.

«Quizá me gustas un poco demasiado».

Sonreí al recordarlo. Ella me volvía loco. Un poco demasiado. Pero sabía que no había mucho que hacer. Su paso por mi vida sería temporal. Intentaba controlar lo que pasaba para que no fuera a más, pero empezaba a descubrir que los sentimientos no podían controlarse de la misma manera que los pedidos a proveedores o los horarios de los cursos.

Había intentado que nada de eso afectara a lo que tenía planificado para cada día, pero sí me afectaba a mí, a cómo me encontraba y a lo distraído que estaba. Afectaba a mi habilidad con los cuchillos. Y eso era ya algo evidente para el resto.

—La cebolla hay que partirla muy fina —dije en la clase de cocina tradicional italiana de los jueves—. Este corte se llama juliana y lo usamos cuando…

Y, entonces, me corté. Había hecho lo mismo en infinidad de ocasiones. Hablaba y cortaba con velocidad y casi de manera mecánica. No me había pasado algo así en años.

—Mierda —protesté llevándome el dedo a la boca como acto reflejo.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Pablo señalándome— ¡Te has cortado!

Lo fulminé con la mirada, pero ni eso consiguió quitarle la sonrisa de la cara. Era el alumno que acumulaba más cortes en los dedos de todas mis clases. Ver que el profesor también cometía errores era algo que a él lo llenaba de satisfacción y a mí de rabia.

Y es que no conseguía sacármela de la cabeza. Cada día era más difícil. Porque cada día había mejor rollo entre nosotros. Porque cada día la notaba más cerca. Porque cada día había menos distancia física. Porque las escasas ocasiones en las que me había tocado, había sentido un calambre atravesarme el cuerpo.

Nada iba a cambiar entre nosotros. Daba igual lo que nos hubiéramos dicho, las implicaciones que hubiera detrás o lo que sintiéramos. No quería que nada cambiara. Fuimos los mismos en la clase del día siguiente a esa conversación. Parecía que no nos habíamos dicho nada, que aquel encuentro no había tenido lugar.

Pero el viernes fue diferente. No lo parecía, porque ella llegó como siempre con dos cafés en la mano, ropa informal que ocultaba las curvas que sabía que tenía su cuerpo y el pelo en un moño desordenado que suavizaba sus rasgos. Y la cámara al hombro, como un complemento más que siempre la acompañaba.

—Seis minutos —dijo, sentándose en su silla—. Nos da tiempo al café.

Hacía un tiempo que ya no intentaba esconder la sonrisa que me provocaba su mera presencia. Me sentía tan bien con ella que no creía que fuera algo que debía ocultar.

—¿Cómo vas? —pregunté tras terminar el café en tres largos tragos— Este fin de semana es tu estreno.

—Estoy de los nervios —confesó jugando con la tapa de su vaso—. Nunca había hecho fotos «contratada» por alguien.

Me gustó hasta la forma en la que entrecomilló ese «contratada» y la manera en la que levantó la ceja.

—He visto un montón de carpas en la plaza.

—Gabriel, no me ayudas. Me está costando hasta dormir.

No pude evitar que se me escapara la risa por la nariz.

—No te rías, lo digo en serio. Estoy convencida de que mucha gente de este pueblo no verá con buenos ojos que sea precisamente yo la que haga las fotos.

Fruncí el ceño, sin entender.

—Siempre me he sentido observada aquí —susurró bajando la mirada—. Siento que cuchichean continuamente a mis espaldas.

—Quizá miras a este pueblo y a su gente desde la perspectiva de la chica que fuiste hace diez años. Nadie habla de ti y, cuando lo hacen, no es para decir nada negativo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llevo dos años aquí y la única persona que me ha hablado de ti ha sido tu madre.

Tuve que tragar para aclararme la garganta cuando levantó la mirada.

—Gracias —dijo, y la forma en la que sonrió después me heló la sangre.

—No lo decía para hacerte sentir mejor —articulé como pude.

Tanto ella como yo sabíamos que sí lo había hecho. No mentía, al menos no del todo, al decir que nadie hablaba de ella. De vez en cuando algo se había comentado en los cursos. Pero nada que tuviera que preocuparla, tan solo unos chavales con las hormonas revolucionadas que la habían visto paseando y fantaseaban con tenerla bajo sus sábanas. Igual que hacía yo, pero sin ser un chaval con las hormonas revolucionadas.

—Irá bien —repuse con seguridad antes de tirar el vaso a la basura—. Lo de este fin de semana, irá bien.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque creo que eres buena, que tienes una forma muy particular de capturar la magia que rodea incluso a lo más sencillo.

Se mordió el labio inferior de manera rápida, provocando que solo pudiera fijarme en su boca durante lo que me pareció una eternidad condensada en un par de segundos. Deseaba besarla de una forma que no podía explicar. No era solo deseo; era anhelo, necesidad.

—Tenemos que empezar —dije tras aclararme la garganta.

Me refugié en la cocina, huyendo de esos ojos azules. Pero sabía que los tendría enfrente en cuestión de segundos, acompañados de una sonrisa que seguramente era la más bonita que había visto jamás. Agaché la cabeza tratando de concentrarme, recordándome por qué no podía dejar que aquello siguiera creciendo como llevaba haciéndolo mucho tiempo.

Supe que me había hecho una foto cuando escuché el característico «*click*» de su cámara. Y ahí estaba ella, detrás del objetivo, con esa preciosa sonrisa y esos ojos azules que hacían que cualquier control que intentara poner a lo que sentía por ella careciera de sentido.

—Inés… —gruñí.

—Perdona, no he podido evitarlo. Tengo que practicar.

—¿Por qué no lo haces con los platos cuando acabemos?

—Porque me gusta capturar la magia que me rodea.

Estuve tentado a recorrer el espacio que nos separaba para romper de una puta vez esa tensión que siempre había entre nosotros. Pero me quedé ahí, recordando la conversación que habíamos mantenido escasos días atrás, observándola despacio, dejando que ella me observara y con la sensación de que el corazón se me saldría del pecho en cualquier momento.

Debería haber dicho cualquier cosa que estuviera a la altura, pero solo me salió lo de siempre.

—Tenemos que empezar —conseguí articular con voz ronca.

Eché un vistazo rápido al reloj de cocina para comprobar que, de nuevo, nos pasábamos un par de minutos de la hora de inicio de la clase. Inés dejó a la carrera la cámara en la mesa del salón y volvió de la misma manera.

—Lista.

Comencé a hablar de forma mecánica, tenía más que aprendido lo que había que decir, lo que necesitaba recalcar y lo que había que evitar para hacer esa salsa de ragú que había acompañado a los *papardelle* que hicimos en nuestra segunda clase. Inés miraba con atención todo lo que hacía e imitaba mis gestos cuando tocaba partir o saltear.

—Oye —dijo salteando la carne con las verduras—, respecto a nuestra conversación del otro día...

—¿Esa en la que estamos alineados? —interrumpí antes de poner en la mesa el tomate que tenía que echar en la olla— Echa el tomate y aplástalo un poco con la cuchara.

—Sí, esa misma. No te dejé hablar. Solo dijiste «lo sé» cuando comenté que tú y yo… ni siquiera acabé la

frase, Gabriel.

No contesté y me limité a apoyarme en la encimera, cruzando los brazos sobre el pecho. Observé cómo echaba el tomate, lo aplastaba con cuidado y removía después.

—¿Qué quieres que te diga, Inés?

—No lo sé, pero algo. Me gustaría que dijeras algo.

Lo pensé con detenimiento. Me había repetido las mismas razones un centenar de veces, no debería costarme tanto decirlas en voz alta. Pero lo hacía.

—Sabes tan bien como yo que esto es algo temporal —comencé a decir tras alborotarme el pelo—. No nos hubiéramos conocido de no ser por lo que ha pasado. No estaríamos aquí, debatiendo sobre si hay un futuro o no, si tu madre no estuviera enferma. Somos tan solo una causalidad.

Arqueó las cejas sorprendida. Suspiré, maldiciendo para mis adentros esa manera que tenía de decir las cosas, donde parecía que todo me era indiferente. No lo era.

—Vaya… sí, supongo que yo no podría haberlo explicado mejor —murmuró atravesándome con la mirada.

Quise decir algo más pero temí volver a cagarla y joder del todo el tiempo que teníamos juntos. Porque sí, éramos una causalidad, pero esa causalidad me hacía sentir mejor de lo que me había sentido en los últimos años. Inés empezaba a conocerme lo suficiente como para saber cuándo había terminado una conversación y supo, por mi silencio, que aquella había llegado a su fin. La escuché soltar el aire despacio entre los labios antes de centrarse de nuevo en lo que había en la olla. Y no volvimos a hablar, solo lo hacía yo cuando tenía que dar alguna pauta o explicar algún paso. Ella asentía y sonreía de vez en cuando.

Aquella vez hicimos lasaña, uno de mis platos favoritos cuando era niño. Podía no parecerlo, porque cuando estaba en esa cocina el control primaba por encima de cualquier otra cosa, pero compartir esa receta con ella fue un momento que guardé para mí, junto con la intimidad que compartimos en aquella cueva o esa cercanía cuando me besó en la mejilla. Ni siquiera me molesté en regañarla cuando metió el dedo en la bechamel o cuando me quitó la cuchara de la mano para meterla en la ragú y probarlo.

Verla disfrutar alisando la masa me alegró el día. Esa sonrisa que se dibujó en su cara cuando le dije que el grosor era el indicado, o la forma en la que aplaudió eufórica cuando la lasaña salió del horno con un perfecto color dorado, hicieron que recordara por qué me gustaba tanto lo que hacía. Había olvidado lo feliz que era cuando cocinaba. En algún momento, no sabía bien cuándo, había pasado de ser un lugar en el que me sentía libre a una cárcel en la que debía cumplir condena. Pero ella conseguía que recordara…

—¿No emplatas? —preguntó, mirándome con el ceño fruncido— ¿Estás bien?

—Sí, por un momento… —dije sin poder terminar la frase.

—¿Dónde estabas?

—Aquí, pero también muy lejos —reconocí.

—Ya, eso me parecía.

Miré la lasaña, perdiéndome en mis propios recuerdos.

—No sé cuántos años hacía que no preparaba lasaña… me encantaba cuando era un crío.

Sabía que me miraba pero evité enfrentarme a ella y seguí con la mirada fija en el queso fundido, en la bandeja del horno y en los platos que esperaban pacientes a mi lado. Tras dudar, cogí el cuchillo y partí dos porciones, dejando que fuera Gabriel Moretti el que tomara el control. Gabriel a secas estaba demasiado superado en aquel momento.

Emplaté como siempre lo hacía, cogí dos copas, abrí una botella de vino y me senté frente a Inés en la mesa, con nuestros platos llenos y esperando a ser degustados.

—Pruébala tú primero —dijo mientras rehacía ese moño que casi siempre llevaba cuando dábamos clases.

Asentí acercándome al plato. Sé que notó que lo pensaba varias veces antes de coger un trozo y llevármelo a la boca. Sabía a días de juego con mis hermanos, a rodillas raspadas, a risas disimuladas en la mesa y a broncas que deberían haberse contenido pero que siempre sonaban demasiado alto. Sabía igual a la que hacía mi madre. Supe entonces por qué hacía años que no la comía.

Pero levanté los ojos y la encontré. Y recordé que habían sido sus manos las que habían amasado la masa y las que habían hecho el relleno. Recordé que la habíamos montado juntos y que nuestros dedos se habían rozado en varios momentos, provocando un calambre agradable en la columna vertebral. Supe que ese plato no guardaba rencor, no almacenaba enfado ni despecho. No necesitaba que se disimularan las risas ni habría broncas después. Ya no tenía once años.

—¿Qué tal? —preguntó cuando se dio cuenta de que no decía nada.

—Está bastante bien —conseguí articular tras beber dos largos tragos de vino.

—Tiene una pintaza increíble —dijo antes de partir un trozo enorme y metérselo en la boca.

Se me escapó la risa por la nariz cuando comprobé que casi no podía cerrar la boca para masticar.

—*Diog, ejto ejtá buenígimo.*

Hasta esa manía que tenía de hablar con la boca llena me gustaba. Era increíble.

—¿Por qué hacemos tantos platos franceses? —preguntó cuando consiguió tragar— La cocina italiana es maravillosa.

—Bueno, es la base de la cocina, no tanto los platos pero sí las técnicas.

—Pues no estoy de acuerdo.

Devoró el resto del plato en cuestión de minutos mientras yo solo podía jugar con el mío, comiendo poco a poco con desgana.

—¡Joder! —exclamó de pronto— No le he hecho ni una foto, Gabriel.

—Parte un trozo y ponlo en un plato nuevo, ha sobrado bastante.

No pude evitar que mis ojos recorrieran su cuerpo cuando se levanto feliz, dirigiéndose a la cocina. Esos pantalones vaqueros algo grandes eran una tortura. La camiseta de algodón, aunque ancha, marcaba su cintura y dejaba ver una pequeña parte de la piel que había debajo. Era imposible no fijarse en ella.

Trajo el plato y lo puso frente a mí.

—¿Puedo?

Asentí aún sabiendo que saldría en esa foto. Forcé una sonrisa, pero ella bajó la cámara y me regañó con la mirada.

—Me gusta el Gabriel que no finge ser otra persona. No sonrías si no lo sientes. Solo estamos tú y yo, relájate.

Esbocé una tímida sonrisa, solo levantando la comisura de los labios. Una media sonrisa que ella fotografió deprisa.

—Mucho mejor —dijo después.

No le pedí que me enseñara la foto ni hablamos mucho más. Cuando vio que empezaba a tamborilear con los dedos sobre la mesa, se levantó y empezó a recoger. La seguí con la mirada cuando se alejó de la mesa. Antes de llegar al comienzo del pasillo, se dio la vuelta y me miró con una sonrisa.

—Eres una causalidad genial, Gabriel.

Tragué viéndola marchar. Ni siquiera me di cuenta de que no había preparado una porción de comida para Clara.

Ella era una causalidad que estaba cambiándolo todo.

41 El control

Gabriel

Aunque le dije que nada iba a cambiar a pesar de ese «tú y yo no podemos ser» que había entre nosotros, era evidente que todo lo hacía. Al menos para mí. Yo lo notaba. Y no solo en ese corte accidental dando clases. También en los cambios que iba haciendo en mis rutinas cuando antes nunca me lo hubiera planteado.

Y uno de esos cambios ocurrió el fin de semana de las fiestas. Unas fiestas a las que no había ido en dos años pero que, aquella vez, tenían un aliciente con el que no contaba previamente.

Al principio me limité a mirarla desde la distancia, a admirar cómo se movía con ese ligero contoneo de sus caderas que me hacía perder la razón. Me miraba de vez en cuando, sonriendo. Ese jueguecito que teníamos de ver quién aguantaba más era estimulante. Siempre era yo el que bajaba la mirada. Y no me importaba. La bajaría todas las veces que fuera necesario.

Pero llegó un momento en el que algo en mi interior me gritó que fuera a por ella. Que hablara con ella. Que la tuviera cerca.

Me acerqué a la carpa donde fotografiaba una exposición de cuadros pintados por la gente del lugar.

—Algunos son buenos —susurré sobre su hombro.

No contaba con ello, miraba la pantalla de la cámara concentrada y se giró de pronto para dedicarme una sonrisa que me congeló la sangre.

—Eh, ¿cómo que te has animado a acercarte?

—Solo quería ver qué tal había ido la cosa. Ver cómo estabas.

Tuve que disimular mirándome los pies porque creía que podría ver a través de mí y saber que el corazón me latía mucho más rápido teniéndola cerca.

—Estoy bien, ha ido mejor de lo que esperaba. Tenías razón, nadie me ha tratado de manera rara ni me ha hecho sentir mal.

El tiempo se detuvo cuando levanté la cabeza y nuestros ojos se encontraron. En ese momento, en el que no escuchaba, ni pensaba, ni controlaba, me acerqué a ella despacio. A cámara lenta. Solo deseaba besarla. Más que ninguna otra cosa. De pronto daban igual las causalidades, si era buena idea o no, si había una opción.

—¡Inés! ¿Continuamos?

Esas dos palabras, gritadas desde la carpa en la que había estado trabajando, consiguieron que tanto el pensamiento como el control volvieran de golpe. La escuché carraspear algo nerviosa antes de hablar.

—Estoy terminando, tengo que hacer algunas fotos individuales de los cuadros y una en grupo con los autores y se acabó.

Asentí tras esconder las manos en los bolsillos y respirar hondo. Trataba de no pensar en que, de la misma forma en la que yo me había acercado, ella también lo había hecho. Intentaba no pensar en lo cerca que habíamos estado el uno del otro.

—¿Vas a quedarte? —preguntó arqueando una ceja.

—Es posible.

Se me dibujó una sonrisa en los labios al contestar. Una sonrisa que ella devolvió cómplice antes de centrarse de nuevo en la fotografía.

«Tienes que repasar la semana. Asegurarte de que todo está orden de cara a mañana: el curso, los pedidos, las recetas, los horarios, los correos. Todo. No lo has revisado esta mañana. Y has dejado la cocina sin recoger para poder venir. Tienes algún ingrediente fuera que debería estar refrigerado. Tic, tac, tic, tac, tic, tac, Gabriel».

Silencié esa maldita voz apretando los ojos con fuerza, centrándome en mis pies. Sabía que no se iría tan fácilmente pero lo intenté con ganas. Sin embargo, ya había dejado en mí esa sensación agónica que me atenazaba

el pecho y me impedía pensar en nada más. Joder, fijo que me había dejado fuera el puto pescado.

Me pasé las manos por el pelo, nervioso. Y la miré de nuevo. Sonreía a un grupo de personas de lo más variopinto y daba indicaciones alzando la voz y moviendo los brazos de un lado a otro. Disparaba con rapidez y seguridad, de la misma forma que cambiaba de posición buscando el mejor encuadre. Estaba tan absorto mirándola que no los vi llegar.

—¡Gabriel! —gritó Cristina con emoción— No sabía que estarías por aquí, ¿qué tal?

Terminó ese largo saludo dándome dos besos, sin que pareciera importarle demasiado que no lo esperara y solo fuera capaz de poner la cara, algo abrumado.

—Solo he salido un momento —dije antes de saludar a Ángel con un apretón de manos.

—¿Tienes el local abierto?

—Sí, estaba trabajando.

—¿En qué? —insistió.

—En un plato con pescado —respondí esquivo.

—¿En serio? Me encanta trabajar con pescado. Creo que es un producto…

—Cris… —interrumpió Ángel con una sonrisa.

Lo miré sin poder ocultar una sonrisa. Cristina me recordaba un poco a cómo era cuando empecé; tenía esas ganas que ahora me costaba encontrar, y esa pasión que también se escondía en mi interior pero que hacía tiempo que no sentía. Entonces me di cuenta de que podría haber encontrado a la persona perfecta.

—¿Conoces a Ricard Peña? —pregunté tras pensarlo unos instantes.

—¡Claro! Fue mejor cocinero del mundo tres años seguidos. Trabajaste con él los primeros años.

Asentí lanzando una mirada a Inés, que se recogía el pelo con rapidez mientras esperaba a que los artistas se colocaran al lado de sus obras.

—Sé que estás con André ahora mismo, pero no sé si estarías interesada en trabajar con él en algún momento —dije volviendo a centrar mi atención en Cristina.

Ángel me miraba con una media sonrisa. No hacía falta ser experto en comunicación no verbal para saber que me había pillado mirando a su hermana y había interpretado a la perfección lo que significaba.

—Me encantaría, pero no es tan sencillo. Tiene el equipo cerrado desde hace tiempo.

—Lo sé, pero quizá algo cambie en unas semanas.

Podía imaginarme lo que estaba sintiendo en esos momentos y no solo por la sonrisa de oreja a oreja que apareció en su rostro.

—Por favor, avísame si hay alguna oportunidad, por mínima que sea.

—Lo haré.

Volví a mirar a Inés. Casi lo hacía de manera refleja, la buscaba sin pretenderlo.

—Acabo de ver a un compañero de la universidad, ¿vienes y te lo presento? —escuché que le preguntaba Ángel a Cristina.

—Sí, sí, vamos —respondió ella antes de agarrarme del brazo—. Gracias, Gabriel.

Asentí despacio. Ángel se despidió de mí con una palmada amistosa en la espalda y una media sonrisa a la que también respondí.

Inés siguió fotografiando unos minutos más antes de volver a mi lado. Ni siquiera había visto a su hermano y a su amiga hablar conmigo.

—Voy a tomar algo —dijo tras soltarse el pelo y mover la cabeza de un lado a otro con una sensualidad de la que no era consciente—. Después de haber estado con toda esta gente que me ha recordado lo bien que me sentaban las trenzas de pequeña necesito algo fuerte. ¿Te apuntas?

Lo dijo con un aire tan despreocupado que casi creí que le importaba una mierda mi respuesta. Casi. Porque la mirada que lanzó a mi boca me decía que no le era tan indiferente como pretendía aparentar.

«Quizá me gustas un poco demasiado».

Sonreí sintiendo que se me aceleraba el pulso.

«La planificación de la semana. Esto no estaba previsto. No entraba en los planes. ¿Dónde encaja? ¿Cuánto tiempo va a ser? ¿Qué hay que cambiar? ¿Qué hay que ajustar? No se puede ajustar nada, ya vas tarde».

Pensé con rapidez, agachando la vista. Suspiré, rendido.

—Hoy no puedo, tengo algunas cosas pendientes.

—Está bien —dijo asintiendo—. Te veo el miércoles, entonces.

Cada vez me costaba más debatirme entre lo que me decía la cabeza y lo que me pedía el cuerpo. Y tardé lo que me pareció una eternidad en conseguir que mis pies obedecieran. Me fui de allí sin poder decir nada más. Tan

solo una sonrisa de mierda. Sabía que ella no le daría la mayor importancia, estaba acostumbrada a esas despedidas.

Salía de la plaza cuando Clara me alcanzó. Llevaba un pañuelo en la cabeza y sonreía. Tenía ese brillo en la mirada que recordaba de nuestras primeras clases. Me agarró del brazo con cariño. Era de las pocas personas que se permitían esas confianzas.

—Gabriel, ¿ya te vas?

—Sí, tengo… cosas que hacer. Estás guapa, Clara. Me gusta lo que llevas en la cabeza.

—Me lo compró Inés cerca de su trabajo, es precioso.

—Tiene buen gusto tu hija.

—Sí que lo tiene, sí.

Me palmeó la espalda, lanzándome una de esas miradas llenas de sabiduría que tan bien enmascaraba. Se me escapó una media sonrisa que oculté lo más rápido que pude. Pero supe que, para ella, había sido suficiente. Si necesitaba confirmación de algo, acababa de dársela.

Ambos dirigimos una mirada a Inés, que hablaba con alguien a quien no me costó mucho reconocer. Iván. Sonreía con esa cara perfecta y esos dientes alineados mientras ella asentía, con una ceja arqueada y una media sonrisa asomando a los labios. Recordé que, durante un tiempo, ese tío había ocupado su corazón. Me pregunté cuánto quedaba de eso escondido en un rincón.

—Luego hablamos, se me acumula la faena. Me alegra mucho verte. Se te echa de menos.

—No me queda nada para volver, prepárate.

Me despedí de ella con un movimiento de cabeza y entré en Le club de cuisine con una mala hostia que hacía tiempo que no sentía. Y que creció cuando fui consciente de que no me había dejado nada fuera. Nunca me dejaba nada fuera, miraba la puta cocina treinta veces antes de salir de ella. Mi jodida cabeza me engañaba para que creyera lo contrario y daba igual lo seguro que estuviera minutos antes, siempre conseguía hacerme dudar.

Miré el comedor y la cocina. Todo en orden. Todo en perfecto orden.

—Joder —murmuré entre dientes.

Paseé por el salón con las manos en los bolsillos, intentando controlarme. Porque eso era lo mío.

El control.

Repasar la semana.

«Quizá me gustas un poco demasiado».

Comprobar que los pedidos estaban en orden.

«¿Vas a quedarte?».

Confirmar los horarios.

«¿Te apuntas?».

Revisar la planificación.

«Te veo el miércoles».

Iván Melero.

«Tic, tac, tic, tac, tic, tac».

—¡¡Joooooodeeeeeeeeer!!

Me agaché hasta que pude tocar el suelo con las manos.

Y grité.

Me cagué en todo hasta quedarme sin voz.

No sirvió de una puta mierda, pero lo hice.

Y después, revisé la jodida planificación.

42 Fotografías populares

A pesar del miedo que había sentido los días previos, me encantó hacer mi primer trabajo como fotógrafa en las fiestas de «Aquel sitio» el fin de semana. No podría catalogarlo como un trabajo en sí, porque no me pagaron nada, pero quedaron muy satisfechos con el resultado y confirmaron que mis fotografías se publicarían en una pequeña revista mensual así como en la web del Ayuntamiento. Cristina y Ángel se pasaron por allí y les pillé en más de una ocasión dándose el lote en una esquina, como si tuvieran quince años y ningún lugar con algo más de intimidad al que recurrir. También descubrí a Gabriel, mirándome desde una distancia prudencial, con una sonrisa en los labios. Incluso se acercó a donde estaba para pasar un rato conmigo. Hasta mi madre se animó a dar un paseo por la plaza del pueblo, hablando con todo aquel que se acercó a interesarse por ella.

Con lo que no contaba era con volver a verlo. Y más después de cómo acabó nuestra última conversación. Pero Iván se acercó a mí cuando Gabriel se alejaba, de manera muy oportuna. Tenía una sonrisa corta en los labios y me miraba con ojos de cordero degollado y las manos levantadas en son de paz.

—Prometo que no pretendo que seamos amigos, solo saludar —dijo tanteando el terreno.

Esbocé una media sonrisa que le dio pie a seguir acercándose. Por más que intentaba evitarlo, en el fondo, muy en el fondo, me sentía algo culpable por la forma en la que lo había tratado la última vez que nos vimos. Fue ese resquicio de culpabilidad lo que jugó a su favor. Y, en el fondo, muy en el fondo, me gustaba verlo acercarse a mí una y otra vez. Esa parte de mí que todavía se sentía herida por el amor adolescente no correspondido estaba disfrutando de esos momentos.

—No me digas que eres fotógrafa —continuó señalando la cámara con un gesto de cabeza.

—Pues la verdad es que no. Aficionada.

—Eras muy buena, me acuerdo.

Lo miré incrédula. Me resultaba bastante difícil de creer que él supiera si algo se me daba bien o mal en nuestra época de estudiantes.

—De verdad, lo recuerdo —insistió con una sonrisa preciosa—. Muchas de tus fotos estaban en los pasillos del instituto. Incluso recuerdo algo de una exposición, ¿puede ser?

—Sí, fue el trabajo de fin de curso que elegí para la clase de arte.

—¡Eso! —exclamó chasqueando los dedos— Tenías mucho talento. A mí, en cambio, el profesor me suspendió porque creía que había copiado. Creo que era la única asignatura en la que no me hacía falta.

—Dibujabas bien —reconocí, volviendo por un instante a esa clase de arte en la que me sentaba al fondo y desde donde lo miraba de reojo, encorvado sobre su bloc de dibujo.

—Sí… —murmuró asintiendo. Parecía que él también había vuelto a esa época. Suspiró y esbozó una sonrisa— Dejé de hacerlo al terminar el instituto, pero es genial que tú sigas con la cámara.

—También la dejé un tiempo. Nos estamos reencontrando.

—¿Y cómo va? Te he visto por las carpas durante todo el día.

—El Ayuntamiento me ha pedido que saque algunas fotos. Las publicarán en la web y en una revista local.

—¿En serio? Vaya… felicidades. Estaré pendiente de ellas.

Arqueé las cejas y me abroché el abrigo, mirando el reloj con disimulo. Intentaba terminar con la conversación de una manera menos brusca que otras veces. Busqué con la mirada a Cristina, a Ángel o a mi madre, pero ninguno de ellos parecía estar cerca.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó— He visto a tu hermano y a su novia entrar hace nada en La Cumbre.

Miré hacia la cafetería en un acto reflejo y dudé. Fue solo un instante, algo que él aprovechó para acercarse un poco más.

—Venga, Inés. No muerdo. Dame la oportunidad de demostrarte que no soy el idiota que recuerdas.

Lo pensé durante unos instantes pero, finalmente, negué con la cabeza.

—Está bien, otra vez será —dijo con resignación.

—Oye, siento lo del otro día. No suelo ser tan brusca, pero… —solté sin pensar.

—Lo entiendo, tranquila. No tienes que disculparte por nada. En todo caso soy yo el que debería hacerlo. No solo por aparecer de pronto ahora e insistirte continuamente en que tomes algo conmigo.

—No te sientas obligado a invitarme por algo que ocurrió hace más de diez años, Iván. Me vale con que reconozcas que fuiste un poco bastante capullo.

Soltó una carcajada y se pasó la mano por el pelo.

—Lo reconozco. Fui bastante capullo. Si en algo deberían haberme dado matrícula de honor sería en *gilipollismo* integral.

Sonreí por la nariz y volví a mirar hacia La cumbre.

—Pero lo de invitarte a tomar algo no tiene nada que ver con esa época, sino con esta. De verdad me apetece.

—Quizá en otra ocasión.

Asintió despacio y, antes de alejarse, me dio dos besos, colocando la mano en mi cintura. Un gesto que me recordó a los momentos en los que un tío trataba de ligar conmigo o con alguna de mis amigas en una discoteca. Fruncí el ceño con una sonrisa algo tensa y lo vi desaparecer entre la gente.

Antes de girarme para volver a casa, la vi. Apoyada en una farola, algo alejada del tumulto. Isabel. Me pareció verla sonreír antes de levantar la mano y saludarme con un movimiento de los dedos.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

¿Cuánto tiempo llevaba observándome?

43 Una invitación sin ninguna intención

Aunque Gabriel seguía mirándome como siempre y entre nosotros había una complicidad que era más que evidente, esa semana tras las fiestas lo noté algo ausente. Irritado. Irascible. Con la paciencia rozando el límite y una mala leche que sentía que tenía a flor de piel. Aun así, el viernes me enseñó cómo hacer esferificaciones. No sabía si era algo que él incluía en su temario para un curso de cocina intermedio o si lo hizo porque un par de días antes le comenté que me encantaría aprender a hacerlas. El caso es que las preparamos. Juntos. Muy juntos.

—No, así no, Inés. ¿Te lo enseño una vez más?

—Es la primera vez que hago esto, bastante bien está saliendo —dije mirando mis intentos de bolitas aplanadas flotando en ese líquido extraño que habíamos preparado.

—¿Bastante bien? —preguntó perdiendo la paciencia—. Eso que tienes ahí está muy lejos de estar medio bien. Es que ni decente.

—Es complicado de hacer…

—No, no lo es. Llevamos dos horas aquí, debería haberte salido algo. Tampoco es tan difícil.

—¿Recuerdas eso que comentaste sobre tu exigencia? —pregunté con la voz lo más calmada posible, probando de nuevo a dejar con cuidado una pequeña bolita de yogur con frutos rojos sobre el agua con alginato. Lo miré después, clavando mis ojos en los suyos—. Te estás acercando a un punto en el que ya no es agradable.

Asintió despacio, alejándose un poco de mí, dándome mi espacio y tomándose el suyo para relajarse. Me costó algunos intentos más, pero conseguí hacer ocho esferificaciones que esperaban preciosas sobre un plato pequeño y plano de color oscuro. Seguí sus pasos para darle los toques finales y, una vez en la mesa con una copa de vino tinto delante, tomé algunas fotos ante su atenta mirada.

Me dejó probar primero cada una de ellas: la de aceituna, la de patata y la de yogur con frutos rojos. Tenían una textura extraña y no supe de entrada si era algo que me agradara o no. Pero explotaron en mi boca llenándola de sabor.

—Qué raro es esto —dije todavía con el sabor de la última esferificación en la lengua.

—¿Te gusta?

—Diría que sí, tienen un sabor muy intenso. La de aceituna es la que menos me ha llamado la atención.

Asintió tras meterse justo esa en la boca, tomando un pequeño trago de vino después.

—Oye, esta noche Cris, Ángel y yo vamos a salir por ahí. Algo tranquilo, a cenar en Bella Cucina y tomar una copa después en el Chester. No hay mucho más que hacer por aquí, pero mi madre ha quedado con sus amigas esta noche en casa y eso no había pasado desde que todo esto empezó. ¿Quieres venir?

Terminé la copa de vino tras lanzar la pregunta. Su respuesta se hizo esperar, a pesar de ser algo muy sencillo. No estaba pidiéndole matrimonio, solo salir a tomar una copa. Y ni siquiera a solas.

—No sé si es buena idea —dijo moviendo su copa despacio.

—Está bien. Olvídalo.

Hice un gesto con la mano para restarle importancia y llené de nuevo la copa de vino. Sabía que tenía sus ojos encima, que me evaluaba. Le devolví el gesto, sonriendo después. Que no notara que su respuesta me había decepcionado un poco. Empezó a tamborilear con los dedos en la mesa, lo que provocó que me mordiera el labio inferior, tratando de no perder la paciencia.

—Si quieres, oye, me voy ya. Falta media hora para las cuatro, pero es evidente que hoy no es tu día —expuse señalándolo con las manos.

—¿A qué viene esto?

—Tus dedos. Tus dedos sobre la mesa. Nunca sé qué significa: si es que estás pensando, si es que se acerca la hora y te pones nervioso, si es que algo no te ha gustado o te ha gustado o… no sé —suspiré frustrada.

Dejó ese movimiento con los dedos y escondió la mano bajo la mesa, recostándose en la silla sin decir ni una palabra. Apretaba la mandíbula y me miraba tenso.

—Te veo la semana que viene, Gabriel.

Comencé a alejarme con paso rápido pero lo escuché levantarse de la silla para seguirme.

—Espera, Inés.

Me alcanzó deprisa, agarrándome del brazo para detenerme. Quedamos frente a frente, en silencio. Contenía las ganas de lanzarme a sus brazos, en aquel momento me parecieron el lugar perfecto en el que estar.

—¿Recuerdas nuestra conversación de la semana pasada? —preguntó buscándome con la mirada.

—Claro que la recuerdo.

—¿Qué te hizo venir a verme aquel martes al salir del trabajo?

—Ya lo sé, Gabriel, es solo que… era una invitación sin ninguna intención.

Arqueó la ceja, lo que me hizo sonreír. Siempre había pensado que se me daba bien soltar alguna que otra mentira, pero él la había cazado al vuelo.

—Solo intento facilitarnos las cosas, Inés.

Iba a abrir la boca para preguntarle qué significaba ese «facilitarnos las cosas». Yo había dejado claro que me gustaba, que me gustaba mucho, pero él nunca se había pronunciado. Y sí, no se me daba mal leer el lenguaje corporal de los tíos, pero él… él era diferente. Necesitaba escucharlo. Pero fue otra voz la que inundó el local en lugar de la suya. Una voz cantarina, aguda y que no debería estar ahí.

—Pero bueno, mira a quién tenemos aquí —dijo Isabel con una enorme sonrisa mientras se acercaba a nosotros—. Inés, Inés… ¿es que quieres acaparar a todos los hombres interesantes de este mísero pueblo?

—Isabel, qué sorpresa —repuse visiblemente incómoda.

—¿Interrumpo algo?

Nos miró divertida. Fui consciente de que estábamos más cerca el uno del otro de lo que hubiera sido normal en dos personas que apenas se conocen. Estaba convencida de que era incluso capaz de notar la tensión que había entre nosotros. Gabriel se alejó de mí metiendo las manos en los bolsillos.

—¿Querías algo, Isabel? —preguntó cortante.

—Pues sí, quería preguntarte por unos cursos —respondió melosa—, pero puedo volver más tarde y así vosotros termináis lo que tuvierais entre manos.

—Yo ya me iba —repliqué—. Gracias por la información, Gabriel. Creo que lo tengo todo

más o menos claro.

Asintió lanzándome una mirada fugaz.

—¡Perfecto! —Isabel dio una palmada— Me ha alegrado volver a verte, Inés. Si te encuentras otra vez con Iván en una de esas quedaditas clandestinas que tenéis, dile que me debe una llamada.

Mi yo interior luchaba por no partirle la cara a esa pedazo de cabrona en ese preciso momento. El comentario podía haber sonado inocente, pero lo había soltado con toda la intención. Dudaba que supiera lo que había pasado en ese local las últimas semanas, todo lo que Gabriel y yo habíamos hablado o lo que me hacía sentir. Al menos no con exactitud. Pero estaba segura de que algo se olía. Lo intuí por la forma en la que sonreían sus labios pero no sus ojos.

Isabel hizo lo que hacen los buenos cazadores: dejó caer el cebo, para tantear.

Como una señal luminosa lanzada a un foso para conocer la profundidad o los posibles obstáculos que pudiera haber en el camino.

44 Me cuesta pensar cuando le tengo cerca

Estaba cabreada. Mucho. Y frustrada. También mucho. Ni siquiera sabía con qué o con quién lo estaba; si con Gabriel, con Isabel o conmigo misma. Probablemente con los tres. Y con la vida, con las circunstancias. Con «Aquel sitio». Con el universo. No paraba de darle vueltas a todo aquello que podía haber dicho antes de que ella apareciera como por arte de magia en el local. No hay nada peor que eso, nada peor que imaginar posibles escenarios para los que nunca existe una respuesta clara.

Y, por otro lado, trataba de no darle alas a esos pensamientos. Trataba por todos los medios de ser coherente. De comprenderme. De ser racional.

Pero qué difícil es atender a razones cuando el corazón no las entiende. No las comparte.

Me costaba no pensar en Gabriel, no recordar la forma en la que su mano envolvió mi brazo, sujetándolo con delicadeza. Era complicado no preguntarse si su piel sabría igual que olía, a una mezcla de todo lo bueno que habíamos cocinado juntos.

Imaginé cómo sería hundir los dedos en esa mata de pelo alborotado. Cómo se sentiría su risa entre mis labios y sus ganas entre mis piernas.

Nada de eso ayudó a mi estado anímico y, para cuando llegamos al Bella Cucina, mi paciencia estaba a punto de rebosarse y la máscara de «todo está bien» que trataba de ponerme cuando estaba con Ángel y Cristina amenazaba con romperse en mil pedazos.

—*Caccio e peppe* para mí, por favor —dije cerrando la carta y devolviéndosela con una sonrisa al camarero.

—Este sitio es precioso —apuntó Cristina mirando a su alrededor—. ¿Habíais estado aquí antes?

—Cientos de veces —respondió Ángel—. Lleva abierto ni se sabe el tiempo.

—Igual que el Chester. Todo permanece igual en este sitio, no importa el tiempo que pase —maticé guiñándola un ojo.

—Se alimenta de almas para mantenerse así —continuó mi hermano con un toque siniestro en la voz.

Lo miré con una enorme sonrisa, agradeciendo que me siguiera el rollo de la misma forma que lo hacía cuando él y yo éramos uña y carne. Me la devolvió, asintiendo una sola vez con la cabeza.

—Qué idiotas —dijo Cristina poniendo los ojos en blanco.

—Cambiando de tema —apunté levantando mi cerveza para un brindis—, ha sido toda una sorpresa que mamá quisiera quedar con sus amigas hoy en casa. Me encanta ver que recupera sus costumbres poco a poco. Y gracias por traer algo del restaurante, Cris. Van a alucinar con la comida.

—Sabes que no hay problema. La he visto muy bien, por cierto.

—Lo está —afirmó Ángel—. Vuelve a ser ella, con lo que eso implica. Quiere limpiar la cocina porque dice que está indecente.

Me eché a reír dando un largo trago a la cerveza.

—Si hay que limpiar, se limpia. Pero hoy lo que necesito es enturbiar la cabeza con comida, música y algo de alcohol.

Dejé que mi vista vagara por la barra del bar, observando a todas esas personas que esperaban su mesa tomando una copa. Entre ellas, reconocí a alguien. De nuevo volvía a cruzarse en mi camino. Me observaba tranquilo, de vez en cuando, tratando de prestar atención a la conversación que mantenía con un grupo de hombres. Una sonrisa se dibujaba en sus labios. No sabía si era el sonido de la música, la cerveza o la luz algo oscura que invadía el local, pero lo vi especialmente guapo. Seductor. Se acercó despacio, con sus ojos clavados en los míos.

—Inés, volvemos a encontrarnos —dijo al llegar a mi lado. Saludó a mi hermano con un apretón de manos y se dirigió después a Cristina—. Soy Iván.

—Cristina, una amiga.

—Encantado. ¿Qué tal Ángel? ¿Te animas a volver a correr el domingo por la mañana?

—Claro, hacerte tragar polvo nunca ha sido tan divertido.

—¡No te pases! —replicó Iván tras echarse a reír—. Mi vida transcurre entre las cuatro paredes de una oficina, no me pidas mucho.

Me lanzó una mirada antes de restregarse el cuello con la mano. Bebí un largo trago de cerveza, tratando de relajarme.

—Estaremos luego por el Chester —dijo con cierta timidez—. Si vas por allí y quieres tomar algo, sería genial.

Ángel y Cristina guardaron silencio, observando mi reacción. Agradecí que no dijeran nada y dejaran que fuera yo la que decidiera qué hacer.

—Iremos en un rato —claudiqué—. Me encantan los margaritas.

La sonrisa que inundó su rostro me pilló fuera de juego. Hubiera dado cualquier cosa por haberla visto años atrás. En aquel momento, solo pensaba en lo que me hubiera gustado que fuera Gabriel el que sonriera de aquella manera ante la idea de pasar algo de tiempo conmigo.

—Perfecto. Nos vemos allí, te tomo la palabra.

Se alejó, pero volvió la cabeza una vez más con una media sonrisa antes de llegar a su grupo de amigos.

—Joder —dije entre dientes.

—¿Este quién es? —preguntó Cris mirándonos a mi hermano y a mí.

—Iván Melero —contesté volviendo a beber.

—El tío por el que se coló durante el instituto —apuntó Ángel.

—¿En serio? —Cris me miró sin dar crédito—. No está mal, es guapo, entiéndeme. Pero no sé, no te pega nada. Es como muy… modosito, ¿no?

—Créeme, no lo era con dieciocho. La mayoría de las chicas estábamos coladas por él. El chico malo, repetidor y que además estaba buenísimo. Pero ahora parece… diferente.

—Sí, parece un tío normal. Las veces que he coincidido con él ha estado bien. No sé, somos adultos. Todos fuimos un poco capullos en el instituto.

—Yo no —repliqué mirándolo con el ceño fruncido.

El camarero interrumpió nuestra conversación trayendo los platos que habíamos pedido, cosa que agradecí sobremanera. Y que reflejé en mi propina. Con la atención centrada en otra cosa que no fuera Iván, comimos tranquilos, entre risas, cervezas y conversaciones animadas. Al salir de allí para ir al Chester crucé miradas con Iván, que todavía estaba con los postres. Me lanzó un guiño y una sonrisa a la que respondí a medias.

El Chester quedaba algo alejado de allí y, aunque empezaba a hacer frío de verdad a esas

horas de la noche, recorrimos la distancia andando. Cristina se agarró a mi hermano y se acurrucó a su lado, buscando calor. Él le pasó el brazo por los hombros y la acercó todavía más. Compartían miradas cómplices y sonrisas que destilaban amor. Me alegraba por ellos pero, a la vez, un sentimiento de envidia lo ensombrecía todo. Envidia de lo que tenían, de que se hubieran encontrado. De la conexión más que evidente que había entre ellos.

Entramos al local cuando el frío ya nos había calado los huesos. No recordaba que el Chester fuera un sitio con tanta afluencia, pero nos costó encontrar un hueco en la barra para poder pedir. Sin embargo, y por alguna extraña razón, había una mesa libre algo apartada, desde la que podíamos ver la calle. Fuimos hacia allá cuando tuvimos las copas en las manos. Me dejé caer en uno de los lados para que ellos pudieran sentarse juntos en el otro. «Aquel sitio» podía tener muchas cosas que no me gustaban, pero desde luego los margaritas del Chester no eran una de ellas.

Cerré los ojos dejándome llevar por el sabor del tequila y el limón bajando por mi garganta y el sonido de la música de fondo. Las conversaciones triviales. Las risas. Debería haber permanecido más tiempo así porque, al abrir los ojos, Ángel y Cristina estaban liándose sin ningún tipo de reparo. Bebí otro largo trago y me quité el abrigo, confiando en que en ese tiempo fueran conscientes de que estaba ahí. Pero no. No era la primera vez que veía a Cris liarse con alguien, pero normalmente ese alguien no compartía conmigo el ADN. Y, aunque les había pillado durante las fiestas, no era lo mismo que tenerles a menos de un metro de distancia. Decidí darles algo de espacio y me fui de allí para ir al baño, que estaba en la otra punta. A diferencia del aseo para hombres, el de mujeres tenía una cola interesante. Suspiré apoyándome en la pared. Noté las miradas de algunas de las chicas que esperaban y también de algunos de los chicos que entraban y salían del baño con rapidez. No sé si me reconocían o es que miraban mis pantalones de vestir anchos o mi camiseta blanca ajustada y algo escotada. O quizá eran los pendientes, los anillos, el collar que llegaba a la altura del pecho o mi melena larga y alborotada. O una mezcla de todo. Antes me miraban por mi falta de curvas, por mi pecho plano, mi aparato, mi cara llena de acné, mi pelo graso y siempre recogido en una trenza o mi ropa ancha para intentar ocultar todo eso que ellos criticaban. Ahora lo hacían por todo lo contrario. O puede que se tratara simplemente de algo que mi cabeza creaba sin ningún tipo de justificación. No conocía a nadie de los que estaban ahí, eran todo chicos jóvenes, a los que seguramente sacaba más de cinco años.

Estuve largo rato allí hasta que por fin fue mi turno. Tiempo más que de sobra para que mi hermano y Cris hubieran dejado de comerse el uno al otro. Al volver sobre mis pasos, lo vi. Cerré los ojos porque, durante un instante, lo confundí con Gabriel, a pesar de su escaso parecido físico. Pero Iván se acercó a mí con esa sonrisa abierta que pocas veces había visto en mi profesor. Se pegó a mí, pasando la mano por mi cintura para poder hablarme al oído y hacerse escuchar por encima de la música.

—Esto está a reventar —dijo mirando hacia los lados—. Hacía mucho que no venía y no lo recordaba tan popular.

—¿Sabes todos esos chicos que estaban en primaria cuando terminamos el instituto? Pues aquí los tienes, amigo.

—Ya, no conozco a casi nadie. Pero esa de ahí —apuntó señalando a una chica que bailaba de forma seductora— es la hija pequeña de la prima segunda de mi madre.

—Espera, repite eso —dije, sin poder evitar echarme a reír—. Eso la convierte en tu prima, ¿qué?, tercera.

—Supongo, no lo sé. Pero me alegra haber escuchado por fin el sonido de tu risa.

Fruncí el ceño, mirándolo con una media sonrisa.

—No me mires así, anda. ¿Margarita, entonces?

—Tengo uno a medias en la mesa. Estamos al fondo. ¿Has venido solo? —pregunté mirando por encima de su hombro.

—No, los demás están fuera fumando.

—Pues si quieres voy a por mi copa y vuelvo en un minuto. Te dará tiempo a pedirte algo.

—No te vas a ir de aquí sin que te invite, que conste.

Asentí con una sonrisa y me alejé, notando su mirada en la espalda. Ángel y Cristina ya se habían separado cuando llegué, pero hablaban muy cerca el uno del otro y mi hermano acariciaba con ternura la pierna de Cris.

—¡Inés! ¿Dónde te habías metido? —me regañó mi amiga cuando me vio llegar.

—En el baño. Vengo solo a por la copa, me he encontrado con Iván al volver. Estoy allí —señalé la barra—, así que podéis seguir a lo vuestro.

Cogí el abrigo y la copa, a la que le di un largo trago antes de alejarme de allí con paso firme. Una mano me retuvo cuando casi llegaba a donde Iván me esperaba.

—Espera un momento. ¿Con ese? ¿En serio, Inés?

—Cris, no va a pasar nada. Pero no quiero estar de *sujetavelas*. Agradece que os deje unas horas de tranquilidad. Disfrútalas.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¡No me pasa nada! ¡Dios!

Volví a beber, dejando la copa vacía en la mesa que tenía más cerca. Ignoré los comentarios y protestas de la gente que la estaba usando y me ahuequé el pelo antes de respirar hondo.

—Es solo que… joder, Cris.

—¿Qué?

—Es Gabriel…

—¿Qué pasa con él?

Negué con la cabeza. Estaba algo mareada debido al alcohol y al calor que hacía allí.

—Nada. Es que… le invité a venir.

—Ah… ya… ¿Y qué te dijo?

—Que no era buena idea.

—¿Y por qué estás enfadada? Creía que era lo que querías.

—Con él me cuesta saber lo que quiero —reconocí mordiéndome las uñas— Es más fácil cuando estoy lejos. Pero estando aquí, teniéndole cerca, me cuesta pensar.

Ver cómo agachaba la cabeza sin entender me hizo sentir aún más perdida, más frustrada y más confundida.

—Además, Isabel apareció por allí y fue la guinda del pastel. Cuando estuve haciendo fotos en las fiestas también la vi a lo lejos. Ya no sé si estaba ahí parada observándome o fue tan solo una casualidad.

—Inés, estás obsesionada, de vedad. Me extrañaría que esa pedorra esté pensando en amargarte la vida, de la misma forma que no creo que seas esa persona de la que todo el mundo habla a escondidas por aquí.

Suspiré dándole vueltas a los anillos.

—Vuelve con Ángel —dije tras esbozar una sonrisa—. Yo voy a tomarme otro margarita. Hoy no quiero pensar en Gabriel. Ni en Isabel.

—Quédate anda —rogó—. Tómate ese margarita con nosotros y pasemos este rato juntos.

—Solo voy a tomarme una copa, nada más.

—¿Y el abrigo?

—Por si salimos fuera.

—Inés…

—No pienso acostarme con él, tranquila. No entra en mis planes, por muy borracha que esté, te lo aseguro.

Me miró de hito en hito y supe que no me había creído. Pero me daba igual. En ese tiempo, desde la primera vez que nos vimos, se me había pasado por la cabeza hacerlo, darme el gusto de llevármelo a la cama, usarlo como un pañuelo y tirarlo después. Pero, en el fondo, sabía que nada de eso serviría de mucho porque el Iván que me esperaba sonriente no me provocaba ya ningún tipo de sentimiento. Ni para bien ni para mal.

—Acepto esa copa —dije cuando llegué a su lado.

Sonrió y me pidió que esperara, abriéndose paso después entre la gente hasta llegar a la barra. Lo esperé apoyada en la pared y fruncí el ceño al verlo aparecer con dos vasos de plástico en lugar de copas de cristal.

—He pensado que podríamos salir y que nos dé el aire. No se puede ni hablar aquí y, sinceramente, no quiero ver cómo acaba mi prima tercera la noche.

Solté una carcajada y le quité el vaso de la mano, dando un trago después. Me puse el abrigo y avancé hacia la puerta, sabiendo que me seguía de cerca.

Caminamos sin rumbo fijo, alejándonos poco a poco del ruido que salía del Chester. Podía verle beber pequeños tragos por el rabillo del ojo. Sabía también que me miraba de vez en cuando. Era una situación de lo más extraña.

—Sé que va a sonar muy típico —dijo al cabo de un rato—, pero, ¿a qué te dedicas?

—Vaya, sí que es típico, sí. Es de primero de ligar, me temo.

Emitió una carcajada algo aguda que me hizo arquear la ceja con una mueca en los labios. El recuerdo de la risa de Gabriel inundó de pronto mis oídos. «Maldito seas, sal de mi cabeza de una jodida vez», pensé llevándome el vaso a los labios.

—Soy asesora financiera.

—Suena interesante.

—Pues no lo es —repliqué con brusquedad. Carraspeé después y suavicé el tono—. ¿Y tú?

—Abogado. Laboralista, para ser más exactos.

—¿En serio?

—Sí, despidos, indemnizaciones, acoso… esas cosas tan divertidas.

—Vaya…

—Lo sé, suena aburrido, pero me encanta.

No iba a decirlo, pero mi sorpresa no estaba provocada por su trabajo, sino porque no imaginaba que alguien como él pudiera acabar la carrera de Derecho. Durante esos años, Iván se había quedado congelado en el tiempo en mi memoria, siempre había sido ese chaval al que lo único que parecía importarle era ser titular en los partidos de fútbol de su equipo.

—Y… —lo vi juguetear con el vaso entre los dedos—, ¿alguien esperándote en la ciudad?

—¡Venga ya, Iván!

Me costaba trabajo identificar si así era de verdad el Iván Melero de la edad adulta o se trataba todo de un engaño para conseguir lo que quería. Parecía salido de otra época y se le veía francamente perdido en ese tipo de conversaciones entre dos personas que intentan llegar a algo más. Su «¿Alguien esperándote en la ciudad?» no dejaba de ser el «¿Tienes novio?» del instituto. Siendo abogado, pensé que tendría muchos más recursos, y mucho más discretos, para sonsacarme información.

Nos enzarzamos en un acalorado debate sobre lo típica y absurda que era esa conversación. Tras las cervezas y los margaritas, mi tono de voz había subido varios decibelios. Nos reímos con ganas. Habíamos salido del escándalo del bar para crear nuestro propio batiburrillo de sonidos, que en nada desmerecían a los del Chester.

Tanto era así que no escuché el móvil sonar.

Tampoco me di cuenta de los mensajes que Cristina me envió y no fui consciente de cómo Iván, entre risas, rodeó mi cintura y acercó sus labios a los míos.

45 El mundo gira sin parar

Cristina me esperaba con los brazos cruzados y cara de pocos amigos en el sofá de casa. Entré a trompicones, todavía con los efectos de los dos margaritas corriendo por mi cuerpo. Ignoré sus ojos semicerrados, que me siguieron, escudriñándome, hasta que me dejé caer a su lado.

—¡Joder, Inés! ¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—Con Iván —afirmó levantando las cejas.

—Pues sí…

—Ya. ¿Y el teléfono para qué cojones lo tienes?

—¿El teléfono? ¿Pero por qué estás tan enfadada? —dije intentando enfocarla y que en lugar de tener a dos Cristinas, solo hubiera una regañándome.

—¿Os habéis acostado?

La miré frunciendo el ceño.

—¿Y a ti qué más te da? —solté hiriente.

—Mira, a mí me da igual. Pero estoy convencida de que, cuando mees los margaritas, a ti sí te importará lo que has hecho estas horas.

Me dejó en el salón y se alejó con un enfado más que evidente. Negué con la cabeza pero, a través de esa niebla que enturbiaba mis pensamientos, algo me dijo que buscara el jodido móvil. Me costó encontrarlo entre tanta servilleta y papel garabateado que había ido acumulando durante la noche. Lo palpé al fondo del bolso. El forro se había rajado por uno de los lados y el condenado se había colado por ahí, dificultándome la tarea.

Lo primero que llamó mi atención fueron las ocho llamadas perdidas de Cristina. Después, la infinidad de mensajes de WhatsApp, a los que acudí con un creciente nerviosismo y una sensación de temor que hizo que se me acelerara el corazón.

Cristina

¡Ines!

Gabriel acaba de llegar.

Ven cagando leches.

¡Ha venido!

¿Inés?

Joder, ¿dónde andas?

Te he llamado veinte veces.

Tu hermano le está dando coba, pero no sé lo que aguantará.

La madre que te parió, ¿para qué tienes móvil, tía?

Se ha ido.

Los primeros mensajes llegaron escasos diez minutos después de irme del Chester y el último, media hora después del primero. Me temblaban las manos. La habitación daba vueltas sin parar. La niebla que pululaba por mi cabeza había desaparecido de golpe, de la misma manera que aparecieron las nauseas y el mareo, acompañados de la culpa y el arrepentimiento. No me sentí mejor tras vomitar, pero al menos agradecí haber llegado a tiempo al baño.

Recordé momentos de esa noche, fragmentos de conversaciones, labios que sabían a tequila. Contuve las ganas de volver a vomitar y respiré hondo, muerta de frío.

Cogí el móvil con manos temblorosas y fui directa a los mensajes. Escribí a Gabriel aunque sabía que lo más probable era que ni estuviera despierto ni tuviera el móvil cerca.

Inés

Debería haber estado.

Te invito a tomar algo esta noche.

¿Te apetece?

No me molesté ni en subir a la habitación. Me quedé dormida en el sofá, con el móvil en la mano esperando una respuesta que nunca llegó.

Cristina me despertó cuando el día despuntaba y la casa todavía permanecía en silencio. Me dolía la cabeza y tenía la boca pastosa.

—¿Qué tal? —susurró.

Gruñí removiéndome en el sofá y me restregué los ojos antes de darme cuenta de que no me había desmaquillado el día anterior.

—Fatal —conseguí articular.

Saqué el móvil, que tenía incrustado en las costillas, y suspiré al ver que no tenía noticias de Gabriel.

—Veo que has leído mis mensajes.

—Sí, los leí. Luego vomité y después le escribí, pero no tengo noticias.

—No son ni las diez de la mañana, dale tiempo.

—Ni tú te crees lo que acabas de decir.

Me miró con cierta tristeza y se metió el pelo detrás de las orejas, con un nerviosismo que no pudo ocultar.

—¿Qué te estás callando, Cris?

—Seguramente sean cosas mías, pero parecía superincómodo. Con el ceño fruncido, la cabeza agachada y sin hablar demasiado.

—Joder… parecía incómodo porque lo estaba. Me dijo que no le parecía buena idea. Y apareció. Vete a saber las vueltas que le dio a eso. Joder, qué cagada.

Me tapé la cara con las manos, sintiendo que el estómago empezaba a revolverse de nuevo.

—Dime que no te has acostado con Iván, al menos.

—¿Qué más da lo que hiciera?

—Inés, que soy yo…

—No ha pasado nada, Cris, puedes quedarte tranquila.

Relajó el rostro y me colocó el pelo con cariño.

—Vas a verlo el miércoles de nuevo. Podrás hablar con él en persona. Todo se arreglará. No es tan terrible, Inés.

Asentí con una sonrisa, queriendo creerla.

Deseando creerla.

—Somos una causalidad.

Me observó sin comprender.

—Eso dice Gabriel. Que somos una causalidad, que no nos estaríamos planteando estas cosas si mi madre no estuviera enferma.

—Creo que no lo entiendo. Tienes muy malas resacas, Inés.

—Bueno, se supone que cuando la causa deja de estar presente, el efecto también. El agua no hierve si no está al fuego.

—Pero no tiene sentido, no vais a dejar de conoceros ni de sentiros atraídos el uno por el otro cuando tu madre se recupere del todo. Puede que el agua no hierva al no estar al fuego, pero te aseguro que cuece el huevo durante ese tiempo. Y eso no cambia después. Vosotros sois el huevo, no el agua ni el fuego.

Sonreí incorporándome con gestos torpes.

—No te preocupes, Inés —insistió—. De verdad, no es para tanto.

—Quizá tengas razón. Pero no veo a Gabriel siendo una persona que actúa por impulsos —gemí, luchando contra las nauseas—. Debió pensarlo mucho antes de ir. Tendría que hacer lo mismo de vez en cuando. Podría haber esperado contigo como me dijiste en lugar de irme con…

Una arcada me hizo callar, pillándome desprevenida. A la segunda, corrí al baño. Y allí, con Cristina agarrándome el pelo, lo vomité todo, sintiendo que todo daba vueltas.

Y lo hacía.

Mi mundo giraba cada vez más rápido, no solo esas cuatro paredes. Era un tiovivo sin nadie al mando, una nave sin capitán.

Y yo solo quería bajarme.

EPÍLOGO

Cristina estaba en lo cierto y tenía muy malas resacas.

Pasé el día recluida, sin muchas ganas de interactuar con otro ser humano. Hay momentos en los que uno necesita regodearse en su propia mierda durante un tiempo. Y yo iba a permitirme hacerlo.

Desde la ventana de esa habitación que había sido mi escondite durante tantos años, observaba el sol ponerse tras las montañas, llenando el cielo de preciosos colores rosados y anaranjados. No recordaba haber visto un atardecer así en la ciudad. Seguramente los hubiera, era solo que yo no me paraba a disfrutar de ellos.

Era difícil, con una vista así, pensar en algo que no fueran pajaritos cantando, pequeños cervatillos que saltaban alegres de un lado a otro o arcoíris atravesando el cielo. Era difícil, sí, pero yo lo hacía.

El trabajo, las relaciones, mis sentimientos, mis actos… pensaba en ellos de manera cíclica, sintiéndome atrapada, perdida, confusa y poco coherente.

Yo, que me creía tan valiente, no dejaba de ser una cobarde que escondía la cabeza. Que guardaba debajo de la alfombra la basura que no quería ver, en lugar de meterla en una bolsa y sacarla fuera. Alguien que había hecho que las mentiras se sintieran cómodas entre los labios. Parecía que habían llegado para quedarse, rompiendo pequeñas barreras en mi vida y haciéndolo cada vez más fácil. Más natural. Había mentido a la gente a la que quería. Y me mentía a mí misma.

Miré de nuevo el móvil, aquellos mensajes enviados muchas horas atrás.

Había encontrado a Gabriel en «Aquel sitio» sin esperarlo, como supongo que siempre ocurre con aquello que deja huella. Éramos una intrincada mezcla de miradas furtivas y palabras nunca dichas; de sentimientos almacenados bajo la piel, acompañados de cocina francesa y vino.

Y también una causalidad. Algo temporal.

Quizá por eso no había respondido. No sabía si lo haría. Él no era de los que se despedían y a mí no me gustaba forzar las cosas.

De quien sí tenía mensajes era de Iván. En algún momento de la noche, me había parecido una estupenda idea darle mi número y ahora aguardaban pendientes de ser leídos.

Suspiré, tirando el móvil sobre la cama. Lidiaría con ello en otro momento.

Llamaron a la puerta con delicadeza cuando la habitación estaba ya en penumbras.

—Eh, ¿estás bien?

Giré la cabeza para mirar hacia la sombra que había en la entrada. Mi hermano encendió la luz, lo que me hizo cerrar los ojos incómoda.

—Claro —respondí cuando pude abrirlos, unos instantes después.

Otra mentira más, que me retorció las tripas.

—Cristina ha hecho pasta con langostinos para cenar. Tu favorita —dijo dedicándome una

media sonrisa.

—Genial, ahora bajo.

Asintió e hizo amago de irse, pero lo llamé antes de que cerrara la puerta. Se apoyó en el marco de la misma y me miró con el ceño fruncido, interrogante.

—Tengo un mal día —reconocí.

—Pinta tienes, sí. No quería decirte nada, pero…

Reí por la nariz, sintiéndome un poco más ligera.

—Puede que hoy no lo veas, Inés, pero siempre hay luz al final del túnel. Por muy oscuro que se vea. Y acuérdate de que hay farolas que pueden hacerte el camino más fácil.

Lo observé despacio, con un nudo que, de pronto, había crecido en mi garganta. Salió de allí dejándome en silencio y con la luz encendida. Una luz que me hizo ver las cosas desde otra perspectiva.

No sabía si Gabriel contestaría a los mensajes.

Ignoraba si sería capaz de conseguir cambiar algo en mi trabajo.

No podía decir si volvería a sentirme bien en «Aquel sitio» ni con la gente que, de pronto, había aparecido en mi vida.

Pero los ciclos de quimioterapia de mi madre habían terminado.

El tumor había reducido.

La operación era inminente.

Cristina estaba a mi lado, apoyándome como siempre lo había hecho.

Y tenía al alcance de la mano recuperar la relación con mi hermano, algo que parecía perdido tan solo tres meses atrás.

Quizá no tenía todas las respuestas, pero podía empezar a buscarlas.

A veces, como me había dicho en una ocasión un increíble chef de cocina, los árboles no nos dejan ver el bosque.

AGRADECIMIENTOS

Nunca creí que volvería a enfrentarme a la página de agradecimientos.

Pero aquí estamos.

Como siempre, dar las gracias a todas las personas que, de una manera u otra, han conseguido que esta historia llegue a ver a luz.

En esta ocasión, ha sido algo que he mantenido en la más absoluta intimidad casi hasta el final. Ha sido un proceso largo, lleno de miedos y dudas. Pensé que quizá con esta segunda novela esos sentimientos serían menos profundos pero no ha sido así en absoluto. Sin embargo, he encontrado palabras de aliento en los momentos que más lo necesitaba; ánimo y apoyo cuando más decaída estaba.

Gracias a mis amigos y familia por ello. Seguramente la mayor parte de las veces ni siquiera os dierais cuenta.

Gracias a ti, lector, que has dedicado tu tiempo a leer estas palabras. El tiempo es lo más preciado que tenemos, algo que nunca vuelve, y que hayas invertido parte de él a adentrarte en «Aquel sitio» es algo que jamás podré agradecerte lo suficiente.

Os animo a seguirme en redes, podéis encontrarme como alexandradixonw o alexandra.dixon.w. Tenéis además disponible una lista de reproducción con las canciones que más he escuchado estos meses y que me recuerdan a los personajes o a la historia.

Os invito a que dejéis vuestros comentarios y valoraciones en Amazon o Goodreads, no sabéis lo mucho que eso nos ayuda y lo gratificante que es leer lo que os parecido aquello que con tanto cariño hemos escrito.

Y, por supuesto, podéis poneros en contacto conmigo para contarme todo lo que queráis, ya sea de este libro o del anterior, a través de mi correo electrónico (alexandradixonw@gmail.com). Estaré encantada de charlar con vosotros.

Espero que sigáis acompañando a Inés en su viaje.

Ya queda menos.

Un millón de gracias.

Alexandra.